

ANTOLOGIA GENERAL
DE LA POESIA CHILENA

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
1959. Derechos reservados. Inscripción
N.º 21093. Santiago de
Chile. 1959.

Compuesto con Linotype Garamond, del 8,
e impreso en los talleres de la
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Proyectó la edición MAURICIO AMSTER

RAUL SILVA CASTRO

Antología
General
de la Poesía
Chilena

EMPRESA EDITORA ZIG - ZAG, S. A.

1959

INTRODUCCION

Al recibir en 1936 de la Biblioteca de Escritores de Chile el honroso encargo de componer la antología de los poetas chilenos del siglo XIX, estudié cuanto pude la poesía anterior y posterior a ese período. Del estudio surgió la idea de hacer un muestrario completo de la poesía chilena, y a ella acomodé más adelante mis investigaciones, tratando siempre de llegar a formar un florilegio tan amplio y caudaloso como lo permitiese el gusto moderno. Un poderoso obstáculo hube de remover en el camino, tal como puede verse en esta antología: hacer caso omiso de las opiniones recibidas sobre los poetas chilenos, para ver cuáles tienen derecho a figurar en la selección. La crítica literaria ha solido rebajar a no pocos a la categoría de simples versificadores, y encumbrado a otros al rango más eminente de la escala literaria, acaso en parte porque con las obras no artísticas que acometieron, indisolublemente ligaban su nombre a la historia de nuestro desarrollo intelectual. Los poetas que aparecen en esta antología son, en cambio, sólo los que pueden pasar por tales a juicio de un lector del siglo XX, que no se deslumbra con las novedades de última hora, pero que tampoco sigue ciegamente a sus predecesores en el estudio de las letras.

Me pareció también inalienable exigencia de esta selección, para hacerla tan seria y digna de crédito como es posible, tomar muestras nada más que de los autores ya difuntos, cuya obra está cerrada y que no pueden embazarar el juicio literario con su presencia en el mundo. Una antología es crítica literaria en acción, y al omitirse en ella a determinado escritor, se formula sobre su obra una opinión que a los críticos no es dado pronunciar, con idénticos caracteres, sobre quien está todavía produciendo. El escrutinio debía comenzar en los poetas coloniales, porque en esa *edad de hierro* también hubo escritores dignos de ser recordados hoy, ya que muestran caracteres psicológicos e ideales artísticos sensiblemente parecidos a los que más tarde han dado a conocer los demás poetas chilenos. En esta parte contrario, sin embargo, la opinión corriente al dejar fuera a don Alonso de Ercilla, no porque su obra me parezca desdeñable, sino porque toda ella respira los rasgos espirituales propios del europeo y no es americana sino por los temas que canta.

Esta antología pretende dar respuesta al curioso extranjero, y también —¿por qué no?— al nacional, que pregunte quiénes son los poetas chilenos más conspicuos y que se interese por conocer sus producciones mejores. Comprende, cada vez que es posible (es decir, en la inmensa mayoría de los casos), poemas y poesías completos y sólo contados fragmentos de obras mayores que habría sido poco fácil reproducir íntegramente, y presenta breves biografías de los autores e indicaciones sumarias sobre los estudios que pue-

den recomendarse para profundizar en los hombres y en sus creaciones. La ortografía ha sido unificada toda en conformidad a lo que en la materia enseña la Real Academia Española, y la puntuación acomodada, en lo que parece lícito, a las costumbres contemporáneas, para evitar al lector las dudas que suelen asaltarle cuando las producciones de otros días se ofrecen en sus formas primitivas. Los textos han sido tomados de las mejores ediciones, y no se les agobia con reproducción de variantes y otras menudencias eruditas que fatigarían la atención de quien lee.

Antes de darle fin pensé, en diversas oportunidades, que sería conveniente encabezar sus páginas con una historia, o panorama, de la poesía chilena. Pero ocurre que la poesía es el principal género literario y fue por no pocos siglos la más elevada disciplina que podía proponerse dominar el hombre. Se reservaba para ella el lenguaje más escogido, y se la hacía vehículo no sólo de los mejores sentimientos que puede albergar el corazón humano, sino también de los más importantes pensamientos que el espíritu es capaz de combinar. El más ligero estudio de ella en un pueblo dado implica hacer la psicología de ese pueblo y, en cierto grado, su historia. Y ese estudio no veo por el momento manera de hacerlo sino tan extenso acaso como la antología misma, o algo más, porque carecemos de las monografías que permitieran al que hoy sintetiza y condensa, reposar en los resultados obtenidos por quien hubiese analizado antes. Debemos, pues, conformarnos con lo que está a la vista, y reservar para ocasión más propicia no sólo aquella historia de la poesía chilena, sino también la de todo el proceso de nuestra literatura.

Réstame dar las gracias a la Empresa Editora Zig-Zag por el interés que ha mostrado al aceptar esta obra entre las que con tan feliz acogida hace circular por el mundo de habla hispana. Han adquirido ya las publicaciones de esta Empresa un justo renombre por su adecuada selección así como por su impresión pulcra y esmerada. A ese renombre me allego para que preste a mi libro algo del brillo que le falta por ser mío, no por los poetas que en sus páginas aparecen.

RAUL SILVA CASTRO.

Pedro de Oña

El primero de los poetas chilenos en el orden cronológico, don Pedro de Oña, nació en la ciudad de los Infantes de Angol en 1570 y fue hijo del capitán español don Gregorio. Quedó huérfano el mismo año de su nacimiento, vivió algunos años en Chile y fue enviado en edad temprana a Lima, donde aparece matriculado en 1590 en la Universidad de San Marcos, que le otorgó, como coronación de sus estudios, el grado de licenciado en leyes. Hacia 1594 tenía ya escrito el *Arauco Domado*, que se publicó por primera vez en Lima dos años después. Favorecido por las amistades granjeadas en Lima, fue nombrado corregidor de Jaén de Bracamoros. En Lima había contraído matrimonio con doña Ana Catalina Farfán de los Godos, en la que tuvo a lo menos cinco hijos. Estaba ya viudo de ella en 1605.

En 1604 el virrey Velasco había otorgado a Oña el título de gñtilhombre de la Compañía de Lanzas de su escolta, cargo del cual fue promovido a la auditoría general del ejército de Chile. Según parece, no alcanzó a realizar viaje a su tierra natal, ya que consta que se hallaba en Lima a la llegaba del virrey Marqués de Montesclaros. El nuevo magnate le designó corregidor de la provincia de los Yauyos con fecha 26 de mayo de 1608. A pesar de todo, hallábase en Lima cuando se produjo el terremoto de 1609, al cual el poeta iba a dedicar un poema encaminado a ensalzar las providencias de Montesclaros para acudir en auxilio de los damnificados y para remediar los deterioros sufridos por la ciudad. En 1613 contrajo segundo matrimonio en Lima, con doña Beatriz de Rojas, mexicana. Desde entonces sigue un largo período de oscuridad en la vida del poeta, que se alumbra sólo de tarde en tarde con noticias sobre su producción literaria.

En 1635 terminaba de escribir *El Vasauo*, poema que estuvo inédito durante tres siglos; cuatro años después, en 1639, se publicó en Sevilla la primera parte (única conocida) de *El Ignacio de Cantabria*, poema en loor del patrono fundador de la Compañía de Jesús. Con esto terminó su obra literaria. No se conocen tampoco la fecha ni el lugar de su fallecimiento, aun cuando se presume que permaneció en el Perú hasta la muerte.

La Academia Chilena tributó un homenaje a la memoria del "patriarca de la poesía" nacional publicando en 1917 una nueva edición del *Arauco Domado*.

Sólo en 1941 se dió a luz el texto completo de *El Vasauo*, "según el manuscrito que se conserva en el Museo Bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile". La edición, auspiciada por la Universidad de Chile, estuvo a cargo del doctor Rodolfo Oroz, catedrático del Instituto Pedagógico, quien enriqueció el texto con notas e informaciones eruditas que tienen

subido precio. En ese aparato llama la atención la *Introducción* del editor, en la cual se hace un examen detenido del poema y se ofrecen noticias de interés estilístico.

Fernando Alegría, uno de los más recientes críticos de Oña, en su libro *La poesía chilena* (México, 1954) consigna la siguiente opinión (p. 73):

"Difícil es resistir a la tentación de citar tratándose de un poeta como Oña, a quien, por lo general, no se lee a causa de la extensión de sus obras. Espigando aquí y allá en el *Arauco Domado* y en *El Vasauero*, rápidamente puede formarse una antología que le reivindicaría ampliamente ante los lectores modernos. Su poesía está llena de revelaciones; de la masa histórica y mitológica que en apariencia llena sus páginas, saltan a la vista deslumbrada del lector verbos de uso extraño, raras combinaciones de substantivos y adjetivos y un conjunto de imágenes que dan un sabor típico a todo lo que describe, sean paisajes o seres animados."

FRESIA Y CAUPOLICAN EN EL BAÑO

La fuente, que con saltos mal medidos
por la frisada, tosca y dura peña
en fugitivo golpe se despeña,
llevándose de paso los oídos,
en medio de los árboles floridos
y crespos de la hojosa y verde greña,
enfrena el curso oblicuo y espumoso,
haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñado y transparente
las guijas y pizarras de la arena,
sin recibir la vista mucha pena,
se pueden numerar distintamente;
los árboles se ven tan claramente
en la materia líquida y serena,
que no sabréis cuál es la rama viva,
si la que está debajo o la de arriba.

Aquí Caupolicano caluroso
con Fresia, como dije, sesteaba,
y sus pasados lances le acordaba
por tierno estilo y término amoroso:
no estaba de la guerra cuidadoso,
ni cosa por su cargo se le daba,
porque do está el amor apoderado,
apenas puede entrar otro cuidado...

.....

Descienden al estanque juntamente,
que los está llamando su frescura,
y Apolo, que también los apresura,

por se mostrar entonces más ardiente;
el hijo de Leocán gallardamente
descubre la corpórea compostura,
espalda y pechos anchos, muslo grueso,
proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,
la cual con alboroto encanecido,
al recibirle forma aquel ruído
que el árbol sacudiéndole la hoja;
el cuerpo en un instante se remoja,
y esgrime el brazo y músculo fornido,
supliendo con el arte y su destreza
el peso que le dio naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademán airoso lanza el manto
y la delgada túnica desprende;
las mismas aguas frías enciende,
al ofuscado bosque pone espanto,
y Febo de propósito se para
para gozar mejor su vista rara...

.....

Es el cabello liso y ondeado,
su frente, cuello y mano son de nieve,
su boca de rubí graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado;
de torno el brazo, el vientre jaspeado,
columna a quien el Paro parias debe,
su tierno y albo pie por la verdura
al blanco cisne vence en la blancura...

.....

Va zambullendo el cuerpo sumergido,
que muestra por debajo el agua pura
del cándido alabastro la blancura,
si tiene sobre sí cristal bruñado;
hasta que da en los pies de su querido,
adonde, con el agua a la cintura,
se enhiesta sacudiéndose el cabello
y echándole los brazos por el cuello...

.....

Alguna vez el ñudo se desata,
y ella se finge esquiva y se escabulle,
mas el galán, siguiéndola, zambulle,
y por el pie nevado la arrebatá;
el agua salta arriba vuelta en plata,
y abajo la menuda arena bulle;
la tórtola envidiosa que los mira,
más triste por su pájaro suspira.

(ARAUCO DOMADO, canto V.)

INCREPACION DE GALVARINO

En medio viene el indio maniatado,
sirviendo a los demás de mofa y juego,
y echando por los ojos vivo fuego
su rostro ferocísimo y airado;
el cual, de golpes cárdeno, y manchado
de polvo, sangre, y más de enojo ciego,
la tierra turba y fiero en torno mira
y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
que deja el muslo casi descubierto,
con arrogante paso y cuerpo yerto
camina al ronco son de una corneta;
grita le da la cáfila indiscreta,
y todos gran lanzada a moro muerto;
mas él encara en ellos de tal modo,
que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
que como está fortísima y revuelta,
no sólo no la rompe ni la suelta,
mas antes apurándola se apura;
y lleno de infernal desenvoltura,
al menos con la lengua que está suelta,
los hiere, los baldona, los agravia,
diciéndoles así, deshecho en rabia:

"¿Pensáis que por llevarme desta suerte
ya me tenéis vencido, vil canalla,
o que forzado voy a la batalla
y riguroso trance de la muerte?
Pues, entended que el golpe menos fuerte
y más a mi contento es el pasalla;
por más pesado tengo y más esquivo
quedarme de vosotros hombre vivo.

"Mas, aunque no lo puede hacer mi diestra,
no dejo de morir con alegría,
muriendo por la dulce patria mía,
que es una misma cosa con la vuestra;
y no es mi voluntad llamarla nuestra,
por no contarme en vuestra compañía,
ni conceder, ¡oh Chile!, que te llames
engendrador de hijos tan infames.

"¿De qué nación tan bárbara se sabe
que ofenda su linaje y propia tierra
por excusar el peso de la guerra,
juzgando que el servir es menos grave?
¡Traidores!, en vosotros sólo cabe
y en esos pechos pérfidos se encierra,
según lo que tenemos hoy delante,
atrocidad y crimen semejante.

"Por no sufrir el peso de la lanza,
un peso para el hombre tan pequeño,
sufrís cargar la leña y aun el leño,
que suele ser la parte que os alcanza;
ponedme cada peso en su balanza,
veréis, si ya no estáis en torpe sueño,
que al cielo va de leve la primera,
y al suelo de pesada la postrera.

"¡Que déis la libertad, ¡indignos della!,
por ser contra nosotros, en batalla!
¿Qué más pudiera hacerse por buscalla
de aquello que habéis hecho por perdella?
Así que así no veis que sin tenella
andáis con el acero y con la malla,
sin excusar trabajo de algún modo,
sino que le tenéis doblado en todo.

"Pues, si pasáis la misma pesadumbre
tan libres como siervos, gente dura,
¿no fuera más honor y más cordura
pasalla en libertad que en servidumbre?
¿No veis que un libre tiene dulcedumbre
para poder templar el amargura
del áspero trabajo más acerbo,
lo cual es imposible siendo siervo?

"La natural premática, ¿no manda
que por la cara patria los mortales
padezcan todo género de males,
aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometéis maldad nefanda,
pues va contra las leyes naturales,
y que es monstruosidad tan gran flaqueza,
pues quita lo que da naturaleza.

"¿Paréceos que es más lícita la guerra
contra el pariente propio y el amigo
que con extraño y áspero enemigo,
tirano usurpador de vuestra tierra?
Y si temor el ánimo os atierra
para seguir la causa que yo sigo,
temed morir mil veces con deshonor
y no una vez que muero yo con honor.

"Yo muero, casta vil, porque defendiendo
la tierra que pisáis y os ha engendrado;
vosotros, por haber degenerado,
pensando que vivís, estáis muriendo;
envidia me tenéis, a lo que entiendo,
yo lástima y pesar de vuestro estado,
y de que dejó carnes como aquestas
en suelo que tal gente sufre a cuestas."

(ARAUCO DOMADO, canto XII.)

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán

"Era descendiente —dice don Eduardo Solar Correa— de los primeros conquistadores e hijo de uno de los más temidos y esforzados militares de aquella época. Nació probablemente en Chillán (1607). Hizo con los jesuitas buenos estudios de latín, Sagradas Escrituras y escolástica. Locuras juveniles de los veinte años movieron a su padre —ya anciano e inválido— a enrolarlo como soldado de infantería. Peleando con los araucanos ganó, grado por grado, el de capitán. En la batalla de las Cangrejeras (1629) fue herido y hecho prisionero. Gracias al indio Maulicán, que lo ocultó en diversos sitios, a orillas del Imperial, pudo escapar a una muerte atroz y ser rescatado al cabo de siete u ocho meses de cautiverio. En 1654 era comandante de la ardua plaza de Boroa y al año siguiente Maestre de Campo, dignidad que demandaba grandes dispendios y que, junto con los perjuicios que la guerra ocasionó en sus tierras, lo sumió en la mayor pobreza... "Y con todo esto —escribía en una solicitud, después de recordar sus servicios y los de sus antepasados— me tuviera por premiado si llegase a alcanzar a tener un pan seguro con que poder sustentarme y remediar en algo la necesidad de mis hijos..." Tras vanos y numerosos empeños, logró ser nombrado gobernador de Valdivia (1673) y posteriormente corregidor en el Perú, donde murió, según se cree, antes de tomar posesión de este destino.

"El *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, en que contó Bascuñán su vida entre los araucanos, vio la luz por primera vez el año 1863 (Col. de Hist. de Chile, t. III). Escribió también una *Relación del Gobierno de Meneses* y quizás un tratado o memorial, que no ha llegado hasta nosotros, sobre su tema predilecto: la prolongación de las guerras de Arauco y la manera de ponerles término."

A esto sólo cabe agregar que se presume haya muerto en 1680.

Referencias:

Los versos de Núñez de Pineda y Bascuñán aparecen insertos en el *Cautiverio feliz*, a modo de comentario de lo que el autor va narrando; en su mayoría son paráfrasis de poetas latinos y de pasajes de las Escrituras.

1.º *Diccionario Biográfico Colonial*, por J. T. Medina.

2.º *Historia de la Literatura Colonial*, por J. T. Medina.

3.º *Historia General de Chile*, por Diego Barros Arana, t. V.

4.º *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, por Adolfo Valderrama.

5.º *Escritores de Chile. I. Epoca colonial*, por Eduardo Solar Correa. Allí aparece el trozo que hemos transcrito.

A LA INCONSTANTE FORTUNA.

Rueda, fortuna, no pares
hasta volver a subirme,
porque el bien de un desdichado
en tu variedad consiste.

Un tiempo me colocaste
con las estrellas más firmes,
y ahora me tienes puesto
en la tierra más humilde.

Entonces me vi tan alto,
que me pareció imposible
ver mis glorias humilladas
a los pies de quien las pise.

Tan dichoso fui en un tiempo,
que me diste lo que quise,
y hoy te muestras tan contraria,
quitándome lo que diste.

ROMANCE

Dejadme, imaginaciones,
dejadme llorar un rato:
veré si llorando puedo
dar a mi pena descanso.

Dejad que mis claras luces
despidan de sí cuidados
que tal vez al pecho afligen
si quiere disimularlos.

Y pues estáis, ojos míos,
tan llenos de pena y llanto,
desagrad por esas fuentes
el mar que os tiene anegados.

Dejad que se precipiten
esos arroyos colmados,
para que con su avenida
salgan pensamientos varios.

ROMANCE Y ORACION

Gracias os doy infinitas,
Señor del empireo cielo,
pues permitís que un mal hombre
humilde amanezca a veros.

Tu natural inconstante
con varios efectos vive,
abatiendo al que merece,
sublimando al que no sirve.

Si tu inconstancia ignorara
quejarme fuera posible,
pero es forzoso que ruedes
cuando con tu ser te mides.

La esperanza me sustenta
de ver que cuando me afliges,
tanto más cerca me hallo
de la gloria que me impides.

Que no pares en mi daño
la rueda, quiero pedirte,
porque es mi dicha tan corta
que presumo ha de estar firme.

Con valeroso denuedo
arrojadlos al naufragio,
que tal vez al atrevido
le favorecen los hados.

Al prudente sufrimiento
se sujetan los contrarios:
sufrid, que todo lo vence
el tiempo con darles vado.

Y pues Jeremías fuistéis
en lo afligido y llorado,
sed Job en tener paciencia,
que en ella hallaréis el lauro.

Mas no me admiro lloréis,
pues con eso halláis descanso,
que es propio del afligido
mitigar su mal llorando.

En este pequeño bosque,
las rodillas por el suelo,
los ojos puestos en alto,
vuestra grandeza contemplo.

Consolado y afligido
ante vos, Señor, parezco,
afligido con mis culpas,
consolado porque os temo.

Diversos son mis discursos,
varios son mis pensamientos,
y luchando unos con otros
es la victoria por tiempos.

La naturaleza flaca
está siempre con recelos
de los peligros que el alma
tiene entre tantos tropiezos.

El espíritu se goza
en medio de mis tormentos,
porque es docta disciplina
que encamina a los aviesos.

Dichosos son los que alcanzan
tener aquestos recuerdos,
guiados por vuestra mano
para que no andemos ciegos.

Trabajos y adversidades
entre inconstancias del tiempo
padezco con mucho gusto
en este feliz destierro.

En mí las tribulaciones
han sido un tirante freno
que ha encaminado mis pasos
y refrenado mis yerros.

Todos son, Señor, favores
y de vuestro amor efectos,
que atribuláis al que os huye,
porque en vos busque el remedio.

¡Oh! Rey de cielos y tierra,
¡oh! piadoso Padre eterno,
¡Oh! Señor de lo criado,
¡Oh! Dios de Sabaoth inmenso.

Vos, Señor, sois mi refugio,
vos sois todo mi consuelo,
vos de mi gusto la cárcel,
vos mi feliz cautiverio.

Lo que os suplico rendido
y lo que postrado os ruego,
es que encaminéis mis pasos
a lo que es servicio vuestro.

Que si conviene que muera
en esta prisión que tengo,
la vida que me acompaña,
con mucho gusto la ofrezco.

En vuestras manos, Señor,
pongo todos mis aciertos,
que nunca tan bien logrados
como cuando estáis con ellos.

Merezca yo por quien sois
lo que por mí no merezco,
y por la sangre preciosa
de vuestro hijo verdadero,

Y por los méritos grandes
de María, cuyos pechos
fueron de Jesús bendito
en su humanidad sustento.

Y vos, purísima Reina,
escogida de ab eterno
para hija de Dios Padre
y para Madre del Verbo,

del Santo Espíritu esposa,
de las tres personas templo,
corona de lo criado,
señora del hemisferio,

patrocinad al que os llama,
socorred con vuestros ruegos
al que os invoca afligido,
y al que está cautivo y preso.

LIRAS

Entre marmóreos riscos,
cuyas guirnalda verdes Febo dora
de famosos lentiscos,
principio cuyo humildemente adora
una fuente risueña
que por regar sus plantas se despeña,

formó naturaleza
de brutescos peñascos aposento,
con tanta sutileza
que suspensión causara al más atento,
por ver que sus honduras
labran techumbres para sus alturas.

Pabellones copados
a aquesta cumbre sirven de edificio,
con arte originados
de dos firmes columnas, que el bullicio
de aquel cristal corriente
los sublimó por cima de su frente.

Al son de sus corrientes,
imitadoras lágrimas envía
Fenicio, viendo ausentes
los bienes que en un tiempo haber solía;
que siempre el desdichado
jamás conoce el bien si no ha pasado.

ROMANCE

EN AGRADECIMIENTO A MAULICAN MI AMO, DEBIDO A SUS AGASAJOS Y CORTESES ACCIONES

Estas mal medidas letras
que de un pecho ardiente salen,
mi agradecimiento ofrecen
a ti, valeroso Atlante.

En la guerra batallando,
mal herido en el combate,
desmayado y sin sentido,
confieso me cautivaste.

La fortuna me fue adversa,
si bien no quiero quejarme
cuando tengo en ti un escudo
para mi defensa, grande.

En la batalla adquiriste
nombre de esforzado Marte,
y hoy con tu cortés agrado
eternizarás tu sangre.

Porque al valor y al esfuerzo
que le asiste lo agradable,
no ha menester más crisol
para mostrar sus quilates.

Cautivo y preso me tienes
por tu esfuerzo, no es dudable;
mas con tu piadoso celo
más veces me aprisionaste.

Mas podré decir, que he sido
feliz cautivo en hallarme
sujeto a tus nobles prendas,
que son de tu ser esmalte.

Vivas, señor, muchos años
a pesar de los cobardes
que con émulos se oponen
a tus acciones loables.

El P. Francisco López

Las noticias biográficas que se tienen de este autor son cortas e incompletas; el señor Solar Correa las resume así: "El Padre López, como de ordinario se le llama, fue hijo de don Francisco López y Villaseñor —el famoso

asesor letrado del Gobernador Jáuregui— y de doña Francisca Guerra. Llevó en su mocedad una vida alegre y mundana. Cuéntase que sus maneras señoriles y sus dichos agudos, su fama de poeta lo hacían el ídolo de los salones, pero que un amor infortunado cambió de súbito el rumbo de sus pensamientos. Inopinadamente se hizo fraile dominico (1775?) y durante algún tiempo, aislado y silencioso, se consagró al estudio y a duras penitencias. Hasta se dice que alcanzó reputación de sabio canonista y teólogo. Pero los años pasaron, la pasión juvenil se olvidó y, bajo el hábito blanco, se vio renacer al antiguo vividor y con él al chispeante poeta repentista, cuyo ingenio parecía ahora más cáustico y desenfadado. A esta última época pertenece la mayor parte de las producciones suyas que se conocen. Consignan varias de ellas don Adolfo Valderrama, en su *Bosquejo de la Poesía Chilena* (Santiago, 1866); don Augusto Orrego Luco, en un estudio titulado *El P. López* (*Rev. Chilena*, 1878, t. II), y finalmente don Eduardo de la Barra, en una obrita que lleva ese mismo título (Santiago, 1904)".

Referencias:

Fuera de las ya citadas por el señor Solar, véanse las siguientes publicaciones: *Bibliografía Chilena*, por Luis Montt, t. I.

Diccionario Biográfico Colonial, por J. T. Medina.

Historia de la Literatura Colonial, por J. T. Medina.

Escritores de Chile. I. Epoca colonial, por Eduardo Solar Correa, donde el fragmento copiado aparece en la p. 116.

GLOSA

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana
y mañana me dirás:
ya se me quitó la gana.

Conozco que a morir voy
según tu desdén me apura,
pues estando como estoy,
por dilatarme la cura
ayer me dijiste que hoy.

De día en día, inhumana,
tu condición se resiste,
pues si ayer de buena gana

darme alivio prometiste,
hoy me dices que mañana.

Si la sentencia me das
de la infeliz suerte mía,
calla, no me digas más,
deja que pase este día
y mañana me dirás.

¿Qué fuera de mí, tirana,
si después de estarme haciendo
promesa tan soberana,
tú me salieras diciendo,
ya se me quitó la gana?

Camilo Henríquez

Nació en Valdivia el 20 de julio de 1769, y después de hacer algunos estudios preparatorios en Santiago, pasó a Lima, donde ingresó al convento

de los religiosos de la Buena Muerte. Profesó allí en 1790. Consta que fue perseguido de la Inquisición de Lima por leer libros prohibidos. Poco después pasó a Quito, de donde pudo regresar a Chile después del 18 de septiembre de 1810.

Se le debe la proclama suscrita *Quirino Lemachez* —anagrama de su propio nombre—, en la cual se instaba a los chilenos a designar representantes patriotas en el congreso que la junta había ordenado elegir. En las elecciones quedó como diputado suplente por Puchacay. Le tocó pronunciar la oración inaugural del Congreso, pieza en que hizo la apología de las medidas adoptadas por la Junta de Gobierno y defendió sobre todo la conveniencia de que se dictara pronto una Constitución Política para el Estado.

Recibió el encargo de publicar el primer periódico que se intentó en Chile, que recibió el nombre de *Aurora de Chile* y comenzó a publicarse el 13 de febrero de 1812. Dejó de aparecer el 1.º de abril del siguiente año, y en el acto Henríquez prosiguió su campaña periodística en *El Monitor Araucano*, que también dirigió. Fue miembro del Senado en 1812.

Con la caída de la Patria Vieja, ocurrida a raíz del desastre de Rancagua, Henríquez vióse en la obligación de emigrar y se fue a Buenos Aires, en donde también ejerció el periodismo. En la capital platense produjo dos piezas dramáticas encaminadas a continuar la propaganda política que había iniciado como periodista.

En 1821 volvió a Chile, invitado por O'Higgins, como capellán del ejército, bibliotecario adjunto de la Biblioteca Nacional y autorizado para publicar un periódico, *El Mercurio de Chile*, que apareció entre mayo de 1822 y abril de 1823. En el período de O'Higgins fue asimismo miembro de la convención constituyente.

A la caída de O'Higgins fue diputado suplente en el Congreso de 1823 y propietario en el de 1824, y finalmente, el 30 de noviembre de este año, fue nombrado oficial mayor del departamento de Relaciones Exteriores.

Falleció en Santiago el 16 de marzo de 1825.

HIMNO PATRIOTICO

En día tan glorioso,
coronad de laureles,
eternos y triunfales
de la patria las sienas:
dadle perpetuo honor.

I

Hoy sale de las sombras
y del sueño profundo
y se presenta al mundo
rodeada de esplendor.

Sacudió el yugo indigno,
que sufrió por costumbre:
la dura servidumbre
en Chile feneció.

II

Detestan las cadenas
los hombres animosos,
ni pechos generosos
sufren tal condición.

Aspiran al renombre
los ánimos marciales,
hazañas inmortales
anhela el corazón.

III

La libertad augusta
hoy desciende del cielo,
de los hombres consuelo,
fomento del valor.
¡Cuán varonil se muestra,
cuán robusta y gloriosa

LA FARAMALLA

Letrilla

Dizque entre el dicho y el hecho
suele haber mucho trecho,
porque ya es maña muy vieja
perder antes una oreja
que su palabra cumplir.
No lo quisiera decir.

Hombre, si ya prometiste
con tan expresivas muestras
cumplir con tu donativo
y tu generosa oferta,
¿por qué te echas ahora atrás
con subterfugios y tretas,
que nadie puede sufrir?
No lo quisiera decir.

EL ARREPENTIMIENTO

Letrilla

Yo llamo buena elocuencia
a la que mueve y persuade,
y llamo discurso agudo
al que es de fácil encaje.
Y pues, aunque he hablado tanto,
no he conseguido ablandarte
el pecho de pedernal,
ya veo que hablé muy mal.

Yo no sé cuál es más duro:
si tu pecho y asadura,
o esa mano de Alejandro
que no suelta lo que empuña.

enarbola gozosa
el patrio pabellón!

IV

Resplandece en su rostro
ardor republicano,
y en su cándida mano
divisa tricolor.
Respira independencia,
denuedo y heroísmo,
inspira patriotismo,
y disipa el temor.

El mundo vio con asombro,
y aun con susto y con espanto,
que sacaste el talegón
guardado por tantos años.
Que tu oferta era de viento
se dijo; y aseguraron
que quedabas al parir.
No lo quisiera decir.

Si pueden dar al través
tus soñadas esperanzas,
empuña algún palo ardiendo
si no encuentras una tabla.
No seas ya tan trompeta;
deja a un lado tanta trama
y tan sutil discurrir.
No lo quiero más decir.

Y pues, aunque te conozco,
intenté con gran locura
volverte más liberal,
ya veo que hablé muy mal.

¿Te enfadas y haces mal gesto?
Perdóname, dueño mío;
yo quiero tu conversión
y que quedemos amigos.
Si mudares de conducta,
de lo dicho me desdigo
aunque soy hombre formal,
pues veo que hablé muy mal.

Bernardo Vera y Pintado

Nació en Santa Fe, República Argentina, en 1780, y después de cursar algunos estudios en la Universidad de Córdoba, pasó a Chile en compañía del gobernador don Joaquín del Pino, que era casado con una hermana de su padre. Prosiguió sus estudios de leyes en la Universidad de San Felipe, se recibió de abogado y permaneció ejerciendo la profesión en Chile. Al declararse los movimientos precursores de la Independencia se manifestó patriota, y en 1811 la Junta de Gobierno de las provincias del Plata le hizo su representante diplomático ante la de Chile.

En 1813 colaboró en el *Semanario Republicano*, en defensa de la completa autonomía de España. Fue nombrado secretario de la Junta de Gobierno del 23 de julio de 1814, y en octubre del mismo año hubo de desterrarse a Mendoza con motivo del desastre de Rancagua. Con el cargo de auditor de guerra volvió a Chile en 1817. Dos años más tarde se le encargó redactar la primera canción nacional que oficialmente tuvo este país y que fue reemplazada en 1847 por la de Eusebio Lillo.

Escribió para el teatro la tragedia *El triunfo de la naturaleza*, estrenada el 20 de agosto de 1819, y la *Introducción a la tragedia de Guillermo Tell*, cuyo estreno se verificó el 12 de febrero de 1820.

A la caída de O'Higgins fue nombrado Ministro de Guerra, pero rehusó el nombramiento. El mismo año 1823 fundó *El Interrogante y Respondiente*. En 1824 entró al Congreso como diputado por Linares, y en 1825 fue elegido presidente de la corporación. Al año siguiente fue nombrado abogado y profesor de derecho civil y canónico del Instituto Nacional.

Murió en Santiago de Chile el 27 de julio de 1827.

Los versos de Vera no fueron recopilados por su autor; algunos han sido recogidos por diversas antologías.

En *La Alborada Poética de Chile*, de don Miguel Luis Amunátegui, aparecen ellos y además una biografía completa del autor. Antes se había tratado de Vera en el vol. IV de los *Ensayos Biográficos* de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui.

También estudian a Vera don Aníbal Echeverría y Reyes y don Agustín Cannobbio en su folleto sobre la Canción Nacional, publicado en Valparaíso, 1904.

La biografía más comprensiva que se conoce de este personaje es la que incluye don Domingo Amunátegui Solar en la p. 141 y sigs. de *Jesuitas, Gobernantes, Militares y Escritores*, Santiago, 1934.

Don Fernando Márquez de la Plata, por su parte, ha editado en Buenos Aires, 1941, la *Correspondencia de Vera* que se conserva original en el Archivo de la Nación Argentina y en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, que da cuenta de la labor diplomática del escritor.

LA AUSENCIA

Me voy, pero vas conmigo;
te llevo en el corazón.
Si quieres otro lugar,
no conoce otro el amor.

Terribles contradicciones
componen nuestra existencia:
una de ellas es la ausencia
al lado de las pasiones.
Los amantes corazones
la miran como enemigo;
mas, mi pecho es un testigo
del fenómeno más raro,
porque, cuando me separo,
me voy, pero vas conmigo.

Este enigma portentoso,
que causa tanto tormento,
confunde al entendimiento,
y oprime un pecho amoroso.
¿Cómo es que no siento gozo,
si voy en tu posesión?
Porque hay cierta división,
entre ti y tu imagen bella.

Tú quedas, y yo con ella
te llevo en el corazón.

Sí, mi bien; el corazón,
el corazón que te adora,
es el centro donde mora
tu beldad y mi pasión.
Es verdad que tu elección
puede de asiento mudar;
mas como no has de apagar
en mi pecho el dulce fuego,
es lo único que te niego
si quieres otro lugar.

Aquí está, mi bien, tu altar,
y tu holocausto incesante.
El oficio de tu amante
ya no es más que idolatrar.
Si quisieres enseñar
de una pasión el valor,
conduce al observador
a tu ara: mírala arder,
y dirá: Ve aquí el taller;
no conoce otro el amor.

Andrés Bello

Andrés Bello nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Después de los estudios preparatorios de rigor, fue nombrado oficial de secretaría de la Gobernación de Venezuela en 1802. Producida la revolución de Caracas contra el gobierno metropolitano, Bello pasó a Londres en compañía de Simón Bolívar. En la capital británica conoció a no pocos escritores españoles emigrados, estudió las colecciones bibliográficas del Museo Británico y se informó de las escuelas filosóficas dominantes. En 1822 fue designado secretario interino de la Legación de Chile en Londres por el ministro Irisarri, y luego de la de Colombia, hasta que, contratado por el gobierno chileno a recomendación de don Mariano Egaña, se estableció en Chile (1829) por el resto de sus días.

En Chile, que le nacionalizó ciudadano por el mérito de sus estudios y servicios, Bello ocupó diversos cargos administrativos y en especial el de oficial mayor (subsecretario) de Relaciones Exteriores. Fue además redactor de *El Araucano*, diario oficial de la época, desde 1835, y fundador y primer rector de la Universidad de Chile (1843). Dotó a la enseñanza de textos fun-

damentales de que ella carecía hasta entonces, en Derecho Internacional, Gramática e Historia Literaria, y del gobierno recibió el honroso encargo de redactar el proyecto de Código Civil. Aunque Bello no era abogado, su conocimiento de la legislación española y de otras naciones le permitió trazar toda una obra maestra, que, aprobada por las comisiones revisoras y por el Congreso Nacional, fue promulgada y permanece en vigencia hasta el día.

La Real Academia Española le hizo su miembro correspondiente en 1851. Tradujo poesías líricas y dramas del francés y del inglés, e imitó a Quintana, Víctor Hugo y Virgilio, entre otros, en versos que forman acaso lo mejor de su producción literaria. Ejerció activamente la crítica literaria en *El Araucano*, y en su calidad de maestro formó varias generaciones de escritores y de hombres públicos.

Falleció en Santiago el 15 de octubre de 1865.

Meléndez Pelayo ha hecho justicia a los méritos de Bello como traductor y adaptador, conmovido por el patetismo sincero y trascendental de *La oración por todos*, producción con la cual culmina la etapa chilena de la obra de Bello. El parlamento y el gobierno de Chile se habían anticipado a ese reconocimiento, ordenando en 1872 hacer una edición oficial de los escritos quedados a su fallecimiento, la cual cuenta quince volúmenes y fue encabezada por una *Vida* que escribió especialmente don Miguel Luis Amunátegui, uno de los discípulos predilectos de Bello.

ÉGLOGA

Imitación de Virgilio.

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clorí amaba;
a Clorí, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.
La verde margen del ameno río,
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

"No huye tanto, pastora, el corderillo
del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitре el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas:
por tí olvido las rústicas labores,
por tí fábula soy de los pastores.

"Al cabo, al cabo, Clorí, tu obstinada
ingratitude me causará la muerte:
mi historia en esos árboles grabada
dirá entonces que muerdo por quererte:

tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte:
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

"Ya la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetece;
bajo del césped que tapiza el prado,
los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
si la viña los pájaros guarnece,
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

"Tú mi amor menosprecias insensata,
y no falta pastora en esta aldea
que, si el nudo en que gimo, un dios desata,
con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
aunque rosada tú, y ella morena?

"¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
y lánguido el jazmín tal vez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprendan con su mano.

"Mi amor y tu belleza maldecía,
tendido una ocasión sobre la arena,
y Tirrena, que acaso me veía,
—¡Oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena!...
De Clori sufres tú las esquivaces,
y yo te adoro a ti que me aborreces.—

"¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino,
escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de continuo
mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

"Ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura;
y a fe que a ese pastor afortunado
que supo dominar alma tan dura,

si a competir conmigo fuese osado,
en gentileza, talle y bazarría,
siendo tú misma juez, le excedería.

"Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven!, mira las Dríadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa.
y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola y el jacinto.

"Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña, venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías
aún cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entonces no podías
alcanzar el racimo colorado;
y después que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

"Entonces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliendo en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entonces Amor, Amor malvado,
me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta y hiere noche y día.

"¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
guarda Jove al mortal ingrato y duro:
hay destinado sólo a su tormento
en el lóbrego Averno un antro oscuro:
en su carne cebado, un buitre hambriento
le despedaza con el pico impuro,
y el corazón viviente devorado
padece a cada instante renovado.

"Mas, ¡ay de mí!, que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
y en el bosque la grey abandonada.

"¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazón de hielo,
ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
sabrás premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frío;
vuelve, vuelve al redil, ganado mío."

RECUERDO

Tiempo fue en que la dulce Poesía
el eco de mi voz hermozeaba,
y amor, virtud y libertad cantaba
entre los brazos de la amada mía;

ella mis versos con placer oía,
con sus tiernas caricias me pagaba;
y al puro beso que mi frente hollaba,
muy más sublime inspiración seguía.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste,
me deja Apolo; y de mi mustia frente
el sacro fuego y su esplendor retira.

¡Adiós, oh Musa, que mi encanto fuiste!
¡Adiós, amiga de mi edad ardiente!
La mano del dolor quebró mi lira.

LA ORACION POR TODOS

Imitación de Victor Hugo

I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira!, su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta,
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico, y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes.
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados,
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán, y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción que reza y ríe!,
¡de natural piedad primer aviso!,
¡fragancia de la flor del paraíso!,
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dio el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida,
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dio la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo. Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa.
Como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean
por ti jamás!..., los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mí mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino, deja
alguna cosa cada cual: la oveja,
su blanca lana; el hombre, su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que creaste;
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vio nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino
que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga
que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo

de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
No por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
por justos y pecadores,
Cristo en la cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea,
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
por que le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturna bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;

por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el Gran Libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan,
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita,
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

¡Hija!, reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fue mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!..., ¡si supieras
qué sueño duermen!..., su almohada es fría,
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano.
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo
hará que gocen pasajero alivio,

y que de luz celeste un rayo tibio
logre a su obscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí:
en las quejas del aura y de la fuente
¿no te parece que una voz retina?,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas, ¡ay!, a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada obscura,
y el ruego invocaré de un alma pura
que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro
y haga mi helado polvo rebullir.

LAS FANTASMAS

Imitación de Victor Hugo

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
y que el relámpago estalle,
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza,
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso:
unos apenas gustan, y ya salen:
pocos hay que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mill:
la rosada y la morena;
la de la forma gentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
y al fin, rompe al cuerpo el alma,
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual gemido
lánguido de eolia lira
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
y ya cadáveres fríos!...
Palomas, de mimos llenas,
y de hechiceros desvíos:
primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?,
¿ni una voz?, ¿ni una mirada?
¿Tanta llama, hecha pavesa?
¿y tanta flor, deshojada?

¡Adiós!, huyamos a la amiga sombra
de anciano bosque; pisaré la alfombra,

de secas hojas, que crujan
bajo mi pie vagaroso...
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso:
a incierta luz siguiendo voy su huella,
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?
Como ellas, ¿estoy yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
Yo la mano les doy entre las ralas
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda...
A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven!..., y danzan.

Vanse luego paso a paso
por la selva, y de repente
desparecen... Yo repaso
la visión acá en mi mente,
y lo que entre los hombres ver solía,
reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!..., tan clara
la bella efígie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;

albo seno, que palpita
con inocentes suspiros:
ojos, que el júbilo agita,
azules como zafiros;
y la celeste diáfana aureola
que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto cupo:
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fue su pasión,
y costóle caro asaz:

deslumbradora ilusión,
que pasatiempo y solaz
a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
que para el baile la empeña;
y si piensa en él de día,
en él a la noche sueña:
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes silfos y hadas;

y la cercan plumas, blondas,
canastillas y bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespón, de que las abejas
pudieran hacerse alas, cintas, flores,
tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega...; los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes
se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta, o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
crencha del pelo dorado,
brillan como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
juego, donaire, alegría,
inocencia... En una oscura,
solitaria galería,
yo, que los grupos móviles miraba,
a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo..., caviloso...,
y triste no sé si diga:
en el baile bullicioso,
el loco placer hostiga:
enturbia el tedio la delicia, y rueda
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, gira:
¡valse!, ¡cuadrilla!, ¡galopa!,
no descansa, no respira;
seguir no es dado el fugitivo vuelo
del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones;
alegre canto, reflejos
de arañas y de blandones,
de lámparas y de espejos;
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
grato rumor de voces y de pasos,

todo le exalta; la sala
multiplica los sentidos.
No sabe el pie si resbala
sobre cristales pulidos,
o sobre nube rápida se empine,
o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuándo tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satín;
y bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah!, ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, y respirar que anhela;

y a la fresca tez rosada,
la cárdena sigue luego;
y la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió... ¡la alegre!, ¡la gentil!, ¡la pura!,
¡la amada!...; el baile abrió su sepultura.

Murió...; la muerte la arranca
del abrazo maternal —
¡último abrazo!— y la blanca
vestidura funeral
le pone, en vez del traje de la fiesta,
y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
guarda la escogida flor
que prendida llevó al seno
y aún conserva su color:

cogióla en el jardín su mano hermosa,
y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre!, ¡qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué? ... Su amor, su Lola,
cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; y si en clara noche del hibierno,
interrumpe la luna el sueño eterno,

y a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
y en la apartada arboleda
fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado y triste
espectro al tocador de Lola asiste.

"Hora es, dice, date prisa;
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
de la descomunal mano de hielo
sobre las ondas del dorado pelo;

y luego la besa ufano;
y de mustia adormidera,
la enguinalda; y de la mano
la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio,
a la pálida luz del cementerio,

y tras un alto laurel
la luna su faz recata,
sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el iris de la noche en torno ciñe,
y de colores opalinos tiñe.

VI

¡Niñas!, no el placer os tienta
que víctima tanta inmola:
más tened, tened presente
a la malograda Lola:
la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,

y de todas estas flores
una guirnalda tejía;
y cuando en matizarla se divierte,
a esta dulce labor da fin la muerte.

LOS DUENDES *

Imitación de Víctor Hugo

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que armean
cristales
y sedas,
al sueño
se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!
¡Oh vida
suspensa!
La muerte
remedax.

II

¿Qué ruido
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
y en la menuda
nieve caen
deshojados
azahares.

¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que, en sus bases
de granito,
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes,
que ya salen.

III

Por allá vienen:
¡qué batahola!
Ora se apiñan
en densa tropa,
que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.
Si chillan éstos,
aquéllos roznan.
Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?

* La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Djinns*. (El autor.)

Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan,
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma:
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden:
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo:
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!,
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio;
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

¡Cielos!, ¡lo que cruje el techo!,
¡y lo que silba la puerta!
Es un turbión deshecho.
De lejos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel,
no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el vergel.

VII

San Antón, no soy tu devoto
si no le pones luego coto

a este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, o terremoto,
o hinchado torrente que ha roto
los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús!, ¡qué baraúnda!...
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por esas. Parece que arroja
el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja;
y empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envión que recibe mi choza,
yo no sé cómo no la destroza;
a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, y que todo se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre...
¿Es el miedo?, o ¿quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho...
¡Ay!, matóme la luz con el ala...

IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...
Amedrentado el corazón palpita...
y la legión de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala y la bulla,
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla,
y asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas y alaridos,
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrido de carretas!...
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
y según es el huracán, parece
que a la casa y a mí nos lleva al vuelo...
Perdido soy... ¡Misericordia, cielo!

X

¡Ah! Por fin, en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana...
Al furor, a la loca jarana,
turbación sucedió repentina.
El tañido de aquella campana

a la hueste infernal amohina,
sobrecoge, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;
el tañido de aquella campana,
que tan alto y sonoro domina,
y se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa;
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
una sombra más atezada
los montes y los valles vela,
y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea;
de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanás y de su gente

XII

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla;
y la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
y la perezosa luna
sale al fin, y el campo alegre.
Allá va la sombra negra;
distante suena la grita
de la canalla maldita;
como cuando ciñe un monte
de nubes el horizonte,
y desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
gigantesca cordillera,
y a lo lejos se oye el ruido
de impetuosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano y corta el puente.

XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afán? ¿Injuria alguna
sufriste?... ¡Cuánta asoma,
entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas y alelíes
el ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
no hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
de tu pasado susto.

XIV

Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
guarnecen la falda,
al amortecido
ráyo de la luna,
van haciendo giros.
Enjambre parecen
de avispas, que el nido
materno abandona,
despojo de niños
traviesos, y vuela
errante y proscripto.

XV

¡Desventurados!
Del patrio albergue
también vosotros
gemís ausentes:
vagar proscriptos
os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!
¡y eterno!... ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas y leves,
sobre vosotros,
miseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrío
de su tizne
(padrón negro
de hechos tristes)
vagarosas
ondas finge,

parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
da el eclipse;
y en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes...
¿En qué abismos,
infelice
nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
no la siguen;
ya es un punto;
ya no existe.

XVII

¡Qué calma
tranquila!
Tras leve
cortina
de gasa
pajiza,
la luna
dormita.
Al sueño
rendidas,
las flores
se inclinan.
El viento
no silba
ni el aura
suspira.
Tú sola
vigilas;
tú siempre
caminas,
y al centro
gravitas,
¡oh fuente
querida!
ya turbia;
ya limpia;
ya en calles
que lilas
y adelfas
tapizan;
ya en zarzas
y espinas.
¡Tal corre
la vida!

EN EL ALBUM

de la señorita doña Mercedes Muñoz.

La joven beldad que quiera
ceñir su frente de flores,
pídalas a la pradera
cuando de varios colores
la esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto
que el crudo invierno despoja,
árido y triste desierto,
do apenas de mustia hoja
está algún ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita
lleva en sí la edad inerte
que lo postra y debilita?
¿Qué don pudiera ofrecerte?...
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto
que sin sombra y sin verdor
es del tiempo estrago infausto,
puede tal vez el amor
encender un holocausto;

no aquel amor, niño ciego,
que de centellas armado,
para turbar el sosiego
de un corazón descuidado
prende en tus ojos su fuego;

sino aquel que en poesía
pintan sin alas ni redes,
misteriosa simpatía,

blando cariño, Mercedes,
que arrastra a tu alma la mía;

que, con poder halagüeño,
me aficiona a la dulzura
de ese humor jovial, risueño,
que trasparente la pura
felicidad de su dueño.

Sí: me arrastra, y me enamora
la hija tierna, y tierna hermana,
y la amiga encantadora,
que, en su juventud temprana,
tantas prendas atesora.

No te ha dado el cielo en vano
ese admirado talento
que vierte, bajo tu mano,
alma, vida y sentimiento
sobre las teclas del piano;

porque cuando con la grata
magia de acordados sonos
los sentidos arrebatada,
las amables emociones
de tu alma bella retrata.

Mas al estro que me excita,
debo ya tener la rienda...
Falta el papel, Mercedita...
Acepta la humilde ofrenda
de esta guirnalda marchita.

MISERERE

(Traducción del Salmo 50)

¡Piedad, piedad, Dios mío!,
¡qué tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
lávame más y más; mi depravado
corazón quede limpio
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
toda la fealdad de mi delito,
y mi conciencia propia
me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
tu justicia, y vencido
el que te juzgue, tiemble y se arrodirle.

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado;
y en el materno seno
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
y para más rubor y afrenta mía,
tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
me rociarás, y ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
de consuelo y de paz en mis oídos,
y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz, ¡oh Dios!, de mi maldad horrenda,
y en mi pecho no dejes
rastros de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
un corazón que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado,
ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud, vida y contento;
y al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
de su razón conozca el extravío;
le mostraré tu senda,
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡mi Dios!, ¡mi Salvador!, ¡inmensa fuente
de piedad!, y mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
y gozosa a las gentes
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
gratas a ti, las inmolara luego;
pero no es sacrificio
que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente
es la expiación que a tu justicia agrada:
la víctima que aceptas
es un alma contrita y humillada.

Vuelve a Sión tu benigno
rostro primero y tu piedad amante,
y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
se colmarán tus aras, y propicio
recibirás un día
el grande inmaculado sacrificio.

Mercedes Marín de Solar

Mercedes Marín Recabarren nació en Santiago el 11 de septiembre de 1804. Dotada de precoz talento, recibió una instrucción muy superior a la general de sus días, y muy joven leía correctamente en francés y había recorrido muestras escogidas de las principales literaturas modernas. Aprendió también música y otras artes de adorno, que le dieron lugar aparte en la sociedad santiaguina. En 1830 casó con don José María del Solar, que no era literato, pero que secundó discretamente la vocación de su cónyuge.

Fue partidaria de ensanchar la educación femenina, y dió el ejemplo instruyendo esmeradamente a sus hijas. Colaboradora de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, se mostró igualmente generosa con otras instituciones de asistencia social y de beneficencia.

Cuando en 1821 llegó de Europa don Ventura Blanco Encalada, éste le dió a conocer producciones de poetisas jóvenes que en España habían alcanzado alguna nombradía y hasta lecciones prácticas de literatura a la escritora chilena, que ya se había atrevido a rimar algunos versos. La influencia de Blanco Encalada fue decisiva para ella, y desde entonces no dejó nunca de componer versos.

La más famosa de sus composiciones es el *Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales*, publicado por primera vez, sin nombre de autor, en *El Araucano* (28 de julio de 1837). Escribió también algunas biografías y otros trabajos en prosa. La forma del soneto la atrajo especialmente, aun cuando no alcanzara en ella una perfección irreprochable. Su hijo don Enrique del Solar, escritor de mérito propio, publicó en 1874 la colección de poesías de su madre, que habían permanecido hasta entonces dispersas.

Murió en Santiago el 21 de diciembre de 1866.

LA EXISTENCIA DE DIOS

"El Universo es Dios", dice el impío
que otro tiempo dijera: "Dios no existe":
¡de humana corrupción gemido triste!,
¡de la frágil razón hondo extravío!

La luz, la tierra, el sol, el monte, el río,
el prado que de flores se reviste,
el aire, el ancho mar, tú los hiciste,
¡oh Señor!, con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
a sí misma se ignora, y al potente
autor de sus arcanos y belleza;

sólo al hombre, ser libre, inteligente,
Dios reveló su nombre y su grandeza,
¡y el necio huye de Dios ciego y demente!

A LA HERMOSURA

¿Qué eres, dulce hermosura, ante los ojos
del mortal que seduces con tu encanto?
Objeto destinado a verter llanto,
juguete de sus pérfidos antojos.

Raro será el que rinda por despojos
a la pura beldad un amor santo;
el hombre engaña, ríe, y entretanto
siembra bajo su planta mil abrojos

Tal es tu vida. La mujer hermosa
cual delicada flor, busque el abrigo
de la excelsa virtud, y cautelosa

el prudente temor lleve consigo
y guarde del amor la pura rosa
al esposo feliz, al digno amigo.

EL ARROYUELO

Agua que veloz vuelcas
tus líquidos cristales,
llévate entre tus ondas
mis amargos pesares.
Huye, y al mar undoso
corre a precipitarte;
huye y jamás me traigas
la idea de mis males.
Agua, que, en tu inconstancia,
de la vida la imagen
cada instante me ofreces,
puedas tú consolarme.
Y así como yo he visto
tu cristal enturbiarse
y en lodo convertidas
tus perlas más brillantes;
así como en mi pecho
nacen las tempestades
y mis dichas más puras
se tornan presto en males;
pueda yo en algún día
ver tu faz serenarse
y que en mi triste pecho
la dulce paz renace.

Cuando tu clara linfa
con su frescura halague
las revolantes auras
y las flores del valle;
cuando el destino fiero
de mi camino aparte
las punzantes espinas,
los tétricos pesares;
entonces sin cuidados
vendré yo a contemplarte
y a gozar tus delicias
en la apacible tarde.
Y, aspirando el aroma
de tu florida margen,
tu límpida corriente,
tu cristal ondulante
que por el prado forma
graciosas espirales,
te admiraré gozosa
con sonrisa suave,
y te llamaré hermoso,
más que los anchos mares,
consuelo de los tristes,
delicia de este valle.

DULCE ES MORIR

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
con la aureola feliz de la inocencia,
parece del señor en la presencia
el alma juvenil,
como cándida flor de la pradera,
que, para ornar el templo soberano,
separó diestra, cuidadosa mano
de su tallo gentil.

Dulce es morir, cuando el espectro odioso
del vicio despojado de su velo
al alma llena de pavor y duelo
del mundo en el umbral;
y ella, tornando el paso al delicioso
centro de grata paz y de ventura,
a trocar el destierro se apresura
por la gloria eternal.

Dulce es morir, cuando la aguda pena
extingue de alegría el sentimiento
y es la existencia el fatigoso aliento
de un interno sufrir;
dicha es volar a Dios, el alma llena
de humilde sumisión, y ante sus aras
sacrificar las afecciones caras,
su diestra bendecir.

Dulce es morir, cuando una mano amiga
sostiene nuestra lánguida cabeza
y una voz inspirada en la belleza
del divinal amor
con peregrino acento nos prodiga
palabras de dulcísima esperanza,
mostrándonos en suave lontananza
Edén encantador.

Dulce es morir, cuando una fe sublime
al hombre le revela su destino,
y de flores y palmas el camino
le siembra de la cruz.

Y al débil ser, que en este mundo gime
agobiado de penas y dolores,
transforma de la muerte los horrores
en apacible luz.

Dulce es morir, cuando al fijar los ojos
de Jesús en la imagen dolorosa,
resuena en los oídos la amorosa
voz de grato perdón;
y de un amor ardiente los despojos
da el alma, en dulce llanto sumergida,
bálsamo saludable, que la herida
cura del corazón.

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
el alma, como cándida paloma,
vuela desde los montes de la aroma,
en pos de serafín;
diáfana exhalación, que en la mañana,
matizada con tinta de oro y rosa,
se disuelve brillante y vaporosa
del cielo en el confín.

Dulce es, en fin, morir, cuando nos llama
Dios a gozar de su descanso eterno,
ya elija en su vergel pimpollo tierno,
ya descollante flor.

Sube así la virtud, cual áurea llama
que depuró el crisol de la amargura,
y vuela la inocencia casta y pura
en su primer albor.

Salvador Sanfuentes

Salvador Sanfuentes nació en Santiago el 2 de febrero de 1817. Estudió en el Instituto Nacional hasta recibirse de abogado en 1842. Fue discípulo de Bello, que le distinguió especialmente: en 1843, cuando quedó instalada

la Universidad de Chile, con Bello como Rector, Sanfuentes fue nombrado secretario general.

En 1837 fue nombrado oficial mayor del Ministerio de Justicia. En 1842 contribuyó al movimiento literario de esa fecha con *El Campanario*; fuera de eso, tomó parte activa en la polémica con los escritores argentinos.

Nombrado Intendente de Valdivia en 1845, en 1846 volvió a Santiago para desempeñar el cargo de diputado con que acababa de ser distinguido. El mismo año 1846 entró al Gobierno, donde ocupó el Ministerio de Instrucción Pública hasta 1849. En 1855 entró a la judicatura como Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago. Dos años más tarde, en 1857, volvió a ser Ministro de Instrucción.

Cultivó la poesía narrativa y la dramática, la primera en sus leyendas *El Campanario*, ya citada, y en otras, y la segunda en once piezas, ya originales, ya traducidas.

Murió en Santiago de Chile el 17 de julio de 1860.

Referencias:

En 1921 la Academia Chilena publicó un volumen de las poesías de Sanfuentes, que el autor no recopiló en vida. Quedan por recoger y ordenar los dramas y algunas obras sueltas, en prosa.

El más completo estudio sobre Sanfuentes es el libro titulado *Don Salvador Sanfuentes*, que se debe a don Miguel Luis Amunátegui. La edición oficial de esta obra fue publicada en 1892. El mismo autor, en compañía de su hermano don Gregorio Víctor, trató de Sanfuentes en el *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos*, 1861.

Don Marcial González publicó en la *Revista del Pacífico*, t. IV, 1861, p. 479, un *Estudio literario y político sobre D. Salvador Sanfuentes*.

EL CAMPANARIO

Canto primero:

Cuando el siglo dieciocho promediaba,
cierto Marqués vivía en nuestro suelo,
que las ideas y usos conservaba
que le legó su castellano abuelo:
quiero decir que la mitad pasaba
de su vida pensando en irse al cielo:
viejo devoto y de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
que él hubiera mirado cual delito
el que se hablase de francesas modas,
o a París se alabase de bonito.

Sobre la filiación de casi todas
las familias de Chile era perito,

y de cualquier conquistador la historia
recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
aducía argumentos con destreza
para hacer verosímil su concepto
de derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto
al hombre que albergase en su cabeza
de loca vanidad tales vestiglos;
mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua
alarde hacer de pretensión tan loca,
porque él era muy rico, y ¿a qué lengua
no hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
un moralista, y su valor apoca:
lo que yo siempre he visto desde chico,
es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
visitaba el Marqués por el verano,
ejerciendo en sus siervos y peones
la amplia jurisdicción de un soberano;
y luego a los primeros nubarrones
que anunciaban el invierno cano,
exento de molestias y pesares,
tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
en que sonaban cajas y cohetes,
ora una procesión con lujo vario
de arcos triunfales, música y pebetes,
de admiración llenaba al vecindario,
y daba a las beatas y vejetes
para conversación fecundo tema
en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate:
en su oratorio le decían misa,
y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
y la siesta después, y luego el mate,
y tras esto, por vía de recreo,
iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
llama a Escuela de Cristo el campanario,
el Marqués y los suyos dan ejemplo
de infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
rezar con la familia su rosario,
y luego ir a palacio diligente,
para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
sin propasarse un punto de esta hora,
y vuelto a su mansión, la cena pide,
porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
donde cabrían bien sus cuatro ahora,
y viniéndole el sueño dulce y blando,
a las once el Marqués se halla roncando.

Tenía este dichoso personaje
un hijo y una hija; y al primero,
por no hacer una injuria a su linaje,
sólo de paso describir yo quiero;
leía no muy bien; su aprendizaje
de la escritura fue tan pasajero,
que en vez de letras con trabajo hacía
garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
que aprendiese a Nebrija de muchacho;
pero en llegando a *quis vel qui*, estancóse,
sin poder digerir aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
y recibió el alumno su despacho
para vivir, cual viven tantos otros,
laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios!, a los cuales
se aficionó bien pronto a tal extremo,
que el andar en rodeos de animales
era su dicha y su placer supremo.
Con tal educación, con gustos tales,
muchos lectores pensarán, yo temo,
que cuando Cosme a la ciudad venía,
en sociedad ridículo sería.

¡Error!, ¡solemne error! Desde el momento
que el señorito Cosme se mostraba,
la atención general y el rendimiento
de su persona en rededor volaba:
el mismo sexo hermoso, ¡qué portento!,
con su conversación se deleitaba,
aunque hablar de otra cosa no le oyera,
que de pechadas, lazos, y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
ser hijo de Marqués! Mas si discurro
mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
muy prolongado, y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
en duras voces, a pintar me escurro
a la bella Leonor, digna, por cierto,
de tener un hermano más despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
para enterar dieciocho poco falta.

Su estatura es crecida: a mí me gusta
como a Lord Byron la mujer que es alta;
y no se tache esta opinión de injusta,
que en pigmea mujer nunca resalta
ese gentil y seductor donaire,
de que habla aquel proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto,
que sin duda las Gracias le han formado:
breve es su planta, su ademán resuelto,
y su seno gracioso y abultado:
cuando el negro cabello ondea suelto
alrededor del cuello torneado,
ver en todo su cuerpo me imagino
la obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color obscuro,
pero chispeando de celeste fuego,
y su mirada al corazón más duro
en blanda cera lo convierte luego.
Más ¿habré de meterme en el apuro,
yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
cuando ya tantos otros han escrito,
de pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si es no es henchida,
en que los signos del talento lucen,
boca pequeña y a la vez pulida,
donde las perlas y el coral relucen:
tanta gracia mil veces repetida,
que los poetas sin cansarse aducen
para pintar sus bellas heroínas,
son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
y hablemos de su noble entendimiento;
que es como fértil planta entre breñales
nacida sin cultivo ni fomento;
mas su despejo y su vigor son tales,
que a tener el más leve pulimento,
daría en profusión rico tributo
de sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
poco servían tan brillantes dotes,
y era en las niñas excesivo ornato
el saber algo más que hacer palotes:
coser, bordar y por la noche un rato
leer devotamente unos librotos
donde raros prodigios se ingirieran,
los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,
era porque copiaba de continuo
novenas que su madre religiosa
juzgaba flores del amor divino;

y siempre que ocurría alguna cosa
en que importaba el escribir con tino,
desde el amo de casa hasta el sirviente,
hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro
en tocar en el órgano una misa,
y con su canto lúgubre y siniestro
causaba a veces a los niños risa,
fue de clave y de canto su maestro,
y si bien la enseñanza anduvo a prisa,
de tal manera adelantó la dama,
que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite
visitar sino a Condes y Marqueses;
gente de estado llano no se admite,
sino por grande precisión a veces.
El padre confesor hace en desquite
mas de veinte visitas en dos meses
y siempre su persona gorda y santa
a la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
son sus discursos fáciles y amenos,
y al mismo tiempo que consejos dicta,
cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta
parece despedir rayos y truenos,
cuando por blanco de su arenga toma
a los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
del Marqués, tiene en ella tal imperio,
que por precepto incuestionable pasa
cuanta regla prescribe su criterio;
con cuidado especial no se traspasa
lo que él decide sobre baile serio,
siendo sólo el minuet lícita danza,
e invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta
dice que puede haber gran *manducacio*,
y mesa de manjares bien repuesta,
pero con el licor se ande despacio:
que haya un poco de canto, que haya orquesta,
mas que se deje suficiente espacio
entre ambos sexos, pues la vil lujuria
con la proximidad se vuelve furia.

Y a las diez de la noche cada uno
se retire a su casa sin desvelo,
que el pasar de esta hora es importuno
y anuncia planes que reprueba el cielo.

Yo estoy con este padre: yo me aduno
a los consejos de su santo celo,
y al ver tal mutación en años pocos,
exclamo: "¡Oh *tempora corrupta!* ¡Oh locos!"

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
en tan mística vida algunos años.
A pesar que ha llegado ya a la fecha
en que amor suele hacer terribles daños,
y en la niña a la virtud más hecha,
por más que la refiera desengaños,
empieza a desear con ansia mucha
triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
una vaga inquietud, gustosa mira
de dos palomas el cariño ardiente,
y apartando los ojos, ¡ay!, suspira;
ama a los niños con ardor vehemente,
y su inocencia encantadora admira;
se vuelve hacia un espejo, y se alboroz
al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va a mirar si está el zapato
ajustado a su pie; si el chal es rico:
examina el vestido un largo rato,
y abre y cierra con gracia el abanico;
se hace de crespos un pomposo ornato,
y ufana se acomoda el sombrerico;
y al fin, después de agitación tan viva,
viene a quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea
se engañará por cierto; ella conoce
de Condes y Marqueses la ralea,
pero la encuentra insoportable, atroce;
y por más bellos jóvenes que vea
de una clase inferior, los desconoce,
e imbuida en las ideas de su rango,
cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto,
para ser más completa su ventura;
mas de advertir cuál sea dista tanto,
que se jacta de ser cual bronce dura.
Viendo tal perfección, lleno de espanto
dice su confesor que alma tan pura
no ha encontrado jamás desde que confiesa,
y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
confesaros que pienso de otro modo,
y de un sabio francés sigo el aviso,
pues que se amolda a mi experiencia en todo.

Dice, pues, La Bruyère en su conciso lenguaje, que a mis versos acomodo, que la mujer que de tibieza charla, aún no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba con un caso sucedido en la ciudad de Esmirna a cierta dama, que niña que hasta tarde no ha querido, cuando llega a querer, de veras ama; y las aguas del ancho mar tendido no son bastantes a extinguir su llama. ¡Ojalá que esta máxima absoluta la desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca la hora decisiva de su suerte, y si aún consigue mantenerse terca, ya diré con razón que es mujer fuerte. Figúrese el lector que ya está cerca el día del Marqués, que de su inerte reposo él sale, y quiere que haya boda a que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones me imagino ya ver con los reflejos que despide la luz de los blandones, repetida en finísimos espejos. Las techumbres ornadas de florones y portentosos figurones viejos, mas de ricos dorados esmaltadas, se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines las damas de purísimo linaje con ricos y plegados faldellines y ligeras mantillas por ropaje. Los adornos de perlas y rubines, el bordado de plata y el encaje con que su lujo y su riqueza ostentan, de sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete, y de grandes señores rodeado, preséntase el Marqués con más copete que si fuera un monarca coronado; parece tener algo que le inquiete, porque ya varias veces ha cortado el hilo del discurso de improviso, y se ha puesto a escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo, porque en venir el Presidente tarda, cuya honrosa visita con orgullo, por un aviso anticipado aguarda;

y si un leve rumor, cualquier murmullo
hiere su oído, que se encuentra en guarda,
con dulce sobresalto se detiene,
creyendo ya que Su Excelencia viene.

Ultimamente un ruido no engañoso
de coche y de caballos se percibe:
"¡El Presidente", grita sonoro
clamor al punto, y el Marqués revive.
Con los demás señores presuroso
se precipita hacia el zaguán, recibe
en él al noble amigo, y muy ufano
le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón do en impaciencia viva
las señoras esperan su llegada,
don Antonio Gonzaga y comitiva,
hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
presencia y de estatura algo elevada,
cortés, afable y amador de gloria,
según le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
y popular su trato, bien se observa
en cierto aire sombrío de su ceño,
que un mal oculto su interior reserva:
el ver frustrado el favorito empeño
de hacer vivir en pueblos la caterva
de indomables indígenas, le causa
dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
bordado de oro el personaje tiene,
sobre cuyas labores con encanto
la vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
lucida escolta de oficiales viene,
jóvenes, viejos y de edad mediana,
que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece
un cariño especial tener Gonzaga,
joven gallardo, que en su aspecto ofrece
cuanto al capricho mujeril halaga:
el valor en sus ojos resplandece
si corre al campo de la lid aciaga,
mas si a un estrado por ventura asoma,
tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
que cubre su cabeza en leve rizo,
de extraña agilidad su cuerpo bello,
y su conversación llena de hechizo.

Un clásico poeta al conocello,
diría pronto que el amor lo hizo,
a fin de que las damas insensibles
aprendiesen a ser más accesibles.

Tal fue el joven a quien el Presidente,
luego que se sentó, llamó a su lado;
y al Marqués que le asiste diligente,
presenta el oficial afortunado,
diciendo: "Amigo mío, este valiente
joven, que siempre como a hijo he amado,
es el ilustre capitán Eulogio,
de que os hablé mil veces con elogio.

Es el que me ha sacado del barranco
en que he estado metido sin remedio,
y derrotando al fiero *Curinanco*,
libró a *Cabrito* de su duro asedio.
En vano de mil tiros se hizo el blanco,
rompiendo con sus bravos por el medio
del ejército infiel que a Angol cercaba,
pues su próspera suerte le guardaba,

para honor de su patria. Bien merece
que le titule Salvador la España.
¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
a nuestra imitación tan noble hazaña!"
Así dice Gonzaga, y se enternece,
ocasionando admiración extraña
con su tierno discurso laudatorio,
a todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavóse al punto
en el joven así favorecido,
y todos alabaron el conjunto
de las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entretanto era el trasunto
de un hombre que se encuentra confundido,
y no hallando expresión que satisfaga,
con cortesías respondió a Gonzaga.

También le hizo el Marqués gran agasajo,
aunque fue más forzado que sincero,
porque al momento a su memoria trajo
que Eulogio no era un noble caballero;
y aunque es verdad que en su linaje bajo
se podía citar más de un guerrero
que se cubriera de esplendente gloria,
ésta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzón modesto
por la falsa afección que le mostraba
y de aquel sitio retiróse presto,
porque en completo aturdimiento estaba.

Pero ya Leonor, ¡trance funesto!,
no sé qué cosa en su interior notaba
que daba a sus ideas raro giro;
ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y a una amiga de su íntima confianza
que allí se hallaba, con misterio dijo:
"Lástima es que ese joven de esperanza
no sea de ascendientes nobles hijo."
Que la respuesta fue maligna chanza,
esto cualquiera lo tendrá por fijo,
y con sorpresa tal llena de susto,
hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
en el cual varias veces mi heroína
llenó al concurso de agradable encanto
con los gorjeos de su voz divina;
pero nada le atrajo aplauso tanto,
y nada ejecutó con voz tan fina,
con tan propia expresión, cual la cantata
que aquí voy a copiar y la retrata.

"Corren mis días en perfecta calma:
no halla el camino de mi pecho amor,
y de sus tiros, victoriosa el alma,
burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas
libre me veo entre cautivas mil,
ni quiero que arda por mis puras venas
fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes,
que amor es fuente de inmortal placer;
yo de laurel coronaré mis sienes,
libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba
a un pastorcillo con extremo ardor,
y a la inocente el seductor juraba
sincero amor.

¡Mas ay!, que pronto la olvidó triunfante,
viéndola frío ante sus pies gemir,
y otro consuelo no quedó a la amante
que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora
siempre grabada en mi memoria está,
siempre del lazo de pasión traidora
me salvará.

Y como el ave que la red burlando,
que la tendiera cazador cruel,

vuela, su dulce libertad cantando,
por el vergel,

yo que orgullosa de desprecios huyo,
yo que no quiero de dolor morir,
siempre, ¡oh amor!, del cautiverio tuyo
me he de eximir."

No bien su canto terminó Leonora
entre aplauso sonoro y repetido,
cuando exclamó Gonzaga: "Pues ahora
una guitarra para Eulogio pido.
No sólo la natura bienhechora
la prenda del valor le ha concedido,
que mostrándole pródiga su afecto,
le ha formado también galán perfecto.

"¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones
distrajeron mil veces mis fatigas,
cuando en pos de contrarios escuadrones
corríamos las tierras enemigas.
Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones,
y que el digno Marqués y las amigas
nobles y bellas que a su fiesta asisten,
de tus talentos a juzgar se alisten."

A tal invitación, de rubor lleno,
el mancebo gentil quiso excusarse;
pero ningún pretexto se halló bueno,
y le fue necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
deja al fin estos versos escucharse,
que, según malas lenguas refirieron,
para aquel caso improvisados fueron:

"Laura, hermosa cual la estrella
que precede a la mañana,
vive sola y muy ufana
con su dulce libertad.
Amadores mil por ella
largo tiempo han suspirado,
pero ya se han ausentado,
maldiciendo su impiedad.

Con afecto más sincero
a sus pies llega otro amante
y así pinta sollozante
a Laura su padecer:
"Influjo del hado fiero
me fuerza a amarte, bien mío,
ni pendió de mi albedrío
el dejarte de querer.

"Sé que otros te han ofrecido
títulos, honor, riqueza,

sé también que tu belleza
sus presentes despreció.
En hora fatal nacido,
sin fortuna y sin honores,
para obtener tus favores
¿qué puedo ofrecerte yo?

"Sólo un corazón poseo
que te adora apasionado,
y únicamente a tu lado
la vida podrá sufrir.
Complacerte es su deseo,
y como por ti respira,
si compasión no te inspira,
su solo anhelo es morir.

"A ti dictar mi sentencia,
vida mía, corresponde."
Laura entonces le responde:
"La libertad es mi bien.
Ni me engaña tu apariencia,
que otros morir me han jurado,
pero ya me han olvidado;
tú me olvidarás también."

Desprecio tan riguroso
sufrir no pudo el amante,
y ante Laura al mismo instante
de sentimiento expiró.
"¡Vive para ser mi esposo!",
clamó Laura arrepentida;
pero el cuerpo ya sin vida
sus palabras no escuchó."

El que vagando en una fértil vega
a orillas de un arroyo entre el carrizo,
oye al nevado cisne que despliega
de su voz melodiosa el suave hechizo,
nunca a sentir las impresiones llega
con que a Leonor enternecerse hizo
en delicioso inexprimible encanto
del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
de los que habían su niñez mecido,
aquel acento dulce y halagüeño
escuchado por ella había sido,
que la llamaba: *mi querido dueño*,
y se quejaba triste y dolorido
de la frialdad e indiferencia dura
con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
su mente absorbe, y en estatua muda
la deja convertida al mismo instante
que un palmoteo al capitán saluda.

La amiga que la observa vigilante,
le dice: "¡Hola!, Leonor, ¿qué es lo que anuda
al presente tu voz? ¿No te entusiasma
esta linda canción que a todos pasma?"

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
débil enfermo que el causón padece,
responde la doncella: "¡El trance amargo
del desdichado amante me enternece!"
La amiga sonrióse, y aunque largo
espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
esta vez prefirió dejar que libre
el fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
y al oficial tomando de la mano,
le llevó hacia Leonor, y con atento
ademán y lenguaje cortésano:
"Señorita, le dice, mucho siento
no verme ya tan ágil y lozano
como en los días de mi edad primera,
pues danzar un minué con vos quisiera.

"Mas como impropio de mi edad reputo
ofrecerme yo a vos por compañero,
os presento en Eulogio un substituto,
que vos gustosa aceptaréis, espero."
La joven, sin tardarse ni un minuto,
se levanta con rostro placentero,
y siguiendo al mancebo afortunado,
se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
enlazadas las manos avanzaron,
y luego en movimientos elegantes
y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos expresivos y brillantes
diversas veces con temor se hallaron,
y el carmín de sus rostros encendióse,
y aún en sus pasos turbación notóse.

Más Leonor en su gracia majestuosa
y aéreos ademanes parecía
aparición celeste y luminosa
que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa
en su agitado seno se veía,
y cierta languidez que cunde en ella
la hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando a fin de terminar, volvieron
los dos con leves pasos a acercarse,
y sus dos manos en unión sintieron,
y sus pies mutuamente aproximarse,

sin duda en aquel punto conocieron
que si merece la existencia amarse,
es sólo por saber cuáles arcanos
el amor les descubre a los humanos.

Nunca había bailado con más gusto
mi heroína un minué, ni hubo quien fuese
con la bella pareja tan injusto,
que aplausos repetidos no le diese.
Sólo el Marqués sufrió con ceño adusto
que un compañero tal su hija tuviese,
mas su enojo no osó salir al labio,
que ofender al amigo temió sabio.

ROMANCE

Tras de siete años de ausencia
en cautiverio crüel,
dulces playas de mi patria,
¡al fin os he vuelto a ver!
¡El cielo accedió a los votos
con que tanto importuné
su clemencia en el destierro!
Sobre un gallardo bajel
hendí esa mar que mi mente
con ansiosa languidez,
día a día atravesaba;
y libre en Sevilla entré.
Pero, ¿quién del hado pudo
presentir la injusta ley,
ni si en lo que más anhela
ansía un desastre o su bien?
¡Libertad, para apreciarte
cual mereces, preciso es
haberte una vez perdido!
¡Tú eres el segundo Edén,
a reemplazar destinado
el primero, cuando fiel
te comprenda el mundo y queme
veraz incienso doquier!
No obstante. yo, cuando llego
hoy a disfrutarte, ¡ay, me
hallo que mejor me fuera
aún en cadenas yacer!
¡Cuánta ilusión que en la angustia
firmeza inspiró a mi fe,
súbitamente, a mi arribo,
vi disiparse a mis pies!
Creí coronar mi frente
de guirnalda de placer,
y sólo un hueco fantasma
en mis brazos estreché.
Arrodillado en la playa,

aún no había impreso bien
mi ardiente beso en su arena
ni a la divina merced
acabado de dar gracias,
cuando ya una voz crüel
me advertía que en mi patria
iba un extranjero a ser.
Tú fuiste, querida madre,
el tierno objeto por quien
primeramente extrañando
tu tardanza pregunté.
¡Supe que ya no existías!
Pues no viéndome volver
con la triunfadora escuadra
que abatió el orgullo infiel,
ni hallando quien otra nueva
te diese, sino que fue
mi nave la que en Lepanto
con hazañas de más prez
de la Cruz honró la enseña,
hasta llegársela a ver
destrozando al enemigo
en su más denso tropel;
mas perdida entre la fuga
de la otomana altivez,
o se sumergió en las olas,
o ella sola del poder
quebrantado las venganzas
cautiva sufrió tal vez;
a tan funesta noticia
tu corazón que, después
de mi despedida, sólo
vertió lágrimas de hiel,
partióse y de consumirse
no cesó, con rapidez.
¡Ay, que bien te lo anunciaba
él mismo, cuando broquel
de hierro a mi pecho viste
a tus ruegos oponer,
cuando por volar en busca
de honroso marcial laurel,
sola y de arrimo privada
en Sevilla te dejé!

ROMANCE

Vuela, vuela, bajel mío,
puesto que tus velas hinche
ya un próspero viento y tiende
hermoso corcel las crines:
tu huella en el oceano
con polvo espumoso imprime

¡Pero perdóname, oh madre,
que expió sobrado bien
los destructores pesares
con que tu vida abrevié!
¿Qué es ya para mí Sevilla?
Apenas reconocer
la alegre Sirena puedo,
que entonces abandoné.
La tumba cobija o vagan,
de suerte varia a merced,
por los extranjeros climas
cuantos amigos amé.
Conrado no más subsiste,
de su número el más fiel,
a cuyos cuidados debo
que ya en ruínas no esté
la antigua mansión de un noble
linaje, que en mí a perder
va su vástago postrero,
con sobrada rapidez.
Y ¿qué diré de la ingrata,
mi amor desde la niñez,
de mi único amor, de Elvira,
astro de ventura que
en el cautiverio mío
me impidió desfallecer?
¡Mientras su memoria hacía
yo de mi angustia el sostén,
de un rival entre los brazos
olvidaba ella mi fe!
¿Qué vínculo, pues, ligarme
puede a una región do ayer,
antes de llegar, formaba
de dicha edificios cien,
y donde hoy sólo he encontrado
la más horrible aridez?
¡Ay, hierros que parecían
de insufrible pesadez
a mis locas ilusiones,
y tan contento dejé,
a oprimir los brazos míos,
llamados por mí, volved,
y tornando de esperanzas
a vivir, feliz seré! *

* De *Teudo o Memorias de un Solitario*.

¿Es un venturoso agüero?
 ¿Es verdad que más sutiles
 son los aires que respiro,
 / que esos bellos países
 que el sol poniente en las telas
 de su cortinaje finge,
 los reflejos me presentan
 de Jerusalén felice?
 ¿Es el Líbano ese monte;
 de Sarón son los confines
 los de ese esmaltado llano,
 que hondas barrancas dividen?
 Tal ilusión lo solemne
 del cuadro no contradice;
 antes cual feliz promesa
 de los cielos se concibe,
 sin duda ellos han querido
 que esta imagen se anticipe
 al alma, porque su anhelo
 religioso más avive.
 Pero de sus ilusorios,
 siempre cambiantes perfiles,
 a un cuadro más real la vista
 fascinada se dirige.
 Hacia el sur nos aparecen
 cual bellísimos jardines,
 las costas de Creta: ¡el turco
 el pie en ellas aún no imprime!
 ¡Cuán galanos se nos muestran
 de sus montes los declives,
 de vegetación frondosa
 cubiertos y ricas vides!
 ¡Cuán espumosos resaltan,
 cintas de plata movibles,
 sus mil arroyos, bajando
 a formar verdes tapices!
 Entre ellos nadar parecen,
 como blanquísimos cisnes,
 aquí y allí las mansiones
 de cien aldeas felices.
 Y sobre este panorama
 tan pomposo, con sus tintes
 de rósea nieve, hasta el cielo
 el Ida se alza y engríe,
 gozoso de verde padre
 de todo cuanto le ciñe,
 soberbio con sus recuerdos
 en remota edad sublime.
 Aquí, oh antigüedad, la cuna

de tu religión pusiste.
 Creta tuvo el privilegio
 de hacer sus reyes insignes
 los señores de la tierra,
 el Olimpo y cuanto existe.
 Aquí tuvieron Saturno
 y Jove sus fieras lides,
 de sospechar bien ajenos
 que un día ensueños febriles
 convirtiesen sus espadas
 en rayos que al orbe afligen.
 Minos vio premiar las leyes
 con que hacer logró felices
 a sus súbditos, pasando
 a ser el juez inflexible
 del infierno.— ¡En qué locuras
 de fuerza se precipite
 la mente humana que un faro
 sobrenatural no guíe!
 ¡Si al menos hubiese el hombre
 limitado sus deslices
 a tributar, ora al genio,
 ora a una virtud sublime,
 el culto que solamente
 de su gratitud exige
 el Hacedor verdadero!
 ¡Pero construir el crimen
 y los vicios en objetos
 de sus homenajes viles!
 ¡Diosa hacer a Pasifae;
 y en templos a la *Molicie*
 erigidos, darla un culto
 de que el pudor se horrorice!
 ¡Oh Dios!, ¿quién sino tú mismo
 pudo oponer recio dique
 a la corrupción del mundo
 y evitar su eterno eclipse?
 ¡Tú solo, que desde el tiempo
 primitivo electa stirpe
 de varones designaste
 para realizar tus fines!
 ¡En un rincón de la tierra
 ignoto la constituiste
 custodio de tu arca santa,
 hasta que su luz insigne,
 sobre el orbe delincuente,
 saliendo de allí a esparcirse,
 te hizo desarmar tu brazo
 con fe y penitencia humilde! *

* De *Teudo o Memorias de un Solitario*.

Hermógenes de Irisarri

Hermógenes de Irisarri nació en Santiago el 19 de abril de 1819, hijo del ilustre guatemalteco don Antonio José. Fue alumno del Instituto Nacional y discípulo de Bello. Alcanzó a figurar en el número de los colaboradores del *Semanario de Santiago* (1843), de *El Crepúsculo*, y luego contribuyó a las principales publicaciones literarias hasta su muerte, con producciones originales y con traducciones. En realidad se distinguió más como imitador de poesías extranjeras que como creador de vuelo propio. Sus producciones originales son generalmente de corte satírico y humorístico.

Cultivó con entusiasmo y grandes disposiciones el soneto, el metro sáfico-adónico y el romance, a ejemplo de los poetas españoles del siglo de oro, que había estudiado concienzudamente bajo la guía de Bello. Tradujo también algunas piezas teatrales, invitado por aquel mismo maestro, que recomendaba ese ejercicio a sus alumnos de literatura. No reunió en libro sus obras, que permanecen hasta hoy dispersas en las revistas de la época.

Murió en Santiago el 22 de julio de 1886.

PENSAMIENTOS

*A mi amigo D. J. V. L. **

CANTO SÁFICO

I

¡Bálsamo grato de las crudas penas,
dulce consuelo en mis amargas horas,
blando regalo de la mente mía,
ven, yo te imploro!

¡Grata Poesía, celestial encanto,
ven, y a mi ruego presurosa acorre,
ven a dictarme sonoros versos,
Musa querida!

Si el alma tiene que llorar sus cuitas,
si tiene el alma que cantar sus goces,
lágrimas tristes o sonrisa grata,
¡tú me las debes!

¡Ven, y ya sea que anegada en llanto
o que festiva te presentes hora,
siempre en buenahora, bien venida seas...,
quiero que vengas!

* Iniciales de don José Victorino Lastarria.

¡Ay que tu risa no se acuerda, oh Musa,
con el martirio que padece el alma,
ásperos, rudos, mis acentos fueran,
tibio mi canto!

Pero si mustia, taciturna influyes,
el estro mío se dilata y dócil
corre la pluma, y trazará sonoros
fáciles versos.

Si el alma inquieta, si doliente el cuerpo
lánguido tiendo sobre el triste lecho,
si sufro y lloro y padecer continuo
sólo es mi vida;

¿cómo pudiera deleitarme el canto,
los blandos sonos de acordada lira,
si son los ecos de felices horas
que ya pasaron?

¡Ven, pero tráeme tus dolientes ayes
y tus suspiros y tus quejas hondas;
y tus amargas y abundantes dame
lágrimas tiernas!

Y yo contento con tu don sagrado
mil y mil veces bendecirte pueda;
que es don del cielo el de llorar las cuitas
que se padecen.

II

¡Cuánto apetezco en la acallada noche
bajo las ramas del añoso sauce,
cuando la virgen de los aires, blanca,
pura se ostenta;

cuánto apetezco en el espacio inmenso
verla esparcir sus celestiales rayos,
y que su imagen pudorosa quiebren
aguas del río!

Pláceme ver el azulado cielo,
manto bordado de brillantes luces,
bóveda inmensa que jamás midieron
ojos humanos;

pláceme, sí, con penetrante vista
sondar su oscuro, su profundo arcano,
y adivinarle en mi febril deseo
límite fijo.

Lánzome así por la región del éter,
vago por medio de un millón de mundos,
mudo y absorto los contemplo y nada
sé que decirme.

Ellos son grandes, son inmensos mundos,
quizá habitados por las mismas almas
que aquí dejaron la pesada y dura
cárcel del cuerpo.

O en esos globos rutilantes miro
de ángeles bellos la mansión gloriosa,
bella, flotante, transparente y pura,
propia del ángel.

¡Cuántas ideas que expresar quisiera
vuelan y asaltan a la mente mía,
cuando contemplo maravillas tantas,
obras tan grandes!

Venga conmigo el obcecado ateo,
venga conmigo el obcecado y crea
que no es posible resistir cuando habla
Naturaleza;

venga y ya observe con la luz dudosa
de la plateada y vacilante estrella
o con el rojo y vigoroso rayo
del sol hermoso,

siempre a sus ojos brillará el potente
brazo que ordena creación tan vasta;
siempre a sus ojos brillará, en la viva
luz y en tinieblas.

Y el hombre, el hombre, el infeliz gusano,
te desconoce, criador supremo;
goza tu luz y tus tinieblas..., ¡nunca
date las gracias!

Yo, miserable, aunque doliente sufro,
a tí mis preces y mi canto envío:
llegue a tu trono mi loor y suba,
suba mi incienso.

Suba, que en tanto resignarme es justo
a lo que ordene tu querer divino...
¡Si tú que muera decretaste, venga,
llegue la muerte!

III

Limpia, tranquila, plateada luna,
dame tu suave, tu fulgor divino
y un rayo tuyo, penetrando el sauce,
hiera mi frente.

Húmedas nieblas que vagáis prendidas
de la insalubre líquida laguna,
en espirales como el humo al cielo,
pronto, alejaos.

Céfiro, dame tu suspiro errante,
dame tu aliento embalsamado y puro,
y que tus alas al pasar, mi rostro
diáfanas toquen.

Y si vosotras, misteriosas hadas,
voláis errantes por el aire vano,
no de mi sueño me saquéis con voces
desconocidas.

Amo en la luz y la quietud callada
de la serena y apacible noche,
dar a mi cuerpo y mis sentidos, libre
paz y descanso.

Amo el murmullo del arroyo limpio
que el césped riega en desigual corriente,
cuando con manso susurrar halaga,
frescas las flores.

Y amo el momento en que las flores bellas
tiernas cerrando tembloroso el cáliz,
vuela la tarde y al llegar la noche
sopla la brisa.

Y amo en la brisa respirar el suave
puro perfume que exhaláron ellas,
cuando les daba el primoroso y blando
último beso.

Es el momento en que reposa todo,
todo en silencio se sepulta y sombras;
horas de paz en que cansados duermen
cielos y tierra.

Que si a deshora en lontananza se oyen
vagos ladridos del mastín celoso,
que en el aprisco velador se hospeda,
eco les falta.

¡Nada!, el silencio, la oración, el sueño,
la paz, la calma sepulcral, las sombras,
formas sin cuerpo, sin color, sin voces...
¡Muerto está el mundo!

IV

¡Esta es la hora que a pensar me invita,
éste el momento en que morir debiera;
porque en el alma recogida bullen
santas ideas!

Llore angustiado y con zozobra espere
del duro trance aproximarse el tiempo

quien nada tenga que desear, quien nada
juzgue que falta.

Quien goce y viva de mundanos bienes,
quien cifre en ellos sus delicias todas,
quien tantas horas de ventura cuenta
cuantas son ellas.

Pero hay momentos en que abate al hombre
tanto el destino con sus rudos golpes,
que busca alivio en la futura calma
de la otra vida.

¡Cuando el momento de morir me llegue,
buenos amigos, un favor os pido:
templad acordes la sonora lira
juntos, y en torno

de aquel estrecho cabezal que ocupe,
unidos todos, con fervor sagrado
cantad al Dios de las bondades, bellos
sáficos himnos!

SOBERBIA, HUMILDAD

Vedle: es el hombre, en su ambición demente,
que el arduo arcano de la ciencia humana
toda una vida en apurar se afana,
con fatiga del cuerpo y de la mente.

¡Ya está el saber en él!, y lo que siente,
al contemplar su aspiración insana,
es que toda su ciencia es ciencia vana,
y a tierra torna la abatida frente.

Así la espiga, en su vital anhelo,
cuajarse siente el grano, y ya se empina
y recta sube en dirección al cielo,

sin pensar que a humillarla la avecina
su misma savia que fecunda el suelo...
¡y al propio peso la cabeza inclina!

DIALOGO

Luzbel:

Yo, el soberbio monarca del averno,
yo, me espacio en mi reino tenebroso;
¡ninguno como el mío es poderoso,
no hay ninguno más grande, más eterno!

Buscad de un corazón, allá en lo interno,
una imagen terrible, un son medroso
que súbito lo arredre: el temeroso
son es mi voz: la imagen, el infierno.

Yo enciendo las pasiones a mi antojo
en tu pecho, oh mortal; y tú ya cedés,
y no sabes que cedés a mi enojo.

Por doquiera que tienda yo mis redes
luto y llanto y dolor y odios arrojo.

Santa Teresa:

¡Desdichado de ti, que amar no puedes!

ANACREONTICA

Mucho hay, niña, de falso,
mucho la vista engaña:
jamás en apariencias
te duermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente el alma.
Tal en los altos Andes
se extiende un mar de plata,
que el hielo de la cima
prolonga hasta la falda;
pero arde allá en el centro
un mar de fuego y lava:
retiembla el monte, se abre
paso la ardiente entraña,
y luz esplendorosa
hasta los cielos lanza.
¡Yo así para cantarte
tengo de fuego el alma!

LA ESPAÑA EN EL SIGLO XV

"De Granada en las torres musulmanas
opaca brilla la menguada luna,
que ya cede al rigor de su fortuna
y al valor de las huestes castellanas.

Allende el mar están las caravanas,
la mezquita, el harén: ya es importuna
vuestra presencia aquí; la media luna
no se enhiesta do veis cruces cristianas."

Tal prorrumpe Isabel, y allá en la Vega
su ejército venció; y el mar profundo
surca su escuadra que feliz navega.

Y triunfante Isabel, sigue: "Difundo
mi cruz y mi poder: Colón que llega,
en cambio de mis joyas me da un mundo."

HIMNO A MARIA *

Madre de gozos y de amores madre,
hija y esposa del Señor, que albergue
halla en tu seno inmaculado y puro,
Virgen María.

¿Cuál hay más dulce que tu dulce nombre?
El tenue ruido que las hojas forman
allá en el bosque solitario y quieto
menos es blando.

Céfiro errante que el pensil halaga
y que columpia las dormidas flores
es de tu nombre en musical susurro,
débil remedo.

Tuyo es el nombre que el infante aprende
del casto labio de la madre amante,
grata palabra que repite ansioso
todo el que sufre.

Que ansias y penas en la vida un día
harto amargarón tu sensible pecho,
harto la espina del dolor conoces;
dél te apiadas.

Tú la conoces, y por eso, alzada
sobre tu trono de esplendentes nubes,
tú la demanda de favor acoges,
ruegas y alcanzas.

Tal poderío sólo a ti te es dado,
tanta ventura sólo tú la obtienes,
porque la madre de aquel Dios hecho hombre
fuiste tú sola.

Tuyo era el seno que exprimiera el niño,
néctar y vida recibiendo a un tiempo,
tú de su andar y balbuciente labio
báculo y guía.

* De esta poesía conocemos dos versiones: la primera publicada en *La Revista de Santiago*, 1851, y la segunda en la *Revista de Artes y Letras*, t. XVII, 1890. Hemos copiado la segunda, que es póstuma, porque muestra muchas variantes de importancia. N. del R.

Lágrimas saltan de tus bellos ojos:
sueñas perdido al inexperto Infante,
lo hallas, y encuentras que en Sión conquista
públicos triunfos.

Brama más tarde el populacho airado...
No es el Infante quien te apena ahora,
pero es el hombre que a morir condenan,
y ése es tu hijo.

Por cada gota de divina sangre,
por cada espina que su frente clava,
tu alma en el duelo se consume, y lloran
sangre tus ojos.

Y a ti se vuelve tu Jesús amado,
y a su discípulo adorado dice:
"Tú por mi madre velarás, Juan mío,
que ella es tu madre."

Madre de Cristo y de los hombres madre,
tú, la esperanza del perdido humano,
tú, que lo llevas al deseado puerto,
faro luciente.

Dulce consuelo de indigencia triste,
tú, que en el alma del dormido Niño
castos deliquios de venturas vuelves,
sueños y glorias;

tú eres el lirio del oculto valle
que nace y crece en ignorado sitio
y que más blanco que la nieve andina
alza la frente.

Tú eres la palma del desierto estivo,
bajo tu sombra el caminante duerme;
tú, de esta tierra abrasadora y seca,
puro rocío.

Son también tuyos los honores, tuyos
templos y ritos, y el incienso sacro
que en varios giros de olorosas ondas
sube a encontrarte.

Tuyo es el trino de canoras aves,
tuyas las flores que los campos crían,
que de tus aras el camino todas,
todas lo saben.

Huella tu planta a la serpiente el cuello,
el mal se acaba y nuestra paz renace
y al despertarte de esta vida, en otra
hallas un trono.

Hallas un trono do del sol vestida,
calza tus plantas la creciente luna
y el claro manto de estrelladas luces
tiendes al globo.

El me cobije si a cantar me atrevo
tus alabanzas, y mi canto, ¡oh Virgen!,
haz que a ti suba como al sol se encumbra
águila altiva.

Vuelve hacia mí tus divinales ojos,
un pensamiento de perdón me envía
y haz que en la altura tu potente diestra
brille en mi amparo.

LAGRIMAS

Nace a la vida el inocente niño,
y al mundo viene en lágrimas deshecho:
el lácteo jugo del turgente pecho
con llanto pide al maternal cariño.

Más blanca y pura su alma que el armiño,
crece al abrigo del paterno techo;
y a la burla del mundo, y al despecho
su llanto brota en turbio desaliño.

¡Llorar para existir, ésa es la cuna!...
¡Y llorando vivir, ésa es la suerte!...
¡Y a los seres llorar que amamos tanto!...

Si no es dado aspirar a otra fortuna,
esa tumba que me abra a mí la muerte,
vengan los míos a regarla en llanto.

Manuel Blanco Cuartín

Manuel Blanco Cuartín nació en Santiago en 1822, hijo de don Ventura Blanco Encalada. A los diez años de edad fue matriculado en el Instituto Nacional para cursar las humanidades. Terminadas éstas, fue su intención estudiar medicina, y alcanzó a inscribirse en las clases correspondientes, que hubo de abandonar por haber comenzado a pronunciarse en él la sordera.

En plena juventud le llevó al periodismo la necesidad de allegar recursos al hogar, arruinado por la derrota de los pipiolsos en Lircay. Es fama que en *El Mosaico* redactaba cuanto se imprimía, dando muestras de una

asombrosa variedad de ingenio y de lecturas. Más adelante fue redactor de *La Voz de Chile* y de *El Independiente*. En 1866 ingresó a la redacción de *El Mercurio*, que ejerció ininterrumpidamente durante veinte años. En 1886 el diario en que había servido cuatro lustros le acordó *motu proprio* una honrosa jubilación. Como periodista es el maestro indisputable de varias generaciones por el ejercicio cotidiano de la redacción en el diario porteño.

Podría temerse por ello que no fuese la poesía la más frecuentada de sus especialidades; pero en Blanco Cuartín se dio la dualidad de funciones a lo largo de la mayor parte de su vida. Publicó muchos versos, tanto de broma como serios, y en 1859 inició la recopilación de ellos en una serie que se quedó interrumpida.

Blanco Cuartín no sobrevivió mucho al descanso que se le había otorgado en sus absorbentes tareas periodísticas. Preparaba unas memorias de su vida, en las cuales hacía justicia a muchos hombres que le habían zaherido, pero un incendio quemó sus manuscritos.

Falleció en Santiago, el 26 de marzo de 1890.

LA TARDE

¡Qué bella está la tarde! ¡Cuán hermosa
transparentan las nubes la alba luna!
¡Y cómo entre las aguas cristalinas
su vaporosa frente se dibuja!

Con su luz melancólica, la altiva
del astro-rey desde el ocaso lucha,
y en el callado valle entrambas forman
leves cortinas de cambiante bruma.

¿Veis aquel cisne de nevado cuello,
de ojo amoroso y argentada pluma,
que grave corresponde las caricias
que le prodiga la volátil turba?

Su lecho son las aguas; los testigos
de la tierna pasión en que se inunda,
los cielos y las linfas que desatan
por entre flores la blanquizca espuma.

Absorto en el concierto de las aves,
que dulcísimos cánticos modulan
al compás de los céfiros alados
que entre las cañas con placer susurran,

contemplo el sol que se hunde al horizonte
entre vapores de fulgente púrpura,
y dora con sus rayos postrimeros
la frente de cristal de la laguna.

¡Qué bella es la creación! ¡Cómo se expande
al contemplarla la razón adusta!
Y cómo el corazón, de puro gozo,
se desborda si a Dios en ella busca.

Las serranías con su inmensa mole
que nuestra mente sin querer abruma;
los mares con sus olas y sus vientos
que en horroroso espanto nos sepultan;

las fieras, los reptiles venenosos
que rechazan la vista y nos asustan;
y los bosques, abismos, cataratas
que el terror y el encanto se disputan,

los contempla mi espíritu a estas horas
y sereno y confiado los estudia,
los interroga y con su vista sola
mis pesares disípanse y mis dudas.

La voz de Dios a las sonantes playas
el mar envía en la rizada espuma,
y por valles y montes fragorosos
la misma dulce voz fácil circula.

¡Y quién podrá abrigar, Dios sempiterno,
en este instante la más leve duda
sobre tu ser, tu esencia y tus designios,
sin que tu voz tonante lo confunda!

El que vive a las plantas de un tirano,
que, despiadado, su miseria insulta,
y paga con injurias las caricias
del que rastrero su poder adula:

el que pasa su vida en los deleites
que enervan y aletargan su alma impura;
el que trafica con su honor y vende
la generosa mano que le ayuda,

esos pueden dudar de tu existencia,
ser infinito, de potencia suma,
mas el que tiene corazón poeta
jamás de tu grandeza, impío, duda.

AL BORDE DEL SEPULCRO

¡Sombra querida! que, doquiera arrastro
mis vacilantes pasos, vas conmigo;
sombra, que fuiste de mi vida el astro
que, aún apagado, con amor persigo;

¡visión celeste!, ¡sombra idolatrada!,
permite a mi laúd este lamento,

voz interior de lágrimas cuajada,
grito desgarrador del sentimiento.

Si no lanzara este afligido canto,
mi corazón de pena estallaría;
ni, ¿para qué sirviera la poesía,
que es todo amor y música del llanto?

Una a una recorro en mi memoria
las fases de mi mísera existencia,
y en todas ellas eres tú mi gloria,
mi luz, mi numen, mi vital esencia.

Cuando apenas contaba yo veinte años,
y era ya presa de feroz tortura,
de precoces, horribles desengaños,
de irreparable y negra desventura,

quiso Dios colocarte en mi camino;
y cual viajero que sediento vaga
y se encuentra un arroyo cristalino,
así te hallé yo a ti, divina maga.

¡Qué hermosa estabas, ¡ay!, en ese día
que pude hablarte por la vez primera!
Lo recuerdo temblando todavía,
como si, ayer no más, feliz, te viera.

¡Qué rostro aquel tan bello! La azucena
pudo envidiar tu cutis nacarado,
y tu boca, de mil encantos llena,
desafiar al clavel más bien pintado.

Profusa, suave y negra cabellera
bañaba tus espaldas y tu seno,
como impidiendo que mortal cualquiera
impuro te infiltrase su veneno.

En tu frente marmórea ya se vía
impreso el sello del fatal destino,
algo como un letrero que decía:
"Nació este ángel bajo airado sino."

¡Y tu mirar! ¡Aquel mirar süave,
aquellos ojos de tan dulce efluvio,
verdes como las aguas del Danubio,
de tu alma generosa eran la llave!

¡Qué de goces leí yo en esos ojos!
¡Cuánta esperanza y célicos consuelos!
¡Qué de tiernos afanes y desvelos!
¡Qué de infinitos poéticos antojos!

Perdóname, amor mío, si recuerdo
tu hermosura, tu gracia y gentileza

hoy que la vida por instantes pierdo,
y veo abrirse para mí la huesa.

Todo fue amarme tú, y potente rayo
de inspiración bañó mi ser entero,
a la pereza y al letal desmayo
sucedió el pensamiento grave y fiero.

Conocí que era hombre y en mi frente
el arpa se anidaba del poeta;
que en mi pecho vivía una alma ardiente,
a todo arranque del amor sujeta.

Con tus consejos me hice literato;
a tu sombra canté con voz robusta
al arte y a la ciencia y a la augusta
verdad que huye del mundano trato.

Canté al placer en apacibles sonos,
a la ternura maternal y al llanto
que une dos sensibles corazones
como dos notas de celeste canto.

Mi gloria de escritor te pertenece,
es tuyo mi saber, tuya mi pluma,
todo lo que en mí halaga y entenece;
todo cuanto yo valgo es tuyo en suma.

¡Mas, ¡ay!, todo voló con tu alma bella!
¡Todo desapareció como un celaje!
¡Adiós, de mi existir radiante estrella!
¡Adiós, del cielo espléndido miraje!

¿Qué es ya mi vida sino cruel martirio,
expiación horrorosa del pasado,
abrumador, fantástico delirio,
un infierno de penas abreviado?

Y en medio del horror de mi existencia
mi padecer gozoso lo bendigo,
porque sufro por ti tanta dolencia
y espero al fin el reposar contigo

en esa vida que se llama cielo
y mansión es de la inmortal ventura.
¡Ah! ¡Si yo no esperara este consuelo
moriría en la rabia y la locura!

¡Sombra querida!, guíame entretanto;
aliéntame a morir como moriste,
dame el valor aquel con que opusiste
robusto pecho a tu mortal quebranto;

y cuando vaya mi postrer aliento
a lanzar, sollozando de tristeza,
que vea yo tu imagen un momento
para morir sin miedo ni flaqueza.

Eusebio Lillo

Nació en Santiago el 14 de agosto de 1826 y estudió en el Instituto Nacional entre 1841 y 1846, con la intención de seguir la carrera de leyes, que no prosiguió. Fue oficial del Ministerio del Interior desde 1846 y de la Oficina de Estadística dos años después. Entretanto, ya se había dado a conocer como versificador en las aulas del Instituto, con risueños epigramas sobre sus maestros y compañeros, y como periodista en *El Siglo*, *El Entre-acto*, *La Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, *El Mosaico*, *El Tiempo*, la *Revista de Santiago* y *El Progreso*. A los veinticuatro años, fogueado ya como periodista, pasó a publicar su propia hoja, *El Amigo del Pueblo*, y en seguida *La Barra*. Las dos publicaciones fueron revolucionarias, y la segunda suspendida por el estado de sitio decretado en el mes de noviembre de 1850.

Lillo había ayudado a Francisco Bilbao en la organización de la Sociedad de la Igualdad, y con motivo del estado de sitio ya recordado, fue detenido y relegado a Chiloé. Pronto regresó al norte del país, y burlando la vigilancia policial pudo asistir al motín del 20 de abril de 1851. Para evitar el rigor de la justicia hubo de huir y esconderse, a pesar de lo cual se le juzgó y, en ausencia, resultó condenado a muerte. Fue entonces clandestinamente al Perú, pero estaba otra vez de regreso en Chile a tiempo para asistir a la batalla de Loncomilla, en diciembre de 1851.

Consta que en 1853 estaba de nuevo en Santiago, tolerado por la policía; pero en lugar de volver a la política dedicó su tiempo a las letras, colaborando en *El Museo* y luego en la *Revista de Santiago* (segunda época, 1855). Salió de Chile en 1859 y permaneció en Lima hasta 1861, fecha en la cual retorna para ser colaborador de *El Correo Literario* y redactor de *La Patria*, diario fundado en 1863 por Isidoro Errázuriz.

Hacia esta fecha entró en relaciones con el notable hombre de empresa norteamericano Henry Meiggs, y en su representación se fue a Bolivia. A fines de enero de 1867 el gobierno boliviano decretó en favor de Lillo el privilegio para establecer el Banco Boliviano de emisión, descuentos y préstamos. Vuelto a Chile, no se le ve figurar en nada durante varios años, hasta que con ocasión de la Guerra del Pacífico el gobierno le confió una serie de misiones de gran responsabilidad, que habrían tenido como fin apartar de la guerra a Bolivia. También fue jefe político de Tacna.

Figuró de nuevo en política, aunque por poco tiempo, cuando el Presidente Balmaceda le designó Ministro del Interior al inaugurar su administración (1886). En el período presidencial de Balmaceda hizo su único viaje a Europa. Durante la guerra civil de 1891 su intervención más de una vez fue solicitada para poner término al conflicto, pero las gestiones no prosperaron. Su adhesión a Balmaceda quedó de manifiesto cuando éste,

habiendo decidido suicidarse, le confió la publicación de los documentos políticos e íntimos que había elaborado en sus últimas horas.

Falleció en Santiago el 8 de julio de 1910.

Cuando Lillo murió no se había publicado en libro su producción literaria, y sólo en 1923 se llenó este vacío con la publicación del volumen titulado *Poesías*, que lleva introducción biográfica firmada por don Carlos Silva Vildósola. Esta colección fue grandemente acrecentada por nosotros con diversas composiciones, en *Obras poéticas*, libro editado en 1948 por la Sociedad de Escritores de Chile.

Referencias:

Alfonso, Paulino: *Eusebio Lillo, en Revista Chilena*, Santiago, 1922, núm. LVI, p. 59.

Amunátegui, M. L. y G. V.: *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos*, Santiago, 1861.

Echeverría y Reyes, Aníbal, y Agustín Cannobbio G.: *La Canción Nacional de Chile*, Valparaíso, 1904.

LA MORIBUNDA

- Madre.* Ve a asomarte a la ventana,
Hija mía... ¿Quién golpea?
- Hija.* Madre, es el aura liviana
que en la noche se recrea.
- Madre.* No..., escuchad..., ese otro ruido
que en mis cortinas azota...
Por esa vidriera rota
se ha deslizado un gemido.
- Hija.* Es un sueño, madre mía,
una vigilia de duelo.
Es sólo la fantasía...
Madre, dormid, que yo velo...
- Madre.* ¿Oís ese acento vano?...
- Hija.* Es un murmullo suave...
Es el ruido de alguna ave
que cruza el aire liviano...
- Madre.* Es muy dulce.
- Hija.* Pudo ser
alguna aura pasajera
que me avisó a la vidriera
que el alba va a aparecer.

.....

Madre. Un beso dadme, hija mía...
¿Oís pronunciar mi nombre?
Hija. No, madre.
Madre. No es voz de un hombre:
es otra dulce armonía...

¡Oh!, me llaman, hija..., ¡adiós!
Quitadme este negro velo
que me cubre... Para vos...,
mi bendición en el suelo.

Hija. Dejad esa fantasía,
dormid mientras velo yo...
¿No respondéis?... Se durmió...
Dormid en paz, ¡madre mía!

PLEGARIA

Yo te contemplo, luna, brillando majestuosa
con esa lumbre pálida, tan grata al corazón:
eres la blanca maga, la virgen misteriosa
que reina en la azulada y espléndida región.

En la serena noche, detrás de las montañas,
se eleva, blanca luna, tu pálido fanal:
con tus brillantes rayos cielos y tierras bañas
bordando con estrellas tu manto virginal.

Tal vez en este instante tu lumbre, luna amiga,
baña el divino rostro de mi adorado bien:
tal vez la suave llama que dentro el alma abriga
sus expresivos ojos revelándola estén.

Derrama tu luz pura sobre su blanca frente,
busca de sus miradas el mágico esplendor,
y de sus bellos ojos en la expresión ardiente
dime si habrá firmeza tanta como hay amor.

Siempre tu luz primera risueño he saludado
cuando serena vienes la tierra a consolar;
y de ese amor, oh luna, que el alma ha desgarrado,
tan sólo a ti he confiado recóndito el pesar.

Mi dolor te acompaña al seno de las nubes
que en noches tempestuosas empañan tu esplendor,
y mis ojos te siguen con amor cuando subes
del Andes a los cielos derramando tu albor.

Mientras sigues enviando la luz y la alegría
me arrastra hacia la tumba la mano del pesar,

y me verás, amiga, desaparecer un día
como nave en las olas de borrascoso mar.

Consuelo de mis penas, en mi última plegaria
como una fiel amiga te pediré un favor:
si mi amante viniese penosa y solitaria
a llorar en mi tumba su malogrado amor;

si buscase en las sombras mi losa abandonada
bajo el ciprés marchito, bajo la tosca cruz,
arroja, bella luna, si ves a mi adorada,
sobre mi tumba un rayo de tu serena luz.

EL POETA Y EL VULGO

Al altanero y encumbrado pino
preguntó un día la rastrera grama:
—¿Por qué tan orgulloso alzas tu rama
cuando no alfombras como yo el camino?

Y él respondió: —Yo doy al peregrino
sombra cuando su luz el sol derrama,
y cobijo tus flores cuando brama
el ronco y desatado torbellino.

Así el vulgo al poeta gritó un día:
—¿Por qué miráis indiferente el suelo?
¿Qué hacéis? ¿Quién sois? —Y el bardo respondía:

—Soy más que vos, porque tal vez recelo
que sólo de mi canto a la armonía
comprendéis que hay un Dios y que hay un cielo.

SONETO

Fugaces brisas de la fresca tarde
que dais mil besos a la flor naciente;
hijas mimadas del verano ardiente,
si de sentir y amar hacéis alarde,

ved a ese junco que dobló cobarde
sobre la onda fugaz su esbelta frente,
mientras resbala la ligera fuente
burlando al triste que en amores arde.

Vedlo y ligeras detened un tanto
de esa fuente fugaz la vaga huella,
que si la flor al contemplar su encanto

con su alba frente la corriente sella,
siempre a vosotras alzaré mi canto,
que ese junco soy yo, la fuente es ella.

RECUERDOS DE SANTIAGO

Bella, tranquila, joven e indolente
sobre la verde alfombra de tu llano,
apoyada en el Andes al oriente
y mirando risueña al occidente
los limpios horizontes del oceano:

allí estás como altiva soberana
de aquel valle gentil que te circunda,
tu ropaje real mostrando ufana,
cuando la primavera te engalana
y de flores bellísimas te inunda.

Bella ciudad para el amor creada,
de cielo claro y perfumadas brisas,
que encierras con orgullo en tu morada
mujeres de purísimas sonrisas,
de blanca tez y celestial mirada.

Lejos me hallo de ti, mas nunca olvido
tus imánicos goces, y en mi anhelo,
a tu regazo maternal, querido,
de mis recuerdos en las alas vuelo
con el amor del ave por su nido;

y entonces vuelvo a verte y me imagino
bajo tu sombra plácida y serena,
cual fatigado, errante peregrino,
que tras penoso y frígido camino
halla el hogar que abandonó con pena.

Ciudad gentil de mi niñez, tu espalda
reclinas de los Andes en la falda,
mientras el aura que tu frente orea
cruza el verde pensil que te rodea
como espléndido manto de esmeralda.

En caprichosas, fáciles veredas,
calma te ofrecen, sombras y frescura,
tus frondosas y altivas alamedas,
para que dulcemente dormir puedas
de los rigores del calor segura.

Suelto en fugaz y límpida cascada,
Mapocho de los Andes se desprende
como senda ondulosa y plateada,
y por tu valle con amor se extiende
donde la flor le espera perfumada;

y acaso cuando rápido y risueño
pasa cerca de ti, ciudad hermosa,
teme turbar la calma de tu sueño
y su murmurio imita, en dulce empeño,
nota fugaz, sentida y armoniosa.

Bella es también la bóveda estrellada
que te cubre azulada y transparente,
tan pura, tan serena, tan calmada,
que a veces piensa sorprender la mente
el interior de la eternal morada.

Aún recuerdo esas noches del estío
embalsamadas por tus flores bellas,
húmedas con las aguas de tu río,
que lentas van por reflejar en ellas
de tu cielo el espléndido atavío.

Yo bien sé los influjos de ese cielo,
cuando bañado por la hermosa luna
vierte en el corazón grato consuelo,
y huyen pesares, dudas y recelo
como huye ante la luz sombra importuna.

¡Noches de grata paz y de ventura!
¡Noches que inspiran voluptuosa calma!
En ellas, como flor sencilla y pura
que abre su seno al sol, se entrega el alma
al amor, a la fe y a la ternura.

Entonces el encanto nos domina
del sentimiento con poder extraño,
el amor nos absorbe y nos fascina,
y ciegos la mujer nos encamina
acaso por la senda del engaño...

Noches encantadoras de Santiago,
hoy que en el corazón reina la calma,
de aquellas horas de mentido halago,
en el recuerdo fugitivo y vago
melancólico encanto encuentra el alma.

Bella y gentil ciudad, en tu morada
tengo un recuerdo doloroso y santo:
allí en paz duermen en la tumba helada,
donde hoy no puedo derramar mi llanto,
mi padre aún joven y mi madre amada.

Y mientras lejos de tu suelo, errante,
tristes los días de mi vida pierdo,
tal vez me aguarda la amistad constante
y acaso fiel un corazón amante
palpita alguna vez con mi recuerdo.

Verte deseo con afán, tu espalda
reclinando del Andes en la falda;
y en tanto el aura que tu frente oreo
cruza el verde pensil que te rodea
como espléndido manto de esmeralda.

INVIERNO

Oscuras sombras la estación de hielo
pintó del suave otoño en el paisaje;
desnudo el árbol de su hermoso traje,
ve su corona de hojas por el suelo.

El ave sorprendida, alzando el vuelo,
hacia templado clima emprende el viaje;
donde brillaba límpido celaje,
amenazante nube ostenta el cielo.

De su esplendor a tu presencia ruda
el valle se despoja con espanto,
cuando inclemente la natura invades.

Sólo el Andes risueño te saluda,
pues recibe de ti nevado manto
y corona de rojas tempestades.

DESEOS

Si fuera yo la brisa pasajera,
aliento perfumado de las flores,
enredado en tu suelta cabellera
murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
entre las flores del jardín ameno,
verme por ti del tallo desprendida
y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbría
de blanca luz, de límpidos destellos,
amoroso mi luz reflejaría
en ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
que conmoviera al orbe en un instante,
desdeñaría de ocupar el mundo
por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado
de melodiosa y fácil armonía,
sentirme en tu memoria conservado
y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina
para halagarte con murmullo leve,
reflejar tu hermosura peregrina
y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera, de mágicos encantos,
siempre girando amante en tu presencia,
te ofrecería en armoniosos cantos
mi libertad, mi amor y mi existencia.

Si fuera un Dios, dichoso te entregara
mi poder, mi existencia y mi albedrío,
y la morada celestial trocara
por un instante de tu amor, bien mío.

Mas, ¡ay de mí, que en mi amoroso empeño,
cuando ardoroso el corazón delira,
sólo puedo ofrecerte, dulce dueño,
mi tierno amor y mi modesta lira!

José Antonio Torres

José Antonio Torres nació en Valdivia en 1828 y se educó en el Instituto Nacional de Santiago. Ya a los veinte años era uno de los redactores de *El Mercurio* de Valparaíso, en donde ha dejado una galería de artículos de costumbres firmados con el seudónimo *Bálsamo*. Escribió también en *El Progreso* de Santiago (1852), y en 1858 editó *El Correo Literario*, revista que dio a conocer varios talentos nuevos. Después de haber permanecido algún tiempo en el Perú, entró a la redacción de *La Unión Liberal* de Valparaíso (1862).

Escribió novelas, artículos costumbristas, siluetas biográficas de oradores chilenos y una infinidad de artículos políticos. En poesía se distingue en la cuerda narrativa y en la satírica.

Falleció en Santiago en 1864.

CONFESION DE UNA SEÑORA MAYOR

—Me acuso, Padre, que un día
por las Delicias paseando
me iba absorta recreando
en un joven que venía
sus bigotes enroscando.
Y al pasar tan a su orilla
los ojos se me inflamaron,
y, ¡ay mi Padre!, me asaltaron
tentaciones de chiquilla.

—Eso, hermana, no es gran cosa,
que a nadie dañan sonrojos
cuando están muertos los ojos
y la frente está rugosa.

—Yo como soy tan cristiana
y ya cuento algunos años,
miré como cosa vana
que a un joven diese la gana
de causarme desengaños.
Mas se cayó mi mantilla
y al pasarla él diligente...
me cruzaron por la mente
tentaciones de chiquilla.

—Que usted tenga tentaciones
tampoco a ninguno daña,
y nadie hoy día se engaña
con las *viejas*... ilusiones.

—En la noche volví a hallarlo,
pues a un baile entramos juntos,
y mis ojos al mirarlo
sin que pudiera estorbarlo
se me quedaron difuntos.
Mas luego tras de mi silla
vino a pararse el malvado,
y tuve, al verlo a mi lado...
tentaciones de chiquilla.

—Eso, hermana, no la aflija
que ya no es usted chicuela,
y nadie temple vihuela
que le faltan las clavijas.

—El con semblante muy terco
cada vez más se llegaba,
y al ver que yo lo notaba
y no le decía "puerco",
y del asiento zafaba,
me hizo el pícaro cosquillas
y aunque firme me mantuve...
me acuso, Padre, que tuve
tentaciones de chiquilla.

—Eso, en verdad, no es tan casto
ni digno de una cristiana,
que eso es ya tocar, hermana,
la vihuela por el trasto.

—De ahí a poco a convidarme
a bailar cuadrillas vino;
pretendí en vano excusarme,
que él empezó a cargosearme
de un modo tan dulce y fino...
Bailamos, pues, la cuadrilla
y al hacer *sansimoniana*,
¡ay Padre!, me vino gana...
de volverme una chiquilla.

—Perdió usted su salvación
y el mozo ganó el infierno;
él, por hacerse el tierno,
y usted, por la tentación.

A UNA VIEJA BAILANDO

Salta otra vez, vieja mía;
¡Jesús!, ¡qué lindo! ¡Otra vez!
Esto es gozar a porfía.
¡Qué donaire!, ¡qué armonía!
¡Se ha vuelto el mundo al revés!

La juventud tiene penas,
tiene cansancio y fastidio;
la vejez, horas serenas
de encanto y delicias llenas.
¡Oh vejez, cómo te envidio!

Bien, viejita; ¡peregrina
tu cintura!, ¡vale un sol!
Cuando tu talla se empina
no hay como tú bailarina
en todo el mundo español.

¡Con qué soltura se mueve
tu pie al hacer la cabriola!
¡Vamos!, ¡si sobre ti llueve
su gracia Dios!, no hay manola
de más zandunga y más leve.

¡Y que digan que los años
son graves y son pesados,
y que tiene desengaños
y días tristes, cansados,
la vejez!... Necios engaños.

Sigue, viejita, bailando
y admire al mundo tu gracia...
Mas; ¡ay!, te vas desarmando...,
las fuerzas te van faltando
y desfalleces... ¡Desgracia!

Guillermo Matta

Guillermo Matta nació en Copiapó en 1829. Inició sus estudios en el Instituto Nacional y los completó en Alemania. A su vuelta a Chile dedicóse a la vez a la poesía y a la política. A los treinta años fue procesado y condenado a muerte, pero vio conmutada la pena por la de destierro, que le llevó nuevamente a Europa. Residió algún tiempo en España y fue colaborador de *La América* de Madrid.

En 1862 regresó favorecido por la amnistía; en 1864 la Facultad de Filosofía y Humanidades le hizo su miembro. En 1870 fue elegido diputado por Ancud. En 1875 fue nombrado Intendente de Atacama. En 1882 aceptó el cargo de Ministro de Chile en Alemania, y luego desempeñó cargo idéntico en Italia.

A poco de volver a Chile, en 1887, fue nombrado Ministro en Buenos Aires y Montevideo. Al estallar la revolución de 1891, renunció y ayudó activamente a la causa del Congreso. De regreso a Chile, fue nombrado Intendente de Concepción. En 1894 la provincia de Atacama le confió mandato en el Senado. Era senador cuando falleció.

Murió en Santiago en 27 de enero de 1899.

Obras poéticas:

Cuentos en verso. Santiago, 1853.

Poesías. Madrid 1858. Dos volúmenes.

Nuevas Poesías. Leipzig, 1887. Dos volúmenes.

Informaciones:

Poesías de D. Guillermo Matta, por J. Blest Gana, en *La Semana*, agosto de 1859, núms. 12 y 13.

Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos, por M. L. y G. V. Amunátegui. Santiago, 1861. Ver p. 356.

Ensayos biográficos, por J. M. Torres Caicedo. París, 1863. T. II.

Meditando, por Eugenio María de Hostos. París, 1909. Ver p. 173.

Don Guillermo Matta. Apuntes, por E. Lamas García, en *Revista de Chile*, 1899, t. II, p. 97.

Los líricos y los épicos, por M. L. Rocuant. Madrid, s. a.

HORA

Cuando el crepúsculo vago
extiende en los horizontes,
banda que ciñe a Santiago
orillando opuestos montes,

cuando todos anhelantes
corren en pos del placer,
yo en ver tus ojos amantes
cifro mi dicha, mujer.

¿Qué me importa esa infinita
multitud que cacarea,
que a ciegas se precipita
sin saber lo que desea,

que un altar hoy levantando
en él a un héroe coloca,

y que mañana insultando
su propia hechura derroca?

Y entre el ronco clamoreo
del apiñado gentío,
la mente turba el mareo,
prensa el alma intenso frío.

Sí, porque nada germina
en ese estéril terreno;
ninguna chispa divina
miro brotar de ese cieno.

Nada de grande, de noble,
se lee en ninguna frente;
acaso la envidia doble,
la corrupción insolente,

o la miseria escondiendo
un destrozado jirón,
y un amargo pan comiendo
debido a la compasión.

Pan que en lágrimas bañado
no le alcanza a alimentar,
que en odio y sangre amasado
puede en truenos reventar.

O más lejos adornada
camina con sus diamantes,
la mujer desvergonzada,
la mujer de mil amantes.

¡Oh!, más vale contemplarte
lejos de ese precipicio,
y poder sin mengua amarte
en ese charco de vicio.

Y olvidar con tu belleza
que me traza mi ideal,
el fastidio, la tristeza,
y el rostro feo del mal.

Y vayan otros buscando
engañosas ilusiones,
los monstruos alimentando
lo que ellos llaman pasiones.

O en pos de locas orgías
suelten el freno al destino,
haciendo las noches días,
ahogando a la mente en vino.

Que yo en estar a tu lado
hallo todo mi placer,

y tu rostro enamorado
me hace en un cielo creer.

Sí, yo en tus púdicos ojos
todos mis ensueños leo;
hallo todos mis antojos,
satisfago mis deseos.

Cada palabra es un canto
que yo en los míos repito;
eco melódico y santo
de otro concierto infinito.

Mírame, háblame, ¡bien mío!
De nuevas alas reviste
sin disgusto, sin hastío,
a esta alma huérfana y triste.

Porque en los perfumes de ella,
de tu alma que es una flor,
hallaré otra luz, mi estrella,
otros delirios, mi amor.

Yo quiero subir contigo
más allá de esta región,
que en vano aquí me fatigo
por hallar la inspiración.

Las flores del paraíso,
de los astros la armonía...
¡Amor de cielo es preciso
para cantarte, alma mía!

Y yo no tengo, ¡ay de mí!,
el arpa del rey-profeta...
¡Oh! Ven, sonríeme así,
y yo seré tu poeta.

Y tú serás, vida mía,
la que mis versos inspires.
Y la dulce poesía
estará donde tú mires.

¡Ángel de mis ilusiones!
¡Oasis de mi desierto!
Hay en nuestros corazones
una ilusión que no ha muerto.

SARCASMO

Vino, amor, alegría y abandono,
algazara, embriaguez y confusión.

Reíd, ¡oh!, sí; ¡bebed mientras entono
mi lúgubre canción!

Los bordes de la copa ornat de flores,
vuestros sueños con ella perfumad;
que su esencia embalsama los amores,
opio de la verdad.

¡Ea!, amigos, la dicha es una maga
que anhela los banquetes del placer;
el amor es un sol que no se apaga,
su foco es la mujer.

Vino, vino y escándalo, abandono,
algazara, embriaguez y confusión.
Reíd, ¡oh!, sí; ¡bebed mientras entono
mi lúgubre canción!

¡Qué! ¿Os asusta esa voz desconocida
que se mezcla a los cantos del festín?
¡Ay del necio placer! ¡Ay de la vida!
¿Quién conoce su fin?

¡Mentira! ¡Necedad! Y bien, ¿qué importa
entre tanto delirio una verdad?
En continuo festín la vida corta
es una eternidad.

Ese canto fatídico que llega
a interrumpir los cantos del amor,
en su plácida atmósfera se anega
y transforma su horror.

No haya miedo; cantad vuestras delicias.
Amigos, sin temor reíd, bebed,
y con besos y lúbricas caricias
ahogad la amante sed.

Un corazón ardiente necesita
inmensa luz, obstáculos, pasión;
una mujer que el imposible excita
y espacio a su ambición.

¿Por ventura esa voz desconocida
vuestra fiesta ha podido interrumpir?
Vivir gozando es emplear la vida;
lo demás es morir.

Vino, vino y escándalo, alegría;
olvido al porvenir, tregua al dolor.
¿En la manchada mesa de la orgía
puede haber una flor?

QUIEN ES ELLA

Es una sombra que doquier me sigue,
es una imagen que jamás se borra,
es un recuerdo delicioso y triste
que yo llevo esculpido en mi memoria.

Es un deseo que nació conmigo,
parte de mi alma que ella misma adora;
es de otra vida celestial y bella
fantasía tal vez, tal vez aroma.

Ese es el ángel que en la noche oscura
viene, tomando seductoras formas,
a acariciar mi frente con sus alas,
y con su beso a perfumar mi boca.

Esa es la voz que canta las canciones
que luego el alma estremecida entona;
voz inefable que en extraño ritmo
envuelve cadenciosas mis estrofas.

Esa es la risa que en los secos labios
como un reflejo de otra luz asoma,
y enjuga el llanto que a los ojos míos
dolor fatal del corazón arroja.

Esa es la estrella cuya luz divina
del mar enciende las oscuras olas,
y muestra lejos, pero hermosos siempre,
fértiles valles y gigantes rocas.

Es un deseo que nació conmigo,
es una imagen que jamás se borra,
es un recuerdo delicioso y triste,
parte de mi alma, que ella misma adora.

SOLEDADE

Amo la soledad como ama el cielo
el puro corazón de alma devota,
como el agua la flor que se marchita,
como el ave nocturna ama las sombras,
como ama sus ensueños el poeta
y el marino el balance de las olas.
Bosques inmensos, perfumados valles,
fuentes que saltan por estrechas rocas,
montes nevados que circundan nubes,
nubes que el sol a competencia adornan:
un risueño país, en donde el ojo
de todo abraza la diversa forma,
mi fantasía rápida bosqueja

y lo fija a la par que lo colora.
Luego el amor se acerca, y contemplando
entre un cerco de luz y otro de aroma,
del risueño país las bellas flores,
urnas de amor que se derraman solas,
con su rico pincel y firme mano
desparrama la luz, une la sombra,
y en medio de las flores aparece
forma adorada, aérea y luminosa.
Ya todo tiene voz, todo se anima.
El país antes mudo se transforma;
y hablan las aguas y murmura el aire
palabras inefables en las hojas.
De vapores de luz finos encajes
cuelgan del cielo, transparentes flotan,
imitan de la luna el rayo tenue
o el rosado matiz del alba copian.
¡Ella está allí! Su frente se ilumina
y sus negros cabellos que aprisionan
negras cintas, reflejan suaves tonos
y en las cintas de seda tejen otras...
Acercadme a esos ojos que mi sangre
hacen bullir intrépida y armónica,
como una ola de sonos que se quiebra
vibrando en ruidos sus acordes notas.
¡Oh!, dejadme enlazar esa cintura,
y apagar en los labios de esa boca
el deseo insaciable, el voluptuoso
rayo de amor que el corazón devora.
Vivir sólo es vivir cuando se ama,
y es el libro de otra alma la memoria,
y hay recuerdos que encanten los pesares
y el frío tedio de las lentas horas.
Vivir sólo es vivir tranquilamente,
sin relaciones frívolas y zonzas,
sin tener que ostentar falsa alegría
ni falsa fe de una creencia hipócrita.
Vivir sólo es vivir tranquilamente,
como una flor en retirada loma
purificando el alma en amor puro
y en el fuego de extáticas estrofas;
aquí sin importunos que me sitien,
sin que ninguna voluntad se oponga,
yo sacio mis miradas en las tuyas
y el supremo placer el alma goza.
Aquí sólo eres mía; aquí te trae
de mi espíritu audaz la fuerza propia,
y uniéndose contigo se levanta
al mundo de los sueños, de la gloria.

En vano rompe la ilusión el velo
de mi contemplación y se evapora.
Otro velo el amor de nuevo tiende;

gratos perfumes suavemente sopla,
y se eleva otra vez reanimada
de mi ensueño ideal la talla hermosa.
No, no quiero vivir de otra manera;
no, no quiero que mi alma se corrompa
lanzando a todo mar sus sentimientos
y a pies inicuos mis ideas todas.
¿Qué me dará la sociedad? Miserias,
soledad de amargura, si ruidosa,
invencible fastidio, eterno choque
entre dos creaciones que se odian...
No, no quiero vivir de otra manera:
¡vivir sólo es vivir cuando se adora!

LA TARDE

¡Qué cielo tan bello, qué tintes tan suaves!
Cambiantes de sombra, mosaico de luces;
guirnalda anudan rosados celajes
y sueltan vellones blanquísimas nubes.

Parece que rompen el lienzo del aire
cubriendo su masa de tenue vislumbre,
los montes excelsos que en fúnebres bases
apoyan sus cerros y afirman sus cumbres.

El río que en piedras deslinda su cauce
extiende y agrupa sus olas azules,
y empújanse recuas de yeguas a escape
botando la espuma que el choque produce.

¡Qué bien estos ruidos a mi alma le saben!
Las nubes se pinten, las aguas murmuren.
País de colores, dejad que me extasie...
Un mundo de artista mis ojos descubren.

Dejad que llegando la plácida tarde
con libres pulmones respire el salubre
aroma que el viento recoge del valle,
y en frescos espacios las auras sacuden.

Critique el tartufo y el clérigo rabie;
las almas que piensan, las almas que sufren,
en fúnebres templos no encuentran a nadie.
¡Lo que es infinito en cielos se busque!

¡Por eso a esta hora de redes infames
el alma divina la malla destruye,
y alegre batiendo las alas del ángel
por éxtasis vuela y en cánticos sube!

Quien piensa se eleva; quien goza decae;
feliz quien obtiene del alma el perfume;

felices los sabios, los sabios son grandes.
Que Dios y la ciencia se atraen y se unen.

Lo bello y lo eterno, gemelas verdades...
¡Comienza en Dios uno y el otro concluye!
Divina es la ciencia. divino es el arte...
Ensalcen sus almas los hombres que duden.

En esas alturas que engarzan gigantes
en picos de nieve cendales de nube,
el fuego que muda del orbe las fases
por antros ocultos voraz se difunde.

Dejad que sus nervios de flama se alarguen.
Por tubos de roca dejad que circule.
Mañana aparecen rubíes, diamantes,
y a pingües tesoros su rastro conduce.

Mañana en efluvios a quiebras salvajes
y a estériles tierras calor distribuye.
Y ciñe las cuestas de plantas audaces,
y enciende volcanes en áridas cumbres.

El fuego destruye y el fuego rehace;
del duro granito las masas que funde,
en manos del hombre y en manos del arte
son piedras que exhibe, son mármol que pule.

¿Quién cuenta del orbe las muertas edades?
¿Quién almas con almas enlaza y confunde?
El fuego que empapa las almas amantes,
el fuego que cifras en montes esculpe.

Así todo muere y así todo nace.
Así mueve mundos unánime empuje.
Y el perno en que gira la rueda inefable
amor, siempre dice, ya avance o recule.

Idioma que expresan en brisas las aves,
el agua en susurros variados y dulces;
en notas dispersas, los montes y valles,
en himnos callados, las almas que sufren.

Idioma del mundo, bendito lenguaje,
que en letras divinas los cielos traducen;
en mi alma esas letras por siempre se graben
y en ellas creencia mi mente se busque.

Lo bello y lo eterno, lo bueno, lo grande,
allí se alimenta y allí se fecunde;
y el arte que brota semillas vivaces
con agua las riegue que nunca se enturbie.

Vigor y energía, que el triunfo no es fácil;
la muerte que acecha, lo eterno descubre...
Quien ame y anhele, padezca y trabaje...
¡Así de la vida las leyes se cumplen!

NULIDAD

¡Ay!, de aquel cuya existencia
ningún aroma embalsama...
que no tiene una creencia,
que no llora, que no ama.
¡Ay!, de aquel cuya existencia
no ilumina alguna llama...

En silencioso egoísmo
ni las desgracias alivia,
ni le inflama el heroísmo;
y tan sólo su alma tibia
en silencioso egoísmo
se calienta en la lascivia.

¡Ah!, la vida sin amores
es un laúd sin sonido,
es un sol sin resplandores,
es un astro consumido.
¡Ah!, ¡la vida sin amores
es un insomnio de olvido!

ANHELO

En vano me agito, en vano;
cansado estoy de soñar.
¡No sacia el amor humano
la sed de vida que me impulsa a amar!

¡Dadme algo que se parezca
a lo que alcanzo a idear;
dadme algo que me engrandezca
y que con toda el alma pueda amar!

No deis un recinto estrecho
a mi eterno desear.
¡Aire a la mente y al pecho;
la inmensidad del arte para amar!

¡Yo poseer necesito,
yo necesito crear!
¡Dadme un amor infinito,
dadme un ser infinito para amar!

Y si al fin el arte alcanza
mi sed de vida a saciar,
¡en ti pongo mi esperanza,
poesía del arte, para amar!

El fuego interior atiza
y brote del puro hogar
la llama que inmortaliza,
y todo hace vivir, todo hace amar!

EN FLORENCIA

Cuando en la tarde, como las aves,
cruzan el valle sonoras auras,
yo las respiro, mirando al Arno,
¡y recuerdo a mi patria!

¡Ay! los aromas que ellas me traen,
¡ay! los contornos de esas montañas
y los celajes que el Arno pintan,
¡me recuerdan mi patria!

Y hasta tus ojos cuando me miran,
y hasta tus labios cuando me hablan,
¡ay!, me recuerdan ojos y labios
¡que yo he amado en mi patria!

Cuna es Florencia de altos ingenios;
se la diría mente de Italia.
La amó Ferruccio, la cantó Dante;
¡yo amo y canto a mi patria!

Valles que brotan preciosas flores,
campos amenos que el Arno baña,
si admiro mucho vuestra belleza,
¡amo más a mi patria!

¡Ah!, no te esquivas a mis caricias,
¡ah!, no te enojas, linda italiana;
jamás olvida quien va proscrito,
¡lleva con él su patria!

Y donde llega pone su imagen,
y a donde mira refleja en su alma
lo que ha gozado, lo que ha sentido,
¡lo que ha amado en su patria!

Nina, perdona si soy ingrato.
Culpa a esos valles, culpa a esas auras,
que con su lengua de aroma y ruidos
¡me recuerdan la patria!

MUNDO EXTRAHUMANO

Yo estaba triste. En la arboleda umbría
sentado sobre un banco meditaba;
y de extraña aprensión la fantasía
sufría la violencia, ¡era su esclava!

Como niebla del fondo de un abismo
subía de mi alma extraño anhelo,

y yo mismo, perdíame en mí mismo,
ajeno al mundo, escéptico del cielo.

De repente, una luz brilló en la oscura
noche del bosque, susurró en las hojas;
y algo, como un acento de ternura,
sentía suspirar con mis congojas.

Dos sombras abrazadas me sonreían,
las sombras de mi madre y de mi hermano;
y las dos con amor me bendecían
extendiendo hacia mí piadosa mano.

Y yo en ellas absorto, en ellas fijo,
sentí, de pena, el corazón liviano.
¡Ama!, mi madre, al bendecirme, dijo.
¡Sufre!, dijo, imitándola, mi hermano.

PAISAJE NOCTURNO

La luna, misteriosa peregrina,
entre sombra y crepúsculo fulgura;
pálida tiembla en la montaña oscura
y blanca luz esparce en la colina.

En los valles profundos ilumina
flor naciente, hoja verde, roca dura;
y ángeles vuelan por el aura pura
y al alma arroba una visión divina.

¿Nuestras almas de tierra sus inquietas
zozobras con la luna satisfacen,
y las guía la atracción de los planetas?

¡Ah, locos sueños que en la mente nacen,
países que imaginan los poetas,
lunas perdidas que en su ocaso yacen!

ENTRE LOS DOS

Y bien; cierra la puerta: conversemos.
Siéntate aquí; muchísimo tenemos,
muchísimo que hablar.
Dos meses es ausencia y larga ausencia.
He aquí lo que ha sido mi existencia:
¡pensar, sentir, amar!

Vecino de esas cumbres majestuosas,
yo posaba mis huellas silenciosas
en su extraña región;

y al tender la mirada a las llanuras
ese aire que alborozaba en las alturas
hinchía el corazón.

Así, lejos del hombre, es más humana
la concepción del hombre. La cercana
cumbre infunde poder.
Y todo en su contagio de belleza
lucirá mejor y adquiere más grandeza:
todo cambia de ser.

Más tú me hacías falta. En vano abría
los ojos, contemplando; el alma mía
se escapaba de allí;
y el volcán y la cima atrás dejando,
como un ensueño rápido, volando,
venía en pos de ti.

Venía en pos de ti y aquí se entraba,
y buscando tus labios los besaba,
sedienta de tu amor.
Y cerrado ya el libro de los sabios,
de todo eran intérpretes los labios:
astro, montaña, flor.

Y tú, ¿me has recordado? ¿Me has sentido
a tu lado vivir? ¿Has tú vivido
esa vida ideal?
¿Esa vida de penas y de ausencia,
crisol en que se dobla la existencia,
celeste y terrenal?

¿Sonríes? ¿Te ruborizas? ¿No contestas?
Yo esperaba escuchar de tus respuestas:
¡Sí, eso he sentido; eso es!
¿Mas callas? Está bien, pongamos punto.
¡Dame un beso, otro más! ¡Lo que pregunto
me lo dirás después!

RIO ABAJO

Deja que en suave corriente
nos lleve el río; pensemos.
Haz que descansen los remos;
¡el alma no expresa, siente!

Mira hacia el ocaso, mira
cómo el crepúsculo rojo
forma y transforma, a su antojo,
ora un monte, ora una pira.

¡Cómo en colores se encienden!
Obras del arte rivales,

esos espléndido chales
que sobre el agua se extienden.

Fascinan con sus fulgores,
con sus diseños seducen.
Los relámpagos que lucen
dan viveza a los colores.

Nunca avaros mercaderes
tanta riqueza han soñado.
Nunca tanto lujo ha ornado
la espalda de las mujeres.

¡Activa naturaleza,
nada tus obras imita;
que tu forma es infinita
y múltiple tu belleza!

Y por eso mi alma ataja
secreta melancolía;
¡y en mundos de poesía
la agitada mente viaja!

Siga el bote a la corriente
que al deslizarse con calma,
la ilusión, dentro del alma,
divinos éxtasis miente.

EL DEDO DE LA MUJER

(V́ctor Hugo)

Dios, a la greda más fina
mezcla el mejor caolín,
y un lindo dije imagina
que a linda estatua da fin.

Esculpe una obra maestra:
el dedo de la mujer;
¡índice que el cielo muestra
y que lo ideal hace ver!

Dios lo pule, y con la tinta
del alba que ha hecho rayar,
la mórbida yema pinta
con la luz crepuscular.

Y le da la sombra suave
del velo, el dulce temblor
de la cuna, de astro y de ave
el donaire y el fulgor.

Y lo esculpe de tal suerte
que ostenta, como un primor,

lo tierno, siendo lo fuerte,
lo grande, siendo el candor.

Dios quiere que al mal asombre
y que traiga al bien en pos,
¡para que en él vea el hombre
más chico el dedo de Dios!

¡Y adorna la mano de Eva,
esa mano de bondad,
que ensueños y éxtasis lleva
a tu frente, humanidad!

¡Esa mano, que el camino
señala en lo porvenir,
y en la antorcha del destino
se ve trémula lucir!

En tu apoteosis gloriosa,
santa, púdica mujer,
no basta ser bondadosa,
ser bella no es todo ser:

¡es preciso amar! Todo ama:
el ave, la onda, la flor.
La gracia es sólo una llama,
la belleza un esplendor.

Eva, en dádiva propicia,
al formarte el Creador,
dio a tu mano la caricia,
¡y a la caricia, el amor!

Cuando obra tan de su gusto
vio Dios hecha, pensó así:

Lo lindo crea lo agosto;
¡satisfecho estoy de mí!

Y a los ángeles les dijo,
yéndose Dios: ¡contemplad!...
El diablo, de su escondrijo,
asoma en la obscuridad;

llega, riendo a la sordina,
velada en nubes la faz;
¡y al dedo, esa obra divina,
agrega la uña falaz!

Guillermo Blest Gana

Guillermo Blest Gana nació en Santiago el 28 de abril de 1829. Entró al Instituto Nacional en 1841 y debió interrumpir sus estudios para reponerse de una grave enfermedad. Fue entonces a Coquimbo, y de allí regresó con los originales de un libro de versos.

En 1856 se estableció en el Ecuador, y al año siguiente tornaba a Chile. En 1858 estrenó *La conjuración de Almagro* y *Lorenzo García*, piezas teatrales de las que la segunda se ha perdido. El mismo año fundó en Valparaíso la *Revista del Pacífico*, mientras la Facultad de Filosofía y Humanidades le llamaba a sus tareas.

En 1859, comprometido en una conjura política, fue desterrado, lo que le llevó a viajar por Europa, donde contrajo matrimonio. Regresó en 1863, favorecido por la amnistía, e inició la carrera administrativa como jefe de sección en el Ministerio de Hacienda. En 1864 fue nombrado secretario de la Legación de Chile en Buenos Aires. En 1869 regresó a Santiago y al Ministerio de Hacienda. Volvió a Buenos Aires, esta vez como Encargado de Negocios, y luego como Ministro, hasta 1876.

A su regreso a Chile, en ese año, fue designado Intendente de Aconcagua. En 1880 estaba en Santiago para ser redactor del *Diario Oficial*. En 1883 volvió a la diplomacia y fue Encargado de Negocios en el Perú, de donde retornó en 1884. En esta fecha fue nombrado oficial de registro civil de Valparaíso, cargo en el que permaneció hasta que en 1890 fue nombrado Intendente de Atacama y luego de Tacna. El triunfo del Congreso le fue adverso, y quedó cesante hasta 1894, año en que se le designó Intendente de Linares. En 1904 se le concedió la jubilación.

Disfrutó de ella poco tiempo, pues murió en Santiago el 7 de noviembre de 1905.

Obras poéticas:

Las *Obras Completas* de Blest Gana fueron editadas por don Antonio Orrego Barros en tres volúmenes (1907 a 1909), que contienen sólo versos.

Informaciones:

1.º *D. Guillermo Blest Gana. Poesías*, por G. V. Amunátegui, en *Revista del Pacífico*, t. V, pp. 157 y 205. El mismo trabajo aparece en *Juicio crítico*, etc., ya citado.

2.º *Ensayos biográficos*, por J. M. Torres Caicedo. París, 1863.

3.º *Conferencias sobre la poesía en general y en especial sobre las de don Guillermo Blest Gana*, por E. Nercasseau y Morán, publ. en *Anales de la Universidad*, t. CXIX, p. 240.

4.º *Los líricos y los épicos*, por M. L. Rocuant. Madrid, s. a.

ILUSION

¡Bello es vivir! El mundo es muy hermoso,
es mentira el dolor. la dicha sólo
con su abrazo hechicero y cariñoso
lo circuye del uno al otro polo.

¡Bello es vivir! Magnífico tesoro,
de amor y dicha inextinguible río,
es este mundo, espléndido meteoro
que arrojara el Creador en el vacío.

¡Bello es vivir! Brillante panorama
doquier nos muestra la mundana vida;
¿en dónde un sol magnífico no inflama
un alma pura de entusiasmo henchida?

¿En dónde no hay azul un firmamento,
y hermosa luna, que de blancas galas
a todo viste, y lleva al pensamiento
en raudó vuelo a las etéreas salas?

¿En dónde falta un campo silencioso,
bosques y ríos, árboles, praderas,
donde se aduerma en éxtasis dichoso
el alma en brazos de hadas hechiceras?

¿En dónde bellas, perfumadas flores
no mece un aura juguetona y pura?
¿Y en dónde no hace delirar de amores
un ángel de inocencia y de hermosura?

¿En dónde la tormenta, el rayo airado,
el huracán furioso, el ronco trueno,
no elevan el espíritu alentado
hasta el trono de Dios de dicha lleno?

¡Bello es vivir! El mundo es muy hermoso,
es mentira el dolor, la dicha sólo
con su brazo hechicero y cariñoso
lo circuye del uno al otro polo.

NOCHE XV

Como una niña que tranquila duerme
bajo los ojos de amorosa hermana,
así, velada por la blanca luna,
duerme la tierra.

Todo reposa cuando en torno miro,
pasan las auras murmurando amores,
y entre sus alas fugitivas notas
llevan al cielo.

Jamás el día y sus radiantes luces,
jamás el mundo y su bullicio vano,
calma tan grata y plácido silencio,
nunca nos dieron.

Allá las voces de la sombra umbría
repite el eco con sentido acento,
como los ayes que al pasar anhelan
almas errantes.

Aquí el arroyo con cadencia dulce
arrastra lento sus plateadas ondas,
besando al paso las pendientes ramas
del verde sauce.

Allá a lo lejos el cantar sonoro
de alegre orgía en confusión se escucha,
y el viento eleva en sus neblinas vagas
notas alegres.

Aquí las flores sus cabezas alzan,
y el roce vago de sus hojas leves
remeda el ruido del hablar secreto
de dos amantes.

Allá las nubes la montaña envuelven
en blanco manto de flotante niebla,
como una madre que amorosa cubre
su hija dormida.

Aquí las hojas del frondoso bosque
grata cadencia al enlazarse forman,
como el murmullo de turbados labios
que hablan amores.

Allá las luces de afanoso pueblo
al cielo envían su matiz rojizo;
y en él el humo caprichosas formas
varias, dibuja.

Aquí el insecto luminoso pasa,
y esconde a veces su indecisa aurepla,
que ora parece, y a ocultarse torna,
como la duda.

Ver así todo con encanto vario,
sentir el pecho cual la noche en calma,
sin que levanten tempestades fieras
locos los sueños;

amarlo todo con amor tranquilo,
pensar sin duelo en la ilusión pasada,
¿no es una dicha, un bienestar inmenso,
para el que sufre?

NOCHE XXII

Cuando la dulce aurora
tras el opuesto monte
al fin del horizonte,
contemples sonreír;
y escuches a las aves
del prado entre las flores
cantando sus amores,
¿te acordarás de mí?

Y cuando el sol ardiente
ostente su hermosura
radiando de luz pura,
sobre el azul cenit;
y sacuda la selva
el nocturno atavío
de plateado rocío,
¿te acordarás de mí?

Cuando en mitad del cielo
por ese, espacio azul,
límpido mar de tul
mires el sol lucir;
y por el campo inmenso
extiendas tu mirada
incierta y descuidada,
¿te acordarás de mí?

Cuando el astro del día
al concluir su carrera,
colore la pradera
con tintas de zafir;
y el pensamiento vago
alzándose en sus vuelos
se eleve hasta los cielos,
¿te acordarás de mí?

Cuando la noche venga
y entre su negro manto
envuelva tu quebranto
y esconda tu sufrir;
y la doliente imagen
de dicha transitoria
acuda a tu memoria,
¿te acordarás de mí?

Cuando la blanca luna
recorra el firmamento,
cual puro pensamiento
de frente juvenil,
si le cuentas la historia
de tu dicha perdida,
¡acuérdate, mi vida,
acuérdate de mí!

SONETO

Si a veces silencioso y pensativo
a tu lado me ves, querida mía,

¡es porque hallo en tus ojos la armonía
de un lenguaje tan dulce y expresivo!

Y eres tan mía entonces, que me privo
hasta de oír tu voz, porque creería
que rompiendo el silencio, desunía
mi ser del tuyo, cuando en tu alma vivo.

¡Y estás tan bella! Mi placer es tanto,
es tan completo cuando así te miro,
siento en mi corazón tan dulce encanto,

que me parece a veces que en ti admiro
una visión celeste, ¡un sueño santo
que va a desvanecerse si respiro!

LA AURORA

Los astros palidecen, fatigada
la luna se recuesta en Occidente;
tenue rayo de luz en el Oriente
muestra una franja blanca y nacarada;

alza la flor su frente perfumada;
baja saltando rápido el torrente,
las voces lleva el fugitivo ambiente
del pájaro que canta en la enramada.

¡Todo es vida y amor! La tierra entera
eleva un himno a su Creador que adora
con la voz del torrente y la pradera.

¡Todo brilla a la luz encantadora!
Sólo en mi corazón la noche impera...
¿No tendrá nunca mi dolor su aurora?

¿POR QUE TE AMO?

¿Por qué te amo? No sé; pero a tu lado
las sombras huyen de mi triste frente,
palpita el corazón, y el labio ardiente
se embriaga con tu beso regalado.

Amo en ti mis recuerdos del pasado,
mi consuelo al dolor en el presente,
las dulces ilusiones que no siente
mi corazón, por el pesar gastado.

Amo tu amor, tus ojos, tu pureza,
el tierno anhelo que en borrar la huella
pones de mi fastidio y mi tristeza;

amo en ti la esperanza que destella
la aurora juvenil, ¡y en tu belleza,
del Supremo Hacedor la obra más bella!

MARINA

Corta la nave las azules ondas
del mar, dormido en apacible calma,
como un recuerdo en su extensión dejando
surco de plata.

Rojo, imponente, majestuoso, grande,
nubes rasgando de topacio y grana,
el sol se acuesta de un incendio inmenso
entre las llamas.

Ricos colores el ocaso pintan,
y el horizonte dividido en franjas
se ve de nácar, de zafir, de nieve,
ópalo y gualda.

Nubes errantes de sombrío seno
orlas ostentan de dorado nácar:
llévase a veces en la faz la risa,
llanto en el alma.

Otras que, alegres, a esperar vinieron,
del sol amantes, la postrer mirada,
como buscando soledad, se alejan
de sus hermanas.

Otras, ligeras, en nevados copos
del horizonte hasta el confín avanzan,
leves se inclinan, y en la luz postrera
del sol se bañan.

Otras, dispersas, caprichosos grupos
forman extraños de figuras varias;
monstruos, columnas, navecillas, rocas,
templos, montañas.

El mar, en tanto, con azules ondas
del vasto incendio el esplendor apaga,
y olas de sombras del confín opuesto
ya se adelantan.

Perla engastada en el zafir del éter,
del sol recuerdo, o prenda de esperanza,
brilla serena la primera estrella
pálida y blanca.

¡El sol es ido!, mas dejara escrito
en letras de oro, de topacio y nácar
esta promesa y este adiós a un tiempo:
"¡Hasta mañana!"

LA TARDE

Inmensa hoguera en el ocaso enciende,
con los destellos de su luz radiosa,
el sol, que al occidente entre oro y rosa
con regia pompa y majestad desciende.

Después, el brillo del fulgor perdido
se va desvaneciendo a la distancia,
cual las dulces memorias de la infancia
entre las nieblas del callado olvido.

Y un rayo apenas de indecisa lumbre,
escaso resto de la inmensa hoguera,
en la frente del Andes reverbera
pálido hiriendo su nevada cumbre.

Las sombras, que adelantan lentamente,
ocupan la mitad del horizonte,
y los añosos árboles del monte
al soplo oscilan de amoroso ambiente.

Vagos rumores, lánguidos suspiros,
notas de melancólica armonía,
son el adiós que al luminar del día
el aura lleva en caprichosos giros.

Es la hora del amor y del recuerdo,
la hora de los proyectos encantados,
la hora en que en los mundos ignorados
de los ensueños, con placer me pierdo.

Hallo en esa hora, que a la tierra viste
con su manto indeciso, algo muy grave:
algo como el amor dulce y suave,
y algo como la muerte amargo y triste.

Respiro con delicia el aura mansa
que se desliza armónica y serena;
y como el labrador de su faena
mi fatigado espíritu descansa.

Vuela mi pensamiento a lo que ha sido,
evocando dulcísimas memorias,
que flotan, cual visiones ilusorias,
sobre los mares del eterno olvido.

Mi alma en lo infinito se espacia,
y desplegando sus doradas alas,
el orbe viste de lucientes galas
voladora mi alegre fantasía.

Y a cada luz que muere y desaparece
un aéreo castillo se deshace;

y a cada estrella que en el cielo nace
otro castillo se levanta y crece.

Esa hora siempre el corazón prefiere:
en ella mi alma es libre, y en mi seno
es todo tan grandioso, noble y bueno.
¡Yo vivo entonces cuando todo muere!

Yo vivo entonces entre bellas flores
que grato aroma en mi existencia vierten;
mis sueños toman forma, y se convierten
en realidad quiméricos amores.

¡De fantásticos seres me rodeo;
y dejando vagar mi fantasía,
en los destellos últimos del día
en letras de oro mis estrofas leo!

Mas las sombras que avanzan victoriosas
las luces moribundas desvanecen,
y mis bellos fantasmas desaparecen
volviendo a sus mansiones misteriosas.

La sombra entonces que a la tierra viste,
y los objetos en redor confunde,
siento también que en mi alma se difunde
¡y en la tierra y en mí ya todo es triste!

Y entonces vienen a anudar los lazos
que nos unieron, esos puros seres
que partieron conmigo sus placeres
y que la muerte arrebató a mis brazos.

Por vosotras, ¡oh sombras!, se levanta
al cielo mi oración. Vuestro cariño
me protegió en la tierra desde niño,
como a una tierna y delicada planta.

Enfermo, triste, y siempre amenazado
de un mal que al cementerio lleva en breve,
del mal que joven al sepulcro debe
llevar mi cuerpo débil y extenuado;

siempre os hallé solícitas y amantes
junto a mi lecho de dolor y duelo,
un bálsamo de amor y de consuelo
vertiendo nobles, fieles y constantes.

Pero ante todas tú, sombra adorada,
que revives en mi alma, ¡madre mía!,
de nuestra infancia cariñoso guía,
¡tan pronto a nuestro amor arrebatada!

Tú vienes melancólica y doliente,
y dulce, tierna, bondadosa y bella,

yo te veo mirarme en cada estrella,
que atrae mis miradas y mi mente.

Siempre mis pasos en la vida guías,
y cariñosa alientas en mi seno
el amor por lo bello y por lo bueno,
como lo hiciste en más felices días.

De vosotras, ¡oh, sombras!, me rodeo
cuando la luz en el ocaso expira,
vosotras dais acentos a mi lira,
y la fiebre calmáis de mi deseo.

¡Vosotras sois el talismán que llevo
en las tormentas de la vida humana;
con vosotras mi espíritu se hermana
y con vosotras al Creador me elevo!

¡No temáis el olvido! Puro, santo,
lo mismo en mi dolor que en mis placeres,
guardo vuestro recuerdo, nobles seres:
¡jamás olvida quien ha amado tanto!

TRES DIAS DE PRIMAVERA

I

En esta misma pradera,
recuerdo el día y la hora:
la vi por la vez primera
risueña como la aurora,
gentil cual la primavera.

Era en la dulce estación
de los nidos y las flores,
y entonaba la canción
de los primeros amores
su inocente corazón.

Todo era hermoso en redor,
todo alegre parecía
que gozoso sonreía
viendo aquel ángel de amor.

II

Después la vi, siempre hermosa,
pero triste y pensativa,
y a sus párpados de rosa
una lágrima furtiva
asomaba silenciosa.

Y era en la dulce estación
de los nidos y las flores;

pero en vez de una canción,
suspiraba sus dolores
el doliente corazón.

Y sin embargo, en redor
todo alegre parecía
que gozoso sonreía
insensible a su dolor.

III

Inmóvil, pálida, fría
la vi después, siempre hermosa.
Un sudario la cubría...
Su faz no era ya de rosa...
Ni lloraba ni reía.

Y era en la dulce estación
de los nidos y las flores,
cuando entona su canción,
su blanda canción de amores,
todo tierno corazón.

Y siempre todo en redor
era hermoso y sonreía,
mientras que yo me decía:
¿Por qué no mata el dolor?

SONETO

Sobre la tierra errante peregrino,
tras la sombra de locas ilusiones
llevóme el huracán de mis pasiones,
cual hoja que arrebató el torbellino;

y soñando un espléndido destino
busquélo en varios climas y regiones,
creencias, esperanzas y ambiciones
dejando entre las zarzas del camino.

Hoy todavía mi destino incierto
busco a la margen de extranjero río;
y ya deseando la quietud del puerto,

diviso a un lado el mar, el mar bravo,
veo al otro la arena de un desierto,
¡y al frente, el mar del pensamiento mío!

ADAN Y EVA

Fue al despuntar primaveral aurora,
y sacudían, sin saberlo, el peso
de la ley en su extático embeleso,
cuando llegó el momento de la hora.

Corrió en sus venas llama abrasadora;
de la pasión rindiéndose al exceso,
ebrios de amor juntaron en un beso
sus bocas y el ardor que los devora.

Radiantes de deleite y de ventura
se contemplaban, cuando de improviso:
"¡Fuera!, gritó el arcángel, ¡raza impura!"

Adán, temblando, disculparse quiso,
y Eva: "¡Necio, exclamó, si en mi ternura
acabas de encontrar el paraíso!"

EL CREPUSCULO

¡Hora de bendición, hora de calma,
cuánto places al alma!

Los recuerdos de un bien desvanecido
ha largo tiempo ya, su faz doliente
levantan de los muros del olvido
y a reposarse vienen en mi frente.

Dulce, inocente, bella y amorosa,
sueño feliz de juvenil deseo,
entre las nubes de topacio y rosa
de mi primer amor la imagen veo.

Y en lontananza, deshojando flores
de exquisita y purísima fragancia,
con las vagas memorias de mi infancia
los delirios sin fin de mis amores.

Con dulce y melancólica sonrisa
a mí se acercan los fantasmas bellos,
y juegan al pasar con mis cabellos
como ligera y perfumada brisa.

Uno me llama su primer amigo,
otro me nombra su primer hermano,
y uno muy bello, al estrechar mi mano,
me dice: "Siempre viviré contigo".

Y se alejan después, y mis deseos
su vuelo siguen con alado paso,
mientras en los vapores del ocaso
me fingen mis primeros devaneos:

sueños de dicha, aspiración de gloria;
de amor poemas dulces, ignorados;
pueblos libres; tiranos destronados...
¡Quimeras que aún adora mi memoria!

Y se acercan de nuevo en leve giro,
besando, al paso, mi abrasada frente,
mientras la luz, que muere en occidente,
me envía un melancólico suspiro.

¡Suspiro triste, de armonías lleno,
queja tal vez de un corazón que me ama,
postrer rayo quizás de aquella llama
que fecundaba mundos en mi seno!

Mundos de amor, de dulces armonías,
poemas encantados y risueños
que alumbraba, en el mundo de mis sueños,
el bello sol de mis hermosos días.

¡Volved, volved, espíritus amantes!
Joven aún, mi corazón palpita:
si enfermo estoy, y como flor marchita
me veis, volved, espíritus errantes.

¡Volved, volved! Ya veo vuestras galas;
ya el pecho arroja su mortal angustia,
batid así sobre mi frente mustia
con tierno amor vuestras doradas alas.

Joven yo soy, el corazón valiente
es como roca por el mar batida.
¡Venid, llegad, tormentos de la vida,
siempre serena miraréis mi frente!

Ya de diamantes se tachona el cielo.
Fanales llenos de esplendor y gracia,
venid como después de la desgracia
nos vienen la esperanza y el consuelo.

¡Salud, puros ensueños de la mente!
¡Salud, bellos fantasmas del pasado!
Quien os tiene, jamás es desgraciado.
Venid a reposar sobre mi frente.

Uno se acerca y me apellida amigo,
otro me nombra con amor hermano
y uno muy bello, al estrechar mi mano,
me dice: "¡Siempre viviré contigo!"

¡Cuánto places al alma,
hora de bendición, hora de calma!

¡OH MIS CARTAS DE AMOR!..

¡Oh mis cartas de amor, prendas salvadas
del naufragio de tantas alegrías!
¡Quién me diera tornar a aquellos días
de borrasca y pasión!

¡Quién me diera al presente aquellas horas
de ilusión, de entusiasmo y de esperanza
en que, henchido de amor y de confianza,
latía el corazón!

¿Qué valen junto a ti, tiempo dichoso,
el fastidio o la calma del presente?
¡Era una hoguera la abrasada frente,
era el alma un volcán!

El pensamiento vastos horizontes
cruzaba con las alas del deseo,
y era el vivir ardiente devaneo
de delicioso afán.

De mi pluma brotaban a porfía
imágenes brillantes, sueños de oro;
¡adorado y espléndido tesoro
que por mí mal perdí!

Y una mujer en sus amantes brazos
dándome en cada instante mil delicias,

me colmaba de besos y caricias
viviendo sólo en mí.

Después sus cartas, prendas que conservo
con tristeza y amor, a mí venían,
y a cada frase palpar hacían
mi amante corazón.

¡Cómo al abrirlas, trémula mi mano
retardaba el placer!... ¡Con qué cariño
las besaba mil veces!... ¡Era un niño
que amaba con pasión!

¡Amaba, amaba! ¡Esa palabra sola
resume mil poemas! ¡Ah!, querría
no haber amado nunca, o todavía
poder por siempre amar.

Porque es mi corazón como el que ciega
y después de haber visto los primores
del cielo, de los campos, de las flores,
no ve nada al mirar.

¿Qué se hizo aquel amor, eco primero
de una celeste melodía interna?
De aquella llama que creyera eterna,
decid, ¿qué queda ya?

Tanta esperanza, tanto sueño, flores,
que aquel presente al porvenir brindaba,
cuanto entonces mi espíritu soñaba,
¿en dónde, en dónde está?

Guardáis apenas, respetadas prendas,
de tanto amor los pálidos despojos,
y al veros, vierten lágrimas mis ojos,
pero no de dolor:

lágrimas dulces, bálsamo del alma,
riego que vuelve al corazón su brío,
cual lo vuelven las gotas de rocío
a la marchita flor.

Os contemplo sonriendo tristemente,
y me envidio a mí mismo, porque miro
que más valía entonces un suspiro
que cuanto vi después.

Niño confiado, divisé la senda
tapizada de rosas purpurinas,
y al marchar altanero, las espinas
desgarraron mis pies.

El mundo entonces encontré vacío,
oscuro el porvenir, negra la vida,

y, como flor del tallo desprendida,
quedó mi juventud.

Dudé del bien y la bondad humanas,
vi en todo la traición, en todo el dolo,
miré en mi derredor, y me hallé solo,
y negué la virtud.

En tristes quejas exhalé mis penas
llorando en melancólicos cantares,
que adormeciendo fueron mis pesares
y endulzando el dolor;

y la melancolía, tierra amiga,
rompiendo los abrojos punzadores,
me fue dejando las marchitas flores
de mi primer amor.

Por eso, al veros hoy, dije angustiado:
¿Qué me vale la calma del presente
si la comparo al anhelar ardiente
de mi perdido amor?

¡Nada, que sé muy bien que el afán vano
de conquistar una soñada gloria,
no ha de dejar tal vez en mi memoria
ni una marchita flor!

EL PRIMER BESO

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbéis la soledad
de mis noches de dolor,
¡pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad!

Mi prima era muy bonita:
yo no sé por qué razón,
al recordarlo, palpita
con violencia el corazón.
Era, es cierto, muy bonita,
tan gentil, tan seductora,
que al pensar en ello ahora,
algo como una ilusión
aquí en el pecho se agita,
y hasta mi fría razón
me dice: ¡Era muy bonita!

Ella, como yo, contaba
catorce años, me parece,
mas mi tía aseguraba
que eran solamente trece

los que mi prima contaba.
Dejo a mi tía esa gloria,
pues mi prima en mi memoria
jamás, jamás envejece,
y siempre está como estaba
cuando, según me parece,
ya sus catorce contaba.

¡Cuántas horas, cuántas horas
de dicha pasé a su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
los dos corriendo en el prado,
ligeros como esas horas!
¿Nos amábamos? Lo ignoro;
sólo sé lo que hoy deploro,
lo que jamás he olvidado:
¡que en pláticas seductoras,
cuando me hallaba a su lado,
se me dormían las horas!

De cómo la di yo un beso,
es peregrina la historia:
hasta ahora, lo confieso,

con placer hago memoria
de cómo la di yo un beso.
Un día, solos los dos,
cual la pareja de Dios,
cuya inocencia es notoria,
nos fuimos a un bosque espeso,
y allí comenzó la historia
de cómo la di yo un beso.

Crecía una hermosa flor
cerca de un despeñadero:
mirándola con amor
ella me dijo: "Me muero,
me muero por esa flor."
Yo a cogerla me lancé,
más faltó tierra a mi pie;
ella, un grito lastimero
dando, llena de terror,
corrió hasta el despeñadero...
Y yo me alcé con la flor...

Dos lágrimas de alegría
surcaron su rostro bello,
y diciendo: "¡Vida mía!",
me echó los brazos al cuello
con infantil alegría.

Fuego y hielo sentí yo
que por mis venas corrió,
y no sé cómo fue aquello,
pero un beso nos unía...
dejando en su rostro bello
dos lágrimas de alegría.

Después... ¡Revoltoso mar
es nuestra pobre existencia!
Yo me tuve que ausentar,
y aquella flor de inocencia
quedó a la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
he vivido muchos años,
y, a pesar de mi experiencia,
suelo a veces exclamar:
¡La dicha de mi existencia
quedó a la orilla del mar!

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
alegrad la soledad
de mis noches de dolor:
¡llegad, llegad,
recuerdos de aquella edad!

VOY QUEDANDO TAN SOLO

Voy quedando tan solo que me espanta
lo que de vida y padecer me resta;
ya no se une al bullicio de la fiesta
ronca la voz que expira en la garganta.

En vez de flores, la insegura planta
hojas secas encuentra en la floresta,
y donde hubo esplendor, nube funesta,
de lágrimas preñada, se levanta.

Sopla el ciclón que con furor me azota
y me empuja, entre sombras, al abierto
abismo inmenso de región ignota.

Todo es sombrío, lúgubre, desierto,
mar sin riberas, donde sólo flota
la vieja nave que no encuentra puerto.

SONETO

Mujeres, mundo, sociedad, engaños,
de vosotros por siempre me despido.
¿Recuerdos? Ni ambiciono, ni los pido,
y quiero sólo huir de vuestros daños.

Cortos han sido del placer los años,
largos los años del dolor han sido;
cada sonrisa me costó un gemido,
cada culto de fe, mil desengaños.

Engaños, mundo, sociedad, mujeres ...
Recorramos el libro de mi historia
para contar mis dichas y placeres:

¡primeros sueños de ambición de gloria;
adoración, después, de falsos seres;
llanto, por fin, y luto en la memoria!

A LA MUERTE

Seres queridos te miré sañuda
arrebatar-me, y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, muda,
sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
en ti la majestad de lo insondable
y lo eterno, mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
del criminal, aguardo tu venida:

que igual a la de todos es mi suerte:
cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte.

LO UNICO ETERNO.

Las verdades de ayer hoy son mentira,
las de hoy acaso lo serán mañana;
la incorregible vanidad humana,
siempre creyendo razonar, delira.

Como Nerón, cantando ante la pira
en que convierte a la ciudad romana,
ciego destruye o cínico profana
lo que, poco antes, ensalzó la lira.

Y así, al través de todas las edades,
siempre abrasada por un fuego interno,
buscó la humanidad nuevas verdades,

y halló que en todo tiempo, joven, tierno,
en aldeas, en campos y ciudades,
sólo el amor es en la tierra eterno.

MIRADA RETROSPECTIVA

Al llegar a la página postrera
de la tragicomedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida
con el dolor de quien ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fue quimera!
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
¡Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía,

es mi mayor pesar, es mi quebranto,
no haber amado más, yo, que creía,
¡yo que pensaba haber amado tanto!

Valentín Magallanes

Valentín Magallanes Vargas nació en Santiago el 14 de febrero de 1831 y estudió en el Instituto Nacional. Inició el curso de leyes, pero lo dejó a poco, porque se dedicó a la política. Fue aprehendido en Cerro Grande y condenado a muerte por haberse alzado en armas contra el Gobierno. La pena capital fue conmutada para él por la de destierro; vuelto a Chile, continuó los estudios de leyes y se recibió de abogado en 1866.

En 1850 se dió a conocer como poeta. Más tarde ejerció la profesión y fue nombrado Ministro de la Corte de La Serena en 1876 e Intendente de Coquimbo en 1878. Como traductor, se distinguió por la versión de las *Cartas de Jacobo Ortis*, de Hugo Fóscolo.

Murió en La Serena en 1882.

Referencias:

No recopiló ni sus poesías ni sus traducciones, excepto la citada, que apareció en un volumen de 1854.

LA FLOR MARCHITA

Ayer, flor altiva y bella,
te engalanaba la vida,
sobre tu copa encendida
jugueteaba el picaflor;

la brisa soplando apenas
tu cáliz acariciaba
y tu tallo se doblaba
como al soplo del amor.

Ayer al brotar la aurora
despertaba tu belleza
y brillaba tu cabeza
con mil gotas de cristal;
y eres la flor más preciosa,
la más bella entre las flores,
que eran lindos tus colores,
pero tu suerte fatal.

Orgullosa con tus galas
alzabas la esbelta frente,
purificando el ambiente
que te venía a mecer;
sobre las modestas flores
elevabas tu figura...,
pero cortó tu hermosura
la mano de una mujer.

Te puso dentro su seno
su calor te ha marchitado,
pobre flor, y te ha robado
vida, aromas y color:
y hoy al verte entre mis manos
tan triste y tan apagada,
veo en tu frente agobiada
todo el peso del dolor...

.....

Tal vez amabas tranquila
con la pasión de las flores
y guardabas entre olores
un corazón para amar;
tal vez abriendo tu cáliz
a la luz de la mañana

te levantabas ufana
con el rocío a brillar:

y al mirarte tú, flor bella,
mecida por el ambiente,
su frente unía a tu frente
dándote un beso de amor...
¡Cuán distinta de ese tiempo
es, oh flor, tu vida obscura!...
¡Ayer —goces y ventura
y hoy —el llanto del dolor!...

Si tú hubieras ocultado
tus gracias y tu belleza,
no te hubieran arrancado,
ni habrías, flor, inclinado
a la muerte tu cabeza.

Siempre preciosa y galana
encendiendo tus colores,
tal vez en otra mañana
vieras lucir, flor temprana,
el fanal de tus amores.

Pero un orgullo inocente
hizo brillar tu hermosura
y, al querer alzar la frente,
arrancó una mano ardiente
tu brillantez y ventura...

¡Pobre flor, abandonada
al capricho de la suerte!
¡Ayer tan engalanada,
para ser hoy sepultada
en las sombras de la muerte!

Martín José Lira

Martín José Lira nació el 19 de abril de 1833. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional y se recibió de abogado en 1854. Comenzó a escribir en *El Museo*, en 1853.

Por algún tiempo ejerció libremente su profesión, pero luego entró a la carrera judicial como relator de la Corte de Apelaciones de Santiago. Entre 1858 y 1859 colaboró en la *Revista del Pacífico* de Valparaíso y en *La Semana* y *El Mosaico* de Santiago. En 1859, enfermo de gravedad, hizo un

viaje por Europa, del cual regresó en 1861. En Sevilla tomó parte en las tertulias de los escritores andaluces.

Fue a su regreso nombrado juez de Valparaíso y más tarde de Illapel, de donde tornó, gravemente enfermo ya, a Santiago. Hizo aún otros viajes dentro de Chile, en busca de salud, hasta que la muerte le sorprendió en Valdivia.

Murió el 25 de enero de 1866.

Referencias:

En 1868, su hermano don Pedro publicó en un volumen titulado *Poesías* las de que fue autor; el prólogo del libro, obra del mismo don Pedro Lira, contiene datos sobre el poeta. Don Enrique del Solar examinó esta obra en *La Estrella de Chile*, 1869, p. 257.

DIOS

Del templo entre los puros resplandores
que brillan a la par del claro día,
te buscó fervorosa el alma mía
arrebataada en célicos amores:

allí elevé a tu gloria mis clamores
al compás de sublime melodía,
mas no te hallé jamás; el alma, fría
tornóse de la duda a los rigores.

Te hallé sí, del amor en la ternura,
en la paciencia que con faz serena
soporta de la vida los pesares;

te hallé también doquiera en la natura:
¡que de tu nombre y de tu gloria llena
sólo ella te ofreció dignos altares!

INCONSECUENCIA

Nace el hombre, y no bien ha desplegado
sus ojos a la luz del claro día,
cuando de bien sediento, una sombría
lágrima sus mejillas ha empapado.

Abandona la cuna, y deslumbrado,
a impulsos de su loca fantasía,
tras de la dicha que su pecho ansía
corre veloz por la ambición guiado.

Jamás contento con el bien que alcanza,
gime su corazón por mejor suerte
y halaga su existencia la esperanza.

Mas si del mundo la miseria advierte,
cuando va a disfrutar dulce bonanza
¿por qué teme las sombras de la muerte?

SONETO

Eternidad, ¡idea misteriosa!
¿Existe acaso para el alma humana
o es tan sólo una sombra, ilusión vana
que en su sed de vivir al hombre acosa?

¿Es acaso la tumba silenciosa
crepúsculo que anuncia otra mañana,
o la noche sin fin que al hombre hermana
con el inerte polvo en que reposa?

¡La eternidad! ¿Es aéreo monumento
que en su ambición el hombre se ha forjado
para consuelo de su triste suerte?

¿Será también un vano pensamiento
cuanto grande la mente allí ha encerrado,
y sólo eterna y real será la muerte?

EN MI CUMPLEAÑOS

¡Un punto más avanza en su carrera
el reloj de mi vida,
una hoja de mi alegre primavera
se ve, marchita, resbalar perdida!

¡Veintiún años!, cual átomo invisible
del tiempo en la corriente
se sumergen, y en giro indefinible
van a perderse al pálido occidente.

¡Veintiún años!, en denso torbellino
cual nube vaporosa,
huyen de mí dejando en su camino
de la infancia la huella luminosa.

Cuán suave es esa luz, cuán hechicera
cual de serena luna:
¡cómo alumbra fugaz y placentera
el dulce asilo que guardó mi cuna!

¡Oh qué hermoso paisaje!, ¡qué dulzura
en su aire se respira!
¡Cómo anhela gozar tanta ventura
mi triste pecho que a la paz aspira!

Mas, ¡ay!, cual infelice desterrado
que de su caro suelo

al alejarse triste, el verde prado
descubre, do gozó grato consuelo;

cual brota de sus párpados el llanto
con el dolor impío,
cuando contempla con mortal quebranto
cuanto le aleja el rápido navío:

del dulce edén de mis primeros años
así veloz me alejo:
ya mi paso, fatales desengaños
doquiera que hubo una esperanza, dejo.

¡Oh edad de mi inocencia, cuán distante
y cuán bella te miro!
Al verte, el llanto baña mi semblante
y el corazón exhala hondo suspiro.

¡Adiós, edad feliz, encantadora
do gocé mejor suerte!
Desterrado, mi nave voladora
me conduce a las islas de la muerte.

¡Adiós, edad feliz! ¡Oh, quién pudiera
siquier un breve instante
volver a ti! Mas, ¡ay!; que mi carrera
me impulsa irresistible hacia adelante.

Como el sonante arroyo de la altura
rápido se desprende
y se sumerge en la honda sepultura
que al pie del monte, lóbrega, se extiende,

así yo del origen de mi vida
me alejo presuroso
hasta que, cual el río en su caída,
baje a la oscura estancia del reposo.

¡Veintiún años!, y el libro de mi historia
¿qué muestra entre sus hojas?
¿Qué muestra que consuele a la memoria
cuando la asalten, ¡ay!, crueles congojas?

¿Qué muestra? Algunas lágrimas sombrías
que empañan unos nombres,
únicos restos de las prendas mías
que viven todavía entre los hombres.

¿Y nada más?; ¡ah!, no, que fresca y pura
cual la rosa de enero
brilla entre aquellas gotas de amargura
la ilusión dulce del amor primero.

Ilusión que me hechiza, que me encanta
y el porvenir me dora

cuando a mi corazón lo tiraniza
la tristeza que el ánima devora.

¡Veintiún años!, edad de los amores
en que benigna la razón hermosa
al irradiar más clara sus fulgores
nos alumbra otra senda venturosa.

Felices veintiún años que a mis ojos
mostráis, oscurecidos,
la nada del pasado y sus enojos,
y enaltecéis mis ánimos caídos.

Felices veintiún años, mi existencia,
de hoy más, será mejor,
que en la pasada edad de la inocencia
el bien no se comprende ni el amor.

Edad de la niñez, edad perdida,
¡ah!, ya no quiero verte:
¡aunque veloz la nave de mi vida
me conduzca a las islas de la muerte!

Adolfo Valderrama

Adolfo Valderrama nació en La Serena en 1834. Inició estudios de humanidades en su ciudad natal y los prosiguió en Santiago. Alumno del Instituto Nacional y de la Escuela de Medicina, obtuvo en 1859 el título de médico cirujano. Cuatro años más tarde se incorporaba al profesorado de la misma Escuela.

Su producción escrita es abundante, tanto en los temas científicos como en obras literarias, en las cuales abarcó con idéntica fortuna el verso y la prosa. Su memoria sobre la poesía chilena (1866), presentada a la Universidad de Chile, fue por mucho tiempo pieza crítica de obligada consulta.

En la carrera política fue senador desde 1882 y Ministro de Instrucción Pública en 1886. En 1884, había sido designado consejero de Instrucción Pública, y en 1888 pasó a reemplazar a don Miguel Luis Amunátegui en la secretaría de la Universidad. En este cargo hizo activa campaña para conseguir la readopción de la ortografía de la Real Academia Española, institución a la cual fue, por ese mismo tiempo, incorporado como correspondiente chileno.

Prueba su precocidad el hecho de que comenzara a publicar poesías en *El Museo*, en 1853. Más adelante colaboró en la *Revista de Santiago* (1855) y en la *del Pacífico* (1860). Es autor de una novela epistolar, *María* (1878),

y de dos volúmenes miscelánicos, *Al amor de la lumbre* (1881) y *Después de la tarea* (1882).

Falleció en Santiago en 1902.

Referencias:

En el vol. VIII de la Biblioteca de Escritores de Chile, publicado en 1912, se recogieron sus *Obras escogidas en prosa*, con biografía escrita por el colector, don Enrique Nercasseau y Morán.

PENA

Si ves por mis mejillas
correr ardientes lágrimas,
si ves el desconsuelo
pintado en mis palabras,
si en mi laúd sonoro
ves rota mi esperanza,
si me ves humillado
al despertar el alba,
cruzar por la floresta
sombria y solitaria,
cual ave que, una herida
llevando bajo el ala,
va a buscar un refugio
en la espesa enramada
donde morir tranquila
y ocultar su desgracia,
no creas que la pena
que me destroza el alma
es la sangre que sale
de heridas mal curadas,
ni aspiraciones locas,
ni decepción amarga,
ni el eterno cansancio
de las luchas humanas:
es que estando dormido
soñé que me olvidabas.

DON FORTUNATO

Siempre que a don Fortunato,
que es un sandio mentecato,
lo veo en ciencia opinar
no sabiendo ni sumar,
y hablar con cierto calor
de la honradez, del honor,
cuando es cosa bien sabida
que pasó toda su vida
en puro libertinaje
y arreglándose su traje,

para que al ver al perdido
afeitado y relamido
se muera por él Belisa,
me desternillo de risa.

Cuando veo al cincuentón
hablar de su corazón,
de la indecible ternura
y como una criatura
cubrirse el rostro, si alguno
dice un vocablo importuno,
yo que sé que es un zoquete
que en todo asunto se mete
y que sé que el embustero
habla como un carretero,
mirándolo hoy tan decente
tan cumplido, tan paciente
como si estuviera en misa,
me desternillo de risa.

Siempre ve la cosa crítica
en toda cuestión política
y ya se hace liberal
con aplomo sin igual;
o es un neto pelucón
según se toque el violón;
o con uno y otro bando
anda el niño coqueteando;
él nunca cae en el lazo,
que en atrapar un pedazo
cifra su ambición ardiente,
y al verlo de pretendiente
buscando donde se sisa,
me desternillo de risa.

Siempre habla de municipios.
de los severos principios,
del honor, de la moral,
del partido liberal,

de todo lo que está en boga,
teniendo siempre una sogá
para aquel que está caído,
y a esto llama buen sentido:
pero yo, que siempre he visto
que sólo anda el niño listo
en sacar buena piltrafa,
y que haría un viaje a Jafa
por pescar una camisa,
desternillarse de risa.

Se remilga y se acepilla
cual si fuera una chiquilla,
y a pesar de que el cuitado
anda ya un poco encorvado,
e ingratos e impertinentes
ya se marcharon sus dientes,
hace esfuerzos, se endereza,
se acicala, se empavesa,
hace gestos y pucheros
por tapar los agujeros
que en la boca le dejaron
los dientes que se marcharon;
y al verlo andar tan de prisa
me desternillo de risa.

A todo ha contribuido...,
se muere por meter ruido

y ya se le ve en los bailes,
ya en los conventos de frailes,
siempre habla de phobidad,
de pureza, de verdad,
al vicio mostrándose hosco;
pero yo, que le conozco,
yo que sé cuantas mujeres,
en cambio de los placeres
que le dieron, insensato
sin honor y sin recato,
lanzó a la calle en camisa,
me desternillo de risa.

Y por regla general
cuando cualquier animal
echa flores por la boca,
mientras cuando obrar le toca,
en vez de dulces vocablos,
echa por el alma diablos
y es honrado en la expresión
y en la conducta un bribón,
yo no puedo francamente
tener serena la frente,
no puedo guardar la calma:
y teniendo asco en el alma,
veo que es cosa precisa
desternillarse de risa.

¡TIENES RAZON!...

I

¡Tienes razón! ¿Qué puede a ti importarte
que un corazón se muera,
ni qué la pena y las ardientes lágrimas
que un alma triste vierta?

Siendo feliz, tú nunca habrás sentido
esas amargas penas
que siente el alma desdichada y sola,
al contemplarse huérfana.

Fui loco imaginando que tus ojos,
en sus pupilas negras,
reflejaron con gusto mi semblante...

Eso fue una quimera...
Si, atenta un día, cariñosa oíste
mis desdichas eternas,
y si en mi frente alguna vez fijaste
tu faz graciosa y bella,
eso fue compasión por la desgracia,
porque eres pura y buena,
y un alma noble a otra desdichada,
a su pesar, se acerca.

II

Pero si todo fue ilusión de un loco,
si todo fue quimera,
¿por qué, entonces, quisiste acostumbrarme
a ver en ti mi estrella?
¿Por qué de la dulzura de tu alma
dejaste en mí la huella?
¿Por qué con esos ojos me dijiste:
¡desesperado!, espera?
¿Por qué a ti me acercaste?, ¿por qué, dime,
de complacencia llena,
hiciste que, engañado, vacilara
mi pobre inteligencia?
¿No imaginaste alguna vez que un día,
con la frente serena,
tendrías que decirme: aquel cariño
fue una luz pasajera?...

III

Pero... ¡tienes razón!, no es culpa tuya
si te hizo Dios tan bella,
si mis ojos, nublados con el llanto,
vieron dulces quimeras.
¡Tienes razón!, la mente enloquecida
olvidó, en su demencia,
que la amargura y la desdicha solas
son en el mundo eternas;
que es la dicha dorada mariposa,
que en la existencia vuela
y que en el fuego de nuestra alma amante
sus alas de oro quema.
Sé feliz: que los cielos te bendigan;
goza sobre la tierra
dichas que no ha probado el pecho mío,
en su desgracia acerba.
Yo gozaré con tus placeres; ¡solo,
sin que nadie me vea,
cuando tú pases, triste y silencioso,
iré a besar tu huella!...

EL CURA DE LA ALDEA

—Señor cura, postrada me confieso,
con humildad sincera:
fui joven, fui querida y festejada
por mi rara belleza...

—Y eso ¿qué tiene?, contestó el anciano,
al través de la reja.

—Tiene que veo, replicó la dama,
blanquear mi cabellera;

que agostaron los años mi frescura,
que la vejez se acerca;
que se escapan, ingratas, de mi rostro
las rosas y azucenas.

—Y eso ¿qué tiene?, repitió impaciente
el cura de la aldea.

—Que no sé resignarme, señor cura,
que me faltan las fuerzas;

que al mirarme al espejo, me entristece
mi blanca cabellera...

—Y ¿qué quieres? —Yo busco algún remedio
que consuele mis penas.

—¿Habéis amado? —Mucho, señor cura.

—¿Tenéis el alma buena?

¿La conservasteis pura en las caídas
de la humana miseria?...

—Amé, señor, y en lágrimas bañada,
gocé dichas supremas,
y en mi llanto ardoroso halló mi pecho
fuente de dichas nuevas:

amé, y en el amor que aún guarda el alma,
en su inmortal grandeza,
sentí del bien el celestial perfume
empapar mi existencia...

—Ve en paz y nada temas, hija mía,
la vejez nunca llega
para esas almas; que para ellas se hizo
la juventud eterna.

LUZ Y SOMBRA

Rojizo el sol en el oriente brilla
y en la nieve del monte reverbera,
murmura el río en su desierta orilla,
el pescador desata su barquilla
y abandona cantando la ribera.

El sol camina, al prado colorando,
el velo espeso de la niebla hiende,
y sus primeros rayos desatando,
las flores de su reino visitando,
en ellas una lágrima sorprende.

Ya todo es luz, y sonos y colores;
el céfiro susurra con dulzura,
canta el ave sus cándidos amores,
abren el cáliz las hermosas flores,
y murmura el arroyo en la espesura.

El sol su marcha sigue presuroso,
el mar le espera ya en el occidente,
brilla en el agua disco luminoso,
lanza el último rayo esplendoroso,
y entre las aguas húndese su frente.

Ya no hay luz. Una mancha ensangrentada
guarda del sol un rayo todavía;
pero, como mujer enamorada
que cae en nuestros brazos desmayada,
susto y tristeza al corazón envía.

Alzase entonces en la playa el viento
y gime de las peñas en las grietas,
espuma crespas su vibrante aliento
y murmura un amante sentimiento
que habla en música letra a los poetas.

El sol muere y el cuerpo fatigado
se entrega ya sin fuerzas al reposo,
todo queda en la sombra sepultado,
el céfiro se calla amedrentado,
y todo es indeciso y misterioso...

Esa es la hora de inquietud, de pena,
en que el hombre se estudia y se examina,
en que el alma en la duda se enajena,
en que el ardiente espíritu se llena
de los pintados sueños que imagina.

Y se pasan las horas lentamente,
y la atmósfera vuelve a colorarse,
las flores embalsaman el ambiente,
óyese murmurar la mansa fuente,
y otra vez torna el sol a levantarse.

EL ANGEL DE LOS AMORES

—Hija, ¿qué tienes?, tu frente
melancólica se inclina;
dime lo que tu alma siente,
en tu faz triste y doliente
hondo pesar se adivina;

¿por qué lloras? —Madre amada,
es mi llanto sin razón,
no sé..., yo no tengo nada;
pero..., siento el alma helada,
siento frío el corazón.

—Tú me ocultas, hija mía,
algún hondo padecer:
tu negra melancolía

a mí, sin temor, confía,
que yo también soy mujer.

—Madre, no sé qué deseo;
no tengo qué ambicionar;
cuando a tu lado me veo,
olvido mi devaneo
y ya no vuelvo a llorar.

—Hija mía, blanco lirio
que yo misma cultivé:
yo te quiero con delirio;
tú tienes algún martirio...;
estás llorando..., ¿por qué?

—Madre, no sé lo que siento,
tengo el alma entristecida,
se me ofusca el pensamiento,
me va faltando el aliento
para luchar con la vida;

salgo al campo y me fastidia
perderme en el bosque umbrío,
tengo a las flores envidia
y en vano mi alma lidia
con tan loco desvarío;

si miro el jazmín que flota
del río en la onda ligera,
en mi alma la pena brota
y así... marchitada... rota,
ser esa flor yo quisiera.

Si escucho el ave que canta
en el bosque rumoroso,
vacila mi firme planta
y me oprime la garganta
llanto amargo y abundoso.

—Y ¿duermes, hija?, ¿tu pecho
reposa sin amargura?...

—No, madre, junto a mi lecho
siempre en misterioso acecho
vela un ángel de ventura...

—Y ¿qué hace ese ángel allí?...

—Cubre mi seno de flores.

—¿Te ha dicho su nombre? —Sí.

—Y ¿cómo se llama?... di.

—El ángel de los amores.

Rosario Orrego de Uribe

Rosario Orrego de Uribe (de Chacón más tarde, por su segundo matrimonio con don Jacinto Chacón) nació en Copiapó en 1834. En plena juventud, en 1859, se publicaron sus primeras poesías en *La Semana* de los Arteaga Alemparte, ocultas bajo el seudónimo *Una madre*. Más tarde, también con ese seudónimo, colaboró en la *Revista del Pacífico* y en el *Sud-América*. Luego fue directora de la *Revista de Valparaíso*, donde dejó gran parte de su producción en prosa y en verso, porque abarcó también la novela de costumbres e histórica, donde fue menos feliz que en la poesía lírica.

Tuvo en su corta existencia muchos momentos de verdadero éxito literario y el honor de ver reproducidas algunas de sus composiciones en revistas extranjeras y en antologías de Chile y de otras naciones americanas.

Murió en Valparaíso el 21 de mayo de 1879.

Gran parte de la obra literaria de doña Rosario Orrego fue recopilada en 1931 por don Isaac Grez Silva en un volumen titulado *Sus mejores poemas*. Aparecen allí también algunos artículos y la novelita *Teresa*, con más algunos juicios en verso y prosa de diversos escritores que elogiaron a la poetisa en su tiempo. En una breve advertencia preliminar dice el editor de este libro que a raíz de la muerte de la autora se reunieron sus composiciones, tanto las ya publicadas hasta entonces como las que hubieron de quedar inéditas a la sazón, y fueron enviadas a Francia con el objeto de componer con ellas un volumen. "La persona encomendada —agrega el editor— sufrió un lamentable accidente, perdiendo conjuntamente con su equipaje la maleta que contenía los originales para aquella obra", algunos, como ya se ha dicho, inéditos, que se han perdido para siempre.

ASI QUIERO MORIR

¡Quién pudiera morir como esa nube
que miro evaporarse suavemente!
Blanca y aérea al firmamento sube
en las ligeras alas del ambiente.

¡Quién pudiera morir como esa estrella,
eclipsarse no más unos momentos,
y volver a brillar, feliz como ella,
en otros azulados firmamentos!

¡Quién pudiera ser rayo de la aurora
y, al declinar la tarde, confundirse
en medio del crepúsculo que dora
la moribunda luz al despedirse!

¡Quién pudiera ser flor, y al marchitarse,
el cáliz doblar sin agonía,
y aún pálida e inerte al deshojarse
derramar en las auras la ambrosía!

Mas yo no soy ni flor, ni nube errante,
ni un astro de esos mundos destellados...
¡Yo tengo un corazón, un alma amante,
que han de ser a pedazos arrancados!

Por eso quiero ser átomo leve,
aliento perfumado de la brisa,
para burlar el sufrimiento aleve
y morir exhalando una sonrisa.

Que en tu seno no más, Naturaleza,
la muerte es un desmayo voluptuoso,
un cambio de expresión y de belleza;
y nada se hunde en eternal reposo.

Domingo Arteaga Alemparte

Domingo Arteaga Alemparte nació en Concepción en 1835; hizo estudios de humanidades en el Instituto Nacional de Santiago, pero en 1851 debió interrumpirlos para acompañar a su padre al Perú. No regresó a Chile hasta 1857. En 1859 inició, en compañía de su hermano Justo, la publicación de *La Semana*, donde publicó la mayor parte de sus composiciones poéticas.

En 1860 fue nombrado jefe de sección en el Ministerio de Relaciones, y en 1864 pasó a ser oficial mayor (subsecretario). En 1867, elegido diputado, abandonó la carrera administrativa. En *La Libertad*, diario fundado por su

hermano Justo, escribió asiduamente con el seudónimo *Juan de las Viñas*.

En 1857 fue llevado a dirigir el Banco Agrícola en calidad de gerente, cargo que desempeñó hasta su muerte. La Universidad de Chile le hizo miembro de su Facultad de Filosofía y Humanidades en reemplazo de don José Joaquín Vallejo.

Murió en Santiago el 14 de abril de 1880.

Referencias:

Obras Completas. Tomo I. Poesías. Santiago, 1860. En esta edición póstuma aparecen juicios sobre el poeta en las páginas de numeración romana.

Se encontrarán informaciones además en:

1.º *Ensayos y bosquejos*, por Julio Bañados Espinoza. Santiago, 1884.

2.º *Artículos escogidos de Manuel Blanco Cuartín*. Santiago, 1913. Ver p. 588.

3.º *Justo y Domingo Arteaga Alemparte*, por Gabriel Amunátegui Jordán. Santiago, 1919.

AYER Y HOY

En la muerte de una niña

Quizá ayer cuando las flores
mirabas de tu ventana,
pensaste que sus colores,
su perfume y sus primores
no vivirían mañana;

mas no pensaste, ¡confiada!,
que eras tú una flor también,
y que a la nueva alborada
no latiría tu sien,
ni ardería tu mirada.

¡Tocadla! Tan sólo acaso
duerme un sueño pasajero,
y ese ángel es el lucero
que desaparece en su ocaso
y a lucir vuelve altanero.

¡Ay! ¡No! ¡Cual humo sutil
que el ardido aroma exhala,
fuése la niña gentil!
—Ayer tanta risa y gala,
hoy blanco, helado marfil.

Un día lleva a otro día
hojas secas, cuerpos yertos,
y al tocar a su agonía,
el de ayer al de hoy se fía
para que entierre sus muertos.

Y en el calvario, que sella
las puertas de la existencia,

desparece toda huella,
apágase toda estrella,
extingüese toda ciencia.

En taciturna tristeza
se envuelve así el pensamiento,
cuando mide con certeza
lo que dura la belleza,
lo que vive el sentimiento.

Cual tenue idea que en vano
pide a la lengua expresión;
como en el aire liviano
el hálito del verano
disipa alegre canción,

así perece la infancia
y la blanca juventud,
del patricio la arrogancia,
del patriota la constancia,
y la voz de la virtud.

Así se van los amores,
así se van las caricias,
de la pasión los ardores,
y sus fugaces delicias
y sus cálidos dolores.

Mas ese raudo turbión
que abisma en un cementerio
toda forma y toda acción,
no arrastra todo el misterio
del hombre y de su misión.

Alma cobarde, que estrellas
en la materia tu vuelo
y sólo hallas en el suelo
de tu camino las huellas,
la causa de tu desvelo,

aspira más pura esencia,
alienta ambición más noble:
y cernerse en la eminencia
verás una luz inmoble,
blanca, eterna: ¡Es la conciencia!

LUZ Y CALOR

Empieza el alba a despuntar medrosa,
tiñendo de arreboles el oriente;
la oscuridad se aparta silenciosa,
la atmósfera se vuelve transparente;
color y forma imprime en toda cosa
la luz que se propaga en el ambiente,

y desgarrando de una nube el velo,
el sol irradia en el confín del cielo.

Fiel imagen del hombre y de su vida
son esa aurora tímida y rosada,
de las sombras nocturnas desprendida,
en los rayos del día disipada;
y ese sol que a la tierra entumecida
lanza fecunda, cálida mirada:
albores de la infancia son aquéllos,
éstos de ardiente juventud destellos.

Las perlas de rocío se disuelven;
se evapora la diáfana neblina;
luz y calor el universo envuelven,
todo despierta, agítase y camina.
No de otra suerte en fuego se resuelven,
en almo fuego y lumbre peregrina,
de la niñez los cándidos vapores,
sus celajes de mágicos primores.

Sol radioso ilumina la existencia;
la humana juventud brilla naciente,
inunda en clara luz la inteligencia
en grato ardor el corazón latente,
luz y calor derrama en la conciencia,
fuego de aspiración dentro la mente,
y baña en sus ardientes resplandores
la virtud, la verdad y los amores.

Mil voces pueblan las etéreas salas,
visiones mil divagan por el cielo,
leves batiendo sus doradas alas;
flotan al viento en incesante vuelo
pendones mil y deslumbrantes galas.
De juventud el poderoso anhelo
voz a la vida presta y armonía,
luz y calor a nuestro humano día.

El aliento de férvido heroísmo,
de la virtud austera los rigores,
la energía del santo patriotismo,
del amor las promesas y las flores,
de la ambición el ciego fanatismo,
los cebos del deleite seductores
de la niñez sacuden la indolencia
luz y calor vertiendo en la conciencia.

¡Pero esa luz se apagará a la tarde,
ese calor se extinguirá, Dios mío,
y, en cenizas el fuego que hora arde,
será mi ser crepúsculo sombrío!
¡Haz que ese instante desgraciado tarde
y mi espíritu pueda en alto brío,
alumbrar con tu luz el pensamiento,
bañar con tu calor el sentimiento!

ODA AL AMOR

*Te, dea, te fugiunt venti, te nubila coeli,
adventumque tuum; tibi suaves doedala tellus
summittit flores; tibi rident aequora ponti,
placatumque nitet diffuso lumine coelum.*

LUCRECIO, libro I.

*Inque brevi spatio mutantur soecla animatum,
et, quasi cursores, vitae lampada tradunt.*

LUCRECIO, libro II

¡Oh, Amor!, tú que gobiernas
el sentimiento humano,
que ensalzas o prosternas
con invencible mano
el inmortal espíritu
que anima nuestro ser.

¡Deidad cuyos santuarios
tiernas ofrendas llenan,
y nunca solitarios,
con ecos mil resuenan
de jubilosos cánticos
que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre
juró mi labio en vano,
ni de tu ley, al hombre
impenetrable arcano,
mofé en impía sátira
o en chiste baladí:

tu alto misterio adoro,
tu omnipotencia siento,
y hoy que a mi musa imploro
nuevo fervor y aliento,
¡a ti, de mi fiel cítara
el primer canto, a ti!

Al rey de la colina
y a la del prado diosa,
a la orgullosa encina
y a la purpúrea rosa,
la luz del sol vivifica
dio pródigo el Señor;

y al alma humana, germen
de simpatía y ciencia,
en cuyo seno duermen
verdad, bien y creencia,
le dio tu luz purísima,
tu luz fecunda, Amor.

¡Ay de la pobre planta
que el sol nunca ha mirado,
y pálida levanta
en medio del nublado
su estéril rama, huérfana
de aromas y de flor!

¡Ay del mortal que un rayo
de amor jamás ha herido,
y en lánguido desmayo
su corazón sumido,
se agita en una atmósfera
sin luz y sin calor!

¡Oh, cuán de otra manera
sí, Amor, tu lumbré viertes
del alma en la alta esfera,
y fúlgido conviertes
la infancia y su crepúsculo
en alba y juventud!

El silencioso velo
se ve caer, las nieblas
disípanse, y el cielo
de mil celajes pueblas,
rosados, blandos, diáfanos,
de casta beatitud.

Al recibir tu aliento
del hombre la conciencia
despierta al sentimiento,
y efluvios de alma esencia
en expansión magnífica
exhala el corazón:

a tu calor respira
perfume la ternura,
inspiración la lira,
fulgores la hermosura,
la ciencia fe y espíritu,
el arte creación.

Tú irradias, y en el mundo
del alma es primavera:
el germinar fecundo
bullir se oye doquiera,
gloriosas metamorfosis
contémplanse doquier:

la voz, la risa en notas
transfórmanse y en canto,
en tembladoras gotas
de albo rocío el llanto,
en mariposa nítida
la oruga del placer.

Tu luz a nuestra mente
explica todo arcano:
el idioma rugiente
del tímido oceano,
los himnos del empero
de bendición y paz.

Del viento los gemidos,
la queja de las brisas,
la lengua de los nidos,
del bosque las sonrisas,
las codiciadas lágrimas
de la aurora fugaz.

¡Deidad augusta y pura,
antorcha de la vida
que con mortal presura
transmite a la partida,
a sus hermanos pósteros
cada generación!

En vano a tu ara insulto
arroja el sensualismo
en su grosero culto,
o estéril ascetismo
a tu poder sin límites,
disputa el corazón.

¡Tú no eres, no, la suave
voz de sirena odiosa,
el banco en que la nave
encalla impetüosa,
la pérfida luciérnaga
que engaña al viajador!

¡Tú eres la voz que un día
Saulo oye en su camino,
la estrella que nos guía
con resplandor divino
a las celestes márgenes
do reina el Creador!

ODA AL DOLOR

*Non ignara mali,
miseris succurrere disco.*

Doquiera el hombre vive,
doquier trabaja, sueña, ama o concibe,
buscando dichas y tocando males,
allí siempre se escucha
el rumor de mil sonos funerales;
el vocear de la sangrienta lucha
allí siempre resuena,
y los espacios llena
y, asordando los ecos, sube al cielo
universal clamor de angustia y duelo;
cual de voraz incendio, aciaga nube
el éter empañando al cielo sube.

¡Ah!, vivir es luchar, infatigable
atleta de la vida el ser humano,
y el universo la espaciosa arena.
Sentado sobre trono incontrastable,
el dolor, taciturno soberano,
preside por doquier la grande escena.

¡Dolor, sombrío déspota del mundo!
Cuando crüel desatas
tus negros huracanes, y arrebatas
el humano destino al iracundo
mar de la adversidad y desventura,
en olas de amargura
la existencia anegada
semeja frágil nave que, acosada
por la furia del pérfido oceano,
ora se alza hasta el cielo, ora se lanza
hasta el fondo del mar, lóbrego arcano.
Ya radiosa esperanza
de Dios nos lleva hasta el eterno asiento
y en luz divina nuestra frente inunda;
ya insano abatimiento,
el nombre blasfemando de Dios mismo,
de la duda nos hunde en el abismo,
de tinieblas espesas nos circunda.
Y en fiera lucha, y varia,
de la desesperación el ronco grito
se mezcla con la voz de la plegaria,
que lo finito enlaza a lo infinito...

Mas pasó la tormenta. En la ribera
el náufrago sus rotas vestiduras
enjuga alegre; y su alma estremecida
de ardiente gratitud, de fe sincera,
adora y glorifica en las alturas
al Dios de amor que el móvil de la vida,
dolor, puso en tus manos,
y el secreto te dio de la grandeza,
del bien, de la belleza,
de la dicha y virtud de los humanos.

A tu empuje las puertas
del existir abiertas
son al naciente ser, a quien desprendes
del estupor de la primera aurora,
anunciando que vive cuando llora.
Tú de la actividad la llama enciendes,
y azuzas al combate
contra el ocio servil que al hombre abate.
Tu soplo nuestras almas purifica,
al trabajo impeliéndonos fecundo,
que el humano destino dignifica
y nos levanta a dominar el mundo.

Rudo, austero mentor de las pasiones,
arrancas, en sus locas libaciones,
la copa del deleite a nuestros labios,
cuando al deseo de templanza ajeno,
ofrece ya tan sólo los resabios
de las amargas heces y el veneno.

Rubia como la espiga
de opima, rumorosa sementera,
fresca como en estío sombra amiga,
süave cual la luz de primavera,
alza la frente la feliz infancia,
de su candor, de su festivo anhelo
en el hogar vertiendo la fragancia.
De su indolencia el velo,
¡dolor!, no has desgarrado todavía.
Aún no comprende tu terrible nombre.
Mas su dormido corazón un día
tocas y el niño se convierte en hombre.
No de otra suerte, de Moisés tocada,
la peña del Horeb brotó raudales
de líquidos cristales,
y en fuente de frescura fue trocada.

Del Horeb cual la peña, el alma humana,
por ti herida, torrentes de ternura,
de simpatía y emociones mana.
En cada criatura
halla un hermano que trabaja y pena;
y aleccionada de sus propios males,
consolar sabe la desdicha ajena.
De la piedad el inefable encanto
exhala entonces aromas celestiales,
y llora el hombre delicioso llanto.

¡Dolor! De tu candente
crisol, vuelto en escoria
sale el ánimo tímido, impotente,
y de inmortalidad salen radiosos
los seres generosos
que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
en tus ardientes fraguas retemplaste;
de Juvenal la sátira canora
en acerado ritmo modelaste.
En la copa de Sócrates tu sello
de eternidad pusiste.
Tu inextinguible, cálido destello,
de la fiel Eloísa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura.
Y de Dante sombrío la figura
lleva en sienes altivas
tu corona de amargas siemprevivas.

¡Corona que la frente martiriza,
corona que la fama inmortaliza,
del genio, del amor, del heroísmo,
del martirio, sublime fanatismo!

Como del Nilo la corriente deja
en la egipcia campaña
el fértil limo que las mieses cría,
así, ¡oh dolor!, cuando por fin se aleja

del corazón tu saña,
deja en él la feraz melancolía,
el creador, el alma sentimiento,
patria de la celeste poesía,
de la imaginación freno y aliento,
luz del arte, esplendor de la belleza,
clave con que descifra el pensamiento,
de la naturaleza
el múltiple lenguaje grandioso,
su eterna vida y su eternal reposo.

OASIS

Vivir... , viajar: todo hombre es un viajero.
De un niño el llanto anuncia la partida,
y marca el fin del viaje y de la vida
de un moribundo el hálito postrero.

Todos hacemos la fatal jornada,
quién a través de una árida llanura,
quién cruzando por campos de verdura,
do la flor ríe y canta la enramada.

Trepan aquéllos del vivir la cima,
lacerados los pies, la faz doliente;
en tanto que éstos suben la pendiente
sin que su pecho la fatiga oprima.

De la infancia la aurosa su semblante
al uno muestra plácido, risueño,
mientras contempla con adusto ceño
al otro desvalido caminante.

.....

Pero esa aurora fugitiva pasa,
y llega luego el día, y llega luego
un sol de juventud, un sol de fuego
que ora enciende la vida, ora la abrasa.

Bajo su influencia agítanse los vientos,
el huracán desata sus furores,
lanza el rayo sus lívidos fulgores...
Doquiera estruendo, gritos y lamentos.

En plena tempestad nuestra existencia,
luchan como elementos encontrados
envidia y embición, celos, cuidados,
odio y amor, verdad, duda y creencia.

Y el campo van sembrando de despojos
esperanzas tronchadas, mustio anhelo,
placer marchito, frío desconsuelo,
negros pesares, pálidos enojos:

como se ve cuando la fiesta pasa
y solitarios quedan los salones,
sembradas sus alfombras de jirones
de aéreo tul, de cristalina gasa.

.....

Cesó la tempestad: con pie dudoso
busca el viajero, triste, jadeante,
frescos arroyos a su sed quemante,
luz a la mente, al corazón reposo.

Feliz entonces si sus pasos hallan
sombra y silencio, abrigo y hospedaje
en ese dulce, mágico bosque
do calla la ambición, los odios callan,

donde apacigua el pecho sus latidos,
y refrena su ardor la fantasía,
y se apaga en feliz melancolía
el fuego artificial de los sentidos.

.....

De este mundo, cual todos, peregrino,
sufrí la tempestad; con paso incierto
vagué por las arenas del desierto...
Y un oasis hallé junto al camino.

Oasis en que sopla suave brisa,
de benévolo afecto perfumada,
y brilla, como luz de la alborada,
de las gracias la célica sonrisa;

do leal amistad su puro ambiente
al espíritu envuelve, afable, amena,
y muestra la bondad su faz serena,
y el labio dice lo que el alma siente.

Ese oasis feliz, bella Mercedes,
es el dichoso hogar en donde moras,
poniendo alas festivas a las horas,
de simpatía haciendo lindas redes.

Buena maga, en tu espléndida largueza
prodigando doquier dulce contento,
luz de ingenio, calor de sentimiento,
amable discreción y gentileza...

.....

¡Que no se eclipsen nunca las sonrisas
en el hermoso hogar de tu ventura!
¡Que tenga siempre sol, flores, verdura,
aves parleras, cariñosas brisas!

Tal es mi vivo, fervoroso anhelo,
mientras vuelvo a tomar del peregrino
el ferrado bastón, y mi camino
torno a emprender bajo inclemente cielo.

EL LLANTO

¡Llanto feliz que enjuga nuestra mano,
cuando animarse vemos en la escena
la sublime ficción con que encadena
a los hombres artista soberano!

¡Llanto fecundo, honor del ser humano,
que se desborda de nuestra alma llena,
cuando aliviamos la desdicha ajena
y en el caído vemos un hermano!

¡Tierno llanto de júbilo que inunda
la paterna mansión do el hijo vuelve
tras larga ausencia, tras vagar dudoso!

¡Llanto, gran voz de la emoción profunda!
¡Manto en que el alma su ternura envuelve!
¡Cuántas veces llorar es ser dichoso!

LA RISA

¿Reir es ser dichoso? ¡Qué locura!
La risa es una queja, es un gemido,
es iracundo o fúnebre ronquido,
estertor de ignorancia o de amargura.

Ríe el idiota, triste criatura;
ríe el despecho del orgullo herido;
en la cárcel, feroz ríe el bandido;
ríe el niño ante abierta sepultura;

ríe el hombre sensible a quien entrista
la necesidad o la flaqueza humana;
ríe la pobre madre ante la vista

del hijo muerto, y esa risa insana
de su razón apaga la luz pura.
¿Reir es ser dichoso? ¡Qué locura!

Isidoro Errázuriz

Isidoro Errázuriz nació en Santiago en 1835. Después de realizar estudios preparatorios en Chile, salió a los dieciséis años a completar su educación en los Estados Unidos y en Alemania. En esta última nación obtuvo el título de doctor en Filosofía, después de lo cual regresó a Chile en 1858.

En las luchas políticas de 1859 se encontró en las filas de la oposición, lo que le valió una condena de extrañamiento, que cumplió en Mendoza. Volvió a Chile favorecido por la ley de amnistía de 1862.

En 1863 abandonó la redacción de *El Mercurio*, que había atendido por una corta temporada, y procedió a fundar en el mismo puerto de Valparaíso el diario *La Patria*, que mantuvo por muchos años. Más tarde fue parlamentario, lo que le permitió distinguirse como orador. Al estallar la revolución de 1891 figuraba en las filas de la oposición, y formó parte del gobierno provisional de Iquique.

Habiendo sido nombrado Ministro de Chile en el Brasil, falleció en el desempeño de su cargo, en 1898, en la capital fluminense.

Referencias:

Las obras poéticas de Errázuriz no han sido recopiladas. Don José Domingo Cortés incluyó ocho de esas composiciones en su *América Poética*, algunas de las cuales son traducciones de obras ajenas.

PRIMER AMOR

En un lago de plata se desliza
la barca de la vida, a los quince años;
hincha sus velas juguetona brisa,
y sonidos fantásticos y extraños,
música celestial, trovas del alma,
turban tan sólo su inocente calma.

Un ángel pasa entonces y nos mira,
sombra que envuelven nubes de color,
y crece el corazón y luz aspira
como el capullo que se torna en flor.
El deseo infinito lo devora
y a veces se sonríe, a veces llora.

Un aliento fugaz, una mirada,
una palabra de su dulce boca,
el roce de su ropa perfumada,
cualquier objeto que su mano toca;
¡ah!, el reflejo no más, rápido y vago,
que asoma y pasa en el azul del lago.

En todo hallamos indecible hechizo,
todo derrama luz que nos inunda,
soñamos habitar un paraíso,
que suavísima atmósfera circunda:
¡sueño de bendición, radiante aurora,
que el despertar del corazón colora!

Es el primer amor, el primer grito
de la vida que empieza a germinar,
cuando vemos el sol del infinito
y extendemos las alas al volar.
El espacio nos falta, nos ahogamos
y un misterioso *¡más allá!* buscamos.

Pero en deshecho temporal perdida,
flota tal vez más tarde la ilusión,
y en algún día opaco de la vida,
huye también el sol del corazón.
¡Ay, cuando cae del árbol una hoja,
de mil y mil el viento lo despoja!

EN EL MAR

El viento de la tarde hincha las velas.
Como un corcel ardiente
entre la blanca espuma hunde la frente.
Y corre el barco por la inmensa mar.

Y las olas se encrespan y bramando,
azotan nuestra nave;
pero ligera aquélla como el ave
sacude el ala y sigue sin pavor.

Amo esta vida, eterno movimiento,
agitación constante,
imagen poderosa y palpitante
de las olas del mar del corazón.

Ruge y se encrespa y amenaza al hombre
la tremenda oleada;
y bajo el hombre pasa sosegada
para volver más tarde a amenazar.

Cuando es clara la tarde, el mar sereno,
después de un bello día,
reina en el universo la armonía,
el cielo con la mar duermen en paz.

Más tarde brilla la argentada luna
en el pálido oriente
y sus rayos se extienden mansamente
como franjas de plata sobre el mar.

¡Amo esta vida, en el inmenso oceano
agitado o en calma,
en todo tiempo espejo de mi alma,
imagen de su eterna juventud!

LA LAGRIMA

(Del poeta portugués Guerra Junqueiro)

El día es de fuego. Colina escarpada,
árida y desnuda, corta la calzada.

Crece allí el arbusto triste y macilento,
que queman los soles, el polvo y el viento.

En la áspera hoja de una higuera brava,
mendiga que vive de cascajo y lava,

destiló la noche, benigna y divina,
lágrima celeste, grande y cristalina.

¡Y cuán delicada, cuán pura era ella!
De cerca diamante, de lejos estrella.

Pasa un rey y síguele cortejo imponente,
lanzas y trompetas, pendones al frente.

Al pasar exclama: —“De mi gloria emblema,
“diamantes y záfiro tengo en mi diadema;

“rubíes de oriente, cual sangre, dorados,
“cual besos de fuego ya cristalizados;

“perlas que son lágrimas de agonía inmensa,
“que la luna llora y la mar condensa.

“Pues, brillantes, perlas, zafiros trocara
“porque esa luciente lágrima brillara

“en esta corona soberbia y suprema,
“viendo el globo abajo desde su diadema.”—

La celeste lágrima, dulce y luminosa,
oyó, rió y luego quedó silenciosa.

Cubierto de hierro, soberbio y brillante,
en su corcel pasa caballero errante.

Y dice a la lágrima así el caballero:
—“Ven, y en la cruz brilla de mi fuerte acero.

"Yo haré que reluzca siempre en la victoria,
" en la Tierra Santa, por la fe y la gloria.

"Y al volver, mi novia, la estrella amorosa,
" te pondrá en su seno de alabastro y rosa.

"Así habrán bañado tus nobles fulgores
"mil luchas heroicas, mil sueños de amores."—

La celeste lágrima, dulce y luminosa,
oyó, rió y luego quedó silenciosa.

Montado en su mula va por el camino
un judío viejo, mugriento y mezquino.

En pos de él los siervos llévanle el tesoro,
en cajas de cedro toneladas de oro.

El vejete enjuto, calvo y descarnado,
de mirar inquieto, de pico afilado,

ve la estrella y dice: —"¡Dios! ¡Qué maravilla!
¡Cómo resplandece, centellea y brilla!

"Con mis cerros de oro muy fácil me fuera
"comprar los imperios de la tierra entera.

"Pues bien, mi tesoro con gusto trocara
"por ese diamante de belleza rara."—

La celeste lágrima, dulce y luminosa,
oyó, rió y luego quedó silenciosa.

Bajo de la higuera vive un cardo agreste,
que habló así a la hermosa lágrima celeste:

—"La tierra que nutre la lila y la yedra,
"para mí tan sólo tiene alma de piedra.

"Si, mirando al cielo, me lamento acaso,
"el cielo me envía fuego en que me abraso.

"Nunca vi a mi lado almas enlazadas,
"cantando sus noches puras y estrelladas.

"Nunca en torno mío juegos y cariños,
"en alegres voces gorjearon los niños.

"Lejos de mí vuelan pájaros y amores,
"pues ni sombra esparzo ni produzco flores.

"¡Oh, divina lágrima, astro, gota fría,
"cae en mí y alivia mi horrible agonía!"—

La celeste lágrima, dulce y luminosa,
tembló, y en él, luego, cayó silenciosa.

Después, ese cardo triste y macilento,
dío una flor exótica de color sangriento;

de color de heridas que lanzas hicieron,
como las que el pecho de Jesús abrieron.

Y en el cáliz virgen de la flor bermeja,
va a libar sus mieles, zumbando, la abeja.

Benjamín Vicuña Solar

Nació en La Serena el 5 de marzo de 1837. Después de hacer allí los estudios de humanidades, pasó en 1855 a Santiago a estudiar ingeniería, pero no prosiguió y volvió a su ciudad natal en 1857. En La Serena fundó el propio año *El Eco Literario del Norte*, y al siguiente *El Demócrata*, periódico político que coadyuvó al levantamiento de Copiapó en 1859. Fue diputado en 1867 y en 1873, y en calidad de interino, sirvió la Intendencia de Coquimbo.

Falleció en La Serena el 8 de octubre de 1897.

La producción dispersa del autor fue recogida por el ilustre poeta Julio Vicuña Cifuentes, su hijo, en el volumen titulado *Recuerdos*, Santiago 1906. El recopilador abrió ese libro con una biografía de su padre, que hemos extractado más arriba.

NOBLEZA Y VIRTUD

Feliz el que volviendo a lo pasado
los tristes ojos, lo contempla puro,
que, como el fuerte, incontrastable muro,
no fue jamás del enemigo hollado.

Feliz el que con rostro levantado,
sin necio orgullo, porvenir seguro
ve sólo en el trabajo asiduo y duro,
y en el deber, por la virtud amado.

Ese podrá caer de la grandeza
a la honda miseria despiadada,
sin llegar a enlodarse en la vileza.

Y vale más una indigencia honrada
que serena levante la cabeza,
que la sien por el vicio coronada.

LA VIOLETA

Bella cuanto olorosa
la violeta del prado,
bajo sus verdes hojas escondida,
deja correr la vida.
No luce de la rosa
los vívidos colores, ni la espina
que la guarda celosa,
ni vive como ella
pagada de ser bella:
modesta cuanto pura,
tranquila vive en su feliz clausura.

Lejos, muy lejos del murmullo insano
que la pasión levanta entre las flores,
no siente de los celos los furores,
ni de la envidia el roedor gusano.
Cada día bendice en el retiro
su vida humilde, sin afán ni duelo,
y si exhala un suspiro,
la gratitud lo arranca y lleva al cielo.

A los vaivenes de la suerte extraña,
en su pequeño mundo se recrea:
el arroyo la baña,
el céfiro la orea.
Y si la fama sus virtudes nombra
y la palma le ofrece,
como a nadie hace su prestigio sombra,
la perfidia enmudece.
Que aunque al bueno lo ensalza
su virtud misma, manantial fecundo
de un bien que no perece,
sólo si la modestia lo realza
le acuerda el premio sin violencia el mundo.

LA NOCHEBUENA

No vengo como vienen
los trovadores,
a cantarte a la reja
dulces amores,
niña graciosa,
ni menos a decirte
que eres hermosa.

Tampoco a darte quejas
lloroso vengo;
de ti recuerdos gratos
tan sólo tengo:
flor de azucena,
vengo para decirte
que es Nochebuena.

Como nevado cisne
en su laguna,
pasea por los cielos
la blanca luna,
y su luz rueda
por entre las acacias
de la alameda.

Del mar, la suave brisa
trae el arrullo.
¿No oyes, niña, en la calle
cuánto murmullo
alegre sueña?
Es que celebra el pueblo
la Nochebuena.

Si vieras cómo triscan
cual cervatillos,
asidos a sus madres,
bellos chiquillos,
mientras sus ojos
buscan el lindo objeto
de sus antojos.

Si vieras cómo todos
van al paseo;
cómo ruedan las horas
entre el jaleo,
te diera pena
el estarte encerrada
la Nochebuena.

Donde una voz modula
cantos de amores,
como enjambre de abejas
que buscan flores
llega en corrillo
el pueblo, siempre bueno,
siempre sencillo.

¡Con qué contento aplaude
la alegre danza!
¡Cómo se le abre el pecho
a la esperanza!
¡Cómo le llena
el alma y los sentidos
la Nochebuena!

De rosas y claveles
cestos colmados,
esparcen los aromas
más regalados,
y los jazmines
parece que han huido
de los jardines.

La sazónada fruta
se ofrece ahora
a la boca bermeja
que la devora.
Noche serena,
no en vano te han llamado
la Nochebuena.

Y hoy que a todos concita
la alegre viola,
¿querrás tú, indiferente,
quedarte sola?
No, niña mía,
que es la belleza hermana
de la alegría.

Cesen ya los recelos
con qué batallas,
que tus ojos me dicen
lo que tú callas,
y ellos, morena,
saben cuánto te gusta
la Nochebuena.

Luis Rodríguez Velasco

Luis Rodríguez Velasco nació en Santiago en 1838 en el hogar fundado por don José Antonio Rodríguez Aldea, ministro de la administración O'Higgins. Hizo estudios de humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones y comenzó muy joven a publicar composiciones literarias en *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte. En 1862 y años siguientes fue cronista de *La Voz de Chile*, en donde no sólo colaboró en prosa y verso, sino que

sostuvo también una sección hebdomadaria, *Conversación del Sábado*, que registra la temperatura moral e intelectual de ese período.

Después de un viaje al Perú en 1865, en comisión de gobierno, volvió a Chile y publicó la primera edición de sus poesías (1868). Al año siguiente estrenó *Por amor y por dinero*, comedia, y en 1884 tradujo *Ruy Blas* de Victor Hugo. El año anterior había traducido *Le Maître des Forges* (Felipe Derblay), de Georges Ohnet.

Una considerable porción de la obra métrica de Rodríguez Velasco se encuentra dispersa en los periódicos de que era redactor o cronista, y no fue recogida. En la tradición oral de Santiago se aceptó por mucho tiempo como suyo un caudal de versos satíricos, epigramáticos y hasta simplemente chuscos, que proceden de aquellas composiciones no recopiladas, y que acaso se deban también en parte a la espontánea colaboración de ligeros improvisadores de menos nombre literario que este autor. Debe, pues, considerarse provisional cualquier estudio que se haga de Rodríguez Velasco mientras no se recoja su labor abandonada y dispersa.

La poesía de mayor notoriedad de Rodríguez Velasco es la titulada *El beso del Paraíso*, que a algunos antologistas no ha parecido indigna del nombre de Olegario Víctor Andrade, su contemporáneo argentino. En claro está ya que es del poeta chileno, y que sólo por un no explicado trastrueque pudo algún día deslizarse hasta donde no hacía falta.

Después de haber abandonado casi del todo la poesía por muchos años, a lo menos para el público, probó con la reedición de sus obras en 1909 que no había sido perdido totalmente para la creación aquel reposo.

Murió en Santiago en 1919.

Obras poéticas:

Poesías. Santiago. 1868.

Obras poéticas. Santiago. 1909. Es segunda edición del libro anterior, con inclusión de algunas composiciones nuevas y con un extenso estudio de Guillermo Matta.

Referencias:

Tajos y reveses (crítica y sátira), por Efraín Vásquez Guarda. Santiago. 1892.

Artículos escogidos. Tomo I, por Rómulo Mandiola. Santiago. 1911.

Los líricos y los épicos, por Miguel Luis Rocuant. Madrid, s. a.

Don Luis Rodríguez Velasco, por Ricardo Dávila Silva, en *Revista Chilena*, marzo de 1919, p. 145.

Discurso de don Luis Barros Borgoño, publ. en *Boletín de la Academia Chilena*, t. III, Cuad. IX, 1921. Hay tirada aparte.

Prosas de otros días, por Julio Vicuña Cifuentes, Santiago, 1939, p. 151.

CADENA

Cuando en las ramas cantan sencillos,
bellos y ufanos de su primor,
¿sabes qué dicen los pajarillos?
Dicen amor.

Cuando en los prados algún capullo
tierno se inclina sobre otra flor,
¿sabes qué le habla con dulce arrullo?
Le habla de amor.

Cuando las brisas vuelan errantes
en vago giro murmurador,
¿sabes qué llevan a sus amantes?
Llevan amor,

Cuando en la playa chocando sola,
una ola expira con cruel rumor,
¿sabes qué pena mata a esa ola?
Muere de amor.

Cuando entre nubes allá en la altura
luce una estrella claro esplendor,
¿sabes qué la hace brillar tan pura?
Fuego de amor.

Cuando a las flores la limpia fuente
pasa bañando con su frescor,
¿sabes qué emana de su corriente?
Riego de amor.

Tú que llorando la causa ignoras
de tu tristeza, de tu dolor,
¿sabes qué tienes cuando tú lloras?
Tienes amor.

Fuentes y estrellas, aunque lo ignoran,
aves y brisas, mujer y flor,
si acaso ríen, si acaso lloran,
es por amor.

AYER Y HOY

Todo al torrente de los tiempos cede,
todo al abismo del pasado cae;
su negro manto sobre el mundo entero
tiende el olvido.

Sueño es la vida que la mente ciega,
velo dorado que la vista engaña;
se apre la cuna, y a los pocos pasos
se abre una tumba.

El tiempo extiende sus sombrías alas,
y ávido entre ellas al presente envuelve,
y en el pasado, lo que existe, todo
vase perdiendo.

Allá a lo lejos en confusa niebla
queda la cuna y su primer sonrisa,
y en el camino divisando vamos
tumbas abiertas.

Aver las flores, del vergel orgullo,
llenas de vida su botón abrían;
hoy de los tallos arrebatada el viento
secas las hojas.

Ayer los prados fecundó el arroyo
con el rocío de sus aguas puras;
hoy los calores lo han dejado seco,
seco y ardiente.

Ayer el ave sobre verde rama
con dulce trino saludó a la aurora;
hoy ya no se oye su cantar alegre;
solo está el nido.

Como una sombra va pasando todo,
todo la noche del olvido enluta,
todo al influjo de la muerte cede,
todo se acaba.

Hoy todo es muerte lo que ayer fue vida,
lo que hoy alienta morirá mañana;
los siglos vuelan, y mañana el mundo
será un cadáver.

LA EDAD SIN HIEL

BALADA

—¿Qué edad tienes, bella niña?
—Aún no cumplo catorce años.
—Se conoce en tu mirada
y en la risa de tus labios,
y en las formas y en la gracia
de tu cuerpo delicado.
¡Qué linda eres, qué linda!
Mira, yo tengo un palacio,
tengo joyas y jardines,
y carruajes y lacayos.
¿Quieres venirte conmigo
a mi palacio dorado?
—No, señor, que aunque yo vivo

en la aldea de allá abajo
y aunque más flores no veo
que los tomillos del campo,
me basta con esas flores,
me basta con ese espacio;
y quiero mejor vivir
tranquila y contenta al lado
de mi madre que me adora,
de mi padre y mis hermanos:
allí a adorar a la Virgen
y a amar a Dios me enseñaron,
y eso diz que no se aprende
allá en los grandes palacios.

—¿Y si yo, niña preciosa,
te dijera que te amo,
que por ti diera mi vida,
mis riquezas y mi fausto
y diera cuanto poseo
por un beso de tus labios?

—No creería en sus palabras,
porque a mí me han enseñado
que los hombres mienten mucho,
y que algunos son muy malos.
—Tienes razón, bella niña,
la verdad te han enseñado.
Vale más comer un pan,

el santo pan del trabajo,
que el que comen ciertos ricos
en hipócrita descanso,
con el llanto y el sudor
de los pobres amasado...

—Por eso, señor, prefiero
mi pobre aldea y mi campo,
que yo no los trocaría
por el imperio más vasto:
que allí a adorar a la Virgen
y a amar a Dios me enseñaron,
y eso diz que no se aprende
en muchos grandes palacios.

VISITA A LA CASA PATERNA

A MIS HERMANOS

¡Cuántos años han pasado!
Pero nada se ha cambiado,
más triste no más está.

Los años que transcurrieron,
¡ay!, todo lo envejecieron;
recuerdos no más hay ya.

Fuese el tiempo de ventura;
su huella dejó amargura,
su sombra dejó dolor.

¡Quién lo hubiera imaginado
cuando este lugar sagrado
era un santuario de amor!

Es un panteón de memorias,
recuerdo de otras historias
de santa felicidad;

de perdidas alegrías,
de otros venturosos días
de paz y tranquilidad.

¡Ah!, todo en mi mente vive,
en mi presencia revive
el tiempo que ya pasó.

Hasta parece que el viento
vuelve a tomar el aliento
con que mi cuna meció.

El aire que leve pasa,
el silencio de la casa,
todo me habla al corazón.

Y por eso es que palpita
y por eso es que se agita
con extraña conmoción.

Todo está del mismo modo,
pero parece que a todo
cubre un velo funeral.

A veces creo que suena
la voz de ternura llena
de mi madre angelical.

Allí el jardín mustio y triste;
también a él lo reviste
un ropaje de dolor.

Aún me parece que ufanas
corren por él mis hermanas
llenas de vida y de amor.

El cuarto en que yo dormía,
el sitio donde solía
con mis hermanos jugar.

Este otro que respetaba,
lugar donde acostumbraba
arrodillarme a rezar.

El patio en que retozábamos,
de la luna que admirábamos
al apacible fulgor.

Los pilares denegridos
llenos de nombres queridos
que son memorias de amor.

Padres, hermanos queridos,
en esos sitios perdidos
hoy os quisiera encontrar.

Los que no estáis en el cielo
venid, en mi desconsuelo
acompañadme a llorar.

DORMIDA

¡Qué linda está dormida!
¡Qué linda está! ¡Silencio!
Retened en los labios
la voz y hasta el aliento,
porque es tan delicada,
que el menor ruido oyendo
temblando despertara
de pudor y de miedo.
Yo así tan retirado
la miro y me estremezco,
porque hasta mis miradas
que la despierten temo.
¡Qué suaves son, qué puras
las líneas de su cuello,
qué calma hay en su rostro
poético y moreno!
¡Qué plácidos respiran
sus labios entreabiertos
cual si invitar quisieran
al inocente beso!

¡Todo calla y muere en torno;
no hay otro eco en el contorno
más que el eco que hay en mí!

¡Ay, las plantas y las flores
son los solos moradores
que viven fieles aquí!

¡Qué linda! Me parece
que al través de ese velo
de calma y de hermosura,
toda su alma leo;
¡esa alma inmaculada
tan pura en sus deseos,
donde se anidan todos
los puros sentimientos!
¿Con qué estará soñando?
¿Por qué estará sonriendo?
¡Quién fuera, oh Dios, quién fuera
de amor un dulce sueño
para alegrar su mente,
para agitar su seno!
¡Quién fuera, oh Dios, quién fuera
algún suspiro tierno
para besar sus labios
mientras está durmiendo!
¡Ah!, no, que se manchara...
¡Cuidado, pensamiento!

MIRAJE

¡Bella es la tarde! Cuando el sol desmaya
de mil colores los nublados pinta,
y extiende al horizonte una ancha raya
con rico esmalte de rojiza tinta.

Las nubes se confunden en montones
o sus mantos de gasa desmenuzan,
semejando gigantes torreones
o ágiles barcos que las aguas cruzan.

Ya son una bandada vaporosa,
ya forman caprichosas espirales,
ya el manto de una virgen pudorosa
que recata sus formas virginales.

Ya fingen un sepulcro, ya una cuna,
siempre en constante variedad movidas;

ya el pulido cristal de una laguna,
ya colinas o faldas extendidas.

Esconde el sol su disco refulgente
y las nubes, mil prismas remedando,
se empujan con placer al occidente
para mirar al sol que va expirando.

Y acaso para verlo forman riñas
porque el sol al morir les da colores,
y las nubes, lo mismo que las niñas,
gustan quizás de adornos y de amores.

El sol murió; tras el lejano monte
su disco entero de ocultarse acaba,
y bañado en su luz el horizonte
olas encrespa de encendida lava.

Un torrente de fuego desparrama
sobre el ocaso al dar su despedida,
y se inunda de luz el panorama
como aspirando robustez y vida.

Extensa franja cárdena y rojiza
forman las nubes que en la luz se doran;
unas toman color de luz pajiza,
otras en esmeralda se coloran.

Ya varían cerniéndose distantes
y nuevas luces de ópalos las tiñen;
o espléndida cintura de cambiantes
al horizonte de la costa ciñen.

A cada instante que la luz varía
nuevas formas presentan en sus faldas;
ya es un palacio de oro y pedrería,
ya columnas de perlas y esmeraldas.

Ya se abren en inmensos cortinajes
de limpios y vistosos tornasoles,
ya se parten en múltiples oleajes
luciendo pintorescos arreboles.

Entretanto la luz se va extinguiendo
cayendo en el ocaso fatigada,
y las nubes se van obscureciendo
y espesando su gasa delicada.

Ya de la tarde apareció la estrella,
la flor entreabre su virgíneo broche
y alza sonriendo su corola bella
por recibir el llanto de la noche.

EL BESO DEL PARAISO

(FANTASIA)

A Francisco Gandarillas

*Oh! la fleur de l'Eden, pourquoi l'as tu fanée,
Insouciant enfant, belle Eve aux blonds cheveux?
Tout trahir et tout perdre était ta destinée;
Tu fis ton Dieu mortel, et tu l'en aimas mieux.
Qu'on te rende le ciel, tu le perdras encore.
Tu sais trop bien qu'ailleurs c'es toi qui l'homme adore.
Avec lui de nouveau tu voudrais t'exiler,
Pour mourir sur son cœur, et pour l'en consoler!*

A. DE MUSSET

¡Oh!, ¡cuánta rica inmensidad de vida
Dios aquí para el hombre ha derramado!
¡Cuánta savia de fuego hay escondida
en cada átomo vil de lo creado!

¡Magnífica, inmortal naturaleza!
¡La creación maravillosa y santa,
deslumbrante de luz y de grandeza,
digno templo del hombre se levanta!

Yerbas y fuentes, pájaros y flores,
astros, espacios, horizonte, cielo,
todo bullendo en gérmenes de amores
se abre a la vida con latente anhelo.

Es algo de fantástico en lo bello,
algo de misterioso en lo que inspira;
de los ojos de Dios es un destello,
que Dios alumbra cuanto toca o mira.

Todo es aroma lo que el aire lleva,
toda es vigor la tierra fecundada,
y una armonía sin igual se eleva
por el conjunto universal formada.

Soplo de amor el mundo fecundiza,
cada germen que vive lo pregoná,
y el amor que en el mundo se entroniza
la tierra con los cielos eslabona.

Todo en él se confunde y se complica;
amor la brisa de los bosques trae,
y el amor que los aires purifica
en gotas de agua de las nubes cae.

¡Dios es amor!, su espíritu fecundo
en gérmenes de vida se derrama,

y en sus espacios el inmenso mundo
con murmullo inefable lo proclama.

El habla en el murmullo de los ríos,
en las brisas de montes y jardines,
en el rumor de sótanos sombríos
y en el eco fugaz de los confines.

En el centro los átomos enlaza,
en los cuerpos la savia distribuye,
y es quien al vasto continente abraza
en ese mar que eternamente fluye.

Dios manda a todo que se estreche y ame
la perfección por el amor buscando,
y en corrientes de savia se derrame,
fuerzas y vida del amor sacando.

Al nacer de la tierra transformada
Eva y Adán su esencia recibieron;
amor divino fecundó la nada,
y un soplo de ese amor sus almas fueron.

Y es para ellos cuanto ven y existe,
cuanto la vasta inmensidad encierra,
cuanto la luz con su destello viste,
astros, flores y cielo, mar y tierra.

Dios a todo le presta ser y nombre
y el centro es El de todo lo que crea.
Su esencia tienen la mujer y el hombre.
Dios es luz y es amor. ¡Bendito sea!

DIOS

¡Vuestro es el mundo; recorred su anchura!
Serás, Adán, el rey de lo creado,
y Eva, mi hermosa, mi mejor hechura,
el ángel bello que tendrás al lado.

Os doy el alma a la materia unida
y en nombre de mi amor os hago esposos;
ambos en ambos completad la vida
y amaos siempre para ser dichosos.

Pero el secreto del placer vedado
saber no intente vuestro ciego antojo...
¡Si traspasáis el límite marcado,
temed los rayos de mi justo enojo!

ADAN

¡Qué hermosa eres, mi Eva!, ¡qué dulzura
se desprende en la luz de tu mirada!

¡La mirada de un ángel no es tan pura
ni arroba tanto al alma enajenada!

Deja que mi ángel, que mi bien te llame,
mi delicia, mi amor, mi poesía;
¿no oyes que Dios nos manda que yo te ame
y que me ames también, hermosa mía?

¡Oh!, ¡y aunque Dios mandado no lo hubiera,
con todo el corazón siempre te amara!
¿Y quién, hermosa mía, que te viera
en tus ojos de amor no se abrasara?

EVA

Sí, tú me amas, porque tu alma es mía,
y yo te amo con el alma entera;
si no me amaras tú yo lloraría,
mas si yo no te amara me muriera.

Cuando mi ser en forma se animaba,
era el amor lo que vivir me hacía;
yo sentía naciendo que te amaba,
y sin mirarte aún te conocía.

Mi ser es de tu ser la mejor parte
transformada en purísimo idealismo.
¿Cómo no amarte, Adán, cómo no amarte
cuando soy yo la esencia de ti mismo?

ADAN

Mira; yo el mundo contemplaba ansioso,
arrebatado por su augusta calma,
y sólo en él sentíame orgulloso
y se ensanchaba en el placer mi alma.

Todo era luz, perfumes y belleza,
todo risueño en derredor cantaba,
y embriagado yo mismo en mi grandeza,
nada más, nada más ambicionaba.

Pero te vi, y el mundo tan divino
que deslumbraba mi razón oscura,
harto humillado lo encontré y mezquino
ante el casto esplendor de tu hermosura.

Que no vale la luz purificada
ni el embriagante aroma de la brisa,
lo que vale la luz de tu mirada
y el aroma que exhala tu sonrisa.

Por admirarte a ti todo se agita,
sonriendo en los espacios dilatados,

y el mismo sol sus rayos debilita
para no herir tus miembros delicados.

EVA

Yo, Adán, del bello mundo no vi nada,
que mis ojos se abrieron a mirarte;
nací a tu lado, para ti creada,
y comencé mi vida con amarte.

No sé si el mundo colma mi deseo,
la creación mirando tan hermosa;
tan sólo sé, mi Adán, que a ti te veo
y eso me basta para ser dichosa.

ADAN

¡Oh!, ¡qué dulce es tu voz, amada mía!
Como la voz de Dios suena en mi oído.
¡Qué necio amor es ése que os inflama!
cuando al crearte El mismo se ha excedido?

EVA

Vivamos, pues, sin fin enamorados,
tu voz a mis amores respondiendo,
tus ojos en mis ojos reposados,
un ser en otro ser repercutiendo.

EL MAL

¿Y nada, nada más, pobres amantes?
¡Qué necio amor es ése que os inflama!
¿Pensáis eternizar vuestros instantes
al frío soplo de un amor sin llama?

Hay otro mundo más, hay otra vida,
iluminada en luz resplandeciente,
que en esa llama incógnita prendida
sus puertas abre al corazón ardiente.

Esa es la gloria a vuestro amor vedada,
ésa es la vida que ese Dios os veda,
porque vuestra alma siempre esclavizada
sus perfecciones igualar no pueda.

Sabedlo todo para ser dichosos,
para elevaros hasta el cielo puro,
y seréis como Dios tan poderosos,
y leeréis cual Dios en el futuro.

EVA

¿Qué mágico poder mi sangre mueve
que circula en magnética corriente?

¿Qué afán secreto mi razón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?

¿Por qué palpita el corazón con brío
y estremecen mi ser fuerzas extrañas?
¡Oh!, ¿qué tienen tus ojos, Adán mío,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

ADAN

Yo siento de mi seno en los latidos
algo que el mismo corazón ignora;
una sed que atormenta mis sentidos,
un recóndito afán que me devora.

Ven, acércate más: cuando te miro
quisiera respirar tu propio aliento,
beberte toda el alma en un suspiro
y hacer la eternidad ese momento.

EVA

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi alma inflamo.
¡Adán mío, mi Adán, qué hermoso eres!
¡Adán mío, mi Adán, cuánto te amo!

¡Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca enamorada,
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada!

ADAN

Ven y duérmete en ellos, alma mía,
por tu reposo velará tu dueño,
y un mundo verteré de poesía,
de amor y de perfumes en tu sueño.

¡Qué bien estás así! ¡Con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta a tu mágica belleza
la profusión revuelta del cabello!

¡Qué límpida y qué dulce es tu mirada!
¡Cómo te adora el corazón vehemente!
Duerme, si quieres, duérmete, mi amada,
deja en mi seno reposar tu frente.

EVA

¡Dormir!, ¿y para qué?, ¿para olvidarte?
No, que el sueño aletarga el sentimiento.
¿No sabes cuánto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, como yo siento?

ADAN

¡No sé!, yo siento un fuego devorante,
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre réquemante
y en fuego inmenso el corazón latiendo.

EVA

Yo te miro, mi Adán, y a tus antojos
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece, filtrándose en mis venas.

¡Estréchame a tu seno!, yo te adoro.
¡Yo quisiera ahogarte en mi ternura;
te miro y soy feliz, y río y lloro
y resistir no puedo a mi locura!

.....

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos,
sonreían los dos y suspiraban
y el placer embargaba sus sentidos.

Adán de dicha y de pasión temblando
con aliento de fuego respiraba,
y a Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.

Eva abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se sonreía,
ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán se estremecía.

Y de repente convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca,
y se dieron los dos el primer beso.

¡Beso inmenso de amor!, ¡todos lo oyeron,
de armonía los aires se poblaron,
los cielos de placer se estremecieron
y de envidia los ángeles lloraron!

.....

DIOS

Dos seres yo creé para mi gloria
y les di el mundo a dividir conmigo;

me olvidaron por torpe vanagloria,
yo también los olvido y los maldigo.

¡Andad, andad!, proscritos de mi cielo,
puesto que impuros sois, seréis mortales;
con vuestro llanto regaréis el suelo,
por dondequiera os seguirán los males.

Lo que la tierra a vuestras plantas brote
será el sudor de vuestra propia frente;
vuestra propia ambición será el azote
que castigue vuestra alma delincuente.

Todos los hombres, desde Adán el padre,
la huella del dolor seguirán fijos,
y desde el seno mismo de la madre
la eterna mancha sacarán los hijos.

¡Id por el mundo!, ¡recorred su anchura,
desterrados del bello paraíso!...
¡No es digna de mi Edén la criatura,
pues que ella misma abandonarlo quiso!

.....

Y salieron llevando sus cadenas
a recorrer del mundo los dolores...
Pero ellos saben apagar sus penas
en el beso feliz de sus amores.

Zorobabel Rodríguez

Zorobabel Rodríguez nació en Quillota el 4 de octubre de 1839. Estudió Humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, y después de cursar leyes se recibió de abogado.

Se hizo notar como periodista en *El Independiente*, diario del cual fue redactor durante 20 años (1864-84). En 1870 fue elegido diputado por Chillán, representación que mantuvo por dos períodos. En 1884 obtuvo en oposición pública la cátedra de economía política en la Escuela de Leyes de la Universidad.

En 1891 abandonó este cargo para desempeñar la Superintendencia de Aduanas, con residencia en Valparaíso. También para ello renunció a la redacción de *La Unión* del mismo puerto, que mantenía desde 1884.

Murió en Valparaíso el 29 de septiembre de 1901.

Referencias:

Las poesías aparecen en los dos volúmenes de la *Miscelánea literaria, política y religiosa* que publicó en 1873.

Informaciones sobre el autor se encuentran en la *Conferencia sobre Zorobabel Rodríguez*, de Egidio Poblete, publ. en Santiago, 1903; y en *Zorobabel Rodríguez. Homenajes*, recopilación de diversos trabajos que apareció en Santiago en 1912.

LA CASA PATERNA

*J'ai grandi, j'ai vécu dans cette humble retraite;
de mon printemps fini tout m'y redit la fête;
ses sentiers ont gardé la trace de mes pas.
Là je revois le choeur de mes jeunes années
qui le front lumineux et de fleurs couronnées,
viennent à ma rencontre et me tendent les bras.*

A. DE SEGUR.

¡Dulce estación de las frutas
y de las mieses doradas,
de las tardes apacibles
y de las noches de plata!

¡De las bulliciosas trillas.
de las brisas perfumadas,
de los becerros que triscan,
de los pájaros que cantan!

Ya tus aromas percibo
y tus agrestes tonadas,
ya en las praderas comienzan
a divisarse tus galas.

Años atrás, cuando niño,
así también asomabas,
dulce estación de las frutas
y de las mieses doradas,

y el infantil pecho henchido
de inocentes esperanzas,
al verte venir, corría,
y en los brazos te estrechaba,

y ¡adiós!, decía a los libros,
y a los deberes del aula,
tan alegre como el pájaro
que de la prisión se escapa.

¡Todo, como entonces, vuelve;
calor y luz, frutas y auras;
y una vez más libre vuelvo
a verte, paterna casa!

¡Oh nunca olvidado techo!
Aún tienden sobre él sus alas
las palomas, siempre amantes,
siempre fieles, siempre blancas.

Aún por entre las tejas
las golondrinas pintadas
para contemplar la luz
sus negras cabezas sacan.

Mas, ¡ay!, en aquella puerta,
en esa puerta cerrada,
que el negro polvo obscurece
y afean las telarañas,

alguien su silla ponía
y a trabajar se sentaba,
las manos en la labor
y en los ausentes el alma.

Alguien que a nadie volvía
ni el corazón ni la espalda,
que daba a los pobres pan
y a los afligidos lágrimas;

que al escuchar de los hijos
el rumor en la distancia,
dejando silla y costura,
como una corza volaba.

Mas, ¡ay!, ya nadie se sienta
en esa puerta cerrada
que el negro polvo deslumbra
y amortajan las arañas.

En el patio silencioso
nadie al que está ausente aguarda
ni se oyen las bendiciones
del pobre que su hambre mata.

Sólo en enjambres ligeros,
al suave impulso del aura,
plumas y copitos blancos
van y vienen, suben, bajan.

Ya en la puerta se detienen,
ya acarician la ventana,
hasta que, tomando altura,
el ojo a verlos no alcanza.

¡Oh plumas de las palomas
del tejado de mi casa,
que mi madre cariñosa
con su mano alimentaba!

¡Oh copitos de los cardos
que maduran en la estancia
donde antes crecía el pasto
y los trigos y las chacras!

Si sois cual me lo imagino
de aquellos pobres las almas
que en busca de una limosna
venían aquí en bandadas,

si conserváis de la madre
las bondadosas palabras,
si aún os acordáis del pan
que los hijos os brindaban,

¡subid, subid hasta el cielo,
copitos y plumas blancas,
y a la buena madre dad
un recuerdo de su casa!

Decidle que aún permanece
aquella puerta cerrada
y que hay quien por verla abierta
diera la mitad de su alma.

Decidle que aún el nido
intacto y limpio se halla
y que aún cubrirlo podría
con sus blanquísimas alas.

RECUERDOS

Te dije adiós. El viento que arrebató
su aroma suave a las tempranas flores
pasa y no vuelve a marchitar las hojas
en que ejerció sus bárbaros rigores.

¡Y tú, más cruel que el viento de la tarde,
después de arrebatarme la ventura,
vuelves sobre tu víctima, que sólo
darte puede despojos de amargura!

Pon la mano en el pecho y reflexiona:
ve lo que hoy eres, lo que fuiste ayer.
¡En sólo un año cuán horrible cambio!
¡Tornóse el ángel en vulgar mujer!

Al verte hastiada, enferma y abatida,
al sentir sobre ti la cruel cadena
de la mezquina realidad, ¿no piensas
en otro tiempo?, di, ¿no sientes pena?

De aquel rico tesoro con que el cielo
había en su bondad tu alma dotado,
¿qué resta ya? Como humo disipóse...
Sólo el recuerdo en mí no se ha borrado.

¡Y cuánto lo deseo!, ¡cuánto!, ¡cuánto!,
mujer, ¿qué hay de común entre los dos?,
ni aun la memoria de los bellos días,
ni el amargo pesar que vino en pos.

¡Nada! Marchando por opuestas sendas,
cada momento nos aleja más;
¡nunca ya ni tus ojos con mis ojos,
ni tu mano y mi mano se han de hallar!

Como las aguas de cercanos ríos
que se mezclan un punto en su camino,
para tornarse a separar, y solos
correr después a su final destino;

un punto nuestras almas se mezclaron
y una jornada hicieron. Y hoy van solas,
alejándose siempre, a confundirse
del mar de lo infinito entre las olas.

Sola hoy caminas; pero acaso, acaso,
cuando lo amargo de la vida pruebas,
recuerdes que del pecho en lo más íntimo
algunas gotas de mi acíbar llevas.

¡Oh!, ¡sí te acordarás!, que mi recuerdo
unido está con tu postrera gloria:
como un remordimiento, mientras vivas,
esculpido ha de estar en tu memoria.

ULTIMAS HUELLAS

¡Cómo los años vuelan, madre mía!
Quince hace y aún parece que ayer era
cuando ufana te vía
ir y tornar ligera
por estos mismos sitios, coronada
de bulliciosa e infantil *parvada*!

¡Cómo el materno amor, puro, cristiano,
de tus azules ojos irradiaba!
¡Qué diestra era tu mano
cuando la flor plantaba
o la varilla endeble y diminuta
que hoy nos regala su sabrosa fruta!

¡Qué invierno aquel invierno en que te fuiste!
Nunca, al caer, formaron los raudales
de lluvia un son tan triste:
nunca así los cristales
gemir había oído; en noche alguna
se alzó tan melancólica la luna.

Vino después la alegre primavera
pródiga de perfumes y colores,
cubriendo la pradera
de insectos y de flores.
¡Mas, ¡ay!, la tibia brisa llamó en vano
a las flores plantadas por tu mano!

Cubriendo las malezas insolentes
la tierra en que jazmines cultivaban
tus manos diligentes;
y allí mismo do alzaban
sus pétalos las rosas purpurinas
los *clonquis* ostentaron sus espinas.

¡Y siguió el tiempo su veloz carrera,
anhelando borrar con planta impía
cuanto un recuerdo era
de tu amor, madre mía!
Mas quiso Dios que aún flores, si no bellas,
inmortales, germinen en tus huellas.

¡Oh blanca y desmedrada florecilla,
que sin cultivo, pertinaz, floreces
pegada a aquella orilla!
¡Cuán triste que te meces,
lágrima de la Virgen, y ser pruebas
digna del nombre que llorando llevas!

Sí, que era en esa parte do solía
en la hora del crepúsculo sentarse,
y con dulce ufanía
de sus hijos rodearse,
y alzar la vista suplicante al cielo
y regar con sus lágrimas el suelo.

¡Ah!, blanca, desmedrada florecilla,
si de una madre la sin par ternura
sembró allí tu semilla,
si llanto de amargura
la tierra humedeció que te sustenta,
¡no te causen mis lágrimas afrenta!

Eduardo de la Barra

Nació en Santiago el 9 de febrero de 1839. Comenzó los estudios de humanidades en Valparaíso y los terminó en el Instituto Nacional de Santiago. En 1860 recibía el título de agrimensor o ingeniero civil. En 1859 había recibido accésit en un certamen del Círculo de Amigos de las Letras. Figura

en la carrera administrativa ya en 1864, como jefe de sección del Ministerio de Hacienda. En 1875 fue secretario de la Exposición Internacional.

Había iniciado la carrera docente en el Instituto Nacional antes de titularse, y volvió a ella en 1876 al ser nombrado profesor de historia de la literatura en aquel establecimiento. Al año siguiente ocupó la rectoría del Liceo de Hombres de Valparaíso, puesto en el cual permaneció hasta 1891, sin más interrupción que un breve viaje al Uruguay, donde ocupó, en 1882, el empleo diplomático de encargado de negocios.

En 1886, cuando Darío llegó a Chile, Eduardo de la Barra fue uno de sus primeros amigos. Al año siguiente ambos presentaron composiciones al Certamen Varela, y mientras el chileno obtenía recompensas en varios de los temas del Certamen, Darío recibía *ex æquo* el primer premio por su *Canto épico a las glorias de Chile*, compartido con Pedro Nolasco Préndez. De la Barra, en fin, prologó con extenso y erudito estudio el libro *Azul...*, de Rubén Darío, publicado en Valparaíso en 1888.

Colaboró, entre otras publicaciones, en *El Correo Literario*, 1867; *La Patria*, 1868 y años siguientes; *La Libertad*, 1871; *La República*, 1874; *Revista Cómica*, 1896; *La Ley*, 1898, etc. Para disimular su identidad, sobre todo en los casos de ardientes polémicas políticas y de otro orden que el autor emprendió, en aquellas publicaciones usó varias decenas de seudónimos.

En 1886 fue nombrado correspondiente en Chile por la Real Academia Española. A la caída del Presidente Balmaceda, en 1891, Eduardo de la Barra hubo de salir del país, y en la República Argentina ocupó varios cargos administrativos y publicó algunas obras que había llevado escritas de Chile. Regresó a su patria a fines de 1895.

Falleció en Santiago el 9 de abril de 1900.

Obras:

Poesías líricas. Santiago. 1866.

Las rosas andinas. Valparaíso, 1888.

Poesías, dos volúmenes. Santiago. 1889.

Rimas chilenas. París. 1890.

Odas de Horacio, traducciones. Santiago. 1899.

Referencias:

Leonardo Eliz: *Don Eduardo de la Barra. Rasgos biográficos*. Santiago. 1889.

Rafael M. Merchán: *Estudio crítico de las poesías de Eduardo de la Barra*. Buenos Aires. 1895.

Fidelis P. del Solar: *Eduardo de la Barra íntimo. Reminiscencias de su juventud*. Santiago. 1901.

Raúl Silva Castro: *Eduardo de la Barra y la pedagogía alemana*. Santiago. 1943.

ENSUEÑOS

Cuando el sueño los párpados pesados
con blanda mano silencioso toca,
el espíritu tiende ágiles alas
y al éter se remonta.

Y a un tiempo ve los días que pasaron
unos tras otros, cual amargas olas,
o cual nubes cambiantes de colores
que por el cielo flotan.

Y ve surgir, cual astros de la tarde,
titilantes las almas amorosas,
que en coloquios dulcísimos se abisman,
y en el azul se engolfan.

Y se cuentan sus penas y esperanzas,
y con nobles palabras se confortan,
y miden los abismos de la vida
y a la lucha se aprontan.

Como un fugaz relámpago, tal pasa
la visión de los sueños vaporosa,
y en la mente, al pasar, deja una estela
de luz entre las sombras.

Yo, la vaga intuición de aquellos viajes
conservo al despertar, halagadora;
yo he sentido mil veces que volaba
con alas poderosas.

Yo he traído canciones de ese mundo
lleno de luz y de impalpables sombras;
por eso, a veces, cual de ajenas manos
mi lira tiene notas.

Y yo he visto ciudades, antes vistas
en sueños; y yo he visto, niña hermosa,
tus ojos, tus dos soles, en el cielo
donde vagan las almas soñadoras.

HOJAS DE OTOÑO

Leves, cual sueltas mariposas de oro,
vuelan las hojas que del árbol fueron
pompa y orgullo, y en el suelo helado
secas se posan.

Verdes un tiempo en la calor estiva
flores y sombra su dosel nos daba,
hoy, ¡cuán distinto!..., por el cierzo heridas
todas cayeron.

Así las hojas de mi vida arranca,
así mis verdes ilusiones trunca
crudo el otoño... ¡Su inclemente saña
nada respeta!

¡Mira! Girando por el aire leve
pasan las secas esperanzas mías.
¡Más que del cierzo, de tu blanca mano
mueren heridas!

LAS HOJAS SECAS

¡Adiós, amores,
otoño llega;
se van volando
las hojas secas!

I
Suaves susurran
las alamedas,
y gravemente
se balancean
al blando impulso
de las ligeras,
fáciles brisas
que andan entre ellas.
Entre las hojas
ágiles juegan
y en la hojarasca
bullen inquietas,
bullen sonantes
y noveleras,
y oyen curiosas
lo que conversan
todas las ramas
de la arboleda,
y lo que dicen
las hojas secas.

II

¡Adiós!, murmuran,
ya casi muertas,
y unas tras otras
del árbol ruedan.
Flotando al aire,
cayendo sueltas,
breves instantes
revolotean,
y unas tras otras
al suelo llegan,
como esperanzas
del alma enferma,

como amorosas,
dulces promesas.
Cual ilusiones
que van deshechas,
caen y caen,
y, dando vueltas,
van por el aire
las hojas secas.

III

Todas marchitas,
amarillentas,
el suelo cubren
de alfombra espesa.
Miles y miles
pálidas llegan
y desmayadas
allí se quedan.
Caen y caen,
ruedan y ruedan,
y a cada instante,
y a cada vuelta,
y a cada soplo
de la alameda,
cuchicheando
tímidas tiemblan.
Todas se agitan,
todas se quejan,
y ¡adiós!, se dicen
las hojas secas.

IV

El cierzo bate
sus alas trémulas
y alza las hojas
que el suelo pueblan;
todas sonando
ruedan rastreras
y un coro forman

que rumorea,
como un murmullo,
como una queja,
como sollozos
de la arboleda,
como zumbido,
como protesta,
como plegaria
que al cielo elevan.
Son suspirillos
que el alma apenan,
¡adiós! que dicen
las hojas secas.

V

Otras, ruidosas
corren ligeras,
giran, girando
ríen, conversan,
y en remolinos
rondando juegan.
Agiles, libres,
a un soplo vuelan,
a un tiempo suben,
a un tiempo ruedan,
a un tiempo caen
sobre la hierba,
como las locas
vanas empresas
que por sí solas
vienen a tierra.
Llora la noche
y el polvo riega
en que se tornan
las hojas secas.

VI

Brisas y ramas
de la floresta,
aguas corrientes
y verdes hierbas,

aves que pasan,
aves que quedan
a un tiempo todas
su voz elevan,
y un rumor vago
que clamorea
entre la fronda
y entre las peñas,
en las montañas
y en las riberas,
allá en las nubes
y acá en las huertas,
pasa diciendo:
"¡Alerta, alerta!...
¡se van las hojas,
otoño llega!"
y ¡adiós!, responden
las hojas secas.

VII

Esa voz misma
que el alma hiela,
dentro me dice:
"¡Alerta, alerta!
¡tus esperanzas
de encanto llenas,
tus ilusiones
de primavera,
verdes, floridas,
fragantes eran,
y al soplo helado
pálidas tiemblan,
y desprendidas
caen deshechas,
y fugitivas
de ti se alejan!"

¡Adiós, amores,
otoño llega,
se van las hojas,
las hojas secas!

MAÑANA Y TARDE

I

¡Salve!, amanece en la plateada cumbre;
montes y valles a la luz despiertan;
cantan las aves, y en fecundas ondas
fluye la vida.

¡Salve!, en un tiempo amaneció en mi limbo
y ondas de fuego por mi ser cruzaron...

¡Tú, que llegabas, y amorosa diste
voz a mi lira!

II

Ora anochece en el oscuro valle,
súmese el mundo en soledad medrosa,
callan las aves, y el nocturno llanto
riega la tierra.

Tal en mi pecho, si tu luz me falta
todo es tristeza, soledad y llanto:
desque te fuiste, mi enlutada lira
sueña en silencio.

NOCTURNO

Los álamos en hileras
al aparecer la luna
grandes fantasmas parecen
que en la oscuridad saludan.

Las brisas que andan errantes,
en la arboleda murmuran,
y el agua mansa acarician
en la dormida laguna.

En tanto el grillo en la grama
rima sus notas agudas,
y es para el galán que ronda
signo de buena fortuna.

Cerros azules lejanos,
valles de eterna verdura
y enamoradas parejas
la luna plácida alumbra.

¡Cuán serena, cuán hermosa
su faz argentada encumbra,
y derrama luz y encanto
desde el azul do fulgura!

Todos gozan, todos ríen
a tu claridad, ¡oh luna!;
sólo yo triste me encuentro
y me escondo en la penumbra.

¡Ah!, no sea que indiscreta
una lágrima descubra
la llaga de una traición
que llevo en el alma oculta.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Siento correr el fuego de la vida
cuando recibo el sol de tu mirada,
que, sin querer, me excita y me convida
por el fecundo amor iluminada;
vibran mis nervios como el arpa herida
por la mano que tiembla apasionada,
y ardiente la mejilla, el pecho opreso,
siento en los labios palpitir el beso.

¡Y pienso en Dios!... Enamorada siento
agitarse mi alma, cual los mares
a la cadencia rítmica del viento;
y de este inmenso mar del sentimiento,
¡oh gran naturaleza sacrosanta!,
llego temblando al pie de tus altares,
y mi alma, sin querer, dichosa canta
el eterno *Cantar de los Cantares*.

DOLORA

A Víctor Romero Silva

De luz vestida y de grana
alegre está la mañana
y está alegre el corazón.
—¿Por qué suena esa campana
con triste y lúgubre son?

Su metálico tañido
tiene un algo de glacial,
que es lamento en el oído
y en el pecho dolorido
vierte llanto y hace mal.

Una voz severa exhorta
a tener resignación...

—¿Quién murió?... ¡La vida es corta!
¡Qué te importa! ¡Qué te importa,
lacerado corazón!

Lejos del paterno hogar,
triste, cansado viajero,
me he sentado a reposar:
con pena ajena no quiero
mi corazón amargar.

Agregó la voz: —En su hijo
la pobre murió pensando;
y al morir: —¡Ingrato! —dijo—,
yo por él viví pensando;
¡por él muerol!... —y lo bendijo.

Yo también mi madre tengo,
Ingrato, yo la dejé,
perdí su amor y su fe...
y, ahora, a buscarla vengo;
¡Dios mío, si la hallaré!

¿A quién pasan fría y yerta,
que la olvidada oración
repite mi boca incierta
y enciende mi corazón?...

—¡Era su madre la muerta!

GLORIA IN EXCELSIS

A don Marcelino Menéndez Pelayo

I

¡Oh ciego infortunado,
que tus ojos sin vida al cielo elevas,
el sol no has encontrado
tú, que en su luz te anegas:
¡él te da su calor y tú lo niegas!

¡Cuán otro es el prudente!
El, sin mirarte, ¡oh sol!, la grata influencia
de tus efluvios siente,
y tu luz y tu esencia
columbra el ojo leal de su conciencia.

Aquél, aislado, frágil,
sin porvenir se arrastra, y ya se entrega
ciego al placer... ¡Cuán ágil
se lanza a la refriega
en que el alma a la carne se doblega!

Y este otro, a quien alumbra
la fe, cuando su término ya alcanza,
siente algo que lo encumbra,
y, lleno de esperanza,
las alas abre y a la luz se lanza.

II

Dios es sol, se le siente
hondo en el corazón y se le adora;
está doquier latente,
y, al ciego que lo implora,
no niega su mirada bienhechora.

No al seco silogismo
El se descubre: quien así investiga
da, acaso, en el abismo
de la duda enemiga:
¡no abarca el mundo el ojo de la hormiga!

Por más que a Dios buscaba
en el campo celeste de su anteojo
Lalande, no lo encontraba:
su orgullo fue el abrojo
que con azote duro nubló su ojo.

Mas, el niño lo encuentra,
y lo encuentran los rudos campesinos,
que al corazón El se entra
por todos los caminos
y deja tras de sí lampos divinos.

III

El sabio que medita
descubre la armonía en dondequiera;
variedad infinita
en la unidad impera,
y es un himno de amor toda la esfera.

Por la tierra encorvada
va el hombre a voluntad; mas, no le es dado
de ella salir: la amada
libertad le ha tasado
quien lindes a la mar ha señalado.

Si acaso se moviera
al arbitrio del hombre en su eje cano
la tierra, no tuviera
un rumbo cierto y sano
la curva inmensa del progreso humano.

El que aquí me encadena,
a un ascenso inmortal mi alma destina;
y El, la doliente arena
con su índice ilumina,
por do la flaca humanidad camina.

IV

Al Padre el alma amante
agradecida sube, tierna implora,
y pídele anhelante
que tras la pecadora
vida, le muestre su inmortal aurora.

¿Quién soy? Humilde insecto,
grano de polvo en el erial perdido,
y, osado, Ser perfecto,
más luz y amor te pido
para adorarte con mejor sentido.

¡Oh Padre bondadoso!,
si un rayo de tu luz me iluminara,
postrado y temeroso
delante de tu ara,
sublimado tu gloria proclamara.

Mas, ¡ay!, ¡ciego te miro
y mi pecho no se arde como quiero!...
A ti, Señor, aspiro;
¡Tú sobre mí derrama
la dulce llama que anhelante espero!

EL VASO ROTO

De Sully Prudhomme

Este vaso en que mueren las verbenas
a un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas,
pues ni el más leve ruido se sintió.

Mas aquella ligera trizadura,
cundiendo día a día, fue fatal;
su marcha imperceptible fue segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota a gota
y las flores sin jugo mueren ya;
nadie el daño impalpable, nadie nota.
¡Por Dios, no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte..., y ya perdida
ve la verbena de su amor pasar.

Júzgalo intacto el mundo, y él en tanto
la herida fina y honda que no veis,
siente que cunde destilando llanto.
¡Por Dios, que roto está, no lo toquéis!

A FABIO

(EPISTOLA MORAL)

I

Vesme sereno en la tormenta ruda,
vesme entre espinas sonreir conforme,
y ora me pides que te dé el secreto;
vas a escucharlo:

II

Libre de intrigas palaciegas, lejos
de agios y enredos en el foro, Fabio,
ajeno a locas ambiciones, vivo
pobre y contento.

III

Otros se afanan tras las altas cumbres
y honra y vergüenza en el camino dejan;
busquen a fuerza de maldad alzarse,
¡simples!, un palmo.

IV

Triunfen los necios que importancia fingen,
vanos pavones de pintadas plumas,
hijos de Venus y otro dios cualquiera
ellos se aclamen.

V

Ronde el judío como zorro astuto
tras de la herencia de la triste viuda,
parta lo ajeno con el juez malvado
y hágase rico.

VI

Robe a los pobres su trabajo el que urde
leyes rapaces, que el inicuo aprueba;
maten y roben por que el agio triunfe
manos violentas.

VII

Rueden sus coches con soberbios troncos,
luzcan diamantes y valiosas sedas
esos que gastan el dinero ajeno,
llenos de orgullo.

VIII

Vil incensario el cortesano agite
en los salones do el adulo triunfa,
y así la palma a la virtud debida
él arrebate.

IX

Vibre en la prensa deletéreas voces
quien al servicio de las malas causas
finge virtudes, cuando ruin salario
mueve su pluma.

X

Cieguen al pueblo en el error sumido
los que se dicen por el cielo enviados;
el fiel rebaño sin piedad esquilmen
y ellos se harten.

XI

Yo en tanto, lejos del mundano ruido,
libre entre esclavos, en mis libros busco
paz y consuelo, distracción y olvido,
luz para el alma.

XII

Patria no tengo que acogerme quiera,
patria que amiga mi tributo acepte:
aunque conmigo la encontré madrastra,
callo y la sirvo.

XIII

Nunca tras l'aura popular me afano;
nada me importan sus volubles olas:
busco el aprecio de las almas sanas,
pocas y buenas.

XIV

Rico y contento en mi pobreza limpia
a otros más pobres cuando puedo amparo:
nunca escatimo la verdad al grande;
nada le pido.

XV

Simple en la vida y el vestir, no gasto
vanos afeites, de la edad ludibrio;
nada de impropio a la vejez severa
pido ni acepto.

XVI

Huyo de bullas, de las fiestas huyo;
nunca me exhibo; solitario paso;
sueño y medito, y de mi vieja lira
pulso las cuerdas.

XVII

Libre en el mundo, para amar nacido,
es la enseñanza mi constante anhelo:
cuanto en el alma atesorar me cupo
fue para todos.

XVIII

Amo la patria, y el hogar y el arte:
dos diosas tengo, la Verdad es una,
la otra Justicia; de las dos adicto
sírvelas juntas.

XIX

Creo en un Dios, en el progreso espero;
busco el ascenso sideral del alma,
amo a Jesús, y de sus pasos santos
sigo la huella.

XX

Daño no infiero ni al insecto humilde;
bien cuanto puedo en mi camino siembro;
pienso yo sólo, de mi cuenta, y obro
tal como pienso.

XXI

Virgilio dijo, al despedirse, al Dante:
—"Tú eres tu rey y sacerdote: ¡marcha!"
Así yo digo: —Independiente y libre
marcho sereno.

XXII

—Este el secreto de mi dicha es, Fabio.
Manso y sencillo, la conciencia clara,
lleno de amor y de piedad el pecho,
viva yo siempre.

Carlos Walker Martínez

Nació en Valparaíso en 1842 e hizo sus estudios en Santiago en el Colegio de San Ignacio. En la Universidad de Chile cursó las clases de leyes y recibió el título de abogado en 1866.

Comenzó su carrera literaria en un periódico juvenil, *La República Literaria*, del cual fue director, y al mismo tiempo escribió un drama sobre Manuel Rodríguez. Después de una breve misión como secretario de la escuadra americana armada contra las fuerzas navales españolas, viajó por Europa y los Estados Unidos, y regresó en 1869 a Chile, fecha en la cual fue nombrado jefe de sección del Ministerio del Interior. El mismo año entró al Congreso como diputado por Vallenar, y durante varios períodos mantuvo su investidura.

En 1873 abandonó las luchas parlamentarias para hacerse cargo de un empleo diplomático en Bolivia, y en 1874 fue elevado a la categoría de ministro ante esa república. En 1878 volvió una vez más al Congreso Nacional. Permaneció ajeno a las actividades legislativas durante la administración Santa María, y tornó a ellas en 1885. En el período de Balmaceda, Walker Martínez fue uno de los caudillos de la oposición y luego formó parte del comité revolucionario.

Después de la revolución fue elegido diputado por Santiago y más tarde volvió al Congreso como senador. En 1899 fue Ministro de Estado en la cartera del Interior.

Murió en Santiago en 1905.

Bibliografía:

Poesías. Santiago, 1868. X + 223 pp. Prólogo de Enrique del Solar.

Romances americanos. Primera parte. Santiago, 1871. XXXII + 306 pp. Prólogo de Ventura Blanco.

El proscripto. Leyenda. Santiago, 1873. X + 238 pp.

Poesías. Santiago, 1894. IX + 461 pp.

Romances americanos. Segunda edición. Santiago, 1899. 385 pp. Su contenido es diferente al de la edición de 1871.

Referencias:

Don Carlos Walker Martínez, por Pedro N. Cruz. Santiago, 1904.

A la memoria de don Carlos Walker Martínez, por el Pbro. Manuel Muñizaga. La Serena, 1905. 16 pp.

Carlos Walker Martínez. Una juventud modelo, por Francisco y Jaime Rivas Walker. Santiago, 1931. 246 pp. Contiene páginas de juventud del autor, en prosa y en verso.

QUEJAS

¡Ave que cruzas el cielo,
rasgando con débil pluma
esas nubes, suelto vuelo
de nácar, oro y espuma!

¡Auras que voláis ligeras,
meciendo bosques y flores,
y en vuestras alas lisonjeras
lleváis suspiros de amores!

¡Nubes que vagáis hermosas,
delicadas armonías,
flores, fuentes silenciosas,
claras noches, bellos días!

¡Luna, astro de paz que giras
sobre bóvedas de plata,

mar que trémulo suspiras,
donde el cielo se retrata!

¡Naturaleza sublime,
obra de un Dios que da vida,
que con su imperio te oprime,
mas con mano bendecida!

¡Oíd mis tristes querellas,
sed testigos de mi llanto!
¡Que vi eclipsada mi estrella
bajo un crespón de quebranto!

¡Mar, cielo, fuente, aves, flores,
aura, luna, astros, piedad!
¡Consoladme en mis dolores,
mis espinas apartad!

OFRENDA DEL POETA

"No te daré del Oriente
suelos chales, ricas sedas,
ni coronas de esmeraldas,
ni largos lazos de perlas:

mas coronaré tu frente,
blanca como la azucena,
de hermosos lirios del valle,
de jazmines y violetas.

Te contaré, vida mía,
cien delicadas leyendas,
para conciliar tus sueños
en tus horas de inocencia.

¡Qué bello será escuchar
de un trovador las querellas
en las noches del estío
y en sus tardes pintorescas!

¡Qué bello, cuando en el mar
las olas gimen apenas

y la luna solitaria
el firmamento pasea!

¡Oh!, ven a mí, dulce dueño,
y verás cómo el poeta
sabe amar como ninguno
y hace verdad lo que sueña.

Lazos de amor, esperanzas,
historias caballerescas,
himnos, guirnaldas de flores,
suspiros, trémulas quejas;

y una lira solitaria
que tiene amorosas cuerdas...
¡Todo, ángel de mis ensueños,
todo te ofrece el poeta!"

Así cantó el trovador
al pie de las negras rejas:
y el viento llevó el suspiro
de sus sentidas querellas.

EL PEREGRINO

Corría el mundo, y extranjero, ausente
del dulce hogar, del patrio cielo azul,
se pintaba el dolor sobre su frente,
se agostaba su estéril juventud.

Pálido el rostro, el alma sin amores,
le cercaba profunda soledad;
y le era opaco el sol, secas las flores,
fatigosa la senda, amargo el pan.

Por fin, un día fatigado vino
a golpear a una puerta, y dijo: "Abrid,
abrid a un solitario peregrino,
que ya amenaza el temporal venir."

Dentro dijeron: "No hay albergue; siga
su viaje el extranjero." Y él siguió:
y en otra puerta que juzgaba amiga,
trémulo el brazo, con temor golpeó.

Allí también al infeliz negaron
el pan de la bendita caridad;
y su voz de congoja no escucharon,
aunque arreciaba airado el temporal.

El continuó su solitario viaje,
la frente mustia, opreso el corazón;
y, temeroso de otro nuevo ultraje,
en otra nueva puerta no golpeó.

Transido, al fin, de frío el extranjero
fue su frente a una piedra a reclinarse,
y allí expiró en silencio. Del viajero
nadie en el mundo se volvió a ocupar.

ROMANCE

¡Ay! ¡Las horas de ventura
cómo huyeron presurosas!
Como un sueño fugitivo,
como una rápida sombra.

¿Qué nos resta de esos días
de ilusiones seductoras,
de esos sueños infantiles,
de esas plácidas historias?

Un recuerdo solamente,
recuerdo que al cabo borra
el tiempo en revuelto giro
al batir sus alas torvas.

Crece el árbol del olvido,
viste opaca, triste pompa,
y el suspiro de las tumbas
es el aura de sus hojas.

A su sombra la esperanza
palidece, y nunca brota:

A MARIA

Ante tu altar postrado, dulcísima María,
vengo a implorar amparo, vengo a pedir merced:
¡Tú eres la fe de mi alma, tú eres mi luz, mi guía!
Por eso en mis dolores te invoco, madre mía;
por eso arrodillado me miras a tus pies.

Del mundo en los azares, revuelto torbellino
donde sucumbe a veces herido el corazón,
a cada paso, oh madre, que he dado en mi camino
yo siempre te he confiado mi suerte y mi destino:
¡hoy, madre mía, vengo para decirte adiós!

Hoy, madre, como entonces, invoco tu ternura
de hinojos prosternado en tu sagrado altar;

y la flor de los recuerdos
entre sus ramas se ahoga.

¡Oh, no crezca ese árbol triste
en nuestras almas! ¡Memorias
de pasadas alegrías,
no dejéis el alma sola!

¡No huyáis, plácidos recuerdos,
visiones encantadoras,
del arpa del sentimiento
sones blandos, dulces notas!

¿Qué nos resta de esos días
de ilusiones seductoras,
de esos sueños infantiles,
de esas plácidas historias?

¡Sólo vosotros, recuerdos!...
Amor, ilusiones, glorias,
dichas, esperanzas, sueños...
¡No dejéis el alma sola!

recuerda que eres madre clemente como pura,
recuerda que a tu sombra la débil criatura
segura senda lleva si tu favor le das.

Me lanzo al mar: ¡quién sabe la suerte que me espera!
Acaso, de las ondas triunfante mi bajel,
me deje de mi patria en la gentil ribera;
o acaso, destrozado por la tormenta fiera,
perdido en la borrasca, sucumbiré con él.

¡Quién sabe! ¿A quién es dado romper el denso velo
si en sombra impenetrable se cubre el porvenir?
¡Oh madre, pueda al menos en mi ferviente anhelo
alzar plegaria humilde, volver mi vista al cielo,
y pronunciar tu nombre bellísimo al partir!

Vela por mí en el viaje que sobre el mar emprendo,
aparta de mi nave la tempestad crúel:
¡no sea que irritadas las olas sacudiendo
me hiera y amenace en su furor tremendo!...
¡Oh madre, de sus iras defiende mi bajel!

¡Lleva a las playas patrias mi nave, oh madre mía,
bajo el amparo santo de tu inmortal favor!
Tú eres la fe de mi alma, tú eres mi luz, mi guía:
¡por eso a tus altares, dulcísima María,
vengo a pedir amparo, vengo a decirte adiós!

SILENCIO Y SOLEDAD

¡Silencio y soledad! Dadme algún día
gozar sereno en apartado asilo
la dulce, melancólica armonía
de algún bosque tranquilo.

Dadme a gozar las noches deliciosas
del bello estío en retirada orilla,
donde arrullen las ondas cariñosas
mi trémula barquilla.

¡Dadme una choza en solitario monte,
de donde se descubra el panorama
de un lejano, magnífico horizonte,
que el sol poniente inflama!

¡Dadme la clara luz de la mañana
y el dulce sol de un día perfumado,
en un lugar donde la voz humana
nunca se haya escuchado!

¡Yo allí seré feliz!... Busco la calma,
amo la soledad..., que harta de enojos
y harta de desengaños está el alma,
y de llanto los ojos.

Apagaré ese afán que me devora,
secreto instinto de un afecto vago,
con la sublime paz encantadora
del monte, el bosque, el lago.

Donde no vea a nadie, solo, errante,
extraviado en la lóbrega espesura,
seré lo que el perdido navegante
que da en playa segura...

¡Dichoso aquel que de los hombres lejos
vive en completa paz, desconocido,
y se aduerme a los pálidos reflejos
del astro del olvido!

SONETO

¿Qué rastro deja sobre el mar la nave
que al viento tiende la turgente vela?
¿Qué rastro en el espacio cuando anhela
alcanzar a las nubes, deja el ave?

Aquélla, apenas, silenciosa y grave,
de fugitiva luz frágil estela;
ésta, trémulo son que también vuela
como su pluma, indefinible y suave.

Ave en el viento es la ilusión querida,
nave en el mar, la dulce bienandanza
a inconstantes vaivenes sometida.

¡Ay de quien no aproveche la enseñanza,
y, en los hondos misterios de la vida,
funde en la gloria humana su esperanza!

José Antonio Soffia

Nació en Santiago el 22 de septiembre de 1843. Estudió en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso y en seguida en el Instituto Nacional de Santiago. Aspiró a la carrera de leyes, pero no llegó a recibirse de abogado. Comenzó a escribir hacia 1859, y ya en 1862 hacía publicaciones en *La Voz de Chile*. Colaboró igualmente en la *Revista de Sud América* de Valparaíso, en *La Mariposa*, *El Correo Literario*, *La Revista Ilustrada*, etc. En es-

te período juvenil fue la más importante de sus tribunas *La Estrella de Chile*, 1867 y años siguientes, en donde ofreció al público *Las cartas de mi madre*, que le dieron gran nombradía.

En 1864 ingresaba al personal de la Biblioteca Nacional de Santiago, y en 1871 fue promovido a la intendencia de Aconcagua, con sede en San Felipe. En 1872 entró a servir la subsecretaría del Ministerio del Interior. De 1875 es la primera colección de sus obras poéticas, bajo el título de *Poesías líricas*, y de 1878 la segunda, *Hojas de otoño*. En esta última aparece su canto épico *Michimalonco*, premiado en certamen de 1877.

En 1881, durante la Guerra del Pacífico, Soffia fue designado ministro en Colombia. En Bogotá supo rodearse de los principales escritores y poetas colombianos, y en su casa se llevaron a cabo tertulias literarias que permitieron además llevar a cabo proyectos más ambiciosos. Uno de ellos fue la publicación, con motivo del centenario del nacimiento de Bolívar, de un volumen conmemorativo escrito por varios autores en romance octosilabo. Otro fue la antología *Victor Hugo en América*, llevada a término por Rivas Groot como colaborador de Soffia, en 1889, cuando ya éste había fallecido. Desde Bogotá, igualmente, dispuso los originales de su última recopilación, *Poemas y poesías*, aparecida en Londres en 1885.

Falleció en Bogotá el 11 de marzo de 1886.

Obras:

Los siete salmos penitenciales de David, traducción. Santiago. 1863.

Poesías líricas. Santiago. 1875.

Exequias del candidato popular. Santiago. 1876.

Hojas de otoño. Santiago. 1878.

Poemas y poesías. Londres. 1885.

Victor Hugo en América. Bogotá. 1889.

Poemas y poesías. Santiago. 1950 (vol. XVII de la Biblioteca de Escritores de Chile).

Referencias:

José Victorino Lastarria: *José Antonio Soffia, poeta chileno*, Santiago. 1886.

Raúl Silva Castro: *José Antonio Soffia*. Santiago. 1951.

CONTEMPLACION

¡Mirad!, ¡qué hermosa la tarde,
entre nubes de arrebol,
de su atractivo hace alarde,
para detener al sol
que sobre las olas arde!...

Envuelta en diáfanos velos
de ligerísimos tules,
aunque es reina de los cielos,
se muestra llena de celos
entre sus pliegues azules;

y en sus mejillas rosadas
que más belleza le dan,
a la par que retratadas
sus ansias enamoradas,
se ven su pena y su afán...

¿Por qué, si llena de amor
ella pasó el día entero
aguardando su favor,
él paga su amor sincero
con su abandono traidor?

¿Qué amada más dulce y suave
puede en el orbe encontrar?...
Ella enamorarlo sabe
con los arrullos del ave,
de las auras y del mar;

ella el perfume le ofrece
de las delicadas flores
que el viento en sus tallos mece,
y cuyo aroma parece
la expresión de sus amores;

ella le brinda ternura,
soledad, feliz sosiego,
y esa llama de ventura
que hace arder el casto fuego
de una pasión dulce y pura...

¡Sí, sí!..., pero el sol esquivo
se va muy lejos, muy lejos,
despreciando su atractivo
que parece hartó más vivo
dorado por sus reflejos...

Al suspiro amante y triste
de la tarde no responde...
Ella el desdén no resiste
y, al ver que el traidor se esconde,
de negro crespón se viste...

Callan en la selva umbrosa
de las aves las querellas,
la luz se oculta medrosa
y la desdeñada diosa
llora lágrimas de estrellas...

Pero, por ver el encanto
del que amargó su fortuna
y es origen de su llanto,
abre, entre su negro manto,
su pupila..., ¡que es la Luna!

BLANCA

De blanco estaba vestida
cuando en el baile la vi,
blanca como una azucena,
rindiendo a galanes mil...

De blanco estaba vestida
cuando en sus bodas la vi
su blanca mano de esposa
dar al hombre más feliz...

De blanco estaba vestida
cuando ya muerta la vi...
¡Pobre Blanca, que a los cielos
sus veinte años fue a cumplir!...

LA NIÑA DE OJOS AZULES

Clara y bella está la noche
y leves, flotantes rúles
de diamantes tachonados
parecen las blancas nubes.
¡Mucho brillan las estrellas,
pero no igualan sus luces
a las que dan de mi niña
los lindos ojos azules!

La luna hermosa y brillante
tímida esparce su lumbre
que por el campo y la selva
con esplendor se difunde.
Grato es ver sus resplandores,
¡pero es más grato y más dulce
mirar de mi amado dueño
los lindos ojos azules!

Admiración de los hombres
y amada de los querubes,
con tal poder mi adorada
sus gracias y encantos luce,
que las flores toman brillo
y vuelve de oro las nubes,
¡si en ellas con amor fija
sus lindos ojos azules!

En esos vivos luceros,
que al mismo hielo seducen,
tan angelical pureza
y tanto amor se descubre,
que vida, placer y gloria
por dondequiera difunden:
¡que son destellos del cielo
sus lindos ojos azules!

Ellos calman de mi vida
la terrible pesadumbre
y alentando mi esperanza
al alma valor infunden.
Sentimiento y poesía
todo en ellos se reúne;
¡y por eso me enloquece
la niña de ojos azules!

¡Luna hermosa, estrellas claras,
leves y flotantes nubes,
grato aroma de las flores,
aves, céfiros y luces:
decidle a mi dulce amada
que de mi amor nunca dude,
pues veis que es mi único cielo
la niña de ojos azules!

RIQUEZA

En soberbio palacio el rico mora,
derrama el oro y pedrerías luce;
bello cristal las galas reproduce
de su regia mansión deslumbradora.

Mas la ambición su espíritu devora,
cada goce un tormento le produce
y es tedio su vivir, por más que aguce
sus lisonjas la turba adulatora.

¡El bardo es más feliz!... Sin otra sombra
que la que brinda el árbol, en el suelo
nada su mente ni su vista asombra.

Todo lo tiene: ¡el plácido arroyuelo
calma su sed, las flores son su alfombra,
su amigo Dios y su esperanza el cielo!

TRASMIGRACION

Como en tu dulce amor tan sólo pienso,
siempre serán iguales mis canciones,
nacidas todas de ese amor inmenso
que arde en nuestros sensibles corazones.

Mi lira y mi cantar te pertenecen,
que es obra tuya cuanto yo concibo;
y esos cantos de amor que te entristecen
me los inspiras tú, yo los escribo.

Tú me devuelves la ilusión perdida
y das a mi alma inspiración secreta;
por ti busco la luz y amo la vida,
por ti pulso la lira del poeta.

Si la dulce armonía, hija del arte,
engrandece mi ser y lo transforma,
tú eres el centro de donde ella parte,
y yo el artista que le doy la forma.

ROCIO

El llanto del dolor es el rocío
que las flores del alma necesitan,
y gracias a ese riego, dueño mío,
las flores de mi amor no se marchitan.

En vano el viento del pesar se ensaña
contra las rosas de mi amor sincero:
¡siempre que en llanto el corazón se baña
recobra altivo su valor primero!

Y aunque quieran el tiempo y la distancia
de mi alma separar tu imagen bella,
yo cada día con mayor constancia
tierno la adoro y me recreo en ella.

Y tú, mi amor, que mi pesar conoces
y miras la aflicción que me devora,
¡al escuchar mis doloridas voces
si quieres un consuelo, también llora!

Llora y endulza tu dolor impío,
ya que hondos males sin cesar te agitan,
¡que el llanto del dolor es el rocío
que las flores del alma necesitan!

EN EL CAMPO

Grandiosa naturaleza,
yo adoro tu majestad,
que tu infinita belleza
sólo endulza la tristeza
de mi amarga soledad.

De las grandes poblaciones
aquí el bullicio no llega,
y bajo otras impresiones
a gratas meditaciones
el espíritu se entrega.

¡Oh!, ¡quién pudiera, apartado
por siempre en dichosa calma,
vivir aquí descuidado

en dulce paz entregado
a los placeres del alma!

No es en las grandes ciudades
que el vano orgullo edifica
do se aprenden las verdades:
¡el poder de Dios se explica
mejor en las soledades!

Que el dulce cantar del ave
y el aroma de las flores,
del río el murmurio suave,
¡todo ensalza al Dios que sabe
dar a todos sus favores!

A LA LUNA

¡Oh luna, misteriosa
confidente del alma que delira,
tal vez mi amada hermosa
tan triste como yo tus luces mira!

Anoche junto a ella
tu pálida hermosura contemplaba,
y al verla amante y bella
de nuevo mis amores la juraba.

Todo era entonces gloria,
juramentos de amor y de ternura...

¡Hoy sólo una memoria
conserva el corazón de su ventura!...

Yo por mi mal sabía
que esa noche de amor y de bonanza
la postrera sería
de las de mi consuelo y mi esperanza...

¡Cuánto dolor me aflige
al recordar mi niña, oh luna clara!
¿Recuerdas que la dije
que hoy mirando tu lumbre en mí pensara?...

Dime, luna brillante:
¿cumple ella como yo su juramento?
¿Es cierto que constante
paga con su cariño mi tormento?...

¿Es cierto que me quiere
con un cariño inmenso, como el mío,
que a tantos me prefiere
que no debo temer por su desvío?...

¡Ah!, ya que la fortuna
jurarle amores con rigor me impide,
dile tú, hermosa luna,
¡dile a mi dueña que jamás me olvide!...

EL POETA

Sólo merece en el suelo
el renombre de poeta
quien, derramando consuelo,
como un enviado del cielo
Dios, Patria y Amor respeta;

quien nunca al débil ofende
ni engaña a la juventud,
quien al desgraciado extiende
su noble mano y defiende
la inocencia y la virtud;

quien rechaza la perfidia
y sólo vive de amor,
quien por la justicia lidia,
quien no alimenta la envidia
ni da pábulo al rencor;

quien odiando al despotismo
no adula al grande jamás;
quien es todo patriotismo,
quien se olvida de sí mismo
por amor a los demás;

quien adora en la mujer
un ángel de redención;
quien sabe el dolor vencer
y en la dicha y la aflicción
tiene por norma el deber;

quien lleva una vida austera
y el vicio combate audaz;
quien nunca medrar espera
por la adulación rastrera
ni la calumnia mordaz;

y no quien dobla la frente
bajo coyunda servil,
quien canta lo que no siente
y en torpe rima insolente
ensalza lo innoble y vil;

ni quien por ceñir se inquieta
fútil corona a su sien,
y la honradez no respeta:
¡que el poeta no es poeta
si no es un hombre de bien!

VINDICACION

No insensible me llames, vida mía,
porque mis labios callan:
¡encubiertos también de nieve fría
los volcanes estallan!

No dándome de ingrato el duro apodo
mi desventura agraves:
¿qué podré yo decirte si ya todo,
todo, mi bien, lo sabes?

¡Busque palabras quien amor mintiendo
tan sólo engañar quiere,
no aquel que vive sin cesar sufriendo,
que por amar se muere.

¿No te he dicho mil veces que te amo
cual mi único tesoro,
que mi consuelo, que mi bien te llamo,
que sólo a ti te adoro?

Si libre de importunos a tu lado
tan sólo tú me oyeras,
si mostrarme cual soy me fuera dado,
¡cuán distinto me vieras!...

Pero para decirte lo que siento
sin dar ensanche al alma,
para jurarte amor con frío acento,
¡no, yo no tengo calma!...

¡Déjame que en silencio religioso
en tu mirada lea
ese amor tan sincero y delicioso
que el corazón desea!

Hazme gozar la célica armonía
de tus palabras gratas,
con cuya dulce magia, ¡oh vida mía!,
al cielo me arrebatas.

¡Y si contarte a veces no se atreve
mi labio mis afanes,
no olvides que encubiertos por la nieve
se agitan los volcanes!...

SEMEJANZA

¿Oyes cuán triste su cantar entona
el ave en la escondida soledad?
¿Sabes por qué a su pena se abandona?
¡Porque huérfana está!

¿Miras cuán mustia su corola inclina
entre las rocas la abatida flor?
¡Muere la abandonada clavelina
porque le falta el sol!

También cual ave que penando existe,
también cual planta sin calor ni luz
muere tu bardo pesaroso y triste,
¡porque le faltas tú!...

CIELO

Cuando se abate mi razón, sedienta
del bien que le arrebató la amargura,
la lucha de la vida me amedrenta
y creo que la muerte es la ventura.

Mas ¿qué vendrá después?... ¿Al hombre alienta
espíritu inmortal o es masa impura?...
¿Quién los arcanos descifrar intenta
que guarda en pos de sí la sepultura?...

Sufro, deliro y en la muerte fundo
mi postrera ilusión: "Pues no hay consuelo,
¡muere!", me dice mi dolor profundo...

Pero otra voz responde a mi desvelo:
"Un mundo buscó el genio y halló un mundo:
¡busque un cielo la fe y hallará un cielo!..."

A LAS ESTRELLAS

Noche callada, misteriosa y triste:
¿qué dicen tus estrellas?
¿Del cruel tormento que de horror te viste
las lágrimas son ellas?

Hijas, acaso, de tu seno oscuro,
¿cómo nacen tan claras?
¿De dónde sacan su fulgor tan puro
y sus luces tan raras?

¿Quién enciende sus rayos divinales
con hermosura tanta?
¿De amor o de esperanza son fanales?
¿Por qué su vista encanta?

¿Son las miradas amorosas, dime,
de amantes sin ventura,
que buscando en el cielo amor sublime
se estampan en la altura?

¿Son los himnos de amor de un desgraciado
al cielo dirigidos,

o los sueños del bardo enamorado
en astros convertidos?

¿Son de otros mundos de dolor ajenos
antorchas luminosas,
o son de la epopeya de los buenos
las cifras misteriosas?

¡Ah!, ¡yo creo que son mundos de glorias
do iremos los amantes
que en un mar de esperanzas y memorias
bogamos anhelantes!...

¡Los que, sin ser felices, a los cielos
injustos no acusamos,
y, en medio del pesar, dulces consuelos
de bien y paz soñamos!

¡Los que sobre la tierra hemos sufrido
con fe nuestros dolores;
los que, amando lo bueno, hemos vivido
sin odio y sin rencores!...

¡Estrellas claras! Cuando os miro creo
que entre vosotras moran
las aéreas ficciones del deseo
que encantan y enamoran...

¡Que los seres amados que la suerte
nos arrancó furiosa,
en vosotras hallaron tras la muerte,
su patria venturosa!

¡Que allá mi madre con vosotras vive,
que desde allí me ama,
que mi plegaria con amor recibe,
que llora y que me llama!...

NOSTALGIA

¿Quién mitiga, Señor, quién mitiga
las penas del alma,
si en el mundo no existe remedio
que pueda curarlas?

¡De otro edén el deseo me inquieta
y el mundo me cansa!...
¡Quién pudiera, dejando esta vida,
volar a otra patria!...

¡Quién pudiera, Señor, hallar pronto
las célicas playas,
donde eterna es la dicha y eterna
tu luz sacrosanta!

¡Donde viven mis padres, que tanto,
que tanto me amaban!...
¡Donde suaves delicias se gozan
tras dura jornada!...

¡Ah, Señor, ya se cansan mis ojos,
mi pecho se cansa,
de entrever y desear de otro espacio
la luz, sin gozarla!

¡Basta ya de amarguras sin nombre,
de penas extrañas!...
¡Ah, Señor, de tu amor y tu cielo
la ausencia me mata!...

SALMO L

*Miserere mei, Deus, secundum
magnam misericordiam tuam...*

Ten, Dios mío, piedad de mi pecado
por tu misericordia y tu bondad,
y de mi corazón acongojado
borra con tu poder la iniquidad.

Lávame más y más de mi impureza
y olvida cuanta falta cometí.
Conozco mi pecado; y mi flaqueza
no la puedo apartar nunca de mí.

Yo contra ti he pecado y mis desvíos
patentes a mis ojos siempre están;
¡perdóname, Señor, y los impíos,
sabiendo tu bondad, te ensalzarán!

Tú bien sabes, Señor, que fui engendrado
en la culpa que nunca se borró,
que la gracia perdí por el pecado
y que mi madre en él me concibió.

¡Con tu hisopo rocíame piadoso
y libre de mis manchas me veré!
¡Lávame con tu gracia y venturoso
más blanco que la nieve quedaré!

¡Tus voces de perdón a mis oídos,
tornándose a la vida, llegarán;
y por dulce alegría conmovidos
mis humillados huesos se alzarán.

De mi impureza aparta tu mirada,
pues mi culpa tu enojo encenderá.
¡Ampáreme tu diestra y libertada
mi vida de la angustia quedará!

Olvida mi pecado y mi desvío,
dame un recto y sencillo corazón,
renueva mis entrañas, ¡oh Dios mío!,
y lléname de santa contrición.

No me arrojes, Señor, de tu presencia
ni separes tu espíritu de mí;
confirma con tu gracia mi existencia
y dame la entereza que perdí.

¡Restaura la energía de mi alma,
tú que eres la esperanza y la salud!,
¡vuelve a mi herido corazón la calma
y hazme amar la justicia y la virtud!

Yo enseñaré a los malos tus caminos,
ellos sus muchas culpas llorarán,
y al conocer tus méritos divinos
tu sacrosanto nombre ensalzarán.

Líbrame tú, Señor, Dios de mi vida,
de la sangre infeliz que derramé;
y tu santa justicia esclarecida
yo con mi propia lengua ensalzaré.

Abre, Señor, mis labios, y mi boca
tu debida alabanza anunciará:
¡pues no desoyes nunca a quien te invoca,
dulce acogida a mi plegaria da!

Si víctimas quisieras, afanoso
víctimas te inmolará sin cesar,
mas las que abrasa el fuego presuroso
no podrían tus iras aplacar.

Para ti el sacrificio más querido
es el de un humillado corazón,
que ya de su flaqueza arrepentido
implora humildemente su perdón.

A tu pueblo, Señor, trata benigno
y derrama sobre él tu santo bien,
para que en algún tiempo sea digno
de levantar los muros de Salem.

Entonce al ofrecerte sacrificios
conseguirá tu cólera aplacar,
¡y al recibir tus santos beneficios,
hostia incrüenta elevará en tu altar! . . . *

** El autor tradujo Siete Salmos Penitenciales de David y los dio a luz en un volumen en 1863. La versión que se ha copiado no es la de esa edición, sino la que aparece en el volumen de POESIAS LIRICAS que se publicó en 1875, y muestra, con respecto a la primera, importantes modificaciones, N. del R.*

LA ETERNA LEY

A mi amigo el Dr. A. Valderrama

Ama el niño cuando apenas
despierta su alma a la vida;
crece, principian sus penas,
¡y es de amor llama encendida
la sangre que arde en sus venas!

Lo ve la adusta vejez
sufrir del amor los daños,
y exclama con rigidez:
—"Amar sin tener quince años...
¡Locura de la niñez!..."

Ama el joven con locura
sin hallar tregua ni calma:
juguete de su ternura,
el amor es de su alma
el tormento y la ventura.

Pierde alegría y salud;
pero repite la gente:
—"¡Ya pasará esa inquietud:
el amor es solamente
capricho de juventud!..."

Pasa la edad del engaño,
pero, incapaz de consejo,
de amar el instinto extraño
el hombre cascado y viejo
ve crecer año tras año...

Y por más que su altivez
dobleguen crudos rigores,
busca de amar la embriaguez,
¡aunque ya son sus amores
achagues de la vejez!...

¡Nada de amar nos redime,
nada, querido doctor!...
Esencia de lo sublime,
ley eterna es el amor
de la que nadie se exime;

porque va siendo a su vez
su irresistible inquietud,
locura de la niñez,
capricho en la juventud
y achaque de la vejez...

CONFIANZA

No es la vida una noche tenebrosa
do entre la sombra oscura
vaga la humanidad siempre afanosa
sin encontrar ventura;

ni viene a la desgracia condenado
el hombre a nuestro suelo,
que para ser dichoso fue creado
por la bondad del cielo.

La existencia es un día de combate,
de esfuerzo y de esperanza
en el que el héroe que jamás se abate
glorioso premio alcanza...

Todo es bien en la tierra: el dolor mismo,
la tempestad, la muerte
son cielos de ventura ante el abismo
de una existencia inerte.

¡El noble arrojo en la tormenta ruda
al hombre hace sublime;

lo engrandece el dolor; de impía duda
la muerte lo redime!

Que todo cuanto existe en lo creado,
cuanto se ve y se siente,
para el hombre y su bien lo ha combinado
la mano omnipotente.

Despunta el sol; empieza la fatiga
del rústico afanoso;
y espera en su labor la noche amiga
para encontrar reposo.

Nace la flor, derrama su perfume,
el tiempo la marchita;
y por el mismo sol que la consume
más tarde resucita.

Todo cuanto germina en la natura
para su bien varía
y no siempre las flores son fresca
ni eterno albor el día.

La aurora es claridad, auras errantes
el día refrigeran,
la tarde es paz bendita, astros brillantes
de noche reverberan;

y la niñez es inocencia pura,
la juventud es alma,
trae la reflexión la edad madura,
la ancianidad la calma;

y el niño es de los ángeles hermano,
y el joven tiene amores,
el hombre la experiencia, y el anciano
veneración y honores.

¿Y vivir es llorar?... ¡Calla, hombre adusto,
pues en tu mano tienes
la alma felicidad: basta ser justo
para gozar sus bienes!...

AMISTAD

No busques al amigo en la grandeza
ni en el festín ruidoso;
búscalo en la aflicción y en la tristeza,
cuando no puede el labio mentiroso
disfrazar con lisonjas la bajeza.

Todos buscan el árbol si presenta
su fruto regalado:

raro el que con el riego lo alimenta
cuando en otoño triste y deshojado
ni frutos cría ni ramaje ostenta...

¿Cuál es el corazón que no está abierto
en la alegría ajena?
¿Cuál no se halla en la tristeza yerto?...
¡La sala del festín siempre está llena
y el sitio del dolor siempre desierto!...

¡Esa noble virtud que es heroísmo,
abnegación ferviente,
¡la amistad!, creación del idealismo,
no la puede abrigar quien sólo siente
necia ambición y pérfido egoísmo!

¿Y cómo fiar en ella si miramos
tanta traición en todo?
¡Se abre un abismo do un edén soñamos,
perlas queremos, y el inmundo lodo
bajo engañosa ondina sólo hallamos!

En el libro fatal de la existencia,
sin que halle una hidalguía,
escribe mil traiciones la experiencia...
¡Ay, por eso, de aquel que en algo fía
que no sea en su Dios y en su conciencia!...

CREENCIA

Yo creo en Dios omnipotente y sabio,
eterno en vida, en perfecciones sumo,
que ve pasar más rápida que el humo
cada generación;
lo adoro con mi alma y con mi labio,
sé que es amor su espíritu divino
y ante su nombre mi cabeza inclino
con santa adoración.

Jamás mi labio profanó el sublime
nombre del Ser por quien el mundo alienta:
en la felicidad y en la tormenta
confiado lo invoqué.
Y amo al que lleno de dulzura imprime
en las almas su espíritu amoroso,
y al que sabe hermanar tierno y piadoso
con la bondad la fe.

"Todos hermanos sois sobre la tierra,
dijo la voz del Bueno de los buenos:
Sea, viviendo del orgullo ajenos,
vuestra ley el amor."

¡Y en esta ley dulcísima se encierra
mi convicción, mi idea, mi creencia;
y es norma de mi vida la indulgencia
y muerte es el rencor!

Hijo de un pueblo donde el pueblo mismo
altivo manda y dócil obedece,
que venturoso y soberano crece
sin esclavos ni rey;
escuchando la voz del patriotismo
tengo todo mi orgullo en ser chileno
y en respetar celoso, como bueno,
mi creencia y la ley...

Por eso nunca sufriré al que aleve
en el nombre de Dios maldice al hombre,
ni al que la libertad mata en su nombre
con pérfida altivez;
ni rendiré mi aprecio al que se atreve
a decretar la muerte con su mano,
pues el hombre del hombre es el hermano
¡y sólo Dios su juez!...

UN SUEÑO

Soñé...: la blanca luna
miraba a la distancia
desde la alegre estancia
en donde reinas tú...

Las diáfanas estrellas
que en el cenit lucían,
diamantes parecían
sobre negro tisú...

Tú hablabas: tu voz dulce,
como la voz de un niño,
robaba a mi cariño
toda su admiración

Cada palabra tuya
era un himno del cielo
que de vital consuelo
llenaba el corazón.

Yo te escuchaba... El alma
absorta, de rodillas,
tus palabras sencillas,
más suaves que la miel,
guardaba una por una,
como el avaro el oro,
y de ellas un tesoro
hacía amante y fiel.

¡Aún las recuerdo todas!...
¡Con qué emoción decías:
"¡Se fueron esos días
de encanto y libertad
en que, halagada el alma
por célicas visiones,
era todo ilusiones,
todo felicidad!"...

"¡Felicidad!"..., irónicos
mis labios murmuraron;
los tuyos se callaron
y mudo me quedé...

Las voces del silencio
seguimos escuchando,
¡y aún creo están vibrando
las voces que escuché!

Así, como llamados
por mágicos acentos,
los goces, los tormentos,
la gloria, el frenesí;
todo, a la vez, llegando
vi en tropa lisonjera,
¡y de otra primavera
las ricas flores vi!

¡Cuántos recuerdos íntimos!,
¡cuánta feliz memoria!,
¡toda una larga historia
que nunca volverá!
¡Todo ha pasado, todo!...
¡sólo tu encanto vive;
sol que de Dios recibe
luz que en aumento va!...

Era otro tiempo: alegre,
cual rosa sin espinas,
trepando las colinas,
bellísima te vi.

Del monte en la alta cumbre
cansada te sentabas,
y un rico edén mirabas
bajo un cielo turquí...

Espejo de tu rostro,
astro de poesía,
en lo alto aparecía
de Venus el fanal.

Tus ojos lo miraban
y, opacos ante ellos,
cedían los destellos
del astro celestial...

Todo lo estoy mirando,
en ilusión..., es cierto...,
soñando estoy despierto,
mas..., ¡déjame soñar!...

¡Tan sólo así la vida,
¡tan sólo así, no es llanto!
¡Ah, cuánto gozo, cuánto,
dejándome engañar!...

.....
.....

LAS DOS HERMANAS

(RECUERDO DEL MAGDALENA)

A mi estimado amigo señor don Alberto Urdaneta

I

En una tarde limpia y serena,
como del trópico, casi ideal,
a las orillas del Magdalena
grato respiro bajé a buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanal;

Cierro los ojos..., busco
descanso a mi tristeza
y veo tu belleza
de nuevo aparecer;
el sol de tu mirada
de amores me fascina,
oigo tu voz divina
y tiemblo de placer...

El eco de tus pasos,
el mágico ruído
que forma tu vestido,
¡todo lo escucho aquí!,
¡aquí!, dentro del alma,
donde tu imagen vive
y adoración recibe
de cuanto alienta en mí.

¡Nunca sentí en mis venas
arder tan vivas llamas
como las que tú inflamas
con tu mirar de amor;
ni vi en las más graciosas
mujeres de la tierra
la seducción que encierra
tu rostro encantador!

¡Sí! Dios hacerte quiso
como ninguna, hermosa:
el porte de una diosa,
la gracia de una hurí,
el aire de una reina,
de Venus la escultura,
de un ángel la dulzura
¡todo se encuentra en ti!...

y no distante vi una cabaña,
cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto a un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar;
una, penosa, miraba al río,
la otra bordaba, con triste afán.

Aquella, al verme, se alejó esquivando;
ésta, al contrario, con dulce faz,
corta en palabras, pero expresiva,
me acogió afable con su mirar.

—¿Sois hermanas?, la dije incierto;
—Sí, dos hermanas somos no más.
—¿Y vuestros padres? —Mi padre ha muerto;
mi madre, anciana y enferma está...

Siguió un silencio de causar frío...
Miré a la niña..., la vi llorar...
Su hermana inmóvil miraba al río;
y ya venía la oscuridad...

II

Era la solemne hora
de los recuerdos... ¡Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión!

Y la estrella brilladora
del crepúsculo, en la altura,
con su luz tranquila y pura,
convidaba a la oración...

¡Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical:

Selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
¡edén... forjado en un sueño
de fantasía oriental!

Cual centinelas inmóviles
que abren paso a su monarca,
en cuanto la vista abarca
se ven sus filas tender.

Gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr...

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre la selva asemejan
luces de oculta ciudad;

y con primores tan suyos,
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad...

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando,
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.

Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo, desde la orilla,
se echa el pesado caimán...

Sentado en rústico tronco
junto a la pobre cabaña,
quedéme absorto en extraña,
profunda contemplación.

Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
le hablaban, con triste acento,
de algo raro al corazón...

Pensaba..., mas, de repente,
la joven de la ribera,
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz

esta canción tan doliente,
y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz:

"¡Qué grande que viene el río!,
¡qué grande se va a la mar!
Si lo aumenta el llanto mío
¡cómo grande no ha de estar!...
¡Río!..., ¡río!...,
¡devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

"¡Qué negra la noche ingrata
viene mi pena a aumentar!...
Si ella mi dolor retrata,
¡cómo negra no ha de estar!...
¡Río!..., ¡río!...,
¡devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

"¡Qué triste susurra el viento!
¡Parece ausencias llorar!...
Si él repite mi lamento,
¡cómo triste no ha de estar!...
¡Río!..., ¡río!...,
¡devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

"¡Qué sordo que el río suena!
¡No quiere a nadie escuchar!...
Cuando no escucha mi pena,
¡cómo sordo no ha de estar!...
¡Río!..., ¡río!...,
¡devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!..."

III

Entretanto, sin hablar,
con su hermana, a corto trecho,
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y exasperada llorar...

—Vuestra historia será triste,
dije al fin a la aldeana.

—La mía no, que no existe;
¡la triste es la de mi hermana,
que a su aflicción no resiste!...

—¡Cuéntemela! Soy viajero,
y aunque pronto partiré
esa historia saber quiero...

—¡Dejadme llorar primero
y luego os la contaré...—

Miró a su hermana un momento,
las lágrimas se enjugó
y con simpático acento,
ocultando su tormento,
su relato principió:

—Tras penosos desengaños,
sin fortuna y sin hogar,
en estos bosques extraños
con mi madre, hace veinte años,
mi padre vino a habitar.

Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió...
Mas, sonó el grito de guerra
y, atravesando la sierra,
fue a la guerra..., ¡y no volvió!...

Crecimos en la orfandad;
mas, mi hermana, aunque lloraba,
creyó en la felicidad,
¡pues era amada y amaba
con ciega fidelidad.

El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
¡un tigre por su bravura,
y una paloma en su amor!

El río era su elemento,
y, en su *balsa* o su *champán*,
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento
o apurado capitán.

Jamás lo encontró cobarde
la suerte, con que luchaba;
noble y bueno, sin alarde,
a esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado;
¡pero su sueño de gloria
era amar y ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría,
uniendo a la hermana mía
su existencia ante el altar,

el grito horrendo y agudo
de un naufrago se escuchó;
arder su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
¡y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando
lo miramos, como un pez...
Iba al naufrago alcanzando,
y... ¡aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez!...

Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró...
Se escucharon dos gemidos...
¡Ella perdió los sentidos
y enajenada quedó!...

Lento su mal la devora;
y, loca, mirando al río,
canta a veces, otras llora,
y sigue en su desvarío
día a día, hora tras hora...

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la vi llorar afligida...,
mas, de pronto decidida,
la niña así continuó:

—¡Qué hacer, si Dios lo ha mandado!...
—¡Confía en El!, respondí.—
Dejé mi óbolo olvidado...
¡Miré su rostro y lo vi
risueño..., pero empapado!...

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo;
dije a ese ángel de bondad:
—¿Cómo te llamas? —Consuelo
—¿Y tu hermana? —Soledad...

IV

Torné a la barca, y en la noche oscura
vi en la playa una luz cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor...

Muellemente la nave se mecía
cual blanca cuna, con balance igual,
y arrullar, cariñosa, parecía
de las almas el íntimo ideal;

aquellas vagas esperanzas bellas,
esos enigmas de anhelado bien
que en las nubes, el agua y las estrellas
mudos viajeros pensativos leen...

La nocturna luciérnaga brillaba,
y en la selva el enjambre velador
de cigarras y grillos, no cesaba
de herir el aire con tenaz rumor...

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y, al alba, la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida diseñarse vi...
Cambió de senda el río..., la montaña
se interpuso a mi vista..., ¡y la perdí!...

De aquel barco, en la ciudad,
al capitán torné a ver
Y le dije: —¡Perdonad!
¿Algo habéis vuelto a saber
de Consuelo y Soledad?

—Nunca he vuelto a aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
a esos sitios, cuanto haya
de nuevo, ya lo sabréis...

¿Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?...
¡Ah!, su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

—“Por complaceros fui, diligente,
a la ribera que os prometí.
Salté a la playa..., ¡qué diferente
tras cortos años todo lo vi!

Espesa yerba borrado había
hasta la senda del platanal,
y un rapazuelo que me seguía:
—¡Volved!, me dijo, porque vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío!...
—Murió su madre y ella se fue...
—Pero, ¿y su hermana? —Se arrojó al río,
que estaba loca, por no sé qué...”

¡Lo habéis oído!... ¡Cosas del cielo...
que no comprende la humanidad!...
Tal vez consuelo no halló Consuelo...,
¡pero dichosa ya es Soledad!...

YARAVI

*A mi amigo don Ricardo Carrasquilla,
insigne poeta colombiano.*

Lamentando su traidora
suerte tirana,
así, herido, amante llora
penas que matan...,
que matan..., pues no las cura,
¡suerte tirana!,
la que llama en su amargura,
¡vida del alma!...

—¡Ah!, si habías de olvidarme,
por mi desgracia,
para qué tanto engañarme
con esperanzas...
esperanzas... que murieron,
¡por mi desgracia!
y tan poco tiempo fueron
¡vida del alma!...

"¡Déjame que llore a mares
por una ingrata,
que ni alivia mis pesares
ni ve mis lágrimas!,
lágrimas... ¡ay!, que derramo
¡por una ingrata!,
a quien, aún muriendo, llamo
¡vida del alma!

"Dame siquiera un consuelo
con tus miradas,
con ellas, que son mi cielo,
mi afecto paga...
paga, ¡oh! luz de mi ventura,
¡con tus miradas!
Este amor, esta locura,
¡vida del alma!...

"¿Qué es el aire, qué es la vida
tan despiadada,
privado, prenda querida,
de tus palabras?...
palabras... ¡ay!, que en mi suerte
¡tan despiadada!,
fueran, en pos de mi muerte,
¡vida del alma!...

Cesa la triste querella...
De una ventana
cae una flor roja y bella
bañada en lágrimas...
lágrimas... ¡sí!, que a la sombra
de una ventana,
manda al cantor la que él nombra
¡vida del alma!...

Luego le arroja una cinta
la desdichada
en la que con negra tinta,
dice al que canta:
—"¡Canta... que tu amor merece
la desdichada,
que, esclava del que aborrece,
¡mata su alma!

A DIOS

¡Lloro, Señor, el tiempo de mi vida
que empleé sólo en amar cosas mortales
sin elevar mi mente hacia los lares
del alto cielo, donde el bien anida!

¡Tú que ves, ¡oh, Señor!, mi alma rendida
al grave peso de sus hondos males,
vierte en mí de tu gracia los raudales
ya que estoy en el mundo de partida!...

Si guerra y tempestad fue mi existencia,
sea mi muerte paz y halle bonanza
y grato puerto en pos de la inclemencia.

Nada en el mundo a consolarme alcanza,
y a Ti, Señor, se eleva mi conciencia,
¡porque fuera de Ti no hay esperanza!

Enrique del Solar

Enrique del Solar, hijo de la poetisa doña Mercedes Marín, nació en Santiago en 1844 e hizo sus estudios en el Colegio de San Ignacio. En la Universidad de Chile siguió los cursos de leyes hasta recibir el título de abogado en 1876. En plena juventud fue colaborador de *La Estrella de Chile*, a la cual contribuyó con estudios de crítica y de literatura comparada que no han sido recopilados. También fue colaborador de la *Revista de Artes y Letras*.

En 1874 editó las poesías de su madre, cuya leyenda inédita *Escepticismo y fe* había concluido y publicado en 1867.

Siendo notario de Los Andes, falleció en 1893.

Bibliografía:

Paráfrasis poética de las Lamentaciones de Jeremías, Santiago, 1866. 27 pp.
Escepticismo y fe. Santiago, 1867. 70 pp.

Sobre el autor hay un artículo de don Juan Zorrilla de San Martín, *Estrella de Chile*, 1875, t. IX, p. 881, en el cual se le considera por sus *Leyendas y tradiciones*, grupo de cuentos en prosa sobre temas históricos de los que publicó tres series.

HOMBRE SOY...

Hombre soy, fui destinado
a contemplar la aflicción
y sin luz he caminado
por un sendero cercado
de sombra y devastación.

Descargó el Señor su mano
sobre mí, bebí su hiel,
envejecí muy temprano,
de hondas arrugas mi piel
cubrió el padecer tirano.

Me rodeó como de un muro
de pesar y de agonía;
cual muerto en sepulcro oscuro,
me envuelve noche sombría
y allí mi cáliz apuro.

Me cerró toda salida
y remachó mi cadena;
clamé con alma oprimida,
y su justicia ofendida
se negó a mirar mi pena.

Cercó de piedras cuadradas
mi senda; el arco entesó
y sus flechas aceradas
a mi pecho dirigió,
do se mantienen clavadas.

Objeto soy de irrisión
para ellos noche y día,
me burlan en su canción,
y hiel y amargura son
sustento del alma mía.

Ceniza fue mi alimento,
la paz de mi pecho huyó,
y en amargo desaliento
exclamé: ¡de mi tormento
la medida se llenó!

¿Y he de esperar?... Mi pobreza
mira, Jehová, y mi amargura;
¡del recuerdo la aspereza,
mi alma angustiada tortura
y es inmensa mi tristeza!

Suavizarás tu rigor
y yo tornaré a esperar...
¡Fue piedad tuya, Señor,
que aún viva para exhalar
las quejas de mi dolor!

Por tu piedad, consumido
no fui. A cada amanecer
por ella soy protegido,
que tú mi sostén has sido
y confío en tu poder.

¡Bueno es Dios a quien espera,
bueno es fundar la esperanza
en él, y al que persevera
silencioso en la confianza
premia al fin su fe sincera!

¡Feliz quien sufrió el dolor
en temprana juventud!
Sin alzar vano clamor,
conquistará vencedor
la palma de la virtud.

Con resignación pondrá
sobre la tierra sus labios;
la mejilla volverá
al que le hiere, y tendrá
sufrimiento en sus agravios.

No lo entregará el Señor
al olvido; en su orfandad,
será su consolador;
más grande es que su rigor
su inagotable bondad.

Que siente su corazón
al descargar su castigo;
jamás negó su perdón,
y es al hombre en la aflicción
tierno y bondadoso amigo.

Bajo su pie no quebranta
al que aprisionado llora,
al oprimido levanta,
da su amparo a quien implora
su protección firme y santa.

Jamás el Omnipotente
su recta vara torció
ni al culpable y delincuente
con el justo e inocente
en su juicio confundió.

Dolor y consolación
envía sobre el humano
divina disposición.
¿Por qué, pues, el corazón
murmura del cielo en vano?

Miremos nuestros pecados,
volvámonos al Señor,
los brazos al cielo alzados;
¡sean con llanto regados
los senderos del error!

De iniquidad y mentira
se hizo tu pueblo culpable,
y por eso inexorable
fue tu soberana ira,
y tu enojo inquebrantable.

Sí, de furor te cubriste,
y, sin tener compasión,
con tu diestra nos heriste,
y una nube interpusiste
entre el cielo y mi oración.

En medio de las naciones
me arrojaste a dolor fiero
y continuas aflicciones,
y me burló el extranjero
con sus amargas razones.

Fue red, terror y quebranto
la engañosa profecía,
arroyos de agua mi llanto,
pues miraba en agonía
a la ciudad que amé tanto.

No cesaba de llorar,
no halló mi queja reposo.
Tal vez la llegue a escuchar
Dios, y misericordioso
se disponga a perdonar.

Casi me robó la vida
tan amargo sentimiento,
y el alma desfallecida

¡POBRE NIÑA!

Murió la niña... De flores
su féretro coronaron,
y hoy hace un año que duerme
sueño de eterno descanso.

No sombrea el sauce triste
su sepulcro abandonado;
mas, violetas y jazmines
le prestan sencillo ornato.

¡Qué bella fue! Su hermosura
¡cuántos en el mundo amaron!

cayó, cual ave cogida,
en la red de su tormento.

En el sepulcro caí,
cubríome pesada losa,
el agua me inundó allí,
y de lo hondo de la fosa
exclamaba: ¡perecí!

Clamé en la profundidad;
me oíste: de mis dolores
te apiade la inmensidad...
¡No desoigas mis clamores,
oh Dios de eterna bondad!

Y tú hacia mí te acercaste,
mandándome no temiera,
pío mi causa juzgaste
y del contrario miraste
la iniquidad altanera.

Y su furor conjurado
y sus sangrientos agravios
miraste, y cual conturbado,
soy día y noche acusado
por sus mentirosos labios.

No hay acción, no hay movimiento
que no sea una ironía;
de mi angustia y mi tormento
¡tú me vengarás un día
y me infundirás aliento!

Castigo desolador
sobre ellos caerá, aterrados
al peso de tu furor,
y serán desmenuzados
por la ira del Señor.

La paz habitaba en su alma
y la sonrisa en sus labios.

No sé qué hechizo tenía...
¡Yo la miraba extasiado!
Había en su faz graciosa
no sé qué angélico halago.

Guarecida de las penas
en el maternal regazo,
del cáliz de la existencia
jamás probó el dejo amargo.

Su vida pasó tranquila,
como la flor en el prado,
sin que turbaran su pecho
importunos desengaños.

Feliz fue; pero del mundo
emprendió vuelo temprano,
y sepultó en noche eterna
sus hechiceros encantos.

Sobre su tumba entono
endechas tristes el bardo,
y el amor a sus cenizas
consagró férvido llanto.

SIEMPRE SONRIES...

Siempre sonríes, dichosa,
no te agitan los pesares
y en la arena de la vida
no sufres rudos combates.

Sonríes porque tu sueño
velan protectores ángeles,
porque es tu dulce existencia
la luz del alba suave.

Y sin pensar en mañana
tus horas ves deslizarse
como de verde colina
los arroyuelos al valle.

Para ti más dulces suenan
los cánticos de las aves
y exhalan su olor más puro
los cándidos azahares...

Si vieras el corazón
de tu infortunado amante,
triste como los postreros
resplandores de la tarde.

ORACION

La flor nace en la mañana,
pero en la tarde fenece;
así, ¡oh Dios!, se desvanece
en el pesar mi ilusión.

Me abrasa de fiebre insana
el frenético delirio,
y horas de lento martirio
las de mi existencia son.

¡Y hoy solitario contemplo
su sepulcro abandonado!
Nadie ante su cruz se postra...
¡asaz pronto la olvidaron!

Trocóse la flor en polvo,
la arrebató el viento insano;
¡ay!, ya no está en el jardín
do sus colores brillaron...

¡Junto al amor el olvido!
¡Pobre corazón humano,
buscas afecto en el mundo
y en él sólo hallas ingratos!

Miro la dulce esperanza
en torno mío velarse
tras de las nubes sombrías
de tormentas mundanales.

Encontradas ambiciones
y deseos insaciables,
en lid trabajosa y ruda,
despiadados me combaten.

Cargado está el horizonte,
braman furiosos los mares
y en vano busco en el cielo
la estrella que ha de salvarme.

Si tal vez se abren las nubes
distingo tu dulce imagen,
tiendo hacia ella los brazos
y desaparece al instante...

E invocando voy tu nombre
entre las ondas instables
que oscurece la tormenta
y enturbian los huracanes.

¡Feliz el que en tus altares
a colocar se apresura
la ofrenda de un alma pura
que el mundo no marchitó;
y el llanto que en los pesares
de la amarga vida vierte
confiado puede ofrecerte
como holocausto de amor!

Ya que perdí la hermosura
de la amorosa inocencia
y el valle de la existencia
seco arenal se tornó,
deja que en honda tristura
llore mi loco desvío
¡y grato acepta, Dios mío,
la ofrenda de mi dolor!

¿QUE SIENTES?...

(EN UN ÁLBUM)

¿Qué sientes cuando suspiras,
inclinando tu cabeza,
bañada en melancolía
tu faz atractiva y bella?

¿Qué dices cuando sonríes,
cual la mañana hechicera,
y apartas del alma ansiosa
nubes de sombría pena?

¿Por qué, dime, tus secretos
mi corazón no penetra?
¡Ah, por mi mal, dulce niña,
yo ya perdí mi inocencia!

Para explicarme tus goces
necesito tu pureza;
yo soy hombre, tú eres ángel,
un abismo entre ambos media.

Tú, si sufres, nunca viertes
esas lágrimas acerbas,

que, ardientes cual las pasiones,
mi rostro marchito queman.

Son tus lágrimas rocío
que verde valle refrescan
y, cual nube de verano,
las sombras de tu tristeza.

Sigue al llanto la sonrisa
que tu dulce faz alegra,
como el iris tornasol
a fugitiva tormenta;

porque eres bella y dichosa
y como sensible, buena;
y celestiales espíritus
tu cándido sueño velan.

Virgen, yo no sé explicarme
ni tus goces ni tus penas;
yo soy hombre, tú eres ángel
¡un abismo entre ambos media!

Manuel Antonio Hurtado

Nació en Melipilla en 1845 y completó los estudios de humanidades en el Instituto Nacional. En 1862 pasó a Valparaíso como profesor de matemáticas e historia del Liceo, labor de la cual se alejó en 1867 para ocuparse en trabajos agrícolas en Casablanca, de cuya municipalidad fue, andando el tiempo, alcalde. En 1870 el mismo departamento le eligió diputado al Con-

greso Nacional. En períodos siguientes fue representante de Linares, Llanquihue y Cauquenes.

Colaboró en las principales revistas literarias de la época, y acogieron su colaboración algunas extranjeras de amplia reputación, como *El Correo de Ultramar*, que se publicaba en París. Las principales composiciones poéticas del autor pueden leerse en el libro titulado *Poesías líricas*, que fue editado en 1877. En años siguientes se publicaron otros en los cuales se añadían composiciones nuevas y se suprimían algunas de los anteriores, de modo que en substancia todos deben ser considerados ediciones modificadas del primitivo. Falleció en Santiago en 1902.

SONETO

Hay un árbol frondoso en la pradera
que a los cielos encumbra su ramaje;
asilo presta al ave en su follaje
mecido por el aura pasajera.

Cuando del sol la frente reverbera,
a la vista presenta algún paisaje,
y de sus hojas el discorde oleaje
trae a la mente dicha verdadera.

Bajo este árbol la gente de la villa,
y con silvestres flores por alfombra,
bailan y cantan en alegre fiesta;

y de este árbol también, ¡oh maravilla!,
al sentir el frescor bajo la sombra,
un día... me tendí a dormir la siesta.

LA POESIA

En las noches solitarias
de mis acerbas angustias
la sublime poesía
con su encanto me deslumbra.

De mis muertas ilusiones
vagos recuerdos anuda,
como deidad mensajera
de glorias y de fortuna.

Prende en mi pecho la llama
que de mi existencia alumbra
los magníficos ensueños
que el bien y la dicha auguran.

El rigor de mi destino
con su inspiración endulza,
y de mis ojos el llanto
con sus acordes enjuga.

A mi espíritu deleita,
a mi corazón subyuga,
y resplandores derrama
que en mi esperanza fulguran.

En las noches solitarias
de mis acerbas angustias
la sublime poesía
con su encanto me deslumbra.

SONETO ✓

No es tu talle gentil quien me enamora,
ni ese donaire que al mirarte hechiza,
ni tu candor que todo diviniza,
ni tu boca que perlas atesora.

No es tu mirada ardiente y seductora
lo que enciende mi pecho y me electriza,
ni tu acento gracioso es quien atiza
el fuego de este amor que me devora.

No tu rostro que puro resplandece
agita el corazón breve momento,
ni tu imagen grabada en mi alma deja:

lo que en ti me entusiasma y enloquece,
lo que excita el amor que por ti siento
es un lunar que tienes en la oreja.

Vicente Grez

El popular periodista y novelista Vicente Grez, que se distinguió también como poeta, nació en Santiago en 1847 e hizo estudios humanísticos en el Instituto Nacional. Dotado de sutil ingenio, comenzó muy joven sus tareas periodísticas en el diario *La República* —1867—, y en seguida colaboró en innumerables publicaciones, entre las cuales cabe citar la *Revista de Santiago*, *El Charivari* y *La Campana*, periódicos satíricos; *Las Novedades*, *El Herald*, *El Nuevo Ferrocarril* y *La Epoca*, diarios; *Sud América*, *Las Veladas Literarias* y la *Revista de Artes y Letras*.

Ingresó al servicio administrativo en 1875, como jefe de sección de la Dirección General de Correos, y en 1888 fue designado jefe de la Oficina Central de Estadística, empleo que ocupó hasta su muerte y del cual fue suspendido en 1891 por la dictadura, y restaurado luego por la junta de gobierno. Figuró también en la política, y perteneció al Congreso Nacional en calidad de diputado desde 1889.

Tan variada como la nómina de su colaboración periodística es la lista de las obras de Grez, en la cual se distinguen los siguientes títulos: *Las mujeres de la Independencia*, 1878, con tercera edición en 1946; *La vida santiaguina*, 1879; *El combate homérico*, 1880, con tercera edición en 1920; *Antonio Smith*, *Historia del paisaje en Chile*, 1882, con segunda edición en 1910; *Ráfagas*, poesías, 1882, dos ediciones el mismo año; *Emilia Reynals*, novela, como los tres títulos que siguen, 1883; *La dote de una joven*, 1884, segunda edición en

1911; *Marianita*, 1885, reeditada en 1912; *El ideal de una esposa*, 1887; *Les beaux arts au Chili*, París, 1889; *Viaje de destierro*, 1893.

Falleció en Santiago el 28 de mayo de 1909.

RAFAGAS

XII

¿Habéis visto a los cielos luminosos
abrirlos sus alcázares grandiosos,
y ofreceros sus dichas celestiales,
sus amores y glorias inmortales?

¿Habéis visto a la noche aterradora
transformarse de súbito en aurora?
¿A las aves cantar himnos de amores
mientras abren sus pétalos las flores?
¿A las fieras altivas y risueñas
alegres escalar las altas peñas?
¿A todo lo que es feo hacerse hermoso?
¿A todo lo pequeño ser grandioso?

¿Habéis sentido el hielo de la muerte
dejar el corazón frío e inerte?
¿Ha sufrido vuestra alma dolorida
todos los infortunios de la vida?
¿Y lleno de terror y desconfianza,
sombrió el porvenir sin esperanza,
ver los sueños de amor desvanecerse
y la lumbre del sol oscurecerse?

¡Si nada de todo esto os ha pasado
es que nunca, mi bien, habéis amado!

XVI

Tú ignoras muchas cosas
que entre nosotros pasan,
tú ignoras que mis labios
sobre los tuyos con amor se posan,
que tu hermosa cintura
con mis brazos circundo entusiasmado,
que sobre tu albo seno,
palpita el pecho mío enamorado.

Tú ignoras estas cosas,
y yo razón te encuentro para ello;
los besos que te doy y los abrazos
son hijos del delirio de mis sueños.

XXII

Tiene la tierra al cielo por techumbre,
tiene al sol que la alegre y que la alumbre,

y nubes de oro y ópalo y topacios
que decoran sus límpidos espacios.

Tiene en su cabellera esplendorosa,
la diadema de flores más preciosa,
y en sus ricas entrañas los metales,
y en su seno las perlas y corales.

Y con tantos tesoros y bellezas
tiene días tremendos de tristezas,
en que sufre, en que gime y en que llora,
porque tal vez no la ama el que ella adora.

XLIII

Sobre un lecho de púrpura y de rosas,
dormían abrazadas
dos mujeres hermosas,
que devoraba yo con las miradas.

Nada igualaba al albo de sus frentes,
nada a la gracia de sus bocas puras,
eran más que dos astros refulgentes:
dos sueños, dos venturas.

Yo me acerqué hasta el borde de aquel lecho;
pero un joven hermoso,
por el dolor en lágrimas deshecho,
me detuvo en mi paso presuroso.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo que otros realizaran?
¿Su sueño a interrumpir con tus canciones?
¡Desgraciado de ti si despertaran!
¡Sabe que son las bellas ilusiones!

Nadie de ellas es dueño;
y aquel que irreverente
las interrumpe en su tranquilo sueño,
llora su desventura eternamente.

Víctor Torres Arce

Víctor Torres Arce nació en Santiago el 28 de julio de 1847 y estudió las humanidades en el Instituto Nacional. Fue taquígrafo del Congreso Nacional. En 1877 reunió en volumen sus composiciones con el título de *Poesías líricas*. Fue director fundador de *La Lectura*, revista literaria. Como autor teatral llevó a la escena las obras tituladas *El falso honor* y *El sacrificio inútil*.

Murió en Santiago el 18 de septiembre de 1883.

VERSOS PERDIDOS

¡Yo la amaba!... Es verdad que aún era niño
y el alma prodigaba su cariño
como la luz el sol.
¡Qué queréis!, los amargos desengaños
vienen después: ¡en los primeros años
hay fe en el corazón!

Como un loco la amaba: mi desvelo
era por darle en este mundo un cielo
de ventura y de amor.
Afanoso buscaba algún tesoro
que poder ofrecerle, ¡porque el oro...
humilla al corazón!

¡Así entonces creía!... Las riquezas,
las glorias de este mundo y sus grandezas
miraba con desdén:
¡yo vivía soñando y en mi sueño
todo era puro, celestial, risueño,
era todo un Edén!

Más no es posible en este mundo odioso
de ilusiones vivir; ¡siempre es forzoso
tocar la realidad!
¡La realidad!, ¡palabra aterradora!,
¡todo un mundo de dicha se evapora
a su eco funeral!

Pero yo, aún inocente, no pensaba
sino en mis ilusiones, y la amaba...
como a una ilusión.
Y por eso los bienes mundanales
miraba con desdén...; ¡todos mis males
provienen de ese error!

Queriendo darle de mi amor sincero
una prueba eficaz, tomo el tintero,
y la pluma, y papel;
pido a las musas su celeste fuego,
y a mi mente a acudir empiezan luego
los versos en tropel.

¡Escribo!... De mi alma el sentimiento
todo entero, vaciado en un momento
en los versos quedó.
¡Jamás mi inspiración fue más fecunda!
¡Jamás pasión volcánica y profunda
así se describió!

¡Qué feliz era yo!, ¡cómo gozaba
cuando lleno de orgullo repasaba
uno y otro renglón!
—¡Si este canto de amor, yo me decía,
no la llegara a conmover, tendría
de hielo el corazón!

Vuelo a su lado..., conmovido, inquieto,
mudo de incertidumbre y de respeto
los versos le entregué.
¡Ella me mira con extremo asombro,
el ceño arruga, levantando el hombro,
y desdobra el papel!

¡Jamás probé una angustia semejante!
¡No sé si aquel fue un siglo o fue un instante!
¡Cuánto sufrí, no sé!
Yo la miraba, respirando apenas,
y ella..., estaba glacial, muda, serena...
¡No sabía leer!

LO QUE VA DE TIEMPO A TIEMPO

Ayer no más, postrado de rodillas,
en extática y muda adoración,
loco, aturdido y trémulo
te pedía tu amor.

Tú comprendías ese amor, ¿no es cierto?,
¡y me mirabas a tus pies morir!
¡Indiferente, helada,
¿qué hacías?..., ¡sonreír!

¡Tu sonrisa en mi alma penetraba
como la aguda punta de un puñal!,
¡y tú viendo mi llanto
no aprendías a amar!

¡Y mientras yo lloraba, tú reías
y estaba tu placer en mi dolor!...
¿Dónde estaba tu alma?
¿Tenías corazón?

¡Al mirarme a tus pies, humilde esclavo,
necio tal vez tu orgullo me encontró!...
¡Mi amor era muy grande
para llamarse amor!

¡Llegar a comprenderlo no pudiste,
alma mezquina, corazón vulgar!
¡Tus ojos de la tierra
no osaste levantar!

Mas tu mano, al herirme, descorría
el velo que ofuscaba mi razón:

¡Desperté!..., ¡cuán horrible
es perder la ilusión!

Desde entonces mi amor como una nube,
desvanecido por el aire fue;
¡necesitaba un ángel
y tú... eras mujer!

¡Y hoy tú me acusas, y al llamarme ingrato
me echas en cara mi primer pasión!...

Ahora dices que me amas;
pero... ¡no te amo yo!

El día que trascurre ya no vuelve:
¡así tampoco volverá el amor!
¡Qué importa!..., ¡ahora podemos
sonreírnos los dos!

AL MAR

¡Sólo aquí, en tu ribera abandonada,
atónito te miro! ¡De tus olas
el eterno rugido
turba mi corazón, mi alma anonada
y ensordece mi oído!

¡Qué pequeño me siento en tu presencia!
¡Bastaría una sola de tus ondas
para extinguir por siempre mi existencia!
¡Y sin embargo, gigantesco Oceano,
yo valgo más que tú!, ¡tengo conciencia!

Yo puedo en un instante
recorrer tus inmensas soledades,
bajar a tus abismos,
provocar tus tremendas tempestades
o detener tu eterno movimiento...
al impulso veloz del *pensamiento*.
Todo el hombre lo vence y lo domina:
sereno cruza tus movibles aguas,
pasa al través del áspera colina,
sube al espacio, vuela suspendido
en las alas del viento.
¡Sus secretos arranca al firmamento,
todo lo puede!..., ¡y sin embargo, ¡oh suerte!,
con su poder y su saber profundo
no evitará una lágrima en el mundo!

¡Una lágrima! ¡Cuántas han caído
sobre tu inquieto, formidable seno!
¡Cuántas quejas tus vientos han oído,
quejas, ¡ay!, que sin eco se perdieron
en el ronco clamor de tu rugido!

¡Si pudieras hablar!, ¡si tus murmullos
los hombres comprendieran,
cuánta miseria y cuánta desventura
tus negras olas referir pudieran!

Quizá estas mismas que jugando llegan
mis pies a humedecer, quizá arrastraron
algún ser infeliz y su existencia
implacables troncharon,
o quizá, traicionaras,
lanzándose de pronto con violencia
inhumana robaron
del seno de la madre acongojada
la tierna creatura descuidada.

¡Quizá estas mismas fueron
las que, viniendo de lejanas playas,
la nave de Colón raudas trajeron;
o quizá, enrojecidas
con sangre humana en hórridas batallas,
en medio del estruendo
arrastraron las víctimas caídas
y aquí y allá las fueron esparciendo!...

¡Terrible mar!, ¿quién puede
calcular los estragos,
los crueles males que te debe el mundo?
¡Todo pasó!, ¡perdido
quedó en tu seno colosal, profundo!,
¡profundo y colosal como el olvido!

¡Y ahora..., cuán tranquilo
con manso susurrar vas imitando
los ecos de una cántiga hechicera,
mientras vas lentamente a la ribera
tus trémulas espumas arrastrando!
¡Qué bello estás así!, ¡cómo se riza
tu inmensa superficie al suave impulso
de la nocturna brisa!,
¡cómo bulle gozosa y se estremece
la ola cristalina
en que sus alas lánguida humedece,
hada invisible, misteriosa ondinal!
¡Qué bello estás, oh mar!, ¡con tus rumores,
con tus olas, tus vientos y tus brumas!...
¡y eres, ¡ay!, un abismo de terrores!,
¡y engañadoras flotan
sobre un nido de monstruos tus espumas!

¡Oh mar!, ¡cuán impotente,
cuán mezquino ante ti se encuentra el hombre!
Obra inmortal de un ser omnipotente,
¿quién, al mirarte, negará su nombre?

Rodolfo Vergara Antúnez

Rodolfo Vergara Antúnez nació en Talca el 24 de mayo de 1847.

Desde joven sintió inclinación por el sacerdocio; estudió humanidades en el Seminario de Santiago y fue ordenado en 1871. Siguió de profesor del mismo establecimiento hasta 1875. Entre 1878 y 1887 fue redactor de *El Estandarte Católico*, sin perjuicio de desempeñar el cargo de secretario del Cabildo metropolitano, que se le confió en 1883. Hasta 1888 lo desempeñó, y desde esta fecha fue cura rector de la iglesia del Salvador, que rigió hasta su muerte.

En 1892 fue llamado a dirigir la *Revista Católica*, que acababa de ser restaurada, y dos años después fue nombrado promotor fiscal del Arzobispado. Desempeñaba este cargo en 1896 cuando fue nombrado Rector del Seminario de Santiago. Dos años más tarde se le confiaba la Rectoría de la Universidad Católica, que también sirvió hasta su fallecimiento.

Además de una obra caudalosa como orador sagrado, el señor Vergara dejó huellas de su talento literario en muchas producciones sagradas y profanas. Entre estas últimas se citan sus libros sobre técnica literaria e historia de la literatura, biografías de don Rafael Valentín Valdivieso y de don Joaquín Larraín Gandarillas, y poesías.

Murió en Santiago el 15 de septiembre de 1914.

Bibliografía:

Poesías. Santiago, 1894. 254 pp.

Aparecen también en el tomo II de las *Obras oratorias y literarias* del autor, publicado en Santiago, 1905.

Sobre el señor Vergara considerado como historiador de la literatura aparece un artículo en *Críticas y charlas*, por M. L. Amunátegui Reyes, Santiago, 1902.

EL CLAUSTRO

En el confín del valle solitario,
envuelto entre las sombras y el misterio,
levántase el torreón de un monasterio
dominando la vasta soledad.

Turba la calma en que reposa el valle
de cuando en cuando el esquilón herido,
que con pausado y lúgubre tañido
llama al cansado peregrino a orar.

Muchas aves del mundo fugitivas
bajo el viejo torreón tienen su nido,
donde a la sombra de perpetuo olvido
hallan reposo, soledad y paz.

En él encuentra reparado albergue
el que devora algún dolor profundo,
el desdichado náufrago del mundo,
el que busca un abrigo contra el mal.

En vano al pie del muro silencioso
llega la voz de mundanal orgía,
incitando al placer y la alegría
al huésped de la augusta soledad.

En vano, sí, porque la sombra, el templo,
el llanto penitente, la plegaria,
el hielo de la celda solitaria
dicen al mundo y al placer: ¡atrás!

Allí en el seno de dormida calma,
lejos del ruido atronador del mundo,
todo convida a meditar profundo,
todo levanta el pensamiento a Dios:

la luz crepuscular, la noche oscura,
el fulgor de la luna tenue y suave,
el canto melancólico del ave,
que modular parece una oración.

Aquella soledad, aquel silencio
que apagan los rumores de la vida,
despiertan en el alma dolorida
el vivo anhelo de la eterna paz.

Aquel aspecto venerable y grave
de las arcadas y los viejos muros,
aquellos claustros lúgubres y oscuros
desligan de lo humano y terrenal.

En la mitad de la callada noche
suenan el clamor de un cántico sonoro,
que sube envuelto en penitente lloro
la diestra del Señor a desarmar.

Son las voces del alma arrepentida,
que ante la imagen del madero santo
lava sus culpas en acerbo llanto
y emblanquece la estola virginal.

Y cuando el mundo en el placer sumido
la justicia de Dios provoca osado,
el monje gime en el altar postrado
haciéndose holocausto de expiación.

El martiriza el inocente cuerpo
con el rigor del áspero cilicio,

y la sangre que arranca este suplicio
atrae la clemencia al pecador.

Breve es su sueño y su oración continua:
un raído sayal le presta abrigo,
desmantelada celda techo amigo,
lecho de pajas el descanso y paz.

Es lo que basta a su contento: el alma
de los lazos del mundo desatada,
libre levanta al cielo la mirada
en busca de la dicha celestial.

¡Qué mezquinos se ven desde esa altura
los goces pasajeros de la vida,
esos goces que llevan escondida
en sus entrañas venenosa hiel!

¡Ay!, qué profunda compasión inspira
el esclavo infeliz del torpe vicio,
que ciego se abalanza al precipicio,
donde se halla la muerte, y no el placer.

Contempla el monje la tormenta airada
con faz serena y corazón tranquilo,
que al pie del muro de su santo asilo
quiebra sus furias el airado mar.

Y desde allí compadecido escucha
el clamor de los náufragos del mundo,
del viajero cansado y vagabundo,
que ha extraviado el camino de la paz.

Y les tiende los brazos cariñoso,
si llegan fatigados a su puerta,
cerrada al mundo, pero siempre abierta
al que busca consuelo en el dolor.

Al contacto amoroso de su mano
disípanse las sombras de la frente,
y cólmase el vacío que se siente
cuando está lejos de las almas Dios.

¡Oh claustro!, ¡oh soledad!, ¡oh santo albergue!
Con efusión dulcísima os bendigo;
pues sois del infeliz puerto y abrigo,
donde ve su esperanza renacer.

En medio del camino de la vida
sois como el fresco oasis del desierto,
a cuya sombra del viajero incierto
halla descanso el fatigado pie.

Sois cual la enhiesta y solitaria cumbre
do el cielo se divisa más cercano,

donde no llega mísero y liviano
el polvo de este mundo corruptor.

Cual la paloma, en vuestras anchas grietas
busca afanosa la virtud un nido,
impenetrable al terrenal ruido,
sólo abierto a los ojos del Señor.

¡Oh!, ¡cuán feliz transcurre la existencia
dormida dulcemente en vuestros brazos,
libre por siempre de los duros lazos
que le impiden volar hasta su Dios!

Préstame, ¡oh soledad!, tu sombra amiga
para morir en paz, lejos del mundo;
y tu silencio lúgubre y profundo
vele un día mi sueño sepulcral.

LA JUVENTUD

Bella es la hora en que al nacer el día
en luz se inunda el firmamento azul,
en que el sol derramando la alegría
asoma envuelto en vaporoso tul.

Todo canta y sonríe en esa hora
en que el mundo parece renacer:
el prado de matices se colora
y entona el ave cantos de placer.

Tal es también la juventud florida,
esa mágica edad de la ilusión,
alborada risueña de la vida
en que palpita alegre el corazón.

El alma entonces de placer rebosa,
porque la vida es encantado edén,
do sin espina cruel crece la rosa
y es la verdura eterna en el vergel.

Como audaz e inexperto marinero,
surca cantando de la vida el mar,
satisfecho de ver cómo ligero
cruza las ondas su bajel fugaz.

Y no importa que a veces negro manto
tienda a sus pies la mano del dolor;
que ella enjugando el pasajero llanto,
dice: Mañana alumbrará otro sol.

Y no siente los ásperos abrojos
que tapizan la senda del vivir;
porque están fijos sus hermosos ojos
en la luz de un risueño porvenir.

Y a conquistarlo intrépida se lanza,
llena de ardor y de entusiasmo y fe;
pues nunca la abandona la esperanza
de conseguir el codiciado bien.

No la arredran obstáculos ni valles
cuando inflama su pecho una pasión;
y su sangre enardecen las batallas
en que combate por su fe y su Dios.

Ama la gloria y conquistar procura
frescos laureles para ornar su sien;
la atrae la virtud con su hermosura
y en ella encuentra celestial placer.

Mas, ¡ay!, es condición de la hermosura
el tener pronto y prematuro fin;
y por eso es tan breve la frescura
con que encantas la vida, edad feliz.

Pasas tú como pasa la corriente
que en rápida carrera va hacia el mar;
y viéndote tan lejos, mi alma siente
el frío del crepúsculo otoñal.

Volaron ya tus venturosas horas,
como vuelan las hojas en abril;
pasaron ya las dichas que atesoras
y apenas un recuerdo queda en mí.

Pasaron esas dulces alegrías
que no se sienten en la edad viril,
y ya no vuelven los hermosos días
en que latía el corazón feliz.

Trocada la ilusión en desengaños,
pálpase al fin la triste realidad;
y nos enseñan al pasar los años
que en este mundo todo es vanidad.

Belisario Gusmán Campos

Nació en Santiago en 1847 e hizo estudios de humanidades en el Instituto Nacional. Posteriormente estudió leyes, y recibió el título de abogado el 21 de septiembre de 1876. Entró en la carrera judicial y en ella fue juez de Illapel, Constitución, Los Andes y otras ciudades.

Intervino en el Certamen Varela de 1887, en el cual un grupo de sus fábulas recibió accésit del jurado.

Su colaboración quedó dispersa en *El Ferrocarril*, *La Libertad Electoral*, *La Tribuna*, *La Situación*, *La República*, *La Familia* y la *Revista Chilena*, fuera de otras publicaciones menores, y consistió generalmente en odas patrióticas, fábulas y algunos cantos amorosos.

Falleció en 1925.

¡INFELIZ!

¡Dichoso el miserable peregrino
que aunque exhausto de sed, en un desierto
sigue por senda fija, y está cierto
de hallar el agua al fin, en su camino!

¡Dichoso el que, obediente a su destino,
va en proceloso mar, mirando abierto
su sepulcro en cada onda; pero a un puerto
sabe que llegará, si quiere el sino!...

¡Infeliz el que en mar de sombra y duda,
perdidos la ilusión, la fe y amores,
cual nave sin timón, sin rumbo avanza!...

¡Infeliz el poeta de arpa muda
que ni siquiera entona sus dolores!
¡Infeliz quien no alienta una esperanza!

¿NADA. NADA?

¡Cuán pura mi pasión, cuán abnegada!
Así el rayo de sol que del oriente
cada día a besar llega tu frente,
por darte vida y luz, no pide nada.

Así la flor, su esencia perfumada,
sin interés te obsequia en el ambiente;
así, por sólo amor, sentidamente,
te canta una avejilla su tonada...

Así, alma mía, con pasión sublime,
el corazón por ti de amores gime;
y nada aguardo en pago, a nada aspiro...

¡A nada!, dije, ¡a nada!..., ¡pero miento!
¡Quién te inspirase un dulce pensamiento!
¡Quién te arrancase un tímido suspiro!

ETERNO

¿Dónde y cuándo, alma mía, en cuál estrella
te amé ya con purísimos amores?

¿En cuál astro tus ojos soñadores
su luz me enviaban, pudorosa y bella?

¿Cuándo escuché primero la querella
de tu acento que envidian ruseñores?
¿Desde cuándo esparciendo castas flores
viene tu mano en mi espinosa huella?...

¡Ah!, no se alcanza en sólo una existencia
de ternura inefable este tesoro,
este infinito, amante desvarío.

¡En vidas mil gocé de tu presencia;
desde una eternidad, firme te adoro
y eterno ha de vivir este amor mío!

Pablo Garriga

Nació en La Serena el 22 de febrero de 1855 y estudió humanidades en el Liceo de Valparaíso y en el Instituto Nacional de Santiago. Recibió el título de abogado en 1881. Este mismo año fue nombrado profesor de literatura en el Liceo de Valparaíso, y en 1883 promotor fiscal del mismo puerto.

Falleció en Santiago en 1893.

Publicó un primer volumen de *Ensayos poéticos* en Valparaíso, 1874; *La buérfana*, drama en tres actos, 1877, y *Poesías*, 1882, en forma de cuatro folletos de numeración separada con juicio de Francisco Vargas Fontecilla y prólogo de Benjamín Vicuña Mackenna; *Una Oda y un canto*, 1885.

Existen referencias sobre el autor en *La poesía en Chile*, por J. M. Torres Arce, *Revista Chilena*, 1878, t. XII, p. 341.

DULCE ES MIRAR

Dulce es mirar en la aurora
brillar el rojo arrebol,
como un jirón encendido
de la túnica del sol;

dulce es mirar en la tarde
las blancas nubes del cielo,
como velos que han perdido
los ángeles en su vuelo;

dulce es mirar en la noche
fulgurar la clara luna

y como un ojo del cielo
contemplarse en la laguna;

pero es más dulce, alma mía,
mirar tu frente a toda hora,
¡porque ella brilla más pura
que el arrebol de la aurora!

Y es más blanca que la nube
de la tarde silenciosa
y en ella hay más poesía
que en la luna esplendorosa.

TODO HABLA

Hombre, escucha por doquiera
la voz de algún sentimiento:
todo habla en la azul esfera,
en la tierra y en el viento.

Sonriendo con la laguna
conversa tranquilo el cielo
y el búho dice a la luna
tristes palabras de duelo.

Los céfiros imprudentes
hablan con las tiernas flores
y hácenlas bajar las frentes
con sus palabras de amores.

Y la nube que arrebola
el azul, veja al torrente
porque él nunca reflejola
bien en su inquieta corriente.

Y las aves amorosas
hablan en tiernos arrullos
con las ramas temblorosas
que les mandan sus murmullos.

El monte mirando al cielo
le dice al astro fulgente,
le dice con mudo anhelo:
"Ven a besarme en la frente".

Y la flor agradecida
dice a la fuente serena:
"Gracias, tú me das la vida,
yo haré tu ribera amena".

Hombre, escucha por doquiera
la voz de algún sentimiento:
todo habla en la azul esfera,
en la tierra y en el viento.

CAMADEVA, EL DIOS DEL AMOR

(TEMA INDIANO)

La luna, el sol, los astros rutilantes
lucieron en el éter cristalino
con rayos más serenos y brillantes,
cual si estuvieran de placer radiantes,
cuando del cielo Camadeva vino.

De las flores los cálices se abrieron,
y sus hojas el tinte purpurino
de la rosada aurora obscurecieron,
y su aroma en los aires esparcieron
cuando del cielo Camadeva vino.

Durmióse el mar en su ribera undosa,
bañóse el monte en púrpura y en rosa,
y ante sus ojos de esplendor divino,
toda nube escondióse presurosa
cuando del cielo Camadeva vino.

Y el ave entre los árboles posada
de amor cantó en la plácida enramada,
soltó el león su presa en el camino
escondiendo su garra ensangrentada
cuando del cielo Camadeva vino.

Y el corazón del hombre, de contento,
se sumergió en un éxtasis divino,
y el arpa del poeta exhaló al viento
sus armonías de inefable acento
cuando del cielo Camadeva vino.

¡Y los seres sintieron nueva vida,
deliciosa embriaguez desconocida,
y hasta la muerte y el feroz destino
soltaron su guadaña maldecida
cuando del cielo Camadeva vino.

UN RECUERDO

Yo la amaba. Su vida era mi vida.
Mi corazón ante ella redoblaba
sus jóvenes latidos en mi pecho
y nueva fuerza a mis sentidos daba.

Cual se anima la flor, a los destellos
del sol naciente que los prados dora,
y abre su cáliz húmedo y helado
para beber los rayos de la aurora:

así mi alma en su angélica pupila
aspiraba la luz con ansia ardiente
al despertar en la mañana bella
de la dorada juventud naciente.

¿Y ora qué es de ella? Yo no sé; la busco
en vano aquí con ávida mirada;
pregunto al cielo y a la mar: "¿Qué se hizo?"
y el mar y el cielo me responden: "¡Nada!"

¡Fue una ilusión! Nació de mis quimeras
cual Venus bella de la blanca espuma,
y como Venus en el ancho espacio
se disipó cual vagarosa bruma.

¿Qué soy yo ahora sin su amor divino?
Astro sin luz errante en el vacío;
y mi alma es flor que se agostó en la aurora
húmeda aún del matinal rocío.

EN UN ALBUM

Primera edad de mi vida
llena de pura ilusión,
¡cómo late el corazón
cuando te miro perdida!
Ayer con tu luz querida
de mi existencia en el mar
te vi tránquila rielar
y hoy en el lejano oriente
sólo brillas tristemente
con fulgor crepuscular.

Ayer tranquilo y risueño
vi un mundo que se entreabría:
todo era luz y armonía,
todo era un celeste ensueño;
yo del destino era dueño
y para mi alma embebida
la brisa recién nacida
sólo desprendía rosas
bellas, frescas, olorosas
en el jardín de la vida.

Mariposa que alza el vuelo
del cáliz de alguna flor
y ansiando dicha y amor
tiende sus alas al cielo:
tal mi alma con loco anhelo
de la infancia al despertar
quiso anhelante cruzar
el cielo de la existencia
y en sus sueños de inocencia,
dicha y amor encontrar.

¡Dicha y amor! ¡Loco sueño!
¿Quién os encontró en la vida?
¿Cuál fue el alma bendecida
que vio colmado su empeño?
¿Cuál es la que no vio el ceño
de la ingrata realidad?
¿Cuál no halló la obscuridad
cuando la luz ver creía
y vio que era fantasía
lo que fingiera verdad?

¡Ayer, ayer! ¡Cómo suena
esa palabra al oído!
¡Cuánto recuerdo dormido
no despierta y nos apena!
¡Cuánta emoción no enajena
al corazón angustiado
al mirar en el pasado
tanto amor, tanta alegría,
tanta loca fantasía,
tanto sueño irrealizado!

¡Ayer! Tú eres la visión
que nos persigue incesante:
recuerdo para el amante,
para el dichoso ilusión,
bálsamo del corazón
para el que gime en el duelo,
a veces voz de consuelo,
a veces voz de amargura,
a veces, tiniebla oscura,
a veces, astro del cielo.

¡Dichoso aquel que pudiera
siempre mirar el pasado
con el rostro iluminado
de sonrisa placentera!
¡Dichoso aquel que no viera
levantarse en su memoria
sino recuerdos de gloria,
de amor, de dulce ventura,
como el alma se figura
tras la vida transitoria!

Amiga, acaso en el cielo
que nos pinta en lontananza
el pincel de la esperanza
para calmar nuestro anhelo,
quizás allí cuando el vuelo
hacia el empíreo tendamos
cuanto en el mundo soñamos
se tornará en realidad;
quizás en la eternidad
está el Edén que buscamos.

Allí quizás no hay ayer
que nos llene de tristeza
y allí eterna la belleza
veamos resplandecer;
quizás allí nuestro ser,
siempre henchido de alegría,
en interminable día
goce una dicha inefable,
no efímera y deleznable
cual la de esta tierra umbría.

Amiga, que nunca sientas
como yo los desengaños
y corran leves tus años
del mundo entre las tormentas;
que nunca sombras crüentas,
que nunca un triste pasado,
como un fantasma evocado,
de tu tumba se levante,
y sólo veas radiante
tu presente iluminado.

Tú cuya vida es destello
de felicidad y calma
y en el cuerpo y en el alma
impreso llevas el sello
de lo noble y de lo bello:
tú en cuya existencia pura
nunca osó la desventura
su mano impía poner,
tú evocar puedes tu ayer
sin recuerdos de amargura.

Yo mientras tanto al azar
sin ilusión ni esperanza,
cual barco que siempre avanza
por un desolado mar,
jamás lograré alcanzar
los ensueños de mi mente,
y siempre un triste presente
encontrando en mi camino,
será de mi vida el sino
suspirar eternamente.

Pedro Nolasco Préndez

Nació en Santiago en 1853. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Pedro Nolasco y luego cursó leyes en la Universidad de Chile, hasta recibir el título de abogado en 1874.

En 1876 fue al Perú como secretario de la Legación de Chile; dos años después, al regresar a Chile, fue nombrado rector del Liceo de La Serena. Abandonó la carrera del profesorado para ser juez en San Felipe, en Valparaíso y en otras ciudades. En 1880 fue nombrado juez del crimen en Santiago. En 1882 se alejó de la judicatura y entró al periodismo como redactor de *La Patria*, de Valparaíso.

Fue víctima de varias acusaciones de plagio de que lo defendió Rubén Darío. En 1892 volvió a la enseñanza como profesor del Liceo Santiago, donde permaneció hasta su muerte.

Falleció en Santiago en 1906.

Bibliografía:

La Esmeralda. Corona poética de los héroes de Iquique. Recopilación. Santiago, 1879. 152 pp.

Poesías. Siluetas de la historia. Valparaíso, 1886. 51 pp.

Nuevas siluetas. Santiago, 1888. 70 pp.

La maldición a Balmaceda. Fragmentos de una Silueta Histórica escrita en la cárcel de Santiago. Santiago, 1891. 15 pp.

Colón. Oda premiada en el certamen universitario. Santiago, 1892. 15 pp.

Poesías. Libro de Lectura. Santiago, 1901. 74 pp.

Referencias:

1.º *Juicio crítico del primer tomo de Siluetas de la Historia*, por Luis A. Navarrete. Santiago, 1888. 27 pp.

2.º *Tajos y reveses*, por Efraín Vásquez Guarda. Santiago, 1892. VIII. 269 pp.

3.º *Los líricos y los épicos*, por Miguel Luis Rocuant. Madrid, s. a., 179 pp.

4.º *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Santiago, 1934, ps. 247 y 254.

EN LA CUMBRE DE LOS ANDES

¡Allí está la ardua cima
en diálogo imponente con el cielo,
que sorprenden a veces
los cóndores audaces en su vuelo!

¡Parece amenazar al infinito
con arrogancia loca,

cual si escondiera germen de gigantes
en su robusto seno cada roca!

Del génesis del mundo
ella guarda las páginas sombrías.
¡De su sopor profundo
despierta con ignotas alegrías
cuando oye las extrañas melodías
del trueno que palpita en sus cavernas
y arrulla siempre con rumor solemne
sus tristes soledades sempiternas!

Allí está, centinela del espacio,
viendo a sus pies las ciegas muchedumbres
que a veces llegan a las altas cumbres
con su planta insolente;
que la soberbia del coloso humillan
y su túnica espléndida mancillan.

¡Las águilas que bajan hasta el llano
nuevas le traen de esa altiva raza,
de ese hormiguero humano
que el amor a lo inmenso despedaza!
Ellas, batiendo el ala
que atraviesa la nube
y llega hasta el alcázar del querube,
van a plantar en la más alta roca
la mesa del festín: abren las garras
do la víctima está de su apetito
y con voraz anhelo,
dueñas del infinito,
parece por lo alegres que se embriagan
sin que turben sus goces
las sombras maldecidas
que en los banquetes de los reyes vagan.
Ante el ojo asombrado del viajero,
de esas moles la espléndida belleza
parece a un tiempo trono y fortaleza:
¡trono de libertad, firme y severo
que aplasta con inmensa pesadumbre
a todo lo mezquino de la tierra,
y fortaleza cuya excelsa cumbre
quiere a los cielos declarar la guerra!

¡Tanta grandeza exalta los sentidos:
se oyen quejas de genios invisibles,
de colosos heridos;
rumores que, aunque son indefinibles,
secreta ley armónica los guía
formando una aterrante poesía!

Allí, de entre esas rocas apiñadas
en un triste aislamiento sempiterno,
ráfagas de huracán petrificadas
al oír un mandato del Eterno,

parecen elevarse las plegarias
de toda la creación, en la hora santa,
divinamente bella
en que el sol se levanta
dejando acaso el lecho de una estrella.

¡Soberbio altar!, le sirve de incensario
un volcán con sus negras espirales,
y el hombre, sacerdote temerario,
con sus grandes anhelos inmortales,
oficia allí: ¡la mano reverente
sobre el ara extendida;
oculta entre las nubes la alta frente
con el fuego del cielo enardecida,
y colocado el pie no vacilante,
sobre la espalda misma del gigante!

Solemne, majestuosa, aterradora,
aquí la creación sus fuerzas muestra;
de portentos audaz generadora,
ésta es su obra maestra;
pero el hombre, que es átomo mezquino,
comparado con tal magnificencia,
la vence y avasalla: su divino
invencible poder, la inteligencia,
más fuerte lo hace que esa dura roca,
sube a mayor altura que el granito
coronado de rayos en la cumbre:
¡su espíritu inmortal los cielos toca
y llega a lo infinito
para buscar de Dios la eterna lumbre!

COLON

ODA PREMIADA EN EL CERTAMEN UNIVERSITARIO ABIERTO PARA CELEBRAR
EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

*Al señor don José D. de Osma
Conde de Vista Florida*

I

Cuando derrama el sol en la llanura
su fecundante lumbre,
ha iluminado ya con su luz pura
las rocas más nevadas de la cumbre:
confidentes adustas de los cielos,
aunque el rayo las hiere
y el huracán tremendo las azota,
saben que nunca muere

el rico manantial que de ellas brota
y se desliza por la agreste falda
para ir a derramar en la pradera,
llevando el arco iris en su espalda,
las galas de una rica primavera.

Los genios son las cumbres eminentes
del espíritu humano;
el sol de la verdad quema sus frentes
y reciben su brillo soberano,
sin miedo ni inquietudes,
mientras duermen sin luz las multitudes
¡El desdén o la burla los persigue;
la cárcel o el destierro los maltrata;
pero su empuje formidable sigue
sin pedir treguas a la suerte ingrata;
hasta que al fin, con fuerza gigantea,
la misteriosa idea
que en sus almas germina
a los pueblos fascina,
y el progreso, en su eterna caravana
por los anchos dominios de la historia,
la exhibe y engalana
con el regio atavío de la gloria!

Himalaya empinado de esos montes
y genio de los genios,
domina los más amplios horizontes,
los más vastos proskenios,
el numen de Colón: el alma humana
jamás tuvo tan altas concepciones;
y nunca inspiración más soberana
sobre un mortal diseminó sus dones.
Estudia el universo y, de él en nombre,
un mundo a Dios le cobra:
la creadora mano de aquel hombre
quiere agrandar del Hacedor la obra.

Ha pesado la tierra en la secreta
balanza de su espíritu potente,
y la mira incompleta:
parece que le falta un continente.
Luego aplica el oído,
con extraña atención, a los rumores
que de un lejano mar desconocido
imagina escuchar: ¡en los ardores
de su mente febril, ve alzarse erguida,
del inquieto oceano entre la bruma,
la visión de una tierra que escondida
su alma contempla con delicia suma!

El mar, que de misterios se corona,
engendrador de roncadas tempestades,

tal vez arrulla en apartada zona
a otros hombres y pueblos y ciudades,
con sus templos, sus dogmas y sus leyes,
con nuevos dioses y altaneros reyes.
¡Asombrosa intuición de su destino!
¡Por una idea fija dominado,
siente el gran peregrino
la nostalgia del mundo que ha soñado!

II

Aunque grandioso, temerario intento
el que a Colón asedia:
no está en la plenitud de su ardimiento
el hombre al despertar de la Edad Media.
Ha vegetado en lúgubre abandono
al pie de los altares o del trono,
y al ver que el horizonte ya clarea
con el sol de la imprenta soberano,
apenas aletea,
queriendo alzarse, el pensamiento humano.
¿Cómo elevarlo a la región sublime
que el genio pisa sin temor ni angustia?
¿Cómo darle el vigor que no se imprime
sobre una frente mustia?

El dogma es el primero que se alarma
con la nueva doctrina;
llega en su celo a creer que se desarma,
amenazando ruina,
el viejo alcázar de su fe divina.
Pero Colón se explica, se defiende:
ortodoxo sincero,
a la Biblia no ofende
cuando habla de buscar un derrotero
a ignoradas regiones
donde plantar la Cruz, símbolo austero
de amor, de caridad, de bendiciones.

Criado en el infortunio, esa palanca
que al corazón humano siempre mueve
y de sus fibras poderoso arranca
la experiencia que al hombre da relieve,
se apoya en Dios para afianzar su empresa
ya que su siglo sólo en El se fía,
y con los libros de Moisés, confiesa
la sublime verdad de su teoría.
¡Si la ciencia embrionaria
es incapaz de comprender su anhelo
y de darle la ayuda necesaria,
sabe suplir la ciencia con el cielo!

La ignorancia, montaña de granito,
lo obstruye, no lo arredra;

desde su alto sarcófago de piedra
con aterrante grito
los siglos del pasado
lo llaman temerario, iluso, loco;
pero él, con voz solemne,
sólo contesta al miedo de los siglos
pidiendo a la verdad su eco perenne:
¡enmudeced, errores y vestiglos!

III

Lleno de inspiración guía su paso.
auxiliares buscando por doquiera;
es una luz sin noche y sin ocaso
la que en aquella cima reverbera.

Ofrece un mundo a la codicia humana;
habla, convence, ruega;
su firme convicción todo lo allana,
pero su época todo se lo niega.

Pide a los reyes, con humilde acento,
y a la atrevida fe que era su guía,
fuerzas para cargar su pensamiento
en una nave que lo lleve un día
al través de los mares
a buscar a su dulce desposada,
la virgen de los bosques seculares,
la misteriosa Atlántida soñada.
Mas los reyes con ciega indiferencia
el gran empeño de Colón no miden,
rehusan admitirlo en su presencia
o cual a un visionario le despiden.

Y se aleja sombrío, aquel anciano
que era el más grande en el linaje humano,
sintiendo, arriba, en el cerebro ardiente,
de gran idea el infinito anhelo,
y en la desnuda planta, el inclemente
aguijón del dolor y el desconsuelo.
Pero sigue en sus nobles tentativas
y persiste en su esfuerzo
por llegar al confín del universo
y encontrar a las razas primitivas.

Halla por fin en bendecida hora
una mujer que sobre el trono brilla
—la reina de las reinas de Castilla—
que en sus joyas le da cuanto atesora.
¡Oh España!, ¡si en la frente no tuvieras,
como arenas tus playas, tanta gloria,
por ese solo rasgo merecieras
la gratitud eterna de la historia!

¡Paso al genio, al vidente!
El mendigo de ayer ya es soberano:
el timón de un bajel está en su mano:
va a conducirlo al nuevo continente,
cual dócil lazarillo, el oceano.

IV

¿A dó irán de Colón las carabelas
por un sendero ignoto?
Las brisas del misterio inflan sus velas,
pero él es el piloto
y sabe a donde va; la mar, el viento,
obstáculos no son a su osadía;
en tan larga, penosa travesía,
la brújula y su propio pensamiento
le van marcando la invisible vía.
¡Al mirarlo alejarse, nadie sabe
que ha de traer, ante la España absorta,
un mundo atado al ancla de su nave!

La costa huye tras él: días, semanas,
tras lo desconocido va adelante.
¿Serán sus ansias ilusiones vanas?
Al ver la inmensidad sola, aterrante,
¿vencerán con su ciego desvarío,
el miedo o el hastío,
a la clara intuición del almirante?

Insensible a la duda, al desaliento,
jamás la fe del pensador se enerva:
la playa que soñó su pensamiento,
perceptible a sus ojos se conserva.
Nunca el azul profundo de los cielos
más sereno brilló que el de su mente;
ni el aquilón con sus oscuros velos
llegó a nublar de su inspirada frente
la dulce claridad: convence, exhorta
y a los más pusilánimes conforta.

Tiene que ser filósofo y marino:
estudiar en los cielos
de la nube y los astros el camino,
y en la conciencia humana,
el fúnebre trayecto
en que, al miedo cobarde, siempre abyecto,
la négra sombra del error se hermana.

Cada nueva alborada
parecía gritarle: ¡avanza!, ¡espera!,
y cada tarde, amontonando sombras:
¡vas persiguiendo, iluso, una quimera!
Pero él, ante la noche amenazante
coronada de espectros y tiniebla,

o con la aurora espléndida y brillante
que los espacios de matices puebla,
saca de su cerebro resplandores,
desarma la ignorancia formidable
e ilumina con vívidos fulgores
la cabeza más ciega o más culpable.

El mar soberbio, con su ronco grito,
taciturno guardián del gran secreto
que Colón va a robar a lo infinito,
ruge y llora a la vez: cólera y llanto
cuyo estertor oculta
el borrascoso oleaje de su manto.

V

Una noche, tras larga travesía,
interrogando al horizonte denso,
creyó ver una luz que se movía
con indeciso andar: júbilo inmenso
estremeció su ser; nubló su vista;
al abarcar con deslumbrados ojos
la gran revelación de su conquista,
las azules fronteras
que su siglo poblaba de quimeras,
ante el Supremo Ser cayó de hinojos
y tuvo esta visión:

Vastas llanuras

en donde una feraz naturaleza
oculta entre ropajes de verduras
el pudor virginal de su belleza;
formidables colosos,
los Andes majestuosos,
ejército compacto de gigantes,
con sus altos volcanes centelleantes,
con sus nieves eternas,
sus hondos ventisqueros
y sus oscuras, lóbregas cavernas,
imponente alfabeto de granito
do el sabio deletrea
el poema que canta a lo infinito;
los caóticos bosques donde se alza,
un edén ocultando de delicias,
el árbol secular, siempre florido,
que, celoso, jamás ha permitido
del sol y de la tierra las caricias;
desiertos con oasis de palmeras
que oculta nube por las noches baña;
flores hasta en las rígidas laderas
de la erguida montaña,
que guardan en sus tímidos capullos
de las vecinas selvas los murmullos;
pájaros que en su vuelo
como la luz primaveral alumbran

cuando airoso se encumbran
hacia el azul del cielo;
luciérnagas que brillan cual diamantes
y con su luz magnética y extraña
iluminan las tiendas de campaña
de viajeros errantes;
ricos vergeles, dilatadas zonas
que fertiliza pródigo,
de los ríos monarca, el Amazonas;
y esa inmensa región allá distante
de maravillas nido
y asombro de la historia,
que el Niágara aterrante,
dando ritmo y cadencias al rugido,
celebra como bardo de su gloria...

El Comercio llevando a todas partes
los frutos primorosos de las artes;
la Industria por doquier dominadora,
transformando los yermos en ciudades,
construyendo talleres donde mora
del trabajo la fuerza redentora;
la Ciencia y sus magníficas verdades
con su escogida pléyade brillante
de sabios, de viajeros,
abriendo aun en la playa más distante
al espíritu humano derroteros;
no sólo aventureros
buscando el oro que la tierra oculta
en vírgenes veneros,
sino el geólogo audaz que se sepulta
del globo en las entrañas
y con ellas conversa
hasta encontrar la fuerza
que elevó sobre el valle las montañas,
y estudiar en las razas extinguidas
de ya muertas edades,
tan sólo por su esfuerzo conocidas,
el secreto de incógnitas verdades.
Por doquiera extendida
una nueva existencia exuberante
que el balsámico efluvio de la vida
renueva a cada instante...

Y la visión desapareció.

Jadeante,
doblada sobre el puente la rodilla,
¡tierra!, grita Colón..., ¡y deslumbrante
ve surgir de la Atlántida la orilla!

Como el velo magnífico del templo
se rasgó de improviso en aquel día
de memorable ejemplo,
así también rompióse el que cubría

los santuarios del mundo americano,
do iban a hallar su asilo más seguro
el perseguido pensamiento humano
y las grandes conquistas del futuro.

De su sombra el enigma se desnuda,
del gran libro los sellos ya están rotos:
cada página muda
será un himno mañana, una armonía
de celeste embeleso
en el concierto alegre del progreso.
Id a escribir en ellas vuestras cifras,
del audaz genovés los predilectos,
los amigos mejores,
justicieros y rectos
en los días del triunfo y los dolores,
tú, virtuoso Juan Pérez de Marchena,
que en entusiasmo por Colón te abrasas,
y tú también, alma de amores llena,
¡oh tierno y melancólico Las Casas!
Que la Iglesia, si os ama,
agregue al de los santos vuestros nombres,
pero a Colón la tierra lo reclama:
¡que lo deje contarse entre los hombres!

Seguid por esa senda que la vista
de Colón os trazó con sus fulgores,
nobles continuadores
de su obra y sus afanes,
¡oh Balboa y Cabot y Magallanes!
Y vosotros también, exploradores
que la espada empuñáis de la conquista:
Cortés, un vasto imperio
que de rico blasona
llévalo como ofrenda al trono iberio,
que lo engarce en su espléndida corona;
Pizarro, el país del oro y la riqueza
subyuga con tu empuje y tu fiera.

Sólo una tribu indómita y bravía,
de su selva en las mudas soledades,
conservará merced a su osadía
el amor a las patrias libertades:
no penséis con las armas dominarla;
siempre con sangre sus victorias sella:
mandad a vuestros bardos a cantarla
¡y que Ercilla dé a España una epopeya!
Grande y audaz si en los combates lucha
de la guerra implacable
o cuando el himno de la paz escucha
en la lid del trabajo formidable,
ella hoy se asocia, de laurel ceñida,
a las solemnes, justas ovaciones
con que celebran, ¡oh Colón!, tu vida
en un concierto inmenso las naciones.

¡Oh Verdad que abatida te presentas,
eres al fin la grande vencedora;
en tus luchas gigantes representas
a la Razón, tu noble engendradora!
En tu marcha al cruzar por la existencia
hallas en la conciencia
antorchas sorprendentes, pero humanas;
y el cerebro del genio que tú alumbras
y la frente escogida que engalanas,
con tu fulgor deslumbras,
y llenan, de tu amor en el exceso,
la misión bienhechora del progreso.
Colón fue el favorito de tu numen:
por verte triunfadora entre los hombres,
hizo de tus grandezas el resumen,
te dio todos los nombres:
revelación, milagro, profecía,
cuanto halaga a la fe o a la experiencia,
pero él, en su interior, ¡sólo creía
en el poder inmenso de la ciencia!

Francisco Concha Castillo

Francisco A. Concha Castillo nació en Santiago en 1855. Hizo estudios de humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones (Padres Franceses) y cursó algunos años de leyes, pero no recibió el título de abogado. En 1884 figuró en el grupo de los fundadores y sostenedores de la *Revista de Artes y Letras*, y en 1888 contribuyó a fundar el Centro del mismo nombre, que funcionó como academia literaria.

En 1888 también se interesó por la política y entró al Congreso como diputado por Caupolicán. La revolución de 1891 le apartó para siempre de las luchas políticas.

La Academia Chilena le llamó a su seno en 1914, al constituirse de nuevo el centro de Chile. Por algunos años fue consejero de instrucción pública, y en 1925 hizo un viaje a Europa.

Murió en Santiago el 9 de septiembre de 1927.

Bibliografía:

Al vivir. Impresiones poéticas. Santiago, 1923. XV + 243 pp.

Escenas líricas. Santiago, 1925. 181 pp.

Referencias:

- 1.º *Literatura americana. Nuestro poetas*, F. A. C. C., por Aurelio Martínez Mutis. En *Revista Católica*, 1921, t. XL, p. 147.
- 2.º *Crítica literaria. Escenas líricas*, por F. C. C., por Ricardo Dávila Silva, *Revista Chilena*, marzo de 1927, p. 30.
- 3.º *Concha Castillo*, por C. S. V. (Carlos Silva Vildósola), en *El Mercurio*, 28 de septiembre de 1927.

DOLOR GENERATOR

¡Salve, oh Dolor!, prolífica simiente
de gloria y de virtud; por ti al luciente
alcázar de los mártires se sube;
héroes y sabios con tu soplo creas
y engendras en la mente las ideas
como engendra relámpagos la nube.

Del suplicio de un Dios, mudo testigo,
nuncio de vida, inseparable amigo
de la humana grandeza de la Historia,
crisol de donde el hombre deleznable
surge inmortal y hermoso a la inefable
morada de la paz y de la gloria.

Hombres, ideas, santidad, belleza,
portentos de la gran Naturaleza;
la misma ley a todos les alcanza:
siempre la vida nace entre dolores,
como el alba entre sombras y vapores,
como entre sufrimientos la esperanza.

* * *

Para gozar del aura de la vida
rasga el hombre con recia sacudida
de la torpe materia el lazo fuerte;
y al pasar de este mundo los umbrales
para aspirar las brisas celestiales
rasga también las sombras de la muerte.

La idea, como fúlgida centella,
florece en la palabra pura y bella
tras la angustia natal del pensamiento;
y como un eco de vibrante nota
que de la cuerda estremecida brota,
tiende sus alas, triunfadora, al viento.

En lejanas edades tempestuosas,
los pueblos, aún informes nebulosas,
sin más ley de atracción que su destino
forjaban con titánica fiera

un ideal de triunfo y de grandeza
que alumbraba con sangre su camino.

* * *

Cuando todo en el mundo sonreía
con ese albor de eterna poesía
que aún vaga entre las nieblas de la historia,
mirando el sabio al porvenir, sereno
bebió en la copa de letal veneno
el vivífico elixir de la gloria.

Así también la Libertad humana,
que antes fue del placer vil cortesana,
abrazada al Dolor nació aquel día
de redención, de llanto y de martirio
en que la luz, cual macilento cirio,
triste expiró, de Cristo en la agonía.

Desde el altar de sacrificio al Cielo
gozoso emprende su triunfante vuelo
el mártir como raudó meteoro.
Y la verdad, que a su verdugo espanta,
se alza más bella de la hoguera santa
entre los himnos del inmenso coro.

* * *

Cuando en el alma la esperanza llora,
la engañosa ilusión que se evapora
fluye del labio en rítmico lamento;
que hay una misteriosa simpatía
que une con la desgracia la armonía
en el arpa ideal del sentimiento.

¡Ay! Sólo allí do en infernal tortura
los hijos de la eterna desventura
vagan insomnes con estéril llanto,
es infecundo y vergonzoso y frío
el cruel dolor de su perenne hastío,
la angustia cruel de su perpetuo espanto.

¡Salve, oh Dolor! Aunque fatal y ciego,
tú despiertas con ráfagas de fuego
en el hombre la vida y la grandeza,
en ti la mancha de su crimen lava...
¡Dolor!, contigo la existencia acaba,
¡dolor!, por ti la eternidad empieza.

¿EN DONDE ESTAN?

El alba es ésta, llena de flores,
que iluminaba mi despertar;
pero sus cantos arrulladores
¿en dónde están?

Ayer lo mismo que hoy repicaban
esas campanas con son igual;
pero las voces con que me hablaban
¿en dónde están?

De estos jardines por los senderos
todas las tardes iba a jugar;
pero los niños mis compañeros
¿en dónde están?

Si soy yo el mismo de aquellos días,
si mi existencia conmigo va...,
mis esperanzas, mis alegrías,
¿en dónde están?

INVERNAL

La vida es un dolor que pasa errante
en un rayo de sol, es un acento
prolongado en la atmósfera vibrante,
leve sombra no más de un pensamiento.

Sombra de nuestro espíritu es la vida,
como la que proyecta en la llanura
la nube, de los vientos impelida,
dándole su rocío o su frescura...

Al llegar el Invierno, se reviste
de tristeza infinita el alma humana:
triste es el valle; el horizonte, triste;
grises las nieblas, y la luz, lejana.

Todo es imagen de la muerte: el cielo
sin transparencia, tétrico, nublado,
¡más bien parece un pabellón de duelo
sobre un inmenso túmulo colgado!

El soplo de los cierzos del levante
cubre la tierra de escarchada alfombra;
la tarde es como un cirio agonizante,
y la noche, una lápida de sombra.

Emigra el ave: su ignorado vuelo
contrista el corazón; ya no se alcanza
a distinguir su sombra por el cielo,
pero aún se oye su canto en lontananza.

¿A dónde se remonta?... Hacia la altura,
quizás en busca de la luz perdida...
Así las almas que el dolor tortura
se despiden cantando de la vida.

* * *

¡La muerte!... Para el cuerpo, el sueño helado
sobre el lecho de piedra de una tumba;
para el alma sin luz es lo ignorado,
donde un silencio pavoroso zumba.

Para el que espera y ama, es el ligero,
si largo, sueño en un hogar bendito;
la sombra del ciprés para el viajero
que llega fatigado a lo infinito.

Morir, para el espíritu creyente,
es despertar a la divina aurora
de la inmortalidad, en cuyo ambiente
al irradiar del Cielo se incorpora.

Allí en aquel Edén, goza divinos
éxtasis el maestro, el misionero,
que dejó de su vida en los caminos,
de calladas virtudes un reguero.

Su pensamiento entre nosotros vaga;
pues del tiempo veloz en la penumbra,
cuando una vida santa aquí se apaga,
hay una estrella más que nos alumbra.

ELEGIA AL SENTIMIENTO

I

¡Lira del sentimiento!,
ve ya a dormir en soporosa calma,
la calma del olvido;
tú que lanzaste un día al rauda viento
los ecos fugitivos de mi alma,
que era entonces de ensueños blando nido.

¡Ve a dormir en las sombras! Si algún día
la eterna y creadora poesía
derramó sobre ti su casto aliento
y te envolvió un momento
con el velo de luz de su armonía;
si despertó en tus cuerdas los cantares,
como despierta la alborada hermosa
aves, flores y céfiros y arrullos
en la pradera umbrosa,
y alegría en los rústicos hogares,
y aroma en los capullos
y reflejos inmensos en los mares;
si al par de tus canciones
volaron por los aires de mi vida,
como rayos de sol, mis ilusiones,
alumbrando en el alma obscurecida

anhelos, esperanzas y ambiciones:
llora hoy tu soledad, tu breve gloria,
lira de, mis recuerdos, compañera
de aquella mi alegría transitoria,
tú mi primer amor, tú la primera
fiel confidente de mi propia historia.

II

No sin dolor te dejo,
¡oh lira de los trémulos rumores!,
que reflejabas como terso espejo
los del alma templados resplandores.

Aún vaga por tus cuerdas encantada
la perennal sonrisa
de la alma juventud. Aún en la brisa
de los recuerdos que mi frente orea
me llega un eco de la edad pasada,
jirón de luz que en mi memoria ondea.

Y vuelven otra vez aquellas horas
de vívidas auroras,
inmortales auroras de esperanza,
y aquellas róseas tardes soñadoras
de vaga, esplendorosa lontananza.
Y hoy, cual entonces, al abrir la noche
su amplio dosel de sombras sobre el mundo,
como embozado en el celeste velo
del aire transparente, el pudibundo
ángel de lo ideal baja del cielo.
Del seno de las húmedas praderas
tienden el vuelo caprichoso y blando
las ráfagas ligeras,
como hadas invisibles murmurando
recuerdos, ilusiones o quimeras.
Del pétalo entreabierto de las rosas
surgen arrullos mil y mil suspiros,
himnos de amor, canciones voluptuosas,
y en torno vuelan con revueltos giros
los ensueños, brillantes mariposas.

Y todos vuelven en celeste coro
a llenar otra vez mi mente en calma,
y se alza la ilusión, cual bruma de oro,
de la sombría inmensidad del alma.

III

¡Oh eterna inspiración, oh sentimiento!,
que conviertes en himnos y canciones
la rauda vibración del pensamiento,
y evocas con tu acento
las de la dicha espléndidas visiones:

si hoy tu alegría pesaroso canto,
es porque ya al olvido te condena,
a muda soledad y a oculto llanto
la del diario luchar ruda faena.

Si el pesar, la inquietud o la amargura,
como el fragor de tempestad lejana
amenaza envolver en noche oscura
vuestra existencia en su primer mañana,
cobijad en las sombras vuestro duelo
como oculta su crimen el bandido;
cortad el libre vuelo
al céfiro vernal de vuestro anhelo,
y al cierzo del dolor, nunca dormido.

Caiga otra vez al corazón humano
ese dolor que de su abismo sube,
como cae en el túrgido oceano
el agua misma que sorbió la nube.

IV

Pálidas hijas del Olimpo griego,
que ceñidas de blancas siemprevivas
aún buscáis por el mundo el sacro fuego,
la sombra del laurel y de la oliva,
el áureo altar y el sacerdote ciego;
¡ay!, en vano eleváis entre cantares
la vista escrutadora
sobre las verdes ondas de los mares;
veréis en ellas purpurear la aurora
que resurge soñando entre la bruma,
nítido velo de la mar Egea
cuando recibe enamorada al día;
sí, pero no veréis sobre su espuma
la plástica beldad de Citerea
que se mece sonriendo en la ola fría;
mientras el aire en derredor chispea,
canta en el cielo azul la poesía,
y se une el sentimiento con la idea
en connubio de luz y de armonía.

Y tú, la virgen de los salmos tristes,
que de penumbras diáfanas te vistes
y moras en las viejas catedrales
a la mística sombra del santuario;
que cantas en las arpas celestiales
y preludios endechas inmortales
en nuestro pensamiento solitario;
tú, que al caer la tarde en la colina,
como un suspiro del Señor descendes
sobre el alma cansada y peregrina,
y de la vida en la desierta ruina
santo recuerdo velador enciendes;

ya tú no oirás el íntimo sollozo,
la sincera efusión, el alborozo,
que de su limbo sin misterios lanza
el espíritu en sombras sumergido;
ni desde su perenne lontananza
vendrá, como antes, a arrullar tu oído
la profética voz de la esperanza.

V

Hoy ya no vibra en la sonante lira
más que el eco fugaz, la cantinela
monótona del alma que suspira
por el perdido amor que la desvela.
Cantar a un ideal es ya locura,
que hoy ya no se le canta, se le llora.
La realidad, la realidad impura,
es hoy la única musa inspiradora,
la única voz que en lóbreguez murmura.

Ya el siglo de las luces lentamente
se va hundiendo en las sombras del ocaso,
y como el sol, al dar en occidente,
su prístino fulgor ya es más escaso,
su rayo cada vez más decadente.
Lo mismo que un volcán amenazante
surgió en el tiempo, y hasta al cielo mismo
quiso lanzar su destructora lava;
nube de sangre coronó al instante
su altanera cerviz, y un cataclismo
cada rugido suyo levantaba.

Y era grande y hermoso,
lo mismo en roja tempestad bañando
su frente de coloso,
que al dormirse en reposo
con la visión del porvenir soñando.
Lós genios de la lira, en su mañana,
con voz jamás oída,
cantaban, ebrios de entusiasmo y vida,
la majestad de la conciencia humana,
tan sólo a Dios rendida,
sólo en Dios libre, altiva y soberana.

Pero hoy ya no es su canto
más que el estruendo pavoroso y frío
del raudal que al abismo se derrumba;
su voz helada zumba
como un oscuro vendaval de espanto,
y el tedio cierra el corazón vacío
como lápida inmensa de una tumba.

VI

¡Surge ya de tu noche abrumadora,
¡oh sentimiento!, voz inspiradora,

ave de amor que cantas embebida,
y en las almas despiertas
con recia sacudida
gérmenes nuevos de esperanzas muertas,
nuevas auroras de fecunda vida!

Siempre que en himnos férvidos te exhalas
tiende el anhelo sus brillantes alas,
sus alas de voluble mariposa
por la etérea región maravillosa
de un soñado ideal. Se explaya el arte
en cánticos y en ritmos y en colores;
con el valor y la virtud comparte
los lauros triunfadores;
canta al amor con misterioso acento
y llega al corazón como el aliento
del céfiro que duerme entre las flores.

VII

¡Oh humilde lira mía!,
baje otra vez a tus calladas cuerdas
la augusta poesía:
que aún puede revivir como la llama
el sentimiento inerte; todavía
el espíritu humano gime y llora
como un arpa sonora,
ríe, suspira, se acongoja y ama,
y su dolor en cantos evapora:
que el alma, semejante a una serena
noche de estío límpida y callada,
cuando el misterio en lo infinito nada
y duerme en el cenit la luna llena,
tiene también su inmensidad oscura,
su ideal misterioso de ventura,
vagos rumores y silencio santo,
su eterna claridad allá en la altura
y en la vida las sombras de su llanto.

Ambrosio Montt y Montt

Nació en Santiago en 1860. Hizo estudios de humanidades en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile, como aspirante al título de abogado, que no alcanzó a recibir. Ya en 1883 salía de Chile como secretario de la legación acreditada en Buenos Aires y Montevideo, y posteriormente pasó a

Europa a desempeñar cargos semejantes en Roma y en Londres. De vuelta a Chile se dedicó a labores agrícolas.
Falleció en 1922.

Obras:

Patria y amor. Santiago. 1881. *Veladas líricas*. Montevideo, 1885. *Canto a la patria*. París, 1886. *Chispas al mar*. Valparaíso, 1901. *Canciones chilenas*. Valparaíso, 1903. *Destellos*. París, 1903. *Polvo del camino*. Santiago, 1911. *Astillas*. Santiago, 1918.

MIS SONETOS

En ellos no hallarás el chiste agudo,
la inspiración robusta y numerosa,
porque mi musa remontarse airosa
jamás del Pindo a las regiones pudo.

Si llegan a placerte (que lo dudo),
quizá no pueda ser por otra cosa,
que la ingenua franqueza candorosa
que hay en mi tono campechano y rudo.

Al son de mi zampoña campesina,
cansado de luchar en las faenas,
viendo correr el agua cristalina,

canto a veces mis dudas y mis penas,
o, descubriendo en sueños una mina,
consolar me prometo las ajenas.

EL PANICO

Cuando se mece en el azul sereno
del firmamento nubarrón sombrío,
y el rayo se desata, y va bravío
por el espacio retumbando el trueno;

cuando se hincha del mar el hondo seno
estrellando en las peñas al navío,
y sobre el llano se desborda el río,
y el hombre de pavor se siente lleno;

cuando rompe el volcán amenazante,
jamás tiembla de miedo, antes se alegra
mi corazón para luchar gigante;

amo el rayo, el volcán, la noche negra;
mas... ¡tiemblo de pavor al ver delante
la imagen espantosa de mi suegra!

NO HAY DICHA COMPLETA

La que sueña la mente enardecida,
dicha sin amargura, no he encontrado.
Aunque ya voy de caminar cansado
por las sendas del mundo y de la vida.

Aún yo surcaba la niñez florida,
cuando sentí brotar entusiasmado
en mi pecho el amor, y realizado
todo mi anhelo imaginé en seguida.

Una noche de mayo nacarada,
que convidaba a los nupciales lazos,
marchéme a los balcones de mi amada;

para ofrendarle mis ardientes brazos
las rejas escalé, y de la morada...
arrojéme su padre a garrotazos.

ORACION MATINAL

Cuando en oriente la apacible aurora
destrenza su radiante cabellera,
y el vuelo tiende a la azulada esfera
el ave humilde que en las selvas mora,

¡cómo, Dios mío, el corazón te adora,
y lleno de bondad, de fe sincera,
tu nombre bendiciendo por doquiera,
se torna alegre, si angustiado llora!

De hinojos, a los pies de tus altares,
yo le pido a mi padre San Antonio
te ruegue buena suerte me depares;

que aunque vaya en mi senda algún demonio
sembrando desengaños y pesares,
me libres, por piedad, del matrimonio.

Luis Barros Méndez

Nació en Concepción en 1861. Estudió humanidades en el Colegio de San Ignacio de Santiago entre 1874 y 1880 y en seguida en la Universidad de Chile, hasta recibir el título de abogado en 1883. En Concepción, fue redactor de *La Libertad Católica* hasta 1887 y ejerció la profesión de abogado. Des-

pués de un viaje por Europa en que ocupó los años siguientes, adquirió en 1889 la Librería de Artes y Letras y emprendió, anexo a ella, el negocio de impresor y editor. Para esto se asoció con el artista catalán don Ignacio Balcells, con quien fundó la Imprenta y Litografía Barcelona, por muchos años la mejor que funcionaba en Santiago. En ella, además, se dieron a luz lujosos periódicos, como *Chile Ilustrado*, dirigido por Manuel Magallanes Moure, que acogió la colaboración de nuevos escritores.

En 1891 entró al parlamento como diputado por Chillán, y luego recibió mandato del departamento de Itata. En 1903 fue Ministro de Guerra y Marina bajo la presidencia de don Germán Riesco.

Destacóse en la cátedra universitaria como profesor de derecho penal, derecho natural y medicina legal. Sus colaboraciones literarias, dispersas en varias revistas, fueron recogidas en el libro titulado *Expansiones*, que vio la luz en 1894. Algunas, sin embargo, han quedado inéditas hasta hoy, o sin que se distinga claramente su paternidad, como ocurre con la inscripción del Cementerio General de Santiago que comienza diciendo: "Ancha es la puerta, pasajero, avanza."

Falleció en Santiago el 7 de enero de 1906.

MATER DOLOROSA

Imaginé, María, tus dolores
si pudo algún mortal imaginarlos,
y ¡cuánto me atormenta descifrarlos
con pobre lengua y pálidos colores!

En tus ojos miré los resplandores
que arrojaron a Dios al contemplarlos
y tus suspiros me atreví a expiarlos,
al desmayar el sol de tus amores.

Mas, si rompió las nubes el lamento
que el Hijo tuyo al expirar vertía,
y si llegó a temblar el firmamento

¡cuál tu dolor acerbo, cuál sería,
al escuchar el eco de su acento,
oh madre triste, virginal María!

AL MAR

Cansado en mi camino hacia la nieve,
me detuve un instante a media falda,
y con los ojos vagos del que sueña,
vi a lo lejos la playa de mi infancia.

Y al palpar en mi aterida frente
las olas frías del recuerdo, en mi alma
sentí aletear un canto que nacía,
y lo lancé a volar en la palabra.

¡Oh mar, sublime mar!, si ante tu abismo
el corazón del hombre se anonada,
al contemplar tu inmensidad fecunda,
el pensamiento sube y se dilata.

Todo en ti cobra vida y movimiento:
si el cielo mismo a tus abismos baja,
la luna y las estrellas en las olas
al dulce son de tus canciones danzan.

Y danzan los bajeles portentosos,
los peces, las gaviotas y las algas,
en tanto que en las playas arenosas
rumorean las olas coronadas.

Danza también mi alegre fantasía
si tus gigantes ondas la arrebatan
y, al contemplar tu majestuoso ceño,
se detiene a admirar tu fuerza extraña:

el martilleo eterno de las olas
en las clavadas rocas de la playa
y en la arena lavada el desmayado
y lánguido abandono de las aguas;

la placidez serena y silenciosa
del mar dormido en aparente calma,
cuando la luna al beso de sus rayos
hace temblar las ondas de esmeralda;

el furor invencible del oleaje
cuando porfía con la nave osada,
y el blando velo transparente y terso
que el avecilla con sus plumas rasga;

el ondeante penacho blanquecino
que flébil viento con temor levanta,
y la amarilla espuma, flor marchita
que el mar, cantando, a los peñascos lanza;

el galante repliegue de las ondas
al recibir las inocentes aguas
del dulce arroyo que a morir se acerca
y como el cisne en su agonía canta;

la lucha bulliciosa y turbulenta
del ancho río en la confusa barra
donde el mar, defendiendo sus dominios,
la invasora corriente audaz rechaza;

todo, todo es sublime en tus dominios,
gigante mar, y todo en ti contrasta
con las débiles luces de la tierra
que apenas pueden conmover el alma.

Despedazando el cielo con mil rayos
por un momento, si su vida exhala,
puede imitar tu acento majestuoso
el trueno cuando guía las borrascas.

El prado verde donde el viento juega,
remeda apenas la llanura ondeada
que cruzando, cual débiles insectos
con sus largas antenas, van las barcas.

Tus aguas son la sangre del planeta;
tu corazón. la luna enamorada,
a cuyo impulso circulando siempre
por cielo y tierra, inmenso te dilatas.

Con la insondable copa de tu abismo,
desbordando la espuma por las playas,
le infundes vida al universo entero
en las nubes que flotan sobre el agua.

¡Sublime mar! Llevado de tus ondas
mi pensamiento al Creador alcanza,
y en alas de tu acento poderoso
se elevan suspirando mis plegarias.

¡Oh Dios!, el mar adusto te obedece
y, ora te tiende alfombras de esmeralda,
ora repliega el velo de sus linfas
y te lo arroja en cintas desflocadas.

¡Señor! ¡El mar a impulso de los vientos
en blandas nubes llega hasta tus plantas,
y al escuchar tu acento soberano,
a repartir la lluvia al suelo baja!

Y, ¡Dios mío!, si sube hasta los cielos,
como la nube, el himno que te canta,
también descende al alma que te implora
trocado en lluvia de divinas gracias.

CANTICO DE EZEQUIAS

De Isaías, cap. XXXVIII.

En la mitad del día
llegué a la última puerta que me espera,
y de la vida mía
la nada vi y clamé de esta manera:

¡Ay!, ¡entre los vivientes
ya no veré de Dios el rostro manso,
ya no veré otras gentes
llegar al reino del final descanso!

Torció ante mí la rienda,
y súbito pasó mi descendencia
como movable tienda
de pastores sin fija residencia.

El hilo con que cose
dispone el tejedor según medida:
así por Dios cortóse
el hilo del tejido de mi vida.

Ahora va violenta
de la aurora al crepúsculo, y mañana
el tiempo mi osamenta
dispersa, cual león que rompe lana.

Termina mi existencia
hoy a la tarde, en la mañana dije,
y gemí en mi dolencia
como golondrinilla que se aflige.

Por no ver tus enojos
gemí como paloma con dulzura;
gastáronse mis ojos
escudriñando la celeste altura.

Valedme, pues, Dios mío;
por dolor espantoso he sido absorto;
mas, ¡ay!, ¿por qué confío
en quien me da las penas que soporto?

Repasaré mis años
en tu presencia con dolor de mi alma;
y, ¡oh Señor!, si son vida tales daños,
hiere, castiga, vivifica y calma.

He aquí en dulzor trocado
el amargo insufrible de mis labios.
Me librate: el pecado
a la espalda cargaste y los agravios.

Y ni infierno ni muerte
tu gloria o alabanza satisfacen;
no miran la luz fuerte
de tu verdad los que en la tumba yacen.

La vida, Dios clemente,
la vida te bendice y te confiesa;
en ella hice patente
a mi hijo las verdades que profesa.

Salvadme, pues, Dios santo,
y nuestros salmos cantarán tu gloria;
salvadme; así mi canto
resonará en el templo en tu memoria.

LAS GOLONDRINAS DE SAN FRANCISCO

Bulliciosas y alegres en bandadas
huyen volando del obscuro invierno.
Siguiendo van sus huellas perfumadas,
¡oh Primavera!, en tu camino eterno.

Ya al beso de la luz brillan sus alas
esmaltadas de azul. Ya brisas suaves
van esparciendo aromas... Ya las galas
del campo admiran las viajeras aves.

A respirar detiéndense un instante
en un bosque de pinos y de encinas
y a la luz de la aurora coruscante,
gorjean de placer las golondrinas.

A la sombra del bosque donde cantan,
canta Francisco la verdad eterna.
Las gentes escuchándolo se encantan
y él a las aves, con palabra tierna:

—Callad —les dice—, hermanas golondrinas;
de la gloria de Dios estoy hablando
a la virtud y la bondad divinas,
¡silencio!..., y luego seguiréis cantando.

¡Al punto enmudecieron!... A sus plantas
en azulado círculo en el suelo
se extendieron mansísimas, y tantas
cuantas estrellas brillan en el cielo.

Y, en medio del silencio más profundo,
siguió diciendo el inspirado santo:
—Hermanas golondrinas, es el mundo
para la raza humana un mar de llanto.

"No conocéis su pena en el trabajo:
no conocéis sus mares de amargura;
hermanas golondrinas, aquí abajo
sólo debéis cantar vuestra ventura.

"Vosotras no sembráis, y la cosecha
segura la tenéis todos los años;
mas, ¡ay!, el hombre en esta vida estrecha
se afana por palpar sus desengaños.

"Os viste el cielo de azuladas plumas,
siempre la tierra os brinda el alimento;
si del invierno divisáis las brumas,
la primavera os llama con su aliento.

"Abiertos a las luces de los cielos
de las cumbres colgáis vuestros palacios
donde apenas piando los polluelos
ya miden con la vista los espacios.

"Hermanas golondrinas, dad al hombre
ejemplo de alegría y de paciencia;
y la humana flaqueza no os asombre,
que en la cuna quedó nuestra inocencia.

"Mas vosotras, felices e inocentes,
concertad vuestro cántico sonoro
con el que a Dios elevan reverentes
los serafines en sus arpas de oro.

"Cantad al que del orbe la belleza
en las cadenas de la luz encierra
y publicad la gloria y la grandeza
del Creador del cielo y de la tierra."

Dijo el santo... Y las aves raudo vuelo
emprendieron cantando de alegría:
y, esparciendo sus notas por el cielo,
llenó el espacio una onda de armonía.

¡LUZ!

Tiembla el ramaje al soplo de la brisa,
su luz esparce la naciente aurora,
dejan las aves el caliente nido
y alegres saltan en la verde fronda.

El coro alado su garganta apresta;
preludio de gorjeos en la sombra
se escucha apenas del oscuro bosque
y lento el sol por el oriente asoma.

¡Salve, oh luz matinal!, repite el coro
que admirando los tintes de la aurora,
celebra el esplendor de la mañana,
coronada de lirios y de rosas.

¡Bendigamos la luz, virgen divina
que en pos del sueño de la noche lóbrega
despierta al mundo y con sus dulces besos
ardiendo de entusiasmo lo enamora!

¡Bendigamos la luz que nos descubre
la variedad inmensa de las cosas
en matices del iris inundadas
y el himno alegre de la vida entona!

¡Bendigamos la luz que viste de oro
cuanto enlutó la noche soñadora!
¡Bendigamos la luz que vuelve el fuego
de la vida a la tierra soporosa!

¡Bendigamos la luz! Ella dibuja
de cuanto existe las cambiantes formas
y es hálito divino y fecundante
a quien las flores en el campo invocan.

¡Oh luz, divina luz, bendita seas!
La armonía infinita y misteriosa
del cielo y de la tierra nos ostentas
y a Dios le cantas cánticos de gloria.

Titilas en las gotas del rocío
y tiemblas en las lágrimas que llora
desengañada una doncella triste,
quizá engañada una mujer hermosa.

Tú enciendes las pupilas y abrillantas
los ojos de la virgen seductora,
cuando en la primavera con más fuerza
y más ardiente tu esplendor arrojas.

Vistes de tul el cielo de la tarde,
con róseo velo la mañana adornas,
plateas los jazmines en el prado,
y sobre el árbol las movibles hojas.

Serpeas con el agua del torrente,
das diademas de perlas a las olas,
y a las flores, bañadas de rocío,
con fúlgidos diamantes las coronas.

Besas la frente fría del anciano,
de la doncella la encendida boca,
del pequeñuelo la cabeza de oro
y de la flor la púdica corola.

Del bosque invitas al enjambre alado
que alegre vuela y su canción entona,
bendiciendo la luz del nuevo día,
bendiciendo las rosas de la aurora.

¡Cantemos a la luz, palabra viva,
que a bendecir a Jehová convoca
y publica en el éter los prodigios
que realizó su mano creadora!

¡Bendigamos la luz, lazo impalpable
que los planetas en el cielo asocia,
que comunica el cielo con la tierra
y canta a Dios el himno de su gloria!

EN LOS BOSQUES DE MI TIERRA

En los bosques de mi tierra
hay una flor seductora
que por la noche se cierra
y despierta con la aurora.

Y mil flores peregrinas
he cogido por mi mano
en las ásperas colinas
donde crece el avellano.

Allí a los árboles viejos
los copihues trepan luego,
donde florecen bermejos
como lágrimas de fuego.

Y el copihue balanceando
allá en los bosques de Penco,
parece que va volando
como encendido flamenco.

La enredadera que siente
le arranquen sus flores rojas,
la oculta tiernamente
debajo sus verdes hojas;

y cuando el viento retira
la cortina de verdura,
la inocente flor suspira
y descubre su hermosura.

El candor de la inocencia
que inunda belleza tanta,
el alma con su presencia
suspende, eleva y encanta.

Los *amancayes* risueños
que junto al *liuto* florecen
y la flor de los ensueños
que las suaves brisas mecen,

y el arrayán blanquecino
de delicada finura
y el *maqui*, junto al camino,
negreyante en fruta oscura;

los racimos de avellanas,
que el viento va desgranando;
y las hermosas manzanas
que la brisa va besando;

todo, todo, en la montaña
de aquella tierra bendita,
desde el aire que la baña
hasta el ave que la habita,

tantas bellezas encierra
como no hay en parte alguna.
¡Oh cuán hermosa es la tierra
donde se meció mi cuna!

Leonardo Eliz

Nacido en Santiago el 6 de noviembre de 1861, se educó en el Instituto Nacional y comenzó su carrera periodística escribiendo en el diario *El Imparcial*, 1885. En el curso de ella, en años siguientes, fue corresponsal desde Valparaíso de diversos periódicos, entre los cuales cabe citar *El Sur* de Concepción, *El Progreso* de Talca y *El Censor* de San Felipe.

Radicado en Valparaíso, ya en 1890 era inspector y profesor de geografía

descriptiva en el Liceo porteño, y en 1894 profesor de castellano y de caligrafía. Se jubiló en 1928.

Falleció en marzo de 1939.

Obras principales:

Musas chilenas, 1889, estudios críticos sobre poetas chilenos de todos los tiempos; *América y Colón*, 1892; *Las rosas*, 1902; *Poesías líricas*, 1903; *Reseña histórica del Liceo de Valparaíso*, 1912; *Cervantes y las rosas*, 1916; *Cervantinas*, 1916; *Colores y ritmos*, 1934.

MADRIGAL

Estaba tiernamente enamorada
del Céfiro una Rosa,
y cuando más lozana y olorosa
se erguía en el rosal entronizada,
el Cefirillo blando
ocultóse en sus hojas suspirando.

—“¿Qué traes, dueño mío?”

—“Un beso de María,
que es bella como el alba en este día,
¡y guárdalo entre púrpura y rocío,
que un beso virginal es un tesoro!”

Y el Céfiro voló. La flor amante
suspiró de terneza
y un suave rayo de oro
iluminó su espléndida belleza.
¡Qué dulcísimo instante!
Entonces comprendí, casta María,
el amor de las flores
y el beso de las vírgenes hermosas
que los céfiros guardan y las rosas.
¡Si aquella flor tuviera!... ¡En sus olores
el beso tuyo siempre encontraría!

Pedro Antonio González

Nació en Coipué (Curepto), el 22 de mayo de 1863, y ayudado por un tío materno suyo, Fray Pedro Armengol Valenzuela, tuvo una educación humanística más amplia que la que le podía asegurar el escaso peculio de sus padres. Se trasladó a Santiago, en donde siguió algunos cursos universitarios, pero finalmente se acogió a un puesto de profesor en un colegio par-

ticular de señoritas. También trabajó, con algunas intermitencias, en el periodismo. Su irregular temperamento le llevó a hacer una vida disipada, de la cual no fueron capaces de apartarle los consejos de los amigos. Entre éstos ocupa lugar de excepción Marcial Cabrera Guerra, el valiente editor de *Pluma y Lápiz* en su primera época, que recogió no pocas composiciones del poeta que se habrían perdido en los oscuros rincones por los cuales discurrió la existencia de éste. Los amigos también —y especialmente don Luis Arrieta Cañas— costearon en 1895 la publicación de *Ritmos*, único volumen publicado por el propio González y que contiene más o menos la cuarta parte de su producción total. A don Armando Donoso se debe la publicación completa que se indica más abajo, fuente de cualquier estudio que se intente sobre el poeta.

Murió en Santiago, Hospital de San Vicente de Paul, el 3 de octubre de 1903.

Bibliografía:

Ritmos. Santiago, 1895.

Poesías. Santiago, 1905.

Poesías. Edición recop. en 1917 por Armando Donoso, con introducción biográfica. Hay ediciones posteriores con ligeras innovaciones.

Referencias:

Pedro Antonio González, por Nicolás Peña Munizaga, en *Revista Chilena* noviembre de 1918.

Poetas de Hispano-América, por E. Solar Correa. Santiago, 1926.

LAS PERLAS Y LAS UVAS

I

Sube en silencio el bardo
las nítidas escalas
de un esquife gallardo
cuyas velas son alas.

Va en busca de unas perlas...
a un país de Oriente,
delirando ponerlas
en una regia frente.

(En la frente divina
y en el nimbo sedeno,
de una Musa argentina
del Olimpo del Sueño.)

Boga al país de plata
en donde las lagunas

de ópalo y escarlata
las cuajan como Lunas.

Navega al país de oro,
de tamiz de arboles,
en donde el mar sonoro
las cuaja como Soles...

II

Pero en su viaje el bardo
aspira el sacro efluvio
del gran país del nardo
y del pámpano rubio.

Ve con febril pupila
que como allá en las lides
a torrentes destila
la sangre de las vides.

Ve a través de las cubas,
al tiempo de mecerlas,
que el iris de las uvas
eclipsa el de las perlas.

Pone fin a su viaje
al país de la Aurora

delante del brebaje
que las ánforas dora.

Canta una serenata
bajo el poniente opaco.
Y alza un cáliz de plata
sobre el altar de Baco...

AL MAR

I

¡Cuánto me place, oh mar, en tu ribera
ir en la tarde a meditar a solas!
¡Despliegas no sé qué grandeza fiera,
al par de no sé qué melancolía,
en el rumor de tus gigantes olas,
cuando detrás del pavoroso velo
de la noche sombría,
se confunde la tierra con el cielo!

II

Al ver temblar en tu brillante espuma
las imágenes bellas
que, a través de la inmóvil, densa bruma,
proyectan las estrellas,
¡con qué pena recuerdo aquellas horas
de santa paz, de inalterable calma,
de mi hermosa niñez desvanecida,
en que también, rosados como aurora,
temblar miraba en el cristal de mi alma
los primeros ensueños de la vida!

III

Mi corazón hoy plañe junto al cauce
de la turbia corriente de los años,
como un lloroso sauce
en cuya mustia copa silba el viento
con los ecos extraños
de un lastimero, funeral lamento.

IV

¡Oh mar! La lucha fiera
a que tú, sin cesar, las agrias rocas
que inmóviles circundan tu ribera,
día y noche provocas,
el cuadro vivo ante mis ojos traza
de la lucha sin fin que en su camino,

a través del espacio y de la historia,
sostiene cada pueblo, cada raza,
por arrancar al libro del destino
la gran revelación de su alta gloria.

V

¡Cuántas veces las roncadas tempestades
no agitan tus entrañas,
asordando tus mudas soledades,
convirtiendo tus olas en montañas!
¡Así también agita,
en medio de sus hondas explosiones,
con su fuerza infinita,
el pensamiento humano las naciones!

VI

Nada entonces resiste
a su invencible, a su tremendo empuje:
leyes, costumbres, dogmas, cuanto existe,
todo vacila, cruje.
¡Pero al vivo fulgor con que señala
de su labor magnífica, sublime,
la legendaria huella,
siempre una nueva, luminosa escala,
alzarse ve la humanidad que gime,
entre los cielos y ella!

VII

Bajando a las entrañas del planeta,
de su serie sin fin de evoluciones
él descifra la página secreta.
Y al seguirlo a través de las regiones
donde flota y ondula
su gigantesca mole de granito,
él las leyes formula
a cuyo impulso gira en lo infinito.

VIII

Descendiendo a la noche de la historia,
él resucita las cenizas yertas,
el pálido fantasma, la memoria
de las razas ya muertas.
Y al penetrar con su poder intenso
su origen, su grandeza, su caída,
él fija el rumbo inmenso
de las vastas corrientes de la vida.

IX

Remontando su vuelo soberano
del porvenir al horizonte obscuro,

él sus enigmas al inmenso arcano
 arranca del futuro.
Y al someter a su gigante imperio
 a los siglos sin nombre
que en los abismos duermen del misterio,
 él hace un dios del hombre.

X

¡Oh mar! ¡En vano en tu dolor sombrío
con sollozos recónditos invocas
de las tormentas el furor bravío!
¡No tumbarás de su raíz profunda
las colosales, formidables rocas
 con que Dios te circunda!
¡Al término, tus olas, del camino
que les traza la ley que las gobierna,
 en vez de otro destino,
solamente hallarán la nada eterna!

XI

No así la humanidad. ¡Con su alto esfuerzo
por dilatar de su poder la valla
al último confín del universo,
ella todo en su marcha lo avasalla!
Es verdad que también a veces siente
a sus pies estallar hondos volcanes
y rebramar en torno de su frente
 siniestros huracanes.

XII

Pero bien pronto en su atrevida senda,
en pos del puerto de su patria ignota,
ella recobra la perdida calma:
¡es incapaz la ráfaga tremenda
con que sus sienes la borrasca azota
de luchar con los ímpetus de su alma!

XIII

¡Oh mar! ¡La negra noche sus crespones
entre ti ya extendió y el firmamento,
dejándote apurar tu hiel a solas!
Quizás tus roncós, tus amargos sonos
son la voz con que cuentan su tormento
 a sus sombras tus olas...
¡Mas en vano tu afán, tu afán profundo,
porque siempre fue sorda, siempre muda,
el alma de la noche y la del mundo
a la voz del dolor y de la duda!

XIV

¡Cuántas veces yo mismo
mis penas a la noche no he contado,
sin que jamás su tenebroso abismo
respuesta a mis acentos haya dado!
¡Y cuántas veces, tras glacial sonrisa,
no he velado ante el mundo la congoja
con que la duda cruel me martiriza,
por el temor de provocar su mofa!
Sin hallar a mi angustia refrigerio
mis lágrimas entonces han corrido,
teniendo por origen el misterio
y teniendo por término el olvido...

CONFIDENCIAS

I

Me preguntas por qué mi pobre lira,
mi pobre lira que jamás reposa,
en lugar de reír siempre suspira,
en lugar de cantar siempre solloza.

Con el dolor en perdurable guerra,
sin gozar nunca del menor encanto,
perdido en el desierto de la tierra,
marco mis huellas con acerbo llanto.

En busca de las fuentes de la vida,
para calmar la sed que me devora,
surco la inmensidad desconocida
a través de una noche sin aurora.

Oigo con ansiedad los ritmos vagos
de la infinita, misteriosa queja
que brota de las selvas y los lagos,
cuando ya del espacio el sol se aleja.

Contemplo con pavor la fuerza extraña
con que, juguete de sus iras locas,
el piélago se estrella en la montaña
que desgarras su espuma con sus rocas.

II

Yo también tuve instantes halagüeños,
en que batieron con rumor sonoro
raudos enjambres de brillantes sueños
en derredor de mí sus alas de oro.

Sí. Yo también con íntimo embeleso,
en dulces horas de apacible calma,
me dormí muchas veces bajo el beso
de los sueños que cruzan por el alma.

Sí. Yo también cuando la luna asoma,
y argenta con serenos resplandores
las tibias brumas de la parda loma,
deliré con fantásticos amores.

Con un amor sin fin que ante mis ojos
hizo girar sin tregua, sin sosiego,
una mujer fatal de labios rojos,
de talle ondulator y ojos de fuego.

III

También yo puedo en mi dolor profundo
volver hacia el pasado la mirada,
y evocar con mis lágrimas un mundo
que para siempre ya se hundió en la nada.

Mas, ¡ay!, yo dejo que ese mundo duerma
con el sueño letal del polvo frío.
El no puede llenar de mi alma enferma
el insondable sepulcral vacío.

IV

Cada murmullo con que el viento zumba
me parece el acento dulce y tierno
con que en su lecho el ángel de la tumba
me convida a dormir el sueño eterno.

Nada me importa ya que en lo infinito
reine la noche ni que el sol irradie.
¡Sólo sé que en el mundo en que me agito
nadie me entiende ni yo entiendo a nadie!

✓

LUCRECIA BORGIA

I

Era la noche. Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda obscura de un pavoroso, fatal querube.
Zumbaba el notó, rugía el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fue a reclinarse junto a su lecho de oro y caoba.
Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de su amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones,
se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico.
Y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones
el formidable, vertiginoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias
que dilataron por la siniestra noche sombría
sus arrebatos y sus transportes y sus demencias,
mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía...

II

"Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios, resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hechos pavesas, hechos cenizas los corazones.

"Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas.
Yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

"El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios,
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

"Yo lo soy todo porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

"Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos
sombras que crecen y que se empujan y que batallan.
Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

"Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso;
y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

"Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa,
tiemblan las novias que se desposan en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa;
se bambolean sobre su frente los azahares.

"Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño;
y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
y en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una, sus agonías.

"¡Oh negra Noche! Yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

"Las dos cruzamos con unos mismos lóbregos pasos,
robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros:
tú por el cielo como la esfinge de los ocasos;
yo por la tierra como la esfinge de los sepulcros."

TRIUNFAL

I

Voy en pos de las Islas de Esmeralda,
donde los bardos, en excelso coro,
pulsan, ceñidos de inmortal guirnalda,
arpas de plata en horizontes de oro.

Donde flotan balsámicos efluvios,
y hebras de luz las odaliscas peinan;
y los ensueños, bajo nimbos rubios,
baten las alas, y los bardos reinan.

Donde los valles y los bosques bellos,
en el idilio que en el aura sube,
trémulos llaman a posarse en ellos
al arco iris y a la blanca nube.

Donde el golfo, y el río y la laguna
tañen la lira de sus verdes ondas,
y cantan en sus playas a la luna
versos de lánguidas espumas blondas.

Donde núbiles vírgenes sin tules
danzan al pie de rumorosas palmas,
y en pálidos crepúsculos azules
florecen las estrellas y las almas.

Donde convidan a soñar despierto,
bajo follajes de inefable aroma,
sobre el rítmico seno descubierto,
castas Evas de cuello de paloma...

II

Y una visión azul de alas de nieve
flota ante mí bajo la parda bruma,

alzando al roce de su peplo leve
brillantes chispas de ópalo en la espuma.

Es la mística virgen de ojos bellos
que iluminó mi soledad sombría,
y ungió mis huracánicos cabellos
con efluvios de olímpica ambrosía.

La que da desde lo alto de su solio
al laurel de las selvas flores y hojas,
y al cisne de los lagos ritmo colio,
y miel al beso de las bocas rojas.

La que danza a compás del áureo plectro
sobre alfombras de rosas y alelías;
la que en regios alcázares de electro
lleva en la frente fúlgidos rubíes.

La de rápidos pies y hombros gallardos;
la que descuella por sus gracias todas;
la que proclaman sin rival los bardos
en dulces silvas y en ardientes odas.

La de ondulante cabellera de oro
que preside a los bardos como un astro,
y les escancia en el festín sonoro
néctar de fuego en copas de alabastro...

III

Y yo, embriagado con la hirviente copa
del licor de los éxtasis supremos,
tras la visión azul, de pie en la popa,
bato sin tregua los gallardos remos.

Y la barca triunfal resbala altiva
por entre sirtes de áspero cascajo,
bajo la estrella que florece arriba,
sobre la espuma que florece abajo.

Y en el verde cristal, como una cuna,
el céfiro columpia sus extremos;
y chispean los rayos de la luna
en las olas rasgadas por los remos.

Cantamos a compás en mi odisea,
con el mar, que del ábrego se mofa;
el mar pone la nota, y yo la idea:
el mar pone la lira, y yo la estrofa.

Ensayamos los himnos de alas de oro
que, ceñidos de olímpica guirnalda,
en orgía de luz cantan en coro
los bardos de las Islas de Esmeralda.

Y entre dulces y lánguidos desmayos
vuelan al cielo azul las rimas bellas.
Y en su cáliz de pétalos de rayos
las recogen las pálidas estrellas...

ESTIVAL

I

Noche azul. —Todo es ritmo y efluvio.
Canta el aura en la linfa al mecerla;
y en el lánguido pétalo rubio
deja un beso y esparce una perla.

Puro el éter sus golfos dilata.
Y más puro que el éter sin tizne,
a través de sus golfos de plata
bate el verso sus alas de cisne.

II

Virgen blonda de pálidas sienes,
sé que un hondo dolor te devora;
calmaré la nostalgia que tienes
con el himno triunfal de la aurora.

Bate al viento tus bucles sedenos,
bate al viento tus cándidos tules;
soy el bardo que arrulla los sueños
en las límpidas noches azules.

Es mi patria el gran sol soberano,
es mi verbo el gran Ritmo sonoro,
llevo un arpa de plata en la mano
y en la frente un relámpago de oro.

III

¿Mas por qué, virgen núbil y pura
que entre todas las vírgenes brillas,
brotan rosas de fuego en la albura
de tus castas y tersas mejillas?

Virgen núbil, escúchame en calma:
soy el bardo del arpa sonora;
yo respeto las rosas del alma;
canto el himno triunfal de la aurora.

IV

¡Oh gran sol! A tu trono tú subes,
más pomposo que Jove y Osiris,

sobre el regio escabel de las nubes,
bajo el arco de triunfo del iris.

Cuando orlado de rayos tú asomas,
ámbar de oro destilan las palmas;
vierte el loto inefables aromas,
canta un cisne divino en las almas.

Y en la pálida y húmeda niebla,
el pontífice alado del nido
de armonías eglógicas puebla
el santuario del bosque florido.

Y se tiñe de púrpura el Este;
y en la margen estallan las ondas;
y se enciende la sangre celeste
de las pálidas vírgenes blondas.

¡Oh gran sol! Tú la tierra fecundas
con tus ráfagas rítmicas y helias,
y a Saturno de anillos circundas
y a la pálida luna de antelias.

La eucarística novia tú igualas
con el cisne del lago argentino,
que hace un arco triunfal con las alas
cuando canta en su idioma divino.

Saturados de rosas y de álamos,
de albos lirios y almendros cerezos,
haces tú florecer en los tálamos
aurorales y rítmicos besos.

Cuando lejos tu disco declina,
se aproxima la madre a la cuna,
y preludia con voz columbina
una dulce romanza a la luna...

¡Oh gran sol! Por el ámbito opaco,
que a tu fúlgido cetro sujetas,
surcas tú como un dios el Zodíaco
con tu corte de rubios planetas.

En el arpa del bardo tú pones
las ardientes y dulces escalas
con que baten las blancas visiones
en las noches azules, las alas.

Y la virgen de cándida veste
al fantástico bardo provoca
a beber el efluvio celeste
de su fresca y purpúrea boca.

Y en un lánguido beso risueño,
ebrios de ámbar y orlados de nardo,
ante el ara de luz del ensueño
se desposan la virgen y el bardo.

A LA LUNA

¡Qué triste que asomas, oh luna lejana,
por entre las nubes que el Bóreas esparce!
¡Parece que fueras la pálida hermana
del último sueño que vi disiparse!

¡Parece que fueras, allá en la penumbra
que ciñe a tu disco crespones extraños,
la antorcha gemela del cirio que alumbra
la selva dantesca de mis desengaños!

¡Parece que fueran tus rayos marchitos
las perlas del llanto monótono y lerdo
de todos los tristes y grandes proscritos
que llevan a cuestras la cruz del recuerdo!

¡Acaso tu disco, que trémulo ríela,
remonta la noche llorando el estrago
del Bóreas que a solas con su hálito hiela
el último cisne y el último lago!...

A TI

Más dulce que el reflejo de la tarde
es el fulgor de tu mirar divino.
La intensa llama que en tus ojos arde,
es el sol que me alumbra en mi camino.

Sediento de tu amor, sueño contigo,
y entonces, ¡ay!, feliz hasta el exceso,
a solas en tus brazos sin testigos,
con ardiente delirio yo te beso.

Al confundir mi aliento con tu aliento
late mi corazón con fuego santo.
Ver tu sonrisa es mi mayor contento;
oir tu voz es mi más dulce encanto.

Sentir siempre el calor de tu albo seno,
oprimirlo y besarlo noche y día;
tal es la dicha por la cual yo peno,
así es el bien que sueña el alma mía.

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los tres Reyes Magos.

¡Quizás soy un mago maldito! —¡Yo ignoro
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla,
¡Y vierte mi vela —que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas!...

ASTEROIDES

XXXIX

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.

Quizá cuando la luna se alce incierta
yo esté ya lejos de la luz que vierta.

Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.

Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.

No sé quién de este mundo al fin me llama,
¡de este mundo que no amo y que no me ama!

XL

¡Poeta! —Sé tu cruel melancolía.
Sé que no hay otra que con ella alterne.

• Sé que ella en torno tuyo, noche y día,
como un fatal crepúsculo se cierne.

¡Poeta! —¡Mira la explosión del campo!
¡De cada lago, como fresca nube,
de cada otero, como ardiente lampo,
el vasto hosanna de la Tierra sube!

En derredor de ti todo se mueve.
En derredor de ti trabaja todo.
¡Es la obra del sol sobre la nieve,
la hirviente espuma que fecunda el lodo!

Todo estremece el aire que tú absorbes.
Todo en él su equilibrio por fin halla.
¡Es la obra de Dios sobre los Orbes,
la inmensa Vida que en lo inmenso estalla!

Sé que alzaste a una virgen himnos sacros.
Sé que encontraste que la virgen era,
rotos ya sus falaces simulacros,
solamente una cínica ramera!

¡Una ramera imbécil que hizo alarde,
ante la santidad de tu cariño,
de la ruin puñalada que cobarde
clavó en tu hermoso corazón de niño!

¡Pero también yo sé que tu alma olvida
que si se hunde en el fango alguna estrella,
ella ya para Dios está perdida.
y que Dios pasa por encima de ella!

HIEMAL

Noche de Invierno. La mustia luna desde el Ocaso
desparramaba como la antorcha de una necrópoli
la luz postrera de su remoto fulgor escaso
sobre las mudas calles desiertas de la metrópoli.

Yo caminaba sin rumbo fijo, con paso lento,
bajo los golpes de las glaciales y húmedas rachas
que descargaba la tenebrosa legión del viento
como implacables y silbadoras y agudas hachas.

Una serpiente de luminosas roscas de nieve
se dilataba, se retorció, de flanco en flanco,
sobre el mosaico de las baldosas de alto relieve
de las aceras de los palacios de mármol blanco.

Yo tiritaba bajo los haces de las agujas
de los siniestros y diluvianos dardos de hielo

que desde su alta y obscura selva las nubes mujas
sin paz ni tregua contra la Tierra lanzaba el Cielo.

Vi de soslayo súbitamente tras de mi paso
marchar un bulto tan silencioso como yo mismo.
Se deslizaba pegado al muro, temiendo acaso
turbar mi extraño y hondo coloquio con el abismo.

El bulto errante siguió el calvario de mi agria senda
sin un suspiro, sin una queja, sin un reproche.
Era un mendigo tal vez sin patria, tal vez sin tienda,
que Dios me enviaba como un hermano para mi noche.

Yo allá en el antro de la nostalgia desconocida
de mi nefasta suerte de mártir pensé en su suerte.
Su inmensa pena tenía el dejo que no se olvida
sino tan sólo bajo los brazos que abre la muerte.

Yo compasivo me acerqué al bulto de mi trayecto
sobre la nieve que se extendía como una alfombra:
yo le llevaba como una ofrenda mi último afecto,
yo le llevaba mi último llanto... ¡Y era mi sombra!...

Julio Vicuña Cifuentes

Nació en La Serena el 1.º de marzo de 1865. Estudió en el liceo de su ciudad natal, bajo la dirección del estimable literato don Rafael Minvielle, y luego se trasladó a Santiago a iniciar estudios de leyes, a los cuales no dio cima.

Presentó al Certamen Varela, en 1887, algunas rimas que obtuvieron un accésit, y escribió en algunos diarios y periódicos literarios. Su colaboración a la *Revista Cómica* fue muy abundante y comprende tanto poemas originales como traducciones. Abarcó con igual fortuna el folklore y la poesía, la oratoria académica y los estudios métricos.

Fue profesor de instrucción secundaria, y después de varios años de alejamiento de la enseñanza, volvió a ella como profesor del Instituto Pedagógico, en donde sucedió a don Enrique Nercasseau y Morán en la cátedra de literatura española.

En 1916 sometió a examen los muchos versos que hasta entonces había escrito, y quemó la mayoría. Con los restantes y algunos escritos más tarde, publicó en 1920 *La cosecha de otoño*, su libro más primoroso.

Murió en Santiago en 1936.

Bibliografía:

- La muerte de Lautaro*, cuadro trágico en verso. Santiago, 1898.
Poesías americanas del poeta brasileño Antonio Gonçalves Dias. Santiago, 1903.
Romances populares y vulgares. Santiago, 1912. (Recopilación de folklore.)
La cosecha de otoño, Santiago, 1920. Hay edición posterior hecha en Madrid, que comprende un número mayor de poesías, especialmente traducciones.

Referencias:

- 1.º *Retratos literarios*, por Raúl Silva Castro. Santiago, 1932.
2.º *Don Julio Vicuña Cifuentes*, 1865-1936. Santiago, 1937. Homenaje de la Biblioteca Nacional.

INTROITO

El viento que las eras con blando soplo rasa,
llevó la paja inútil, en la estación estiva,
y henchí la exigua troje con la simiente escasa
que por su malla tosca dejó pasar la criba.

Tal vez no todo es trigo; tal vez la troj rebasa,
intrusa, la cizaña que se escurrió furtiva:
así la mano torpe que el pan de vida amasa,
mezcla a la harina a veces levadura nociva.

Amor, desdén... ¡Qué importa! Lo que estos versos llevan,
no bastará por cierto para endulzar el vino
ni acibarar el agua de que los otros beban.

Es lo que va quedando de una vida cansada
que anduvo siempre a tientas, sin hallar su camino,
y que ahora regresa sin haber hecho nada.

VITA VANA

Era más de medianoche y alboreaban los veinte años
de mi edad.
Combatido por anhelos siempre informes, siempre huraños,
daba vueltas en el lecho que albergaba los veinte años,
los veinte años de mi edad.
Estoy cierto: no dormía. Con el ánima despierta,
meditaba. De repente, crujió un gozne de la puerta
que entornada dejé ayer,
y con paso sigiloso, con el paso del que roba
al durmiente descuidado, deslizóse por la alcoba
una forma de mujer.

Era grácil como un ángel, era dulce como un sueño
virginal.

Quise hablarle, y las palabras no sirvieron a mi empeño;
quise asirla, y escurrióse de mis manos como un sueño,
como un sueño virginal.

Estoy cierto: no dormía. Lo imprevisto del desvío
ardió el fuego de mis ansias. Dejé el lecho y en el frío
pavimento puse el pie.

Voy tras ella: ya la tengo... No, de nuevo se evapora.
Brilla el alba, y la quimera en un rayo de la aurora
se disuelve... ¡Ya se fue!

Los diez años que pasaron me sedujo esa quimera
del amor.

¡Cómo hieren los recuerdos de lozana primavera
vanamente malograda, por seguir una quimera,
la quimera del amor!

¡Cuántas veces, adormido de la noche bajo el ala,
con arrestos de princesa o blanduras de zagala
a mi lado la fingí!

¡Cuántas veces tomó carne la quimera de mis sueños,
y en los brazos de otros hombres, en los brazos de otros dueños,
para siempre la perdí!

Cierto día, por mi senda cruzó raudo un caballero
de otra edad.

El almete, los anillos de la cota y el acero
del estoque le brillaban al gallardo caballero,
caballero de otra edad.

Sus arreos atestiguan el oficio que profesa;
la leyenda de su escudo dice "Sursum!" y es su empresa
una rama de laurel.

No hay trabajo que le arredre, no hay peligro que no afronte.
Quiero hablarle... No me escucha. ¡Se ha perdido tras el monte
galopando en su corcel!

Los diez años que pasaron fue la gloria, pesadilla
de mi afán.

Cuántas veces surqué el ponto, llegué náufrago a la orilla,
consumido por la fiebre de esa inquieta pesadilla,
pesadilla de mi afán.

Alentando el noble brío que el sopor del ocio enerva,
las arrugas de mi frente con las palmas de Minerva
recatarlas quise yo.

Lauros, palmas devoraron una noche las orugas,
y más hondas en mi frente, más siniestras, las arrugas
la mañana descubrió.

Fue a la hora del crepúsculo, tras un día lacerante
de inquietud.

Aurea diosa de ojos ciegos en su carro resonante
cruza el éter, una tarde, tras un día lacerante,
lacerante de inquietud.

Sobre el orco de infelices que sucumben a la inopia,
va arrojando los tesoros de su fértil cornucopia,
sin medida y al azar.
Le doy voces, e impasible, desdeñosa de mis ruegos,
apresura su carrera la áurea diosa de ojos ciegos,
por la tierra, por el mar.

Los diez años que pasaron seguí el coro de la farsa
de Arlequín,
y vistiendo los disfraces de la anónima comparsa,
llegué un día con los otros al tinglado de la farsa,
de la farsa de Arlequín.
Vi dorando sus grilletes a los viejos galeotes,
y en las aras profanadas, oficiando sacerdotes
de otro culto y otra ley.
Tuve miedo. Sentí frío. La bandera que enarboló
nadie sigue... Del bullicio me retiro... ¡Ya estoy solo,
rezagado de la grey!

Solo, no, que oigo los pasos de un jinete que galopa
tras de mí.
Aún mis ojos no han logrado descubrirle entre la tropa,
pero siento las pisadas del jinete que galopa,
que galopa tras de mí.
—Caballero, si me traes la ilusoria recompensa
de otra vida, donde el hombre, como en ésta, siente y piensa,
no me quieras alcanzar.
Mas, si vienes a enseñarme el oculto derrotero
de un nirvana venturoso, date prisa, caballero,
date prisa de llegar.

NOCHE DE VIGILIA

Son las doce de la noche... ¿Quién me llama?
Todo calla, todo duerme... ¿Quién me llama?
¿Has sido tú, al pasar,
abejorro repugnante siempre en vela,
o esa araña, que los hilos de su tela
tal vez hizo vibrar?

No es el arpa de la araña,
ni el menguado cornetín
de ese estúpido abejorro que regaña
con su música sin fin.

Es la voz casi muda
de alguien que aquí no está.
Es una voz crepuscular... ¡Sin duda,
es voz del *Más allá!*

Siento el plácido embeleso de los años juveniles,
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,

y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.
¡Oh Galiana! Desde el día que tu vida rompió el broche,
no estuviste más cercana de mi lado que esta noche,
y aunque el ánimo se turba y palpita el corazón,
siento el plácido embeleso de los años juveniles,
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,
y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.

La luz astral se desvanece,
y más la noche se obscurece
y más arrecia mi inquietud.
Tal vez el aire está dormido
desde que trajo aquel ruido,
voz de lejana juventud.

Quizá otra vez despierta ahora:
en el ambiente se evapora
blando perfume de azahar.
¿Qué novia pasa al lado mío?
¡Tal vez Ofelia! El desvarío
no la consiente sosegar.

Sutil fulgor que al pronto asombra,
un punto alumbra de la sombra
con blanca luz de amanecer,
y ya delinea sus contornos,
rígida, grave y sin adornos,
una figura de mujer.

Es niña aún. En su mirada
inmóvil y honda, reflejada
parece estar la eternidad.
Su rostro tiene algo de augusto;
nada hay de afable ni de adusto
en su precoz serenidad.

¡Oh Galiana! ¿Eres tú? Recuerdo amargo
tengo de aquella noche en que sumida
te vi, muy blanca, en el final letargo.

A darte la postrera despedida
horas más tarde fui, cuando afanosa
la multitud te abandonó sin vida.

Vi el ataúd que se tragó la fosa,
y vi cerrar por manos mercenarias
el hoyo sepulcral con una losa.

Repetí con los otros las plegarias
que dijeron por ti, y el dulce canto,
al esparcir las rosas funerarias.

Y vi, para rubor de mi quebranto,
aún no pasada la siguiente aurora,
secos los ojos que lloraron tanto.

¡Oh Galiana! Esto vi. Pues, ¿cómo ahora
la carne finges que ocultó la tierra
y que el gusano devoró a deshora?

Treinta años hace que invisible yerra
tu espíritu gentil en el profundo
arcano de la sombra que lo encierra.

¿El tiempo no transcurre en ese mundo?
¿No se ve desde allá lo que padece
el que arrastra la vida vagabundo?

¿O con la propia dicha se amortece
la compasión?... ¡Mira mi faz! ¿Qué queda
de aquella edad, que en ti rejuvenece?

Oculto desazón el gesto aceda;
cansancio de vivir no comprendido
de los demás, toda esperanza veda.

Eterna juventud el premio ha sido
de tu morir temprano; a mí, Galiana,
la vida terrenal me ha envejecido.

Y aunque abandone esta carroña humana,
siempre habrá entre los dos la lejanía
que media entre la tarde y la mañana.

Tú, la alondra triunfal que anuncia el día;
yo, de la noche el pájaro agorero...
¡Sé que no hay esperanza, y todavía
—¡oh dulce engaño de mi vida!— ¡espero!

El gallo canta. Viene el alba.
Tenue fulgor los montes salva
teñido en suave rosicler.
Y ante la luz que reaparece,
leve y sutil se desvanece
aquella forma de mujer.

Tal vez del todo no se ha ido:
algo ha quedado difundido
de su precoz serenidad.
Hay en la tierra y en el cielo
una alegría y un consuelo
que me recuerdan otra edad.
Tal vez del todo no se ha ido:
¡un bienestar nunca sentido
me habla de eternidad!

EN EL TIEMPO DE AHORA

Si ya en mi jardinillo
no florece el almendro,
ni desbordan las rosas
por las tapias del huerto,
otoñales racimos
me dan el vino nuevo
de sabor agridulce,
como el néctar del beso
en labios juveniles,
rojos, húmedos, frescos.
Y en mis venas se encienden
primaverales fuegos,
y olvido las palabras
que siempre está diciendo
ese *Otro yo* que habita,
no sé dónde, en mi cuerpo:

—No tan aprisa. Modera el paso,
corazón,
que del camino ya trecho escaso
resta a mi vida. ¡Modera el paso,
corazón!

Corto la rama inútil
y la tierra renuevo,
por mejorar el fruto
que aún rinde el árbol viejo.
Con antiguos cantares
en las noches me aduermo,
y con versos de ahora
mi espíritu desvelo.

Intensamente vivo
la vida, en lo que puedo,
sin que rebose el vaso
en fútiles excesos.
Y evito oír las voces
de ese *Otro* yo discreto,
que desde su escondrijo
está siempre diciendo:

—Quedo, más quedo; no muevas ruidos,
corazón.
No me desvelas con tus latidos,
que tengo sueño. ¡No muevas ruidos,
corazón!

MUSICA PROHIBIDA

Amor de doncella mi carne consume;
de día la busco, de noche la sueño;

en ondas muy tenues me llega el perfume
del cuerpo inviolado de cutis sedeno.

No sé si mañana mis horas abrume
con sus esquivaces, mi frívolo dueño.
¡Qué importa! Su beso mi boca sahume,
y cámbiese en tósigo el dulce beleño.

¡Amores de un día, felices amores!
—Mi niña, no viven más tiempo las flores,
y nadie agostado vio nunca el jardín.

¿Dio fin el banquete? Doblad los manteles.
Mañana... Si vino quedó en los toneles,
mañana tendremos un nuevo festín.

LA MIMOSITA

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita...
¿En dónde ahora están?

Sus alegres cantos, voces de la aurora,
los blandos arrullos con que a veces llora,
¿qué oídos, ahora,
los escucharán?

Las vecinas cuentan que se fue muy lejos;
que vendrá muy pronto; que no volverá...
La humilde casita de los muebles viejos,
con una herradura clausurada está.
¡Misterio! ¿Qué habrá?

Las vecinas cuentan que se fue muy lejos;
que reía alegre; que llorando va.

Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes, irá:
¡Pobre Mimosita! De tal compañía,
¡qué mano piadosa la defenderá!

Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo, cuando estuve allá.

¿Vendrá? ¿No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada, y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas
lucía con aires de fastuosidad,
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.
¡Qué perversidad!

Era rico el hombre: cadenas, sortijas
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
no os quiero evocar.
Lejos de su dulce voz arrulladora,
¿quién sabe si ríe?, ¿quién sabe si llora?
Mejor es, ahora,
su historia olvidar.

POR LOS BARRIOS BAJOS

Domingo. Tarde. Es el otoño. Niños.
que en la calzada se persiguen. Risas
de pulcros mancebitos de talleres,
los leones del barrio en estos días.

Mozas que lucen indumentos charros,
en las aceras; ebrios, camorristas
de profesión. Bajo el parral del huerto,
rasgueos de guitarra, seguidillas.

En el balcón de una casita nueva,
el rostro indiferente de una niña,
y tras ella, la madre, enjalbegada,
que parece decirnos: —*¡Todavía!*...

LA PERFECTA ALEGRIA

In foco amor mi mise,

SAN FRANCISCO.

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo;
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

Temblando de frío bajo la capucha,
van dos mendicantes, camino de Asís;
el abrigo es poco, la inclemencia es mucha,
y hay fieras hambrientas en el campo gris.

Ciegos por la lluvia, dan en la posada,
que el más viejo evita, huyendo la entrada
en el bien guarnido, recio caserón.
Alegre está el fuego que tienen delante.

El siervo León,
turbado y arisco,

—¿Acaso, murmura, por hoy no es bastante,
hermano Francisco?—

Francisco en silencio las lluvias encara,
velando su rostro bajo la capucha.

Dos leguas camina, de pronto se para,
y dice al hermano, que humilde le escucha:

—Si el fraile Menor distingue los rastros
que dejan dos aves volando a la vez,
y el curso adivina que llevan los astros,
y sabe el origen del bruto y del pez;
si tiene del árbol concepto seguro,
y el antro conoce medroso y obscuro
do habita el diamante que acendra el carbón;
si ha visto el oasis que oculta el desierto,

hermano León,
tu fe no se engría,

y escribe que en esto no existe, por cierto,
perfecta alegría.—

De nuevo en silencio sigue su camino,
y vibra de nuevo su acento divino:

—Si el fraile Menor eleva sus ruegos,
y ascienden al trono del Dios de Israel,
y puede, por ellos, dar vista a los ciegos
y voz a los mudos, que siguen tras él.
Si alumbra al demente, da al sordo el oído,
y sana al leproso, y cura al tullido,
y levanta al muerto de tres días, con
el poder arcano que su empeño ayuda,

hermano León,
tu fe no se engría,

y escribe que en esto no existe, sin duda,
perfecta alegría.—

Sacude la lluvia que moja su cara,
y otra vez camina, y otra vez se para.

—Si el fraile Menor no esquiva el ejemplo
y busca sencillo la paz del erial,
con sus propias manos edifica el templo,
y labra la tierra y teje el sayal;
si ayuna a pan y agua, sus carnes macera,
con fervor predica la pobreza austera,
les habla a los sordos con el corazón,
allega a los tibios al celeste foco,

hermano León,
tu fe no se engría,

y escribe que en esto no existe tampoco
perfecta alegría.—

Con la frente baja que el cansancio inmuta,
los dos mendicantes prosiguen su ruta.

Y dice el hermano León: —¡Yo bendigo,
Señor, mi ignorancia, si viene de Ti!
Mas, obra otro nuevo prodigio conmigo
y muestra a mis ojos la luz que no vi.
Si no está en la ciencia que ilumina al sabio,
si no está en la gracia que fluye del labio
del santo eremita morador del risco,
ni está en la plegaria que sube hasta el cielo,
hermano Francisco,
dame mejoría,
y dime en qué existe, sin dejar el suelo,
perfecta alegría.—

Francisco sonríe bajo la capucha,
y dice al hermano, que dócil le escucha:

—Si el fraile Menor, manchado de lodo,
al convento vuelve, vacilante el pie,
y el portero, airado, murmura "*¡beodo!*",
y su faz golpea y le grita "*¡vé!*",
y el fraile Menor lo sufre paciente,
puesta en Dios el alma, fija en Dios la mente,
y de amor del hombre lleno el corazón,
sin que el dejo amargo su pecho contriste,
hermano León,
ya has mejoría,
y escribe que en esto no hay duda que existe
perfecta alegría.—

Eleva los ojos al cielo un momento,
y otra vez resuena su inspirado acento:

—Si el fraile Menor, cual lluvia temprana,
redime las almas de esterilidad,
purifica el lecho de la cortesana
con el fuego amable de su castidad,
y el mundo ignorante le llama "*¡perjuro!*",
o le dice "*¡loco!*", o le grita "*¡impuro!*",
y el fraile bendice su tribulación,
y en ella, piadoso, su celo acrisola,
hermano León,
ya has mejoría,
y escribe que en esto reside la sola
perfecta alegría.—

Así el santo dijo con la faz serena,
y aún su voz parece que en el mundo suena.

Temblando de frío bajo la capucha,
los dos mendicantes llegaron a Asís:
la limosna es poca, la miseria es mucha,
la celda está obscura y el huerto está gris.
León, junto al fuego, su túnica seca;
Francisco, la cara rugosa y enteca
oculta en sus manos. Del pecho doliente
se exhala un gemido.
¿Qué nuevos pesares anublan su frente?
¿Qué aflige al ungido?

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo;
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

EL ASNO

En la dehesa sátiro, en el corral asceta,
paciente como Job, como Falstaff deforme,
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
con su destino vive, si no feliz, conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos;
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo ha los dio al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión inefable del dulce Nazareno.

LA BRUJA

Ya en la caldera hierven el sapo y la culebra.
Vaya ahora el murciélago. De este rizo, una hebra
para el objeto bastará.
Nada falta. El hogar de leña está provisto.
Avivemos la llama, y en breve rato, listo
el maleficio quedará.

Hermosa es la muchacha: lo dice este retrato.
Hermosa, ¿y qué?... Su garbo gentil y su recato
mi saña irritan a la vez.
No está bien que haya hembras hermosas, de alma justa,
en este mundo, donde mi fealdad asusta
e inspira horror mi sordidez.

Una mujer me ha dado el retrato y el rizo.
Con gesto rencoroso: —¡Yo quiero que el hechizo
vaya derecho al corazón!—
Así me dijo, y luego me refirió una historia:
la víctima es su amiga y su rival... ¡Qué gloria!
Siempre la misma relación.

¡Oh el odio de los hombres! Tempestad de verano.
¡Venganza! Hembra naciste, y es tu cubil arcano
el corazón de la mujer.
Ella sola conoce los malignos influjos
que aniquilan. Por eso, hay más brujas que brujos,
y es invencible su poder.

La cocción está a punto. En el líquido mojo
el alfiler agudo, y el veneno recojo
que infiltraré en su corazón,
cuando, al decir mis labios las frases del conjuro,
hiera el retrato inerme, clavándole en el muro
con el maléfico aguijón.

Ahora es tiempo... —En el nombre del señor San Cipriano,
protector de hechiceros y brujo soberano:
¡Que no haya sueño ni quietud!
¡Ni remedio la sane, ni evangelio la cure,
ni su congoja alivie fraile que la conjure,
y muera en plena juventud!—

El rito ha terminado. De esta siniestra andanza,
responda la que el logro cifró de su venganza
en mi torcido natural.
Si al hierro dicen "¡mata!", y a la víbora "¡muerte!",
del crimen, cuando el rastro del malhechor se pierde,
¡quién culpa al áspid ni al puñal!

LA NOCHE VERDE

Noche. Una casa ambigua que en la sombra se emboza.
Cerrada está la puerta para la gente moza
que alborotada quiere llegar hasta el zaguán.
A intervalos se escuchan los ecos de la orquesta.
Del salón de respeto, donde bulle la fiesta,
salen estas palabras, que balbuce un galán:

—Adorables chiquillas de pintadas ojeras,
de arrebolados pómulos y cimbrantes caderas,
venid a divertir nuestro dolor:
el dolor de ser viejos, dolor de los dolores;
ceñid las frentes mustias con pámpanos y flores
y dadnos a beber vuestro licor.

"No os conviene ese gesto, bellas sacerdotisas
del amor de un instante. Prodigad las sonrisas
con amable y gentil solicitud.
Ni receléis que el tedio pueda agostar las rosas
de vuestras alegrías: ¡Sabemos tantas cosas
que ignora la inexperta juventud!

"¿Quién prefirió a la encina la esbelta y grácil caña?
¿Quién dijo que la espuma, que el apetito engaña,
moderó el hambre o extinguió la sed?
¡Dejad el vino nuevo, que aún tiene de las uvas
el sabor agridulce, y en las añosas cubas,
el que acendró la edad, niñas, bebed!

"Ni amor, ni fe os pedimos, ni voluntad siquiera,
¡pero fingidla al menos! Verted sobre la hoguera
la sangre inmaculada de un pichón.
Con lazos anudados ceñíos las gargantas:
¡Aquí del arte vuestro de insignes comediantas!
Los transportes mentid de la pasión.

"¡Oh! ¿Qué música es esa de gárrulo sonido,
que no conmueve el alma ni deleita el oído?
—¡Toca, maestro, la canción de ayer!
Aquella tan hermosa, tan primitiva y ruda.
¡Maestro, tú eres viejo y la sabrás sin duda!
¡Sólo ella evoca el juvenil placer!—

"¿Cómo queréis que hallemos alegre la velada,
si estas extrañas notas no nos recuerdan nada?
¡Niñas, oíd esa canción triunfal!
Rebeca la cantaba... ¡Cantaba tantas otras!
Murió la pobrecilla, cual moriréis vosotras,
en un lecho mezquino de hospital.

"¡A ver, a ver, chiquillas! ¡Venid a nuestro lado!
Contadnos vuestra historia, vuestro primer pecado,
ese que nunca olvidaréis tal vez.
¿Decís que muy temprano quedasteis sin arrimo?
¡A ver! Contad las gracias de aquel travieso primo,
el primo iniciador, de la niñez.

"Sí, sí... Amores, promesas, que no acaban en bodas.
Ni digáis más, chiquillas, ¡es la historia de todas!,
ni os disculpéis de no vestir sayal.
Nada está aquí de sobra: para que al mar resista,
la roca, incommovible en su quietud; la arista,
para ir a merced del vendaval.

"¿La historia nuestra?... Niñas, es poco interesante.
Diez años de locura, de mocedad galante,
y muchos más de estéril ambición.
Ahora, el amor de nuevo... —Mas, ¡no os vayáis tan lejos!
¡Venid a consolarnos del dolor de ser viejos
cuando joven palpita el corazón!

¡Aún hay sol en las bardas! Llegad, llegad, chiquillas;
con vuestros cuerpos gráciles cargad nuestras rodillas;
calor de cuna encontraréis quizá.
Peinad nuestros cabellos con los rosados dedos,
para ausentar las sombras, para aliviar los miedos
que ya insinúa el torvo *Más allá*.—

Calló. Tal vez sus ojos fijáronse en el muro,
donde un grabado había en que un artista obscuro
quiso evocar las gracias de una escena rural:
al lado de una gruta que arrullan frescas linfas,
un sátiro requiere de amores a unas ninfas,
a la hora más cálida de la siesta estival.

LA DAMA Y EL CABALLERO

—Lo maté por desmandado,
por celos no lo maté,
lo maté por alevoso,
no por amor de mujer;
que en hembra malmaridada
nunca puse el interés,
ni placieron a mis ojos
las tocas de la viudez.
Hombre mozo en tierra llana
contento no puede haber:
doncella el tálamo pide,
doncella con doncellez;
barragana no la busco,
porque no la he menester.
Si otra cosa se os ofrece,
mandar, señora, podéis.—
Esto dijo el caballero,
puesto en el estribo el pie,
y con destempladas voces:
—¡Menguaño, la lengua ten! —
gritó la dama, cogiendo
por las riendas el corcel—.
Malas manos envenenen
el agua que has de beber,
y cuando vayas de caza
te desconozca el lebrel.
Malos sueños te visiten
cuando yazgas con mujer,
y la hembra con quien cases
por dinero sea infiel.
Por traidores a tus hijos
a la horca mande el rey,
y a tus hijas arrebatén
villanos la doncellez.
—Aunque así fuere, señora—
dijo el apuesto doncel—,
mejor será lo que dices
que lo que osaste ofrecer.

LA OCASION

—La rosa que ayer tarde en el jardín cogiste,
ya no estaba en tu pecho al volver del salón:
¿quién pudo arrebatártela si tú no se la diste?

—La ocasión, madre, la ocasión.

—En tus mejillas rojas hay la huella de un beso
(los besos dejan huellas cuando pecados son):
¿quién pudo, sin tu gusto, consumir este exceso?

—La ocasión, madre, la ocasión.

—Tu rostro languidece, se te acorta el vestido
y ya le viene estrecho al talle el cinturón:
¿quién pudo ajar tu honra, si tú no lo has querido?

—La ocasión, madre, la ocasión.

LA LLAVE DORADA

Los goznes resisten, la puerta no cede.
Perdida la llave dorada, ¿quién puede
abrir esta puerta que lleva a la vida?

¡La llave dorada, perdida!

La noche en que el tiempo nevó mis cabellos,
"tan rubios, tan bellos",
(así lo decía quien supo de ellos),
la llave dorada perdí.

Una rapaza
con un muchachuelo de sucios guñapos,
la llave encontraron, perdida, en la plaza,
y oculta la llevan entre sus harapos.
Con ella, mañana, dorando su escoria,
abrirán sin duda, si no se les pierde,
él, la férrea puerta que guía a la gloria;
ella, la gaveta de algún viejo verde.

¡Oh, qué triste historia!
¡Perdida por siempre la llave dorada,
la llave dorada que abría la puerta cerrada!

RAPAZUELA INOCENTE...

Rapazuela inocente, que en fijar te complaces
tus curiosas miradas, que ante nadie doblegas;
rapazuela inocente de los ojos tenaces,

¿sabes tú, cuando miras, las promesas que haces?,
¿sabes tú lo que pides?, ¿sabes tú lo que niegas?

Candorosa muñeca de la boca de risa,
con audacias felinas y arrullar de paloma,
¿sabes tú lo que dice, sabes tú lo que avisa,
cuando surge entre perlas tu inquietante sonrisa,
primavera de un alma que a la vida se asoma?

Cabecita sin seso, que con tal desembozo,
porque ignoras el mundo, vas diciendo monadas,
¿sabes tú por qué el diablo cabriolea de gozo
cuando ingenua prodigas, frente al viejo y al mozo,
tus alegres sonrisas, tus traviesas miradas?

LA PATRIA

Es un concepto breve con una idea sola:
¡La tierra en que nacimos! No más. El todo es eso.
En estas aras únicas el sacerdote inmola;
en esta sola imagen el labio imprime el beso.

Ideologías vanas, paradojales frases
los sabios discurrieron... —¿Cómo lograr la empresa
de sustentar los ídolos en tan inestables bases?—
¡La tierra en que nacimos! Esa es la patria, ésa.

Del mar a la montaña, del ecuador al polo,
el hombre fue. No tuvo rival su poderío.
El mundo es para todos, pero en el mundo, sólo
"su tierra" es nuestra tierra, "su río" es nuestro río.

La patria es siempre hermosa. Nublados horizontes,
estériles llanuras, enmarañadas sendas,
¡son bellos por ser suyos! Arroyos de sus montes
pregonan sus hazañas, divulgan sus leyendas.

La patria es siempre buena. No le digáis ingrata
si el que por ella lucha el galardón no obtiene:
la patria, aunque tan libre, la ley del hombre acata,
y aunque de todo es dueña, la patria nada tiene.

Hablemos a la patria con voces de santuario,
sin toscos ademanes, sin ruidos de querella.
Bajemos, para hablarle, la voz; no es necesario
el aturdira a gritos para morir por ella.

Amemos a la patria. La patria es nuestra hechura
y nuestra madre. Tiene de la mujer y el niño.
Es cuna y es regazo, matrona y criatura,
y su alma ingenua y joven es pulcra como armiño.

Ricardo Fernández Montalva

Ricardo Fernández Montalva nació en Santiago el 23 de febrero de 1866. Una inclinación precoz a la literatura le llevó a abrazar varios géneros, y fue novelista, dramaturgo, poeta y periodista. Comenzó a publicar en *El Ateneo* de Santiago, revista que en 1884 fundó en la capital Antonio Iñiguez Vicuña, y a la cual Fernández Montalva contribuyó regularmente con la *Revista Santiaguina*, que se daba en cada número. Allí también se publicaron cuentos y ensayos novelescos suyos, de algunos de los cuales hay tiradas aparte: *El lujo de las santiaguinas*, *Merceditas*, *El demonio de la venganza*.

El Certamen Varela, de 1887, le reveló su verdadero destino: el verso. Desde entonces prefirió ser poeta, sin perjuicio de que hubiera de trabajar también hasta el término de su breve vida en el periodismo, que le daba de comer. La colección de *Rimas* presentadas al Certamen Varela fue publicada en 1888 con el título de *Intimas*. Este mismo año dio al teatro *La mendiga*, que fue aplaudida en su hora.

En 1891, poco antes de la campaña que puso término a la administración Balmaceda, desempeñó el cargo de secretario de la Legación de Chile en París. Vuelto a Chile, fundó en 1896 la *Revista Cómica*, el invernadero de la nueva poesía chilena que estaba naciendo, y poco más adelante trasladó su residencia a Valparaíso, de cuyo diario *La Reforma* fue redactor hasta fallecer. En 1898 fundó, en compañía de su hermano don Samuel, un periódico literario, *La Lira Chilena*, que cobijó a casi todos los escritores jóvenes de ese tiempo. Allí empleó de preferencia el seudónimo *Juan de Sánchez*.

Muchos de los versos de Fernández Montalva publicados en esos y en otros periódicos y revistas han quedado sin coleccionar.

Murió en Valparaíso el 5 de noviembre de 1899.

Bibliografía de obras poéticas:

Intimas. Santiago. 1888.

Nocturnos. Santiago. 1897.

Referencias:

Selva Lírica, por Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya, p. 385.

NO ES MAS TIERNA LA TORTOLA QUE GIME

¡No es más tierna la tórtola que gime,
no es más pura la perla de rocío,
no es más bella la aurora que despierta,

no tiene más candor un tierno niño,
que es tierna y pura y bella y candorosa
la virgen a quien amo con delirio!

¡No hablan las aves en su dulce idioma,
no acarician los rayos fugitivos
de hermosa luna en noche misteriosa,
no idolotran las madres a sus hijos,
como habla y me acaricia y me idolatra
la virgen a quien amo con delirio!

¡VEN! ¡ES DE FUEGO EL AIRE!...

¡Ven! ¡Es de fuego el aire! La paloma
se agita insomne en el revuelto nido,
y en los rayos de luz flotan miradas
y besos y suspiros.

Quiero contigo hablar de las auroras,
de los astros que giran encendidos
por la llama de amor, y de lo que hablan
las aves en sus trinos.

La garza blanca surca la laguna:
es amante sonámbula. El dormido
balance de las ondas azuladas
adora con delirio.

Los árboles se inclinan voluptuosos
de la brisa a los besos fugitivos...
¡Oh, ven! ¡Llegó la hora de las citas,
de los amores íntimos!...

ES TAN BELLA ESA NIÑA...

Es tan bella esa niña, que las flores
se inclinan cuando pasa cerca de ellas,
y, si sale de noche, las estrellas
le dan besos de amor con sus fulgores.

Nunca la suerte derramó en su vida
la hiel de la miseria o del engaño,
la suerte sabe que si le hace daño
el cielo al punto curará la herida.

Parece, conociendo su inocencia,
que al cielo va a volar cuando se mueve,
y el vicio la respeta y no se atreve
a levantar la voz en su presencia.

¡Ella me enseñó a amar, y si soy bueno,
sí mi alma es pura, mi conciencia honrada,
es porque ella, con sólo una mirada,
limpió mi corazón de todo cieno!

ME ATRAE CON LA FUERZA DEL VACIO...

Me atrae con la fuerza del vacío.
Sé que su corazón es un abismo,
que nunca su cariño será mío,
y que la invade por completo el frío
del más torpe y más vil materialismo.

Sé que a través de su rosado labio
se asoma la sonrisa del desprecio,
que mi insensato amor le causa agravio,
y que, ofreciendo adulación al necio,
es su tormento la virtud del sabio.

Sé que su pecho, endurecida roca,
encierra de la envidia la serpiente;
que toda el agua del océano es poca
para lavar la mancha de su frente
y la torpe impudicia de su boca.

¡Pero, a pesar de todo, la amo tanto,
que algo de Dios en su beldad contemplo,
y, haciendo de ella religión y ejemplo,
sus vicios y frialdades son mi encanto,
y donde ella se encuentra, está mi templo!

CON VEINTIUN AÑOS DE VIDA...

Con veintiún años de vida
ya miro al frente la tumba,
y contemplo mi horizonte
lleno de nubes oscuras.

¡He amado tanto! —En el mundo
no existe belleza alguna
que no haya en mí despertado
la admiración más profunda.

Busqué amor en las mujeres;
pero quiso la fortuna
que en todas ellas no hallara
otra cosa que hermosura.

Pasaron todas. Las blancas,
las morenas y las rubias;
las que eran como volcanes
y las que eran como tumbas.

Todas ellas me juraron
no olvidarme nunca, nunca,
compartir mis alegrías,
compartir mis desventuras.

Todas eran bellas, todas
dulces, graciosas y puras,
cual las ondinas que juegan
a los rayos de la luna.

Pasaron como visiones
de noche de calentura,
en blancos tules envueltas,
aéreas, sonrientes, mudas.

¿Qué resta de ellas? —Recuerdos
empapados de ternura,
y mis versos, pobres flores
nacidas en tierra inculta.

EL HOMBRE

Juguete de las pasiones
que lo arrastran al abismo
del helado escepticismo,
duda el hombre en ocasiones
hasta del ser de sí mismo.

Y pretendiendo apagar
gritos del alma, se lanza
un renombre a conquistar,
haciendo de la esperanza
el arma para luchar.

Romper pretende el arcano
de los velos de la ciencia,
y sólo encuentra su mano
en el espacio, aire vano,
y en la materia, apariencia.

Entonces, con rabia loca
alza la frente, llenando
de mil blasfemias la boca,
al saber que está luchando
como el agua con la roca.

Y arrastrado por el sino
de su miserable suerte,
marcha como un asesino,
alfombrando su camino
con despojos de la muerte.

En cada paso que da
una creencia sepulta,
y así caminando va,
oyendo una voz oculta
que le grita: —¡Más allá!...

Desafiando a lo infinito,
con mano dura y convulsa
rompe senos de granito,
pero siempre escucha el grito
del —¡Más allá!..., que le impulsa.

—¡Más allá!... —¿Dónde? Lo ignora
Sólo sabe que su suerte
es luchar hora tras hora,
llevando, amenazadora,
por compañera a la muerte.

¿Es la muerte el Más allá?
Por mucho que en ello piensa,
en la duda siempre está
de si allí se acabará
la vida, o si allí comienza.

A veces en su locura
y sediento de placeres,
rinde culto a la hermosura
y va a beber la ternura
del amor de las mujeres.

Ellas, sí, solamente ellas
logran mitigar su duelo,
y, sensitivas y bellas,
en lo negro de su cielo
hacen que broten estrellas.

¡Feliz, entonces, desata
el vuelo a su fantasía,
y, cantando su alegría,
el éxtasis lo arrebató
de la ardiente poesía!

Pero, no siempre aquel ser
le brinda mieles y calma,
que, a menudo, la mujer
le atrae con su querer
para desgarrarle el alma.

Y náufrago nuevamente
en los mares de la vida,
ante el mundo indiferente,
va el hombre, la fe perdida
y con la noche en la frente,

Como piedra en el vacío,
vuelve a rodar al abismo
del amargo escepticismo,
sintiendo en su pecho el frío
de la duda de sí mismo.

Y al final de la jornada,
sabiendo que sucio lodo
es de su alma la morada,
hace de su vida un todo
¡y ve que ese todo es nada!

EROS

¡Amada!, aquí en mi pecho
arde un volcán. Yo digo las palabras
empapadas en miel y que acarician
como un beso. En mi harpa
sé modular canciones
que alegran y que embriagan
más que el áureo licor de los festines...
Yo sé cómo se ama
sobre los nidos tibios, perfumados...
¡Soy poeta! ¡Tengo alas!

Las rosas entreabiertas,
al beso de la luz, se doblan lánguidas.
Hay voces misteriosas en el aire
que hablan del Paraíso. Entre las ramas
se escuchan aleteos
y soñadores cantos...

¡Dulce amada!,
ardo en ansia de amor. En la pradera
he visto una paloma, toda blanca,
arrullar con ternura a su palomo
sobre el nido nupcial. Ardiente llama
quema mi corazón... ¡Yo quiero un nido
y una paloma blanca!...

LA VIEJA CANCION

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
Al pálido fulgor de las estrellas
yo la canto en mis noches de agonía.
Es la vieja canción de mis ideales
que lleva entre sus alas
las destrozadas galas
de mis queridos sueños inmortales!
¡La canción del cariño,

de santos embelesos,
que en la cuna del niño
se modula con risas y con besos;
la misma que, en seguida,
cuando se pierde el juvenil encanto,
se solloza en las tardes de la vida,
humedecida con amargo llanto!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
Siempre que me hallo con mi pena a solas
en el mar de mi ardiente fantasía,
bate el recuerdo las gigantes olas
de mi primera y única alegría;
cuando, buscando salvación y ejemplo,
de hogar piadoso en la serena calma,
no tenían las bóvedas del templo
la duda impía que me muerde el alma.
¡Esta duda fatal que me doblega
y sin descanso me persigue y hiere,
que es más terrible, impenetrable y ciega,
cada vez que el amor se aleja o muere!
¡Es la vieja canción de mis anhelos,
sencilla, enamorada,
en un delirio de pasión robada
al eterno poema de los cielos!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
¡Por más que en sendas de maldad te pierdas,
tú que fuiste mi amor, que sólo un día
respondiste a mi fe, tú la recuerdas!
Si en el silencio de la noche triste,
tu corazón aumenta sus latidos,
y todavía alguna voz existe
que nombre la virtud en tus oídos;
si asaltada por púdicos sonrojos
te detienes un punto en la caída
y una lágrima rueda de tus ojos
a la arena candente de la vida;
si tu labio falaz dice mi nombre
en la hora veloz de tu cariño,
¡es porque eseuchas mi canción de niño,
que es la primera adoración del hombre!
¡Esa canción que suena
como ola suave que a la playa avanza,
es la vieja canción del alma buena
cantada en el altar de la esperanza!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
¡Cuando Dios ponga fin a mis dolores,
yo moriré cantando mis amores,
a los destellos últimos del día!

Egidio Poblete

Nació en Los Andes el 7 de noviembre de 1868 e hizo sus estudios de humanidades en el Seminario Conciliar de Santiago. De regreso en su ciudad natal fue secretario de la Municipalidad entre 1891 y 1894. Luego pasó a establecerse en Valparaíso, donde ejerció la enseñanza en la Escuela Naval de 1901 a 1905 y en el Curso de Leyes del Colegio de los Sagrados Corazones. Inició su carrera periodística en 1897 como redactor de *La Unión* de mismo puerto, en cuyas columnas quedó la mayor parte de su producción literaria, inclusive muchos cuentos y artículos de costumbres, nunca recopilados. De algunos de sus cuentos hizo selecciones en diversas fechas, con el seudónimo *Ronquillo*, que empleó generalmente en las producciones humorísticas.

Fue autor asimismo de varias publicaciones sobre temas de economía política y de una conferencia sobre Zorobabel Rodríguez, con quien estudió esa ciencia. En 1928 fue designado secretario general de la Cámara Central de Comercio, con sede en Valparaíso.

Falleció en Valparaíso el 7 de marzo de 1940.

POR LA EQUIDAD

¡Cómo puedo olvidar esa mañana!
Yo te hablaba de amor con labio ardiente;
tu boca, en tanto, de pulida grana
un beso moldeaba, ya inminente.

Yo acercaba los labios, conmovido,
tú avanzabas el rostro placentero,
y el beso estalló al fin, como un chasquido,
pero, ¡ay!, no a mí: lo diste a tu faldero.

Comprendí tu conducta: vigilante
pudor retuvo tu amoroso brío;
llevóse el perro el beso resonante,
pero el beso platónico fue mío.

Pero hoy tú debes devolver su fuero,
como en rigor a la equidad conviene:
dale un beso platónico al faldero
y me das uno a mí, ¡pero que suene!

ENSUEÑO MATERNO

(SOBRE UNA CANCION FRANCESA)

Cual pescador que, en hora cercana al día
los primeros destellos del alba espía,
por ver si la mañana vendrá risueña,
sobre tu suerte, niño, tu madre sueña.
Angel de ojos azules, ¿por qué camino
irá en la tierra el curso de tu destino?
¿Serás hombre que busque la paz, sincero,
o seguirás impulsos de ardor guerrero?
¿Sacerdote de Cristo, que al cielo avanza,
o galán caballero diestro en la danza?
¿Cogerás los laureles de un gran poeta?
¿Serás guerrero ilustre, tribuno, asceta?
¡En tanto, en mi regazo que te da asilo,
ángel de ojos azules, duerme tranquilo!

¡Cuán hermosa, hijo mío, se alza tu frente,
que refleja las luces del sol naciente!
¡Qué brillo en tus cabellos, rubio tesoro
que circunda tus sienes cual lauro de oro!
Sí: tú serás poeta; ya oigo tu lira
difundiendo canciones que Dios inspira;
tú harás que hacia la tierra descienda el cielo
e irás sembrando estrellas por nuestro suelo;
veo a Homero y Virgilio, y a Dante y Tasso
que ya inscriben tu nombre sobre el Parnaso;
veo las multitudes, todas de hinojos,
beber miel de tus labios, luz de tus ojos.
¡En tanto, en mi regazo que te da asilo,
trovador coronado, duerme tranquilo!

Mas sus ojos me dicen que es un Alcides,
que mi hijo ha nacido para las lides;
fúlgido rayo brota de sus pestañas,
ya me siento orgullosa de sus hazañas.
¡Cuán marcial apostura! ¡Qué frente altiva!
Ved cómo va avanzando con planta viva;
ya a general, ya a jefe, raudo se eleva,
y ejércitos enteros al triunfo lleva;
miradle en los fragores de la batalla,
cuán impávido cruza por la metralla;
los enemigos huyen ante su vista,
que a su ímpetu terrible no hay quién resista:
ya mi hijo ha ganado genial victoria.
¡Vibrad, vibrad, clarines: suya es la gloria!
¡En tanto, en mi regazo que te da asilo,
general victorioso, duerme tranquilo!

Mas, no: tu madre siente vivas alarmas,
hijo, por ti, en la suerte cruel de las armas:

corran todas tus horas, graves, serenas,
ante el altar que acoge dichas y penas,
libre de tentaciones tu alma inocente
y bajo la mirada de Dios clemente;
sé tú la lamparilla que, humilde y clara,
arde días y noches cerca del ara;
sé la plegaria henchida de santo aroma
que se eleva al espacio como paloma;
sé el religioso incienso que, en blanca nube,
al trono del Eterno lleva el querube,
a un tiempo con aquella súplica pía
con que al Padre pedimos pan cada día.
¡En tanto, en mi regazo, que te da asilo,
levita fervoroso, duerme tranquilo!

Mas te pido perdones, oh Dios eterno,
si, en medio del delirio de amor materno,
desconocí tu santa sabiduría:
si he pecado, la culpa, Señor, es mía;
falté a la fe, cegada por el cariño,
mas no caiga mi falta sobre mi niño.
La conciencia lo dice: junto a la cuna
no ha de agitar las almas ansia importuna;
plegaria sea todo materno ensueño,
pues en la vida eres único dueño;
y esta humilde plegaria mi alma te envía:
guarda el niño a la madre que en ti confía;
Tú, que ves el misterio de lo futuro,
consérvale, Dios mío, sencillo y puro;
y tú, que lo amas mucho, como yo lo amo,
dígnate dar oídos a mi reclamo.
¡En tanto, en mi regazo, que te da asilo,
ángel de ojos azules, duerme tranquilo!

PAZ DEL ALMA

Cuando contemplo, niña, tu pupila,
el cielo veo de las horas bellas:
la misma azul profundidad tranquila,
el mismo suave luminar de estrellas.

Pero, ¡ay!, el cielo más azul esconde
el turbión que con furia se desata,
y allí también al vendaval responde
el rayo vibrador, que incendia y mata.

Evita, niña, que en tus dulces ojos
se encienda el rayo de pasión violenta;
teme la tempestad: sólo despojos
deja en los corazones la tormenta.

Guarda cuidosa tu risueña calma,
la fe conserva que jamás vacila,
y sea signo del cristal del alma
la azul serenidad de tu pupila.

ANTE LA NOCHE

Bien semejantes a la vida humana
son estas horas en que el sol ya no arde:
si es la infancia fulgor de la mañana,
la vejez, agonía es de la tarde.

Corriendo hacia el poniente, el sol declina
y en el ocaso al cabo se derrumba:
a tierra el cuerpo más y más se inclina
y cae inerte y rígido en la tumba.

La luz radiante que doraba el mundo
recoge, al fin, sus ondas y decrece:
el brillo del espíritu fecundo
poco a poco desmaya y palidece.

Cuando el rayo postrero se retira,
asciende por doquier sombra invasora:
cuando el alma en la tierra a nada aspira,
siente una obscuridad que la devora.

Con la sombra, también el frío llega
y parece que gime la natura:
al frío de los años se dobllega
opresa el alma de letal tristura.

En la noche, difúndese el aroma
que muy lejos la brisa ha recogido:
en la vejez, a la memoria asoma
la imagen del placer que hemos perdido.

Aunque en la noche todo se silencio,
leve rumor discurre entre la fronda:
en la noche del alma, la conciencia
nos habla, sin cesar, con voz muy honda.

Así, vejez y tarde se asemejan,
fin una del vivir, la otra del día,
y ambas sus huellas en el alma dejan
con tintes de mortal melancolía.

El sol ya para mí muy tibio alumbra,
se debilita el ánimo cobarde,
e invade el corazón triste penumbra:
ya siento la agonía de la tarde.

Mas, tal como en la noche brilla el cielo
con luz que en astros fúlgidos titila,
siento, en la sombra de la edad, consuelo,
con la luz de la fe que no vacila.

Ya la tarde cayó y el frío avanza;
joye, Señor, al que tu auxilio implora:
infúndeme el calor de la esperanza,
quédate, oh Dios, conmigo en esta hora!

Augusto Winter

Nació en el mineral de Tamaya el 28 de septiembre de 1868. Sus estudios fueron iniciados, pero no terminados en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago. De la capital se trasladó a Temuco, y posteriormente fijó su residencia en Puerto Saavedra. Aquí fue secretario de la Municipalidad, y en este cargo promovió la fundación de la biblioteca pública, a la cual comenzó por donar los libros que eran de su propiedad. La biblioteca subsiste y lleva su nombre.

Diose a conocer como poeta en Santiago en los primeros años del siglo XX, y su poesía *La fuga de los cisnes*, la más famosa que escribió, fue incluida en el volumen de *Veladas del Ateneo* editado en Santiago en 1908.

Materialista y ateo en los primeros años, terminó sus días abrazando el catolicismo, suceso del cual se informa ampliamente en los artículos que se escribieron con motivo de su fallecimiento, ocurrido en Puerto Saavedra en 1927.

El único libro de Winter se titula *Poesías* y fue publicado en Temuco en 1927, pocos meses antes del fallecimiento del autor, con prólogo de Samuel A. Lillo.

LA FUGA DE LOS CISNES

Reina en el lago de los misterios tristeza suma;
los bellos cisnes de cuello negro de terciopelo
y de plumaje de seda blanca como la espuma,
se han ido lejos porque del hombre tienen recelo.

Aún no hace mucho que sus bandadas eran risueños
copos de nieve que se mecían con suavidad
sobre las ondas, blancos y hermosos como los sueños
con que se puebla de los amores la bella edad.

Eran del lago la nota alegre, la nota clara que al panorama prestaba vida y animación, ya fuera un grupo que en la ribera se acurrucara, ya una pareja de enamorados en un rincón.

¡Cómo era hermoso cuando jugaban en la laguna batiendo alas en los ardientes días de sol!...
¡Cómo era bello cuando vertía la clara luna sobre los cisnes adormecidos su resplandor!...

El lago amaban donde vivían como señores los nobles cisnes de regias alas; pero al sentir cómo implacables los perseguían los cazadores, buscaron, tristes, donde ignorados ir a vivir.

Y poco a poco se han alejado de los parajes del Budi hermoso, que ellos servían a decorar, yéndose en busca de solitarios lagos salvajes donde sus nidos, sin sobresaltos, poder formar.

Quedaban pocos: eran los últimos, que no querían del patrio lago las enseñadas abandonar, sin contagiarse con el ejemplo de los que huían, confiando siempre de los peligros poder salvar.

Mas desde entonces fue su destino, destino aciago: siendo el objeto de encarnizada persecución, vióseles siempre de un lado a otro cruzar el lago huyendo tímidos de la presencia del cazador.

Al fin cansados los pobres cisnes de andar huyendo, se reunieron, en una triste tarde otoñal, en la ensenada donde solían dormirse oyendo la cantilena de los suspiros del totoral,

y allí acordaron que era prudente tender el vuelo hacia los sitios desconocidos del invasor: yendo muy lejos, tal vez hallaran bajo otro cielo lagos ocultos en un misterio más protector.

¡Y la bandada gimió de pena, sintiendo acaso tantos amores, tantos recuerdos dejar en pos!...
¡Batieron alas; vibró en el aire frufrú de raso que parecía que era un sollozo de triste adiós!...

... Reina en el lago de los secretos tristeza suma, porque hoy no vienen sobre sus linfas a retozar, como otras veces, los nobles cisnes de blanca pluma, nota risueña que ya no alegra su soledad.

Si por ventura suelen algunos cisnes ausentes volver, enfermos de la nostalgia, por contemplar el lago amado de aguas tranquilas y transparentes, ¡lo hallan tan triste que, alzando el vuelo, no tornan más!...

LA PLAYA

Cuando la mar embravecida ruge
y se revuelve en colosal batalla,
y de las olas el soberbio empuje
viene a morir en la arenosa playa,

me quedo, en muda expectación, pensando
cómo el furor con que la mar resuena
llega a cambiarse en un murmullo blando
cuando llega a su límite de arena.

En torno mío siento cómo clama
la sinfonía de salvajes notas
en que la humana vida desparrama
sus gritos, sus lamentos y ansias locas;

y cuando a ti me acerco, vida mía,
no siento ya el fragor de la batalla.
sino la dulce y plácida armonía
de las olas que mueren en la playa.

NO TE MANCHES

Si es tu vida tan pura como fuente
clara y tranquila, espejo de los cielos;
si tu alma no ha sufrido los desvelos
del que en el fondo de su pecho siente

del árbol del pecado, floreciente,
la malsana atracción; si tus anhelos
jamás se han arrastrado por los suelos
y puedes, limpia, levantar la frente;

si tu alma es torre de marfil segura,
no te envanezcas, ni de extraño modo
juzgues la vida de alma menos pura.

Porque te manchas con tu orgullo necio
sí, al contemplar al que cayó en el lodo,
en vez de amor le arrojas tu desprecio.

Gustavo Valledor Sánchez

Gustavo Valledor Sánchez nació en Santiago en 1868 e hizo sus estudios de humanidades en el Colegio de San Ignacio y en el Instituto Nacional. Al término de ellos cursó leyes y recibió el título de abogado en 1889.

La práctica asidua del bufete le restó tiempo para el cultivo de las letras, y a ello se debe que su producción literaria sea escasa e intermitente.

Al llegar la revolución de 1891, Valledor abrazó la causa de la oposición, hizo viaje a Iquique y tomó parte en la batalla de Concón, donde quedó herido. Al año siguiente hizo un viaje de placer por los países europeos. A su vuelta siguió consagrado al trabajo profesional, si bien en 1897 fundó la revista *El Año Literario*, de corta existencia. En 1903 reunió en volumen las producciones poéticas escritas en años anteriores, y en 1907 intentó un poema del corte del célebre *Campanario* de Sanfuentes, titulado *En la Colonia*, donde hay versos inmejorables.

Pasó los últimos años de su vida en el retiro de su hogar, comentando muy de tarde en tarde en forma poética sus impresiones de anciano, y murió en Santiago el 17 de marzo de 1930.

Obras:

Cantos sencillos y poemas. 1903.

En la Colonia (1800-1815). 1907.

LA VENUS DE MILO

Yo tengo las pasiones del artista.
Amo un trozo de mármol, y a su vista
sorprendo el ideal de la Belleza:
en los contornos la sublime audacia,
en las desnudas formas la pureza
y en la expresión olímpica la gracia.
Y me acerco en silencio porque dudo
si en su reposo misterioso y mudo
ella va a despertar...

Vedla: se inclina
pálida, augusta... Majestad divina
hay en la frente de perfil sereno,
mientras que el cuello y el turgente seno
revelan alma de mujer...

No es ella
la imagen griega que el placer evoca,
la Venus incitante que provoca...
No es la Diosa vulgar plácida y bella,
sino la copia de ansias inmortales
ocultas en sus formas virginales.

.....
Así debió ser ella cuando un día
de la espuma del mar aparecía,
conducida por cisnes juguetones,
por coros de nereidas y tritones.
Pura y casta nació de las espumas,
hija de los ensueños y las brumas...

y así el artista que adivina y crea
la hizo pura y serena cual la idea.

.....

¿Qué genio te creó? ¿Quién te dió vida?
Nadie lo sabe...

Grecia entristecida
reparte indiferente sus laureles
entre Fidias divino y Praxiteles...
¡Y tú callas, guardando en el olvido
algún genio, tal vez desconocido,
que en un instante de armoniosa calma
te arrancó de la sombra y te dió su alma!

.....

Sublime Diosa del Olimpo griego,
tú que eres inmortal, oye mi ruego:
Sé tú mi guía, el símbolo visible
de mi amor a lo bello, indefinible...
¡En mis lánguidas noches ven, desciende,
y en sacro fuego mi ideal enciende,
y entonces, noble y límpido mi arte,
seré el último heleno al adorarte!

BAJO LA VIEJA HIGUERA...

Bajo la vieja higuera donde en silencio sueño,
veo pasar recuerdos de mi primera edad,
cuando inocente mi alma y en alas del ensueño
vagaba entre perfumes de mirto y azahar.

Dulce armonía nace de los cercanos prados,
del fondo de las viñas y del naranjo en flor,
y vuelven con las brisas los cantos preludiados
allá en felices días, en la arpa del Amor.

¡Siento pasar una ola de juventud que embriaga!
¡Y como flor en broche que se comienza a abrir,
mi fantasía brota con su poder de maga...,
y el velo del pasado se rompe para mí!

Y los alados himnos de la infantil mañana
y los primeros besos sedientos de ideal:
todo eso viene a mi alma como canción lejana
que tiene la tristeza de lo que ha muerto ya...

Y tú, mi pobre amiga, en quien apenas sueño,
tú que eras la alegría de mi primera edad,
pasas cual tierna Ofelia, la virgen del ensueño,
vagando entre perfumes de mirto y azahar.

AURORA

Frío está el horizonte. Todo es hielo.
En la niebla lejana que se esfuma
como en lecho real de blanca pluma
surge la aurora en apacible vuelo.

Trae de rosa transparente velo
tras del cual un misterio se consuma;
y el incienso que sube es una bruma
que envuelve en ondas trémulas el cielo.

Es un país lejano donde un alma
debe vagar en misteriosos sueños
en el pálido nimbo de los astros;

y donde tiene en infinita calma
su palacio de perlas y alabastros
la virgen sideral de los ensueños...

FRINE

—Oh dignos magistrados. Oíd. Voz injuriosa
contra Jove conspira.
No es de una virgen pura, ni de una honrada esposa,
ni una santa hetaíra.

Es voz de cortesana, de una mujer que infama;
que vierte en sus placeres
la mirra, el áloe para el mancebo que ama.
¡Y es indigna de Ceres!

Vosotros, del Areópago severos magistrados,
designadle su suerte.
¡Sus crímenes son públicos, y los ritos sagrados
la condenan a muerte!

.....

Tímida mas tranquila se muestra la culpada,
Friné la cortesana,
ante quien toda Grecia se prosternó, admirada
de la belleza humana.

Hipérides famoso defiende su inocencia.
El, sabio entre los sabios,
ama a Friné en secreto... Y brota la elocuencia
de sus divinos labios.

Habla de las calumnias, que dejan siempre huella,
de la envidia que grita,

y que a Friné persigue porque es amada y bella...
Y el tribunal medita.

Entonce, en un instante digno del arte heleno,
el peplo de la hermosa
alza, y la muestra a todos con su desnudo seno
como una joven diosa...

Y cual si apareciera la Venus de Citeres
en su inmortal grandeza,
los jueces se doblegan... ¡Y triunfan los placeres
y triunfa la Belleza!

EL LETEO

Era la tarde de un opaco día
cuando llegué a la orilla del Leteo,
donde todo se olvida, hasta el deseo
de la divina y honda poesía.
El sol medio enlutado entre las nieblas
dejaba en aquel río solitario
un lúgubre poema de tinieblas,
un crepúsculo frío cual sudario.
No era el país de Venus y de Apolo
ni el de la blanda y pálida Astartea;
allí el amor había muerto y sólo
reinaba en él la soberana idea.
En barcas conducidas por las brisas
pasaban numerosos peregrinos
bogando, sin hallar en sus caminos
ni flores, ni recuerdos, ni sonrisas...
El egoísmo del placer soñado
había muerto para siempre el alma:
el triste pino y el ciprés sagrado
juntos dormían en la inmensa calma...
Y yo me dije entonces: "¿Nuestra vida
no es acaso un Leteo misterioso?
¿Qué queda al corazón sino el reposo
cuando el recuerdo del amor se olvida?"
La débil luz de una polar estrella
me hizo elevar mis ojos a lo lejos,
y divisé a sus pálidos reflejos
en leve barca una silueta... ¡Ella!
Perdida en el Leteo, indiferente,
pasó la imagen de mi amor, Nohela...
¡Ella también bogaba en la corriente!
La vi pasar..., y una lejana estela
fue dejando su barca al occidente...

EN SUEÑO

Hondo silencio donde nunca llega
de los placeres el mundano ruido,

Arboles mudos donde el viento juega
y hacen las aves amoroso nido:
un cielo azul donde contempla el alma
el misterioso mar del infinito,
y allá a lo lejos en perpetua calma
la cordillera eterna de granito;
un manso río que apacible suena,
cuya corriente a meditar convida,
y tú en mis brazos cariñosa y buena:
¡he aquí el idilio que soñé en mi vida!

MELANCOLIA

Yo tengo en mi alma extraña poesía
con no sé qué de llanto y de plegaria;
mi culto es una virgen solitaria
que se suele llamar Melancolía.

Hijo del siglo y de su duda impía,
yo busco la belleza como un paria
busca una patria..., y en la lucha diaria
hallo la vida sin objeto y fría.

¡Ah este misterio incomprensible y hondo,
este amor infinito a la belleza
que en el silencio de mi alma escondo!...

Sólo deja un consuelo en su aspereza:
el de haberme mostrado hasta su fondo
el divino placer de la tristeza.

Abelardo Varela

Nació en Valparaíso en 1871. Hizo estudios de humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones de su ciudad natal desde 1880, y en seguida pasó a Santiago, en donde fue periodista. Dirigió desde agosto de 1897 la *Revista Cómica*, que había sido fundada por don Julio Vicuña Cifuentes. Sus versos, que no han sido nunca recopilados en volumen, quedaron dispersos en aquella publicación y también en la *Revista de Chile*, en la cual colaboró intensamente a partir de 1900.

Habiendo atentado contra su vida, falleció en Santiago el 8 de noviembre de 1903.

SIMPATIA

Son mis encantos las noches
tristes y negras,
porque son parecidas
a mi existencia,
porque en ambas no brillan
luces de estrellas
y los senos henchidos
de llanto llevan.

Son mis encantos las noches
tristes y negras,
porque son insondables
como mis penas;

de fúnebres crespones
visten como ellas
y lágrimas y hastíos
tan sólo alientan...

Cuando acabe el calvario
de mi existencia
y descansar me dejen
mis hondas penas,
de mi escondida tumba
borrad las huellas,
amadme siempre, ¡oh noches
tristes y negras!...

ADELIFICA

¿Que me ves distraído?

Es que oigo voces
que en los espacios flotan; voces vagas
que a la mente me traen el recuerdo
de seres que me amaron; voces santas
que fueron luz, aroma
y arrullo de mis días de bonanza;
voces de seres que del mundo huyeron
y a eterno luto condenaron mi alma,
de seres que aún padecen
cuando ruedan mis lágrimas,
que me tienden los brazos incorpóreos
y sin cesar me llaman...

MADRIGAL AMARGO

Recuerdo de tu amor falso,
una trenza obscura tengo:
cuando me cargue la vida
he de anudarla a mi cuello.

ENTRE LAS RAMAS...

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
por vez primera
me sonrieron las glorias triunfales
de sus ojos —azules abismos.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
leí el poema
de marmóreas y tiernas estrofas
de su cuerpo —una tarde de estío.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
sus brunas trenzas
a mi cuello arrolladas cual sierpes,
extenuados de amor nos dormimos.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
una cabeza
bicornuda, riendo asomóse:
¡la de un fauno, tal vez, o un marido!...

LA NOVIA

A Manuel Thomson.

Dentro de un blanco féretro tendida,
la frente coronada de azahares,
hermosa, pura, libre de pesares,
parece que tan sólo está dormida.

Verla es, aún, encadenar la vida;
dentro del pecho levantarle altares;
soñar con ella, y dilatados mares
hender de una ventura no extinguida.

Cuando en la copa del licorpreciado
que el misterio del bien y el mal encierra,
iba su alma a calmar vagos anhelos,

cual rico aroma de un cristal guardado
que triza el aire, sin tocar la tierra
se elevó, blanca nube, hacia los cielos.

INVIERNO

*Il pleure dans mon cœur
Comme il pleut sur la ville...*

VERLAINE.

Cuando cae la lluvia
incesante y monótona
en la desierta calle
amortajada en sombras;

cuando la agita el viento
y en el cristal redobla
como medroso anuncio
de una visita incógnita:

en el fondo del alma,
sepulcro en que reposan,
suelen de nuevo alzarse
quimeras ya sin forma.

Y abstraída la mente,
y en su tortura absorta,
las horas van pasando
lentas y melancólicas,

Suspira el alma entonces,
y algunas veces llora,
al contemplar la eterna
tristeza de las cosas.

mientras cae la lluvia
incesante y monótona
en la desierta calle
amortajada en sombras...

LUCHANDO

Medroso corazón que tiembla y calla
es hoja seca que arrebatada el viento,
rey derribado de su augusto asiento,
pastos de cuervos en la gran batalla.

Si el ansia loca de luchar no estalla,
si altanero no vibra nuestro acento,
más ruin a cada instante y más violento
nos acosa el puñal de la canalla.

¡Oh, la canalla!... De su astucia en mengua
yo el velo rasgaré de su falsía,
escarnio haciendo de su orgullo necio.

Le arrancaré la venenosa lengua,
y al aplastarla con mis pies un día,
escupiré en su rostro mi desprecio.

Horacio Olivos y Carrasco

Horacio Olivos y Carrasco nació en Quillota el 10 de agosto de 1872. Estudió humanidades en el liceo de Valparaíso, del cual era rector don Eduardo de la Barra, y antes de terminar el bachillerato entró a la educación primaria como ayudante de una escuela de dicha ciudad. Trabajó en seguida algún tiempo en el Correo, y luego entró a la Armada como profesor. Entre 1900 y 1910 fue inspector y escribiente del liceo de Valparaíso, y de allí pasó a hacer clases en el liceo de Viña del Mar. Debido a su mala salud, se jubiló en marzo de 1917.

Colaboró en muchos periódicos literarios y revistas de Chile y de otras naciones americanas. En 1892 redactó *La Aurora*, y colaboró eficazmente en *Vida Nueva*, órgano de la juventud intelectual de Valparaíso. En 1912 obtuvo una de las recompensas del Consejo Superior de Bellas Artes por

su *Noche Lírica*, colección de poesías. Dejó inéditas varias obras en prosa y en verso, entre ellas cuentos, ensayos y recuerdos literarios.

Murió en Valparaíso el 2 de junio de 1917.

Bibliografía:

Neuróticas. Valparaíso, 1903.

Falenas. Con un prólogo de Leonardo Eliz. Edición póstuma. Valparaíso, 1917.

Este último volumen contiene importantes informaciones sobre el autor.

NOCTURNO

Para Elena

Cae la tarde como un misterio sobre las frondas,
las flores cierran lánguidamente su fresco broche,
suelta la núbil morena virgen sus trenzas blondas
mientras extiende su velo opaco la viuda Noche.

Luego la hermosa, la argéntea luna surge en los prados
como una queja, como suspiro de una alma en pena;
ledo murmura la blanda brisa por los collados,
vaga armonía de secas hojas los aires llena.

Cruzan los cielos, fugaces, rápidos, como un meteoro,
los negros búhos presagiadores de las desgracias;
y los cocuyos, con brillo suave de estrellas de oro,
llenan las frondas donde se ocultan vírgenes gracias.

En los cristales móviles, claros, de la laguna,
como una garza de niveas plumas, va una piragua:
son dos amantes que van en brazos de la Fortuna
a los países de los Ensueños surcando el agua.

Van a esa tierra donde florecen las centifolias
que tienen labios como los labios de las Vestales;
en donde suenan liras eternas, arpas eolias;
donde el misterio, donde el prodigio sentó sus reales.

¡Cómo rebosa mi amante pecho de amarga pena!
¡Cómo mi alma por ti se agita, por ti, mi dueño!
¡Ah, qué no diera por ir contigo, mi dulce Elena,
al ignorado y apetecido país del Sueño!

LA AGONIA DEL SATIRO

Para Enrique Gómez Carrillo.

Bajo la selva hirsuta donde el jaguar celebra
sus nupcias en la sombra y en donde la culebra

arrastra en la hojarasca, como un convoy, su largo
cuerpo de anillos de oro, pasado ya el letargo;
triste, caduco, enfermo, la blanca piocha en greña,
el sátiro se deja morir entre la breña.

El sol, desde lo alto de su cenit, envía
sobre la selva hirsuta su clara chisperia
como sangrienta lluvia de venablos de fuego,
mientras el pobre sátiro agoniza en sosiego.
El rumor de la selva, misterioso y salvaje,
en la quietud propicia hiere como un ultraje
al caprípede enfermo de senectud que injuria
su pasada altiveza, su vigor y lujuria.

Decrépito, achacoso, la barba desgrenaada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

«Cual otro Job presiente su fin postrero. Sueña
despierto. Y, en su sueño, ve la aurora risueña
en que sintió su sangre hervir como la savia
varonil y robusta de los troncos. La rabia
de su impotencia pone en sus ojos la chispa
fugaz del odio enorme que sus arterias crispa.
Como un fraile poseso se revuelca, en el verde
de aquella tierra virgen, y sus músculos muerde
en las ansias supremas del postrimer martirio
de una visión que viera, misteriosa y solemne,
de una visión divina tan blanca como un lirio,
pero, como los lirios, no de la Parca indemne.

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña...

No romperá el silencio de la selva callada
ni la tiorba de Apolo, ni la flauta encantada
del viejo Pan, eterno violador de las ninfas
que hieren con sus senos las cristalinas linfas;
ni el estruendo de cascots del tropel de centauros
que por el bosque virgen va segando los lauros;
ni las flechas de oro de la púdica Diana
que va con su trailla, del bosque soberana;
ni los silfos alados que en un rayo de sol
dibujan su farándula, cual borrachos de alcohol;
ni los sátiros jóvenes que acechan en las ramas
las cabelleras sueltas que ondean como flamas,
los sonrosados flancos, las caderas redondas,
que, como un dulce ensueño, surgen de entre las ondas.

Decrépito, achacoso, la barba desgrenaada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

Dulce visión lejana, ya para siempre ida,
ante los ojos pasa del sátiro la vida
con todas sus miserias y todos sus encantos,
como por sobre risas pasa un turbión de llantos.

Nostálgico, iracundo, sin pan y sin pesebre,
se muere el pobre diablo mordido por la fiebre,
mientras en torno bailan de su pingajo yerto
las dríadas y las ninfas de aquel bosque desierto;
mientras en torno exhibe sus misterios la Gracia
y su real prodigio la luz del sol le advierte...
se muere el pobre diablo, cuya ambición no sacia
¡ni el dolor de la Vida!. ¡ni el Placer de la Muerte!

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir entre la breña...

DE PROFUNDIS

Mi sol declina fatalmente
hacia su féretro. ¡Ni un eco,
ni un eco viene a perturbar
la dulce paz de mi gran duelo!

Las horas duermen. Soliloquia
entre los árboles el viento;
y llora mi alma con tal pena
que se difunde en el silencio.

El talán vago de la esquila
acaso toca por los muertos...
y hay en el aire de la noche
quejas, suspiros, llantos, rezos.

Y llora mi alma... En la calleja
que tiene mucho de mi tedio,
sobre las piedras del arroyo
la luz del gas prende sus flecos.

Selene brilla así cual una
gran flor de lis, que, en el misterio
de medianoche, gravitara
sobre un erial campo desierto.

¡Qué triste pasa mi pobre alma!,
¡qué triste está mi pensamiento!,
¡ni un eco viene a perturbar
la dulce paz de mi gran duelo!

Yo soy un muerto que anda vivo.
Di, mi esperanza, ¿qué te has hecho?,
¿por qué tan presto te marchaste?,
¿por qué te fuiste, pobre ensueño?

Llevo en el alma un gran vacío,
profundo enigma como el cielo:
¡así el tonel de las Danaides!,
¡así el dolor de Prometeo!

Nunca las cosas que se aman
perduran, no... ¡El cementerio,
por nuestro mal, de aquellos seres
que más amamos, está lleno!

Los complicados engranajes
de mi organismo —lo presiento—
van a romperse quizá en breve,
como un reloj que fuese viejo.

Amar la vida fue mi culto;
amar la muerte es hoy mi credo:
¡la vida es muerte de las almas!,
¡la muerte es vida de los cuerpos!

Mis ilusiones, una a una,
con su guadaña tronchó el cierzo...
Soy un fatal muerto que aún vive:
mi juventud, di, ¿qué te has hecho?

Antonio Bórquez Solar

Nacido en Ancud en 1874 y educado en el liceo de su ciudad natal, vino a Santiago en 1889 para matricularse en el primer curso del Instituto Pedagógico. Recibió el título de profesor de Estado en 1892. Ejerció la cátedra de castellano en el liceo de Los Angeles desde 1893, y ya al año siguiente comenzaba a colaborar en el diario *La Ley* de Santiago desde aquella ciudad. Fue redactor del mismo diario desde 1897, año en que fijó su residencia en Santiago, y de *La Tarde*, diario de los hermanos Irarrázaval Zañartu.

Volvió a la enseñanza en 1904 como profesor del Internado Barros Arana, en donde completó los años de carrera docente para jubilarse.

Falleció en Santiago el 19 de julio de 1938.

Obras principales: *Campo lírico*, 1900; *La floresta de los leones*, 1907; *La belleza del Demonio*, 1914; *Laudatorias heroicas*, 1918; *La leyenda de la estrella solitaria*, 1919; *Fuente de Juvencia*, 1930; *Oro del Archipiélago*, 1931.

Con el título de *Bizarrias de antaño* comenzó a publicar en la revista *Atenea*, en noviembre de 1925, una especie de autobiografía, que llegó hasta 1927 y quedó inconclusa.

LAS TRISTEZAS DEL SUBURBIO

.....

Esta es la hora del amor, mi amada.
Pero yo tengo cuando muere el día

como el temor de una invisible espada
en toda mi mortal melancolía.

Y tengo ganas de llorar por nada;
por la muerte del sol y su agonía,
por mis recuerdos de una edad pasada,
por la noche que llega negra y fría.

Entonces miedo de mí mismo abrigo,
y se abren mis heridas que son muchas,
y mi cáliz apuro sin testigo.

Tengo miedo a las sombras, tengo miedo
a mis internas dolorosas luchas
con que en las sombras meditando quedo.

Y un andrajoso hacia la luna blanca
eleva su mirada pensativa,
y de sus rojos párpados arranca
una lágrima sola y fugitiva.

En su grisácea barba ahí se estanca.
Y el Astro que le mira desde arriba
besa su faz augusta, toda franca,
mucho más noble cuanto más altiva.

La vejez sorprendióle en su pesebre,
mártir y pobre, solo, sin familia,
extenuado del hambre y de la fiebre.

Y es la Muerte lo único que aguarda,
que es la Muerte la única que auxilia...
¡Mas la Muerte benigna cuánto tarda!

TIERRA NATAL

Ya después de tantos años,
con el alma adolorida,
agobiado de la vida
a fuer de los desengaños
de otros días tan huraños,
vuelvo a mi Isla de nuevo
y otra vez el cáliz pruebo
que escanciara cuando niño
y de mi hogar al cariño
mis esperanzas renuevo.

Vuelvo como el fatigado
viajador que ya se rinde
antes de alcanzar la linde

que el destino le ha mostrado;
vuelvo al terruño sagrado
como un joven caballero
que ofendido de un acero
sus cien heridas restaña
en su peñón o montaña,
o su castillo roquero.

¡Oh tierra mía bendita,
tierra de la cual soy tierra,
cuánta dulzura se encierra
en tu belleza infinita!
En mí tu espíritu habita
y todo yo soy tan tuyo

que no tienes un murmullo
de tu mar o de tu viento
que no palpita en mi aliento,
en mi estrofa y en mi orgullo.

Como algún nido que flota
te encumbra sobre tu piélago
o surges de tu Archipiélago
como otra Venus Chipriota.
En su enorme lira ignota,
cuando sale de su claustro
sobre su aligero plaustro,
de su triunfal florilegio,
te ofrenda, divino y regio,
sus mil canciones el Austro.

Yo vengo a ti, tierra mía,
(no ya a tomar mi descanso)
como quien viene a un remanso
a refrescar su energía.
En mis luchas día a día,
en mis sangrientas jornadas,
si he quebrado mil espadas
es que me ha dicho la Gloria
que ha de darme la victoria
a banderas desplegadas.

Santa tierra en cuyo seno
mis abuelos todos duermen,
santa tierra que eres germen

de lo grande y de lo bueno,
yo quisiera ser el trueno
con que te cantan tus mares,
cuando riegan tus azahares
que te perfuman y llenan,
y tronar como ellos truenan
desde sus viejos sillares.

Y a tanto mi amor se encumbra,
¡oh tierra de mis mayores!,
que adoro hasta los fulgores
con que el sol austral te alumbra,
y el temblor de tu penumbra,
y de tus aves el trino,
y de tus barcas el lino,
y hasta las algas marinas,
y el peplo de tus neblinas
con su fulgor diamantino.

Y en mi gran amor te creo
cuando más tu suerte arrecia,
tan grande como la Grecia
cuando cantara Tirteo.
Así en mis sueños te veo:
poderosa y vencedora,
de cien ciudades señora,
y sobre el tiempo que pasa
dominadora tu raza
en una lírica Aurora.

LAS FRUTILLAS

En el calor de la siesta
como quien marcha a una fiesta
va la niña al frutillar
y son sus róseas mejillas
más rojas que las frutillas
que alegre va a cosechar.

Al brazo lleva su cesto.
Garbea su talle enhiesto
como un junco en el juncal.
Luego se inclina a la busca
y su mano lenta o brusca
llena y llena el delantal.

Niña de róseas mejillas.
niña que coges frutillas
de la siesta en el calor,
nunca irías tan ligero
si a la vera del potrero
no te esperara tu amor.

Ya verás, niña, qué dices
cuando él en riñas felices
te diga que no hay razón
a que le niegues tu boca,
frutilla que más provoca,
frutilla rica en sazón.

MISERIUCA

Cuando cae la enlutada noche parda
estoy triste en mi boharda.

Pobre cuarto polvoriento es mi desván,
las paredes desgajadas, viejas vigas,
taciturnas mis amigas,
mucho tiempo contemplándome ya están.

La ventana está sin vidrios, y por ella
la lejana blanca estrella
compasiva me da un rayo de su luz.
Sorbo a sorbo bebo entonces mi amargura.
Pesa mucho, y es más dura,
en mis hombros más me agobia, más mi cruz.

Y yo tengo muchas penas, penas nuevas,
cuando salen de sus cuevas,
silenciosas negras ratas, que al mirar
a un extraño visitante en la despensa,
que en las altas horas piensa,
se hacen signos y parecen cuchichear.

Más allá de mi ventana el duraznero
me saluda majadero
ya cien veces con sus ramas, ¡cruel burlón!
¡Cuán distintas de otras ramas que otros días,
en las dulces alegrías,
me formaron regio y verde pabellón!

La guitarra rota y triste que hay colgada
sobre el muro, desgraciada,
ya no canta la canción que amó el placer...
¡Cuántas veces no diría de las cuitas,
de las ansias infinitas,
de una rubia o de una pálida mujer!

Y no llega la Enlutada, nunca, nunca,
la que espero, la que trunca
las miserias —¡oh la Muerte que es salud!
Ya cansado de las penas con que lidio
el reposo eterno envidio
del arcón de alerce o pino, mi ataúd.

LOS RIOS

I

Son primero unas lágrimas de nieve
que caen desde la alta cordillera
gota por gota, con rumor tan leve
que imitarlo un suspiro no pudiera.

Júntanse luego en un plateado hilo
que en apacible cuchichear resbala

con el temblor suavísimo de un ala
en el encanto del azul tranquilo.

Luego otro, y luego ciento, sibilantes,
mézclanse y pasan, y al saltar más alto
derraman una lluvia de diamantes,
en el ónix estriado de cobalto.

Así se precipitan bulliciosos
desde ese ingente murallón de piedra,
los Andes, cuya vista sola arredra
con la altivez de más de mil colosos.

Son torrentes después; por las espaldas
gibosas de los agrios farellones
atruena el eco de sus cien canciones
hasta rodar por las agrestes faldas.

Es que de arriba vieron la pradera
que parece soñar casi dormida
y ansiosos de saber lo que ella anida
dejaron en tropel la torrentera.

Un torrente con otro y otros ciento
al juntarse en un haz fueron los ríos
de curso sosegado o turbulento;
y aquí tranquilos, más allá bravíos,
fueron bajo el azul del firmamento
bañando selvas o bordando prados,
cristalinos espejos laminados
o mares de zafir entre esmeraldas
con incógnitas ansias encantados.

II

El Bío-Bío, el Imperial, el Laja,
Villarrica y Cautín, cada uno rueda
y entre verduras rumoreando baja
con una muelle languidez de seda.

Reflejan los cristales de sus linfas
el sol, la luna y las estrellas de oro,
y en la tranquila soledad sus ninfas
lanzan al viento su cantar sonoro.

En sus riberas brotan flores gayas
de un penetrante, de un sutil perfume,
mientras el agua, al rebasar sus playas
en los jarales más y más se sume.

En un vuelo los cruzan las comparsas
de albas palomas y flamencos rojos,
los copos níveos de las níveas garzas
de misteriosos pensativos ojos.

A veces en el centro de algún río
surge un islote con gracioso encanto
y en sus flores las perlas del rocío
nunca las seca el sol: no puede tanto.

Palpita en estas islas tal dulzura,
se alzan con tanto virginal donaire,
que uno al mirarlas pronto se figura
que ellas son espejismos que hace el aire.

III

El Bío-Bío, el Imperial, el Laja,
el Malleco y Toltén, cada uno rueda
y entre esquivaces serpenteando baja
con una tenue languidez de seda.

Mas, ¡ay!, a ratos despeñado arranca
y nada puede domeñar su brío
y entre jirones de su espuma blanca
furioso Leviatán es cada río.

Entre sus fuertes peñascales ruge
con el fragor horrísono del trueno,
mientras arrastra con violento empuje
rocas enormes y un turbión de cieno.

Y salta de un hondón hasta un barranco
y en su correr parece que llevara
montado el Huracán en cada flanco
que un látigo iracundo flagelara.

En tan raudo correr las olas locas
ladrando nada más no piden treguas
y aunque escupan espumas por sus bocas
no las fatiga un centenar de leguas.

Tanto su estruendo colosal asorda
que al oírlo, de lejos, se diría
que es un furioso mar, o que es la horda
que arrastra una tronante artillería.

IV

Así como vosotros es mi raza,
como vosotros, gigantescos ríos:
en amable quietud la vida pasa;
mas nadie puede subyugar sus bríos.

Cuando la llama en su clarín la Gloria
tremola al aire su pendón de guerra
y asombra veinte veces a la Historia
y estremece con ímpetu la tierra,

Nadie puede poner diques ni vallas
cuando ella avanza en actitud colérica:
vencedora de todas las batallas
en cuatro siglos la miró la América.

Y vosotros aún guardáis la huella
de sus grandezas en la era antigua,
que ya apenas nacida una epopeya
sus magníficas glorias atestigua.

Ríos soberbios que cantó la Fama,
os he visto yo un día, y he pensado
en otra edad y en otro panorama
de sangres araucanas empapado.

Hoy en medio de vuestra realeza,
festoneados de villas y ciudades,
hay en vosotros no sé qué tristeza,
ensueños, añoranzas y saudades.

Pedro E. Gil

Pedro Emilio Gil nació en Valparaíso en 1875, y desde muy joven ingresó al periodismo y cultivó la literatura en diversos géneros. En 1902 fue secretario de redacción de *El Diario Ilustrado*, en 1905 colaboró abundantemente en *La Comedia Humana*, de Valparaíso, y en 1907 fue redactor de *Sucesos* de la misma ciudad.

Al fundarse la revista *Zig-Zag*, en 1905, comenzó a colaborar en ella casi número a número, hasta 1924, no sin que después de esta fecha volviera de cuando en cuando a publicar allí algunos artículos y poesías. En 1923 fue, por poco tiempo, secretario de redacción de *El Mercurio* de Santiago.

En 1924 fue director de *El día* de Chillán. De regreso a Santiago, siguió escribiendo en *El Mercurio*, donde además desempeñó hasta su muerte el cargo de corrector de pruebas.

Abrazó también el teatro, al cual contribuyó con *El otro* (en colaboración), 1906; *El Rey consorte*, 1914; *Alessandri sí* (en colaboración), 1920, etc.

Es autor de una producción inmensa de breves artículos y de poesías ligeras y humorísticas de ocasión, que ha quedado en las muchas revistas y diarios que le contaron como redactor y colaborador. Empleó casi siempre los seudónimos *Antuco Antúñez* y *Zenón Evero* (éste sobre todo en *El Mercurio* en sus últimos años), para firmar sus trabajos.

Murió en Santiago el 1.º de junio de 1934.

Bibliografía:

Sin son ni ton. Prólogo de Ricardo Valdés. Santiago, 1923.

GALERIA

Donairosa hija de Eva
de tonos aristocráticos,
y que en vez de mangas, lleva
dos globos aerostáticos;
beldad que entera se esconde
bajo blindajes de seda,
¿en dónde la he visto, en dónde?
En la Alameda.

Grata aparición gentil,
que, envuelta en el manto leve,
tan sólo muestra el perfil
de un rostro de rosa y nieve,
y que, arrobado, no chisto
si alguna vez la contemplo,
¿en dónde, en dónde la he visto?
En algún templo.

Insulso nieto de Adán,
hueco y vano como paja,
embutido en un gabán
que es exótica mortaja,
y a quien para duque o conde
sólo le faltan... modales,

CERCA DEL BUEN DIOS

Un domingo, de mañana,
volvía Ignacio de misa
con su abuelita, una anciana
de bondadosa sonrisa.

Charlaba el chico de un modo
tan vario, que, a la verdad,
era un compendio de todo
su infantil garrulidad.

Y entre la abuela y él mismo
(¡Dios mío, qué abuelas éstas!),
formaban un catecismo
de preguntas y respuestas.

—Abuela.

—Di, mi tesoro.

—¿Qué es eso que veo allí
que reluce como el oro?

—Un torreón o cosa así.

¿en dónde le he visto, en dónde?
En los portales.

Recomendable sujeto
(que es del último el revés)
que dibuja el alfabeto
con los vacilantes pies,
y que, en verdad, me contristo
al verle los ojos turbios,
¿en dónde, en dónde le he visto?
En los suburbios.

Única visión radiosa,
que tesoros de miel deja
en donde sus labios posa
(¡Dios mío! ¿Si será abeja?).
Ángel del cielo bajado,
que al ser que el crimen enfanga
lava de todo pecado
(ya ven ustedes que es ganga).

Visión que el alma extasia
cuando el recuerdo la evoca,
¿dó se halla, oh memoria mía?
—En tu loca
fantasía.

—Y el sol por encima corre...
¿Qué es un torreón?

—¡Preguntón!
Pues..., algo como una torre.
¿No ves tú mismo: torre-ón?

(A las luces matutinas,
lanzaban áureos reflejos
las cúpulas bizantinas
de un palacio, allá a lo lejos.)

—Di, abuela, ¿quién allí habita?
—Hombre, el dueño del palacio.
—¿Tendrá mucho oro, abuelita,
que así lo tira al espacio?

—Pero, ¡vaya una salida!
¡Me pones en cada aprieto!...
(Y acaricia eternecida
la cabeza de su nieto.)

—¡Oh, quién fuera rico!

—¡Ignacio!

¿por qué ese capricho, di?

—Así tendría un palacio
como el que divisó allí.

Treparíamos de un salto
al torreón ése, los dos.

Y estaríamos muy alto...

¡Casi a dos dedos de Dios!

Sonrióse la buena anciana,
y con emoción muy honda,

bajó su cabeza cana
hasta la cabeza blonda.

Y al mostrarle con el dedo
a un triste, muerto de frío,
dijo en su oído, muy quedo:

—¿Ves aquel hombre, hijo mío?

Pues, llégate a él, le das
al pobre un centavo o dos,
y de este modo estarás
mucho más cerca de Dios.

SOBERBIA HUMILDE

Dios sabe si, no obstante mi orgullo desmedido,
no soy yo más humilde que penitente alguno;
El me perdone el gesto con que siempre he querido,
pareciéndome a todos, no emular a ninguno.

A manjares de gloria contrapuse el ayuno,
lo repudié aún creyendo que era yo el escogido,
y si grité en la plaza mis vicios uno a uno,
calculé en cien virtudes mi tesoro escondido.

Soy la más rara antítesis; amo a quien más ofendo.
Juguete irremisible de mi sino estupendo,
quisiera dar la muerte para brindar la vida.

Y un día, cara a cara con el Crucificado,
presa de innobles ímpetus, herirlo en un costado,
y luego con mis besos cicatrizar la herida.

Bernardino Abarzúa

Nació en Linares el 28 de septiembre de 1876. Estudió algunos años humanidades en el Liceo de Hombres de su ciudad natal, y en seguida pasó al Seminario Conciliar de Concepción, en donde completó los estudios eclesiásticos hasta recibir la ordenación sacerdotal en 1900. En años siguientes fue profesor en Concepción y en Traiguén, y como periodista se distinguió en la redacción de *El País* y *La Unión*, diarios también de Concepción.

Recibió el título de abogado en 1911.

Habiéndose establecido en Santiago, fue designado capellán de la Escuela Militar en 1926.

Falleció en Santiago el 9 de marzo de 1955.

Obras:

Los poemas del Rosario. Santiago. 1934.

Remanso vespéral. Santiago. 1943.

MAL DE AUSENCIA

La colina parece arrodillada
en la alfombra ritual de la llanura;
un regato infantil lejos murmura
y vuela sin rumor una bandada.

Con mano leve y aterciopelada
el silencio arrastró su vestidura
de quietud; y en los árboles perdura
éxtasis de oración atormentada.

Reina en el campo soledad de muerte,
mientras las nubes, hacia el mar, colora
la súbita rojez del arrebol.

¡Es la pena del mundo que convierte
sus lágrimas en sangre, cuando llora
el mal de ausencia que le deja el sol!

CALLA

Yo sé que sufres. En tus ojos leo
el epitafio que el dolor imprime
sobre la tumba heroica de un deseo
predestinado a la oblación sublime.

¡Pero no digas nada! ¡Que no brote
de tu labio un suspiro ni una queja!
Deja crujir el repentino azóte;
rodar las horas de borrasca deja.

Tal es mi lema de secreto encanto:
nada más bello que un pesar oculto;
nada más grande que sorberse el llanto
con misterioso y apacible culto...

Esta vida no entiende ni respeta
el lenguaje ideal de los dolores;
este mundo se burla del poeta
cuando él se cansa de arrojarle flores...

¡Guarda las tristes lágrimas! Acaso
debas brindarlas al dolor ajeno;
que es muy noble vivir en el ocaso
para que otros disfrutén un sol pleno.

Al que escéptico invoca a la esperanza
y al que solloza por su dicha muerta,
diles, con fe, que el porvenir avanza,
¡ay!, y de nuevo la ilusión despierta.

Entonces..., llora; que es ofrenda suma.
Pero esconde tu pena, si te inmolas:
el mar en la sonrisa de su espuma
envuelve la amargura de sus olas.

Si de tus frescos párpados cayera
llanto por lo que temas o recuerdes,
no tardará la brisa pasajera
que enjuga el llanto de las hojas verdes...

POR EL PAN

Hombres del pueblo, humildes y sencillos,
que merecéis el pan..., ¡sois mis hermanos!
Bendigo yo vuestras nervudas manos
y su labor, sin lisonjeros brillos.

Sean los corazones como anillos
de cadena de unión, firmes y sanos;
y a romperla no alcancen los tiranos
en que, a veces, encarnan los caudillos.

Mirad a un cielo que el rencor no empaña;
y en las hambrientas horas de abandono
sed siempre forjadores de la hazaña,

mientras viene a vosotros El que un día
en el alma del pueblo halló su trono
y el pan de su cariño repartía...

Francisco Contreras

Francisco Contreras nació en Itata en 1877 y estudió algunos años de humanidades en el Instituto Nacional. Desde niño se sintió atraído por las letras, y a ellas se dedicó en plena juventud. A los veinte años, en 1897, publicaba la revista juvenil *Lilas y Campánulas*, que fue uno de los heraldos del modernismo en Chile. A ella siguió la *Revista de Santiago*, 1899, después de lo cual el autor escribió en *Pluma y Lápiz* y en otros periódicos de la época. En 1905 hizo un viaje a París, y desde 1911 ejerció la crítica de li-

bros hispanoamericanos en el *Mercure de France*. Volvió a Chile sólo en contadas ocasiones y por breve tiempo.

Murió en París en 1933.

Obras:

Esmaltines, Santiago, 1898; *Raúl*, Santiago, 1902; *Toisón*, París, 1906; *Romances de boy*, cuentos rimados, París, 1907; *Luna de la patria*, Santiago, 1913; *La varillita de virtud*, prosa y verso, 1919.

COMO LOS ARGONAUTAS...

Como los argonautas que hacia la Isla remota
en pos del Toisón de Oro guió el bravo Jasón,
del inmortal Ensueño en la encantada flota
vamos tras el encanto del inmortal Toisón.

Armados de arte y vida, henchidos de ansia ignota,
nos guía como un astro divina inspiración,
y flota sobre el triunfo de nuestra argéntea cota
el lambrequín de fuego de la imaginación.

¡Toisón de Oro y de Sueño; ansiado Toisón de Oro,
y de Sueño y de Vida; quimérico tesoro;
mirífico Eldorado; fascinador Grial!

¡En pos de él vamos todos, si por varios caminos,
los jóvenes rapsodas, los nuevos peregrinos,
los tiernos catecúmenos del eterno Ideal!

ENCANTO DE LAS LLUVIAS

A R. Prieto Molina.

Llueve, llueve, llueve, llueve sin quebranto.
Y del agua trémula a través del velo,
se divisa el campo, se divisa el cielo,
como un rostro pálido a través del llanto.

¡Oh qué misterioso, qué inefable encanto
ponen las borrascas en mi desconsuelo!

¡Pienso, pienso, pienso, y ardoroso vuelo
hacia aquellos días que he querido tanto!

Pienso en ti, graciosa rosa de inocencia,
azulado ensueño de mi adolescencia,
que encendiste en mi alma la ilusión de fuego.

Y en la vaga sombra de mi cruel retiro
suspirar te siento, sonreír te miro...
mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

EL PUÑAL ANTIGUO

Sobre el tapiz oriental
de mi alcoba oscura y fría
tengo tu fotografía
clavada con un puñal.

Bajo el bruñido metal
que guiara mi mano impía,
me mira tu faz sombría
con una angustia mortal.

Y cuando el día se pierde
y el aciago ajeno verde
exalta mi hondo dolor,

¡con qué perverso arrebató
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador!

JOYEL

A Isaías Gamboa

De verde y oro prolíja,
en viejo tronco posada,
está, a la siesta azulada,
una bella lagartija.

Sobre su colilla fija,
bajo la cruel luz dorada,
brilla su escama irisada
como bruñida sortija.

Yo, al contemplarla apacible,
hermosa, fría y terrible,
me abismo, ¡oh niña que adoro!

Y pienso, de angustia lleno,
¡qué bien iría en tu seno,
como un joyel verde y oro!

REMEMBRANZA

Me parece, querida, que es ahora.
Al ver tus ojos tiernos en mi acecho,
de aquel bello pasado ya deshecho,
siento el perfume en mi alma soñadora.

Te contemplo de nuevo arrulladora
sobre tu tibio y aromado lecho,
henchido de emoción el blanco pecho,
en tu camisa de color de aurora.

Vagos los ojos de mirar sombrío,
vibrante de pasión y desvarío,
rígido el torso, palpitante el cuello.

Y después del deseo, ya rendida,
saciada de placer, desvanecida
sobre el áureo toisón de tu cabello.

EL TURCO

A Pedro Gil

Sentado en un escaño, sentado en la Alameda,
la pipa entre los dientes, el pobre viejo está,
en tanto la azulosa neblina lenta y queda
de los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)
Vendiendo baratijas se vino desde allá.
Mas hoy está arruinado: su quiosco de oro y seda
diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,
medita transportándose... ¡Oh sueños de fortuna!
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente
reduce el horizonte... Y más profundamente
se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

LES CONQUERANTS

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal...

J. M. DE HEREDIA.

Como halcones fugados del osario natal
rendidos de sus grandes y míseros desmanes,
de Palos de Moguer gentes y capitanes
parten ebrios de ardiente sueño heroico y brutal.

Marchan a la conquista del precioso metal
que Cipango alimenta pródigo en sus volcanes.
E inclinan sus antenas del viento los afanes
hacia la ignota orilla del mundo occidental.

Por la tarde, soñando con épicos mañanas,
el ígneo azul fosfórico de las aguas indianas
encanta sus ensueños con una áurea visión.

O de sus carabelas en la popa volcados,
ven subir, sorprendidos, a cielos ignorados
del fondo del océano nueva constelación.

PASTEL

En el nácar oval de su semblante
brillan sus ojos glaucos y burlones
con reflejos de púrpura llameante,

cual la piel de los raros camaleones,
fabulosa, lucífera y cambiante.

Fresca rosita suave de matices,
palpitante de esencias seductoras,
son pequeñas y lindas sus narices:
narices de princesas pecadoras,
de sirenas de amor y meretrices.

Sus labios de flamígeros corales
se entreabren melancólicos, ardientes,
como fimbrias de heridas ideales;
y rutila el acero de sus dientes
con reflejos de trágicos puñales.

Su cabellera espléndida, que encanta,
corona de fulgor su sien bisoña,
y en torno de sus hombros adelanta,
como una gran cascada de borgoña
en las copas de azur de su garganta.

Impregnado de cálidos aromas,
rico corsé de raso rosa veda
de sus senos las cándidas palomas,
como precioso búcaro de seda
que sostuviese dos fragantes pomas.

De albos encajes, cual de etéreo fondo,
como dos ramas de argentadas lilas,
surgen sus brazos de perfil redondo
sobre el nido de amor de las axilas
sombreadas de ardiente vello blond.

Dibujando sus formas deliciosas,
ciñe su talle deslumbrante enagua;
y sus manos, tan claras y azulosas
cual diamantes de luz de primer agua,
caen encima, como muertas rosas.

SINFONIA

¡Oh pálida cingara! Este es el momento.
La sombra es verdosa, la luz funeral.
¡Pues alza a los cielos tu copa de argento
nimbada de llamas y flores del mal!

Desmayan los fuegos de ignífera siesta
y alegre descende la noche gentil;
el cielo está verde como una foresta...
o como la escama de un verde reptil.

Aún ciñen del bosque las trémulas hojas
del muerto crepúsculo el áureo joyel;

y por las cortezas plomizas o rojas
pululan insectos de verde broquel...

Los cardos agitan sus testas violáceas,
crinadas de espinas, con hondo pesar;
y sobre los vientres de rocas grisáceas
lagartos bronceados se ven ondular.

Sus tiernos encajes remecen las frondas,
con su áurea verdura tiñendo el confín;
y un glauco arroyuelo desliza sus ondas
de guijas azules por sobre el verdín.

Exhalan las hierbas un hálito amargo,
que sube a los ojos e incita a llorar.
Y hendiendo del éter el hondo letargo,
un vuelo de cuervos se avista pasar.

¡Oh pérfida cingara! Este es el momento.
La sombra es verdosa, la luz funeral.
¡Levanta a los cielos tu copa de argento,
y esparce una lluvia de flores del mal!

Tu espíritu es algo como una guirnalda
donde abre la orquídea y el lirio gentil;
tus ojos son verdes como una esmeralda...
o como la escama de un verde reptil.

Tus labios sangrientos de lúbrica arista
evocan los fuegos de un torvo arrebol;
y son tus ojeras color de amatista
impúdicas violas borrachas de sol.

Tus rojos cabellos, que mi estro celebra,
abrasan el alma con su ígneo matiz;
y excitan tus muslos de piel de culebra
espasmos insanos de amor infeliz.

Tu carne es de rosa, tus ojos de verde,
tu boca de brasa, tu pecho de mal...
¡Oh, ven; que el deseo los nervios me muerde
y siento en los labios un fuego infernal!

Serán nuestro tálamo abrojos y lilas,
debajo las quejas de un sauce llorón,
en donde los búhos de glaucas pupilas
elevan su fúnebre extraña canción.

¡Oh pálida cingara! Este es el momento.
La sombra es verdosa, la luz funeral.
¡Pues alza a los cielos tu copa de argento
nimbada de llamas y flores del mal!

ESMERALDA

Tras el último celaje,
cuando el cielo se verdea,
canta en el alma una idea,
como el mirlo en el bosque.

Ya en el autumnal paisaje
la dulce noche argentea.
Y el mirlo azul me recrea
con su evocado miraje.

¡Amada! Abre las corolas
de tus pupilas de violas
bajo el crepúsculo verde,

que tras la montaña hercúlea,
como una orquídea cerúlea,
el dulce Venus se pierde...

LAMPO

Día gris. Llueve a torrentes.
Yo a través de mi balcón,
mirando la cerrazón
pienso en las flores ausentes.

¡Oh sombra de mi querida!,
entra en mi alcoba perdida,
ven mi nostalgia a calmar.

De súbito, en las corrientes
de la lluvia y la pasión,
flota como una visión
entre velos transparentes...

¡Mientras la adorable ingrata
en salones oro y plata
hace otros pechos temblar!

Miguel Luis Rocuant

Nació en Valparaíso en 1877. Después de hacer los estudios de humanidades entró a la guardia nacional de 1898 en el arma de caballería. En 1910 fue designado secretario del Consejo de Bellas Artes y cuatro años después entraba al personal de la Biblioteca Nacional, de donde fue promovido a la carrera diplomática. En 1918 publicó la *Revista de Artes y Letras*, continuadora de la obra que había dejado interrumpida poco antes la publicación similar de *Los Diez*. Habiéndose jubilado como diplomático, quedóse algunos años en París e hizo un viaje a Grecia, del que dejó frescas impresiones en el libro que mejor le caracteriza hasta hoy como escritor.

Falleció en Valparaíso en 1948.

Obras:

Impresiones de vida militar, 1898; *Brumas*, 1902; *Poemas*, 1905; *Cenizas de horizontes*, 1921: estos tres últimos títulos contienen sus poesías; *Los líricos y los épicos*, 1921; *Tierras y cromos*, 1921; *Las blancuras sagradas*, 1921;

San Sebastián de Río de Janeiro, crónicas, 1921; *En la barca de Ulises*, 1934. Por la edición en Santiago de este libro le fue otorgado el Premio Municipal de Ensayo en 1943; existen otras ediciones, siendo la última de 1952; *El crepúsculo de las catedrales*, 1935, segunda edición en 1936; *Con los ojos de los muertos*, 1940. Estos dos últimos títulos corresponden a novelas.

EL SUEÑO DEL ARBOL

El árbol yerto a la primera y leve
escarcha cristalina del otoño
se estremece, despierta y se remueve
creyendo florecido algún retoño.

A la brisa más fría, cual si fuera
a los cálidos soplos con que anima
la tierra y el azul la primavera,
inclina su amplia, rumorosa cima.

Y si esa leve ondulación desprende
el hielo nocturnal de alguna rama,
lo imagina una hoja que desciende
y se pierde a lo lejos en la grama.

Y desde el tronco a la más alta fibra
de su ramaje tembloroso queda
soñando que un rumor de flores vibra
entre las hojas, que la brisa enreda.

Mas luego viene el día; se difunde
celeste luz en el confín, y el manto
de la soñada floración se funde,
gota por gota, en silencioso llanto.

Así también el corazón que espera,
en los instantes de fervor, de brío,
ve surgir claridad de primavera
que anima todo el horizonte umbrío.

Al verla, sueña revivir, sonrío
con alegría de estival orgullo,
y siente que su vida se desliza
en esperanza de amoroso arrullo.

Mas la verdad sus claridades vierte
y se disipa el ilusorio estío,
queda el ensueño detenido, inerte,
y vuelve el mustio corazón al frío.

Vuelve a sentir que su alegría expira,
que se han desvanecido los renuevos,

*que era su floración una mentira,
mentira el rosa de los sueños nuevos.

Y perdida la luz que del hastío
lo llevó a la esperanza postrimera,
deja correr en lágrimas de frío
el soñado calor de primavera.

DIA GRIS

Otoño. La garúa sus finas chispas llueve
sobre el mar. El agua cenicienta se mueve
apenas. No hay oleaje, ni espuma, ni murmurio
en toda la ribera. Es un mar de mercurio
que a veces hunde el borde, arrastra los pedriscos
y de un golpe se quiebra en los agudos riscos
afelpados de musgo. Hace el gris que se ligen
los confines del agua con los del cielo. Siguen
mis pupilas la ruta de unas aves, y pienso
cómo, cual ellas, mi alma, sobre el abismo inmenso,
se ha cernido buscando los efluvios de ideas
que suben de las altas y las bajas mareas...

La vez postrer, quería una frase de aliento
de tus olas, ¡oh mar!, y sólo el frío viento
me respondió. ¿Te acuerdas? La sombra vespertina
obscurecía el fondo de tu agua cristalina,
y algo extraño bajaba con las tintas inciertas,
algo como ilusiones, que con las alas yertás
de tanto levantarse y azotar las combadas
alturas silenciosas, cayeran desmayadas.

Había alma en el aire. Y tú que te esparcías
ligero, bullicioso, y que riendo ponías
en la sien de la ola una chispa de idea,
callaste ante la noche, callaste, y tu marea
—así como el romano gladiador que, vencido,
rodaba por la arena, y luego, enardecido,
descubría su pecho, sus mórbidos relieves,
y esperaba en silencio los pavores alevés
de la muerte cercana—, así, muda y bravía,
tu marea sus pliegues, sus músculos henchía,
y en su avance postrero, en la última bravura
del agua reluciente, bajo la noche oscura
quedó como quedaba, sin soltar un gemido,
en la ruda palestra, el gladiador caído.

Al mirarte postrado, no insistí en mi plegaria
a tu fuerza creadora, y en una solitaria
peña gris de la orilla, con la frente en las manos
me sumí en un abismo de dolores arcanos.

¿Cuánto tiempo ha corrido? No lo sé. Hoy mi acento ignora las pueriles tristezas y el lamento; hoy respiro el aroma de la luz, hoy me ligo a todo lo que sueña y se levanta, y sigo en el vértigo eterno, la vida de las cosas, ardiendo con los astros, muriendo con las rosas.

Pero a veces la senda es tan oscura... ¿Dónde el lejano destello que nos guía se esconde? ¿A qué volver los ojos? Tras lo azul que describe su línea de horizonte, ¿qué palpita? ¿Qué vive?

Yo amé desde muy niño tus aguas verdes, lilas, con las que tu grandeza besaba mis pupilas; amé tus voces muertas en estos peñascos, que oía yo en las leves arenas musicales, cuando en altas cascadas las vertía en mis manos al soplo de la brisa, y desde esos lejanos instantes de mi vida, siempre hollé tu ribera cuando quise en mis dudas un aliento cualquiera.

No seas hoy como antes: ¡habla, responde, dime cómo a la vida oscura se la exalta y redime!

Calla el mar, ¿sueña o duerme? Su inmensidad apenas se arruga y desarruga; húmedas las arenas, al pisarlas no crujen; cerca de mí se atreve a triscar una onda, y su vellón de nieve blanquea entre los riscos... Miro, al confín, la curva de las aguas tranquilas; va, ligera, una turba de nubarrones grises, y, al ras del mar, el viento, haciendo en la neblina fugaz desgarramiento, traza una leve y larga línea azul... Continúa descendiendo la fina, temblorosa garúa.

RONDA

Paso bajo la luz de su ventana.
Es alta noche y más allá del muro
el fuego de una estrella se desgrana
en lo infinito del azul oscuro.

¿Cómo hablarla? Yo sé que no desea darme, como antes, su mirar risueño, y que, en su anhelo de frialdad, se crea otra voz, otros ojos, otro ensueño.

Más, si pudiera verla, en un murmullo apenas fuerte para ser sentido, yo le murmuraría en el capullo del lirio misterioso de su oído:

—“¡No te vayas! ¡Escucha! No desdeñes tu minuto floral, uno en la vida; en dejarlo olvidado no te empeñes porque conmigo te recuerde unida...”

Aquel instante vivirá. No esquivas tus ojos de mis ojos, no rehuyas tu mano de mi mano; ya no vives, como antes, sólo de esperanzas tuyas.

Te llevo en mi soñar. Aquel momento de deliciosa eternidad, fue germen que, adondequiera que lo lleve el viento, irá con las dulzuras que en él duermen.

Ningún instante de fervor es vano; siempre su leve, su fugaz latido, como si fuese un resplandor humano, clarea el porvenir desconocido.

Somos obreros de la luz. La aurora la encienden lentamente los anhelos, mientras el llanto que la angustia llora lava el azul de los futuros cielos.

Vuelve, pues, a mis ojos tu belleza. No desoigas mi voz: sueña y confía en que no ha de perderse la pureza de aquella idealidad que te hizo mía...”

Pero no la veré: huye sonriente y nada el rosa de su faz purpura; porque vio mi victoria solamente la sombra casta, no la luz impura.

Sigo mi senda. Ni un rumor. Se agita la blanca estrella en el cenit sombrío, como instante de fuego que tiritó en una negra eternidad de frío.

Oscar Sepúlveda

Nació en San Carlos en 1878, y ya a los veinte años era colaborador asiduo del diario *La Tarde*. Contribuyó igualmente con producciones poéticas a *Pluma y Lápiz*, de Marcial Cabrera Guerra, y en 1904 anunciaba en esta revista la próxima publicación del libro titulado *Cantos del Paraíso*, en que

intentaba recoger sus primeros versos. No pudo hacerlo porque la vida periodística y bohemia que llevaba le fue alejando de los centros adecuados para la impresión de libros. Trasladado al norte, fue redactor de *La Patria* y *El Nacional* de Iquique y de *El Industrial* de Antofagasta.

Escribió varias piezas teatrales, entre las cuales se recuerdan *La máscara*, *Macul*, *Amor plebeyo*, *Salitre y yodo*, *Diablos azules*, y otras más. Estrenadas en diversos sitios, estas piezas se han perdido y de ellas no queda por el momento otra cosa que la mención en los diarios que dieron cuenta de los respectivos estrenos.

Víctima de un atentado criminal contra su vida, falleció en el Hospital del Salvador, de Antofagasta, el 22 de mayo de 1910.

COPOS DE NIEVE

Lágrimas de los astros desprendidas,
blancas flores del aire, nieves puras;
corona de realeza en las alturas
y en las serenas sienes bendecidas;

páginas en los aires esparcidas,
llenas de simbolistas escrituras:
epitafios en hoscas sepulturas
y en cunas, rosas del candor nacidas;

emblemas santos de inmortal pureza,
besad, con vuestros besos de terneza,
la alba frente de luz y poesía,

las manos de la virgen inocente,
¡mas no, ¡por Dios!, su corazón ardiente,
ensueño, vida y esperanza mía!

SIEMPRE

¡Cuánto tiempo, cuánto día,
largo y triste, vida mía,
que yo anhelo
ver la santa poesía,
ver el cielo
de tu rostro, cuyo hechizo
es perdido paraíso
que en mi ardiente devaneo
ver deseo
cada día más y más!...
¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto día,
vida mía!...
¿Dónde estás?...
¡Cómo sufro! ¡Cuán amargo

es el tiempo triste y largo
de tu ausencia
que me cubre de letargo!
¡Cuál devora
mi existencia
esa ausencia
matadora!

¡Desfallece
mi alma en hondo desconsuelo,
pero crece
mi desvelo
más y más!

¡Si supieras! ¡Te has marchado!
¿No sabías que te amaba
mi alma toda tuya esclava?
¿Te has marchado? ¿La has dejado?
¿Eras ángel y tu vuelo
ya tal vez alzaste al cielo?...

Yo me ofusco.

¡Tanto tiempo! ¡Tanto día que te busco!...
¿Dónde estás?...

¡Vuelve! Dame
un instante, tan siquiera
yo te vea, yo te ame...
y después..., amando, muera
del eterno amor que encierra
esta débil alma humana
por ti, reina! ¡Soberana
de los cielos y la tierra!

¿No me escuchas?...
¡Mis angustias ya son muchas!
¿Volverás?

Ángel mío, ¿no me escuchas?
¿No vendrás?...

Ya se calma
este loco devaneo
de mi alma...

Ya se calma, vida mía,
el tenaz, mortal deseo
que he sentido, tanto día,
más y más:

ver tu rostro, cuyo hechizo
es perdido paraíso
que creía

no volver a ver jamás;
ya se calma mi desvelo,
ya mi negro desconsuelo,
porque siento que, en mi alma,
¡oh blanquísima azucena,
de ternura siempre llena,
siempre amada, siempre buena,
siempre estás!

Carlos E. Keymer

Nacido en Santiago en 1878, fue alumno de los colegios de Radford y de San Ignacio. Al término de los estudios de humanidades siguió la carrera de leyes y obtuvo el título de abogado en 1903.

Falleció en Santiago, en 1949.

Obras:

Sentimientos. 1898.

Fénix. Sonetos. 1922.

Emblemas de luz. 1945.

Anfora lírica. 1949. Esta última obra es una recopilación póstuma de toda la producción del autor.

IMAGEN DEL RECUERDO

Un soplo de mujer la niebla esfuma
sobre el oscuro río del olvido;
y las ondas, rizándose sin ruido,
besan la exhalación que las perfuma.

Dibújase, ya libre de la bruma,
en el líquido espejo conmovido,
un semblante risueño, adormecido
entre burbujas de fugaz espuma.

La imagen del recuerdo poco a poco
despierta, iluminada se incorpora,
enciende el alma en vívido deseo.

¡No la quieras asir, corazón loco!
¡Ahógala en el agua engañadora,
sepúltala en el fondo del Leteo!

EL CORAZON

Traspassando lo denso y lo difuso,
dejando atrás la esfera más distante,
corazón, tú te arrojas anhelante,
aunque dentro del pecho estés recluso.

Más y más del recuerdo en lo confuso
húndese tu latido penetrante;

más y más lo futuro fascinante
es invadido por tu ardor intruso.

¡Dilátate aún más! Tu luz te guía.
Llevado en tus fosfóricos reflejos
irás siempre adelante de ti mismo.

¡Contráete con íntima energía!
El misterio sin fin no busques lejos;
¡contéplate, que tú eres ese abismo!

CUANDO...

En la paz de mi espíritu dormitas,
en los pliegues de mi alma estás envuelta,
en mi vida, en mi sangre vas disuelta,
en mis sensibles células palpitas.

Eres fuego en mis ansias infinitas,
en mi mente, venusta forma esbelta,
plácida luz en la mansión revuelta
de los sueños, las sombras y las cuitas.

En el humo, en las nubes te transformas,
en el aire suspiras y me abrazas,
tus encantos en todo están impresos.

Parecerás cual eres, sin las formas
ni velos con que siempre te disfrazas,
cuando como mujer me das tus besos.

UNICO AMOR

Unico amor sin gotas de amargura,
sin espinas sangrientas ni temores,
sin recuerdos cargados de dolores,
sin ansiedad por la ilusión futura.

Si haces llorar, es llanto de ternura
que da alegrías cada vez mayores;
rompes las trabas sin dejar rencores,
formas íntima unión sin ligaduras.

Mi alma en tu llama primordial asciende,
que anima al universo y lo renueva,
surgente de lo oscuro del abismo.

Y cuanto más se eleva, más se enciende;
y cuanto más se enciende, más se eleva;
y se pierde en el seno de Dios mismo.

NUNCA

Hay versos que no pueden ser escritos,
delirios que no saben ser nombrados,
anhelos que en el alma sepultados
la despedazan con secretos gritos.

De la vida misterios infinitos,
por el aire y la luz no profanados,
por quién los inspiró ni vislumbrados,
y a fuego, llanto y soledad proscritos.

Y el corazón conoce y desconoce
la fuerza que lo agita y paraliza,
y sus grandezas agiganta y trunca.

Y en el propio martirio encuentra el goce:
lo sagrado en sus fibras agoniza
sin extinguirse ni expresarse nunca.

Manuel Magallanes Moure

Nació en La Serena el 8 de noviembre de 1878. Hizo estudios de humanidades en el Instituto Nacional de Santiago. En los primeros años del siglo entró al periodismo, en donde se distinguió como director literario y artístico de *Chile Ilustrado*, revista fundada por el poeta Luis Barros Méndez, y como redactor de diversos diarios. En *El Mercurio* fue por muchos años crítico de arte bajo el seudónimo *M. de Avila*, y en seguida colaborador frecuente de *Zig-Zag* en diversos períodos.

Vivía habitualmente en San Bernardo, localidad de la que fue regidor en 1905 y alcalde en 1908. En la plaza de esa pequeña ciudad hay un busto que le recuerda.

Amigo íntimo de Pedro Prado, fue uno de los miembros principales del grupo de Los Diez, al cual colaboró como poeta, pintor y editor de la revista. Hizo un breve viaje de estudio por Europa en 1922.

Falleció en Santiago el 19 de enero de 1924.

Obras:

Facetas. Prólogo de Efraín Vásquez Guarda. 1902.

Matices. Prólogo de Isaías Gamboa. 1904.

La jornada. 1910.

La casa junto al mar. 1919.

Florilegio. San José de Costa Rica. 1921.

Sus mejores poemas. Selección y prólogo de Pedro Prado. 1926.

LA SIESTA

A Luis Robles Vía.

En el vetusto corredor, tendido
sobre una confortable mecedora,
paso, en dulce quietud, la ardiente hora
del calor, a la sombra guarecido.

Sobre el extenso campo adormecido
derrama el sol su lluvia abrasadora,
y es hálito de fuego que devora
el aire que circula enardecido.

Mis párpados se cierran dulcemente...
Embriaga mis sentidos y mi alma
tibio aliento de cálidos aromas.

Mientras escucho en sueños, vagamente,
que alzan, en medio de enervante calma,
su monótono arrullo las palomas.

SOBREMESA ALEGRE

A Isaías Gamboa

La viejecita ríe como una muchachuela,
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: "¡Oh qué tiempos aquellos,
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!"

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre su tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,
y rien las arrugas de su cara bendita
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia,
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

EL REGRESO

Me detuve en la entreabierta
puerta de mi obscuro hogar
y besó mi boca yerta
aquella bendita puerta
que me convidaba a entrar.

Mi corazón, fatigado
de luchar y de sufrir,
cuando escuchó el sosegado
rumor del hogar amado,
de nuevo empezó a latir.

Fue como el lento regreso
de la muerte hacia la vida;
como quien despierta ileso
tras fatal caída al beso
de alguna boca querida.

Adentro una voz serena
decía cosas triviales
y había un dejo de pena
en esa voz suave y llena
de cadencias musicales.

La voz suave de la esposa
despertó mi corazón;
aquella voz amorosa
que en otra edad venturosa
me arrulló con su canción.

Desfallecido de tanto
batallar y padecer,
llevando en los ojos llanto
y en el alma desencanto,
llegué ante aquella mujer.

Caí junto a su regazo
y en él mi cabeza hundí,
y unidos en mudo abrazo
de nuevo atamos el lazo
que en mi locura rompí.

Ni reproches ni gemidos...
Sólo frases de perdón
brotaron de esos queridos
labios empalidecidos
por tanta y tanta aflicción.

—Llora, llora —me decía—.
Yo sé que llorar es bueno... —
Mudo mi llanto caía
y ella mi llanto bebía
y me estrechaba a su seno.

Nunca, nunca he de olvidar
sus palabras de cariño
ni el amoroso cantar
con que tras lento llorar
me hizo dormir como a un niño,

ELLA DICE:

Sus ojos suplicantes me pidieron
una tierna mirada, y por piedad
mis ojos se posaron en los suyos...
Pero él me dijo: ¡más!

Sus ojos suplicantes me pidieron
una dulce sonrisa, y por piedad
mis labios sonrieron a sus ojos...
Pero él me dijo: ¡más!

Sus manos suplicantes me pidieron
que les diera las mías, y en mi afán
de contentarlo, le entregué mis manos...
Pero él me dijo: ¡más!

Sus labios suplicantes me pidieron
que les diera mi boca, y por gustar
sus besos, le entregué mi boca trémula...
Pero él me dijo: ¡más!

Su ser en una súplica suprema,
me pidió toda, ¡toda!, y por saciar
mi devorante sed, fui toda suya...

Pero él me dijo: ¡més!

VIAJE DE ENSUEÑO

A Fernando Santiván.

Todas las tardes recorro
la misma empinada senda
que del alto acantilado
por la orilla serpentea.

Abajo el mar en reposo
canta su canción eterna
tejiendo blancos encajes
alrededor de las peñas.

Todas las tardes desciendo
la misma ondulada senda
que al viejo muelle conduce
de la escondida caleta.

Viejo muelle todo lleno
de soledad y tristeza,
nunca un viajero lo cruza,
nunca un barco a él se allega.

Cruje su añejo tablado
y su fábrica retiembla
cuando las pesadas olas
en sus pilotes se estrellan.

Sus enmohecidos hierros
se exfolian como cortezas
y hay musgos verdes y rojos
en sus roñosas maderas.

* * *

Todas las tardes mis pasos
en aquel muelle resuenan;
todas las tardes, de codos
me afirmo en su delantera.

Ante mis ojos se extiende
del mar la llanura inmensa;
el sol en el horizonte
roja lámpara semeja.

Leve y azulada bruma
del mar en calma se eleva
y entre la bruma una barca
surge y al muelle se acerca.

Viene la barca en silencio;
callada, callada llega.
Echado sobre la borda
veo un hombre entre la niebla.

Y entonces grito: —¡Buen hombre!
Te daré lo que tú quieras
si me admites en tu barca
y al país que amo me llevas.—

El buen hombre nada dice,
pero su mano hace señas
y sin detenerme bajo
por la escala que el mar besa.

Bajo y abordo la barca
que entre la bruma se interna
y en silencio, lentamente,
del viejo muelle se aleja.

Y boga y boga. Un abismo
de blancura la rodea.
Y boga la barca en busca
de la anhelada ribera.

Y se va la luz. La blanca
bruma tórnase en espesa
sombra que todo lo envuelve...
Y la barca boga, vuela.

Pasan las enormes olas
en rumorosa carrera
y el viento zumba en la quilla
y es la noche inmensa, inmensa...

—¡Atraca! —una sombra grita.
La barca al muelle se acerca
y sin detenerme subo
por la escala que el mar besa.

Y cuando me encuentro arriba
mis pasos tristes resuenan
sobre el muelle abandonado
de la escondida caleta.

* * *

Todas las tardes la barca
por entre la bruma llega.

Echado sobre la borda
viene un hombre y me hace señas.

Todas las tardes me embarco
en la barca que se aleja...,
que boga, que boga en busca
de la anhelada ribera.

Y todas las noches mi alma
desfallece de tristeza
cuando de nuevo en el muelle
mis lentos pasos resuenan...

EL SONETO DE ARVERS

(TRADUCCION)

Hay en mi alma un misterio y un secreto en mi vida:
una pasión eterna, de súbito formada.
Oculta llevo en mi alma la irremediable herida,
y aquella que la hizo, nunca ha sabido nada.

Inadvertido paso junto a la bien amada,
siempre a su lado y siempre solitario. Cumplida
veré sobre la tierra mi sombría jornada
sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida.

Ella, a quien Dios ha hecho dulce y buena, su senda
prosigue distraída, sin que su oído atienda
el murmullo amoroso que en pos dejando va.

Fiel al deber austero y apegada a su huella,
dirá al ver estos versos, inspirados por ella:
—¿Qué mujer será ésa? —y no comprenderá...

EL SENDERO

Mi amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusión:
por él entréme descuidado
y no sé ahora a dónde voy.

Abierto y fácil cuando entré,
a poco andar se enmarañó;
seguí por él y ya no sé
ni adónde va ni adónde voy.

Cuando los cardos me cercaron
quise invertir mi dirección.
Ellos el paso me cerraron
y ahora ignoro adónde voy.

Este sendero es un bajar
y es un subir fascinador;
mis pies caminan sin cesar
y siempre ignoro adónde voy.

Rumor de abismo escucho a veces
oigo después cantos de amor,
temores tengo y languideces
y no sé nunca adónde voy.

A veces voy por una alfombra
de flores bellas bajo el sol
y a veces húndome en la sombra
sin saber nunca adónde voy.

¿Lleva a la gloria este sendero,
o lleva a la condenación?
Tú me dijiste: "Allá te espero".
Y voy, e ignoro adónde voy.

¡Oh!, cuánto tiempo que camino...
Atrás, atrás mi hogar quedó
y en él mi esposa hilando el lino.
¡Y me alejo, y no sé adónde voy!

JAMAS...

Ante nosotros las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: —¿No es cierto
que nunca habrás de tornar
junto a esa mujer lejana?
Y yo le digo: —¡Jamás!

Ella pregunta: —¿No es cierto
que ya nunca volverás
a celebrar su hermosura?
Y yo contesto: —¡Jamás!

Ella interroga: —¿No es cierto
que nunca habrás de soñar
con sus fatales caricias?
Y yo respondo: —¡Jamás!

Las olas mientras hablamos
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: —¿No es cierto
que nunca me has de olvidar
para pensar sólo en ella?
Y yo le digo: —¡Jamás!

Ella pregunta: —¿No es cierto
que ya nunca la amarás
como la amaste hasta ahora?
Y yo contesto: —¡Jamás!

Ella interroga: —¿No es cierto
que su imagen borrarás
de tu mente y de tu alma?
Y yo murmuro: —¡Jamás!...

Los dos callamos. Las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
¡sin alcanzarlo jamás!

LAS VENTANAS

Maestro constructor: ¿Crees que las ventanas
serán muchas? Pues yo pienso que no son tantas
como las que debiera poseer esta casa.
Si antes amé la sombra, fue porque había en mi alma
la inquietud de un secreto, la angustia de una falta.
Si antes amé la sombra, fue por creer que estaba
en ella mi ventura.

Yo iba a tientas y a cada
paso subir creía por la ilusoria escala
que a la dicha conduce, y bajaba, y bajaba...
Yo iba a tientas, yo iba guiado por la cálida
presión de una menuda mano, mano adorada,
mano a cuyo recuerdo mi voluntad desmaya.
¿Guiado? ¡no! ¡Yo iba fiebrosamente, en alas
de una ilusión, de un vértigo, de una pasión, de un ansia!
¡Me impulsaba una fuerza interior, me arrastraba
un impulso invencible y se me iba el alma
como se va en el viento la enloquecida llama!

La sombra, y en la sombra los labios de la amada,
suaves, suaves, con ese vivo sabor que nada
puede igualar, con ese sabor que en vano tratas
de definir, poeta.

¿Dulzura? No. Te engañas.
¡No son dulces los besos de la mujer amada!

Lentamente, en la sombra, con deliciosa calma,
mis labios en sus labios dejé, por ver si hallaba
la expresión milagrosa, la divina palabra
que dijera el sabor de un beso, y la increada
expresión todavía la busco, sin hallarla.

No es dulzura, no es miel, no es néctar. Son opacas esas voces y el beso como una luz irradia, luz que hace transparentes nuestras oscuras almas.

Miel y luz y placer infinito y nostalgia de un cielo inaccesible, de una gloria lejana. Sed que implacablemente devora las entrañas, sed que con la embriaguez del beber no se sacia sino que se acrecienta; sed que sólo se apaga cuando en la dulce copa cae en gotas amargas el desengaño... Luz, dulzura, sed, todo eso, y locura..., ¡oh qué viva locura la del beso! La sombra y en la sombra sus labios...

¿Las ventanas?

Perdóname, maestro constructor, olvidaba...

¿Creíste que eran muchas? Pienso que no son tantas como las que debiera poseer esta casa. Si antes amé la sombra, hoy la luz me hace falta. Quiero que el primer rayo del sol entre en mi estancia y que se extinga en ella su última mirada. En la sombra, maestro, germinó mi desgracia: puede ser que a la luz mi ventura renazca. ¿A qué ir tras la sombra? Llegará sin buscarla. Llegará con la tarde y ascenderá, pausada...

Y al fin, vendrá esa noche que no tiene mañana.

LA CANCIÓN DEL RECUERDO

Agua verde, agua profunda,
misteriosa agua del mar,
¿podré olvidar el encanto
de su mirar?

Blanca espuma que al sol muestras
leve tinte ruboroso,
¿podré olvidar la blancura
de su rostro?

Olas que amorosamente
rodeáis al fiero peñasco,
¿podré olvidar la presión
de sus brazos?

Brisa que por la hondonada
vas cantando tu canción,
¿podré olvidar el arrullo
de su voz?

Velo de púrpura ardiente
que el sol tendió en el ocaso,
¿podré olvidar la flor roja
de sus labios?

Miel sabrosa y perfumada
que a la flor robó el insecto,
¿podré olvidar la dulzura
de sus besos?

Mar azul, mar dilatado,
¡oh mar sin limitación!
Mi alma ha de hacerse infinita
para contener mi amor.

RECONCILIACION

En el cielo neblinoso
la luna se diluía.
Eran caminos de ensueño
las calladas avenidas.

Una incomprensión huraña
separados nos tenía;
pero el amor venció al cabo
y nos juntó en esa cita.

Tu mano puesta en mi hombro
y en tu cintura la mía,
caminábamos dos pasos
y un beso nos detenía.

¡La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
De nuevo sentirme tuyo,
de nuevo saberte mía...

Las palabras llenas de alma,
plenas de amor las sonrisas,
y aquel lento caminar
por las quietas avenidas...

Aquel caminar incierto
sin apartarnos la vista;
tú, los ojos en mis ojos,
yo, en tus ojos mis pupilas.

Hermosa por tu belleza
y por el amor divina:
¡la felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!

Nuestro amor era un amor
nuevo, un amor que principia.
Habíamos olvidado
todas, todas las caricias.

Y las fuimos recordando
bajo la sombra tranquila
de un grupo de viejos pinos
llenos de melancolía.

Los negros pinos, en torno
estrechaban sus caídas
ramas, generosamente,
por darnos sombra propicia.

Y aunque fue grande tu goce,
mayor, mayor fue mi dicha,
pues se durmió tu mirada
mientras velaba la mía.

A la claridad difusa
derramada desde arriba,
vi tu rostro vuelto al cielo
y en tu rostro una sonrisa...

Un sonreír tan del alma,
una expresión tan rendida,
un algo tan inefable...
¡Qué linda estabas, qué linda!

¡La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
¡Otra vez yo todo tuyo
y tú otra vez toda mía!

SERENAMENTE

¡A la luz de la luna, cómo es todo
de una maravillosa sencillez!
Sombra y luz: sombra suave, luz tranquila...
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

¡Cómo se borran las complicaciones
que el implacable sol nos hizo ver!
¡Cómo se duermen brillos y reflejos!...
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

Como a la luz del sol miré tu alma
y tanto había en ella, que dudé
si llegaría al fin a descifrarla.
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

A la luz de la luna, me parece
que ya siempre te habré de comprender...
Creo en ti, creo en ti serenamente.
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

EL BUEN OLVIDO

¡Hace ya tanto tiempo! Te creí tan distante,
tan perdida en el hondo sendero del olvido,
y ha bastado esta noche tranquila e inquietante,
y han bastado este aroma en el aire dormido
y estas aguas profundas y este vago claror
de la luna en creciente, para que yo te tienda
mi alma a través de todo, como una buena senda
lunada de esperanza y olorosa de amor.

Porque olvidé tus besos tengo sed de tu boca,
porque olvidé tu acento tengo ansia de tu voz,
porque olvidé tu alma, mi alma ahora te evoca
al pie de la montaña, bajo el cielo de Dios.

Amada, ¿ves la luna? Dame, dame tu mano.
Dame también tus labios. Seremos como hermano
y hermana. Nos iremos por el vago sendero
que se interna en la noche. Nos seguirá un austero
silencio y poco a poco será el buen recordar.

Roces, palabras, besos. ¡Te creí tan distante!
¡Y en la pálida noche, el placer fulgurante
de sentirnos de nuevo, de volvernos a hallar!

SENTIR

¿Creer? ¿Pensar? Ya no. Sólo sentirte.
Sentirte en mí, sentirme en ti, eso es todo.
Ser como el aire que tu boca bebe,
como la luz que bebes con tus ojos,
como el agua que bebes con tus labios;
entrar, entrar en ti, hasta lo más hondo,
¡y al fin dejar de ser y ser tú misma!

Ni pensar, ni creer. Sentir. Es todo.

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

EL MANANTIAL *

Al pie de los tres álamos cimbreantes
que de verde empenachan el faldeo,
serenamente, como un buen deseo,
brotan las limpias aguas ondulantes.

Mientras al viento vibran las sonantes
hojas en breve y ágil aleteo,
surge el agua con tímido siseo
en un fluir de todos los instantes.

De la osquedad sombría en que la ruda
raigambre de los árboles se anuda
mana el agua tan límpida, tan clara,

que invisible sería en su reposo
si a veces por la onda no pasara
un estremecimiento luminoso.

AQUELLA TARDE...

Aquella tarde única se ha quedado en mi alma.
Su luz flota en la sombra de mi noche interior.

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana;
sólo un azul reflejo; nada más que un vapor
de luz que se filtraba por las breves junturas;
sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión
de claridad fluyendo por entre los postigos.
Nada más que el ensueño de aquel suave fulgor.

Sólo esa fugitiva vislumbre en la ventana.
No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

En silencio llegaba yo al fondo de la dicha;
con infantil dulzura, tú gemías de amor.

Sólo el azul reflejo de aquella tarde única.
¿No ves tú en la ventana? ¿No ves tú? Quizás no.
Acaso no lo viste, porque cuando yo inmóvil
me quedé contemplando aquel suave fulgor,
tú en aquellos momentos de lánguido reposo
dormías dulcemente sobre mi corazón.

Veo la fugitiva vislumbre en la ventana;
oigo el ritmo apacible de tu respiración.
Te siento. En la penumbra te siento. Eres tú misma
que te duermes, ya mía, sobre mi corazón.

Abel González

Nació en Curepto en 1879. Estudió las humanidades en los seminarios de Talca y de Santiago, y posteriormente cursó leyes en la capital hasta recibir el título de abogado en 1904.

Fue director del diario *La Prensa* de Curicó antes de abrazar la carrera judicial, en cuyo ejercicio se inició como juez de letras de Lontué en 1915. Posteriormente fue promovido al mismo cargo en Iquique, en donde permaneció hasta su muerte.

A lo largo de su carrera literaria, desarrollada desde el retiro provinciano, González recibió multitud de premios en concursos de poesía celebrados tanto en el país como en el extranjero.

Falleció en Iquique en 1930.

Obras:

Auroras y crepúsculos, 1899; *¡Creol*, 1903; *Pequeños poemas*, Talca, 1906; *Versos viejos*, Curicó, 1916; *Tierra chilena*, 1922; *Ramilletes*, poesías selectas, Iquique, 1930; *Velut Umbra*, Iquique, 1931.

LECHE Y MIEL

¿Por qué te quise, Isabel?...
Pues te quiso mi alma franca
con ternura inmensa y fiel,
por ser tan rubia y tan blanca
como la leche y la miel.

Y porque el alma enajena
tu belleza angelical,
que es tan dulce y es tan buena
cual la miel de la colmena
y la leche maternal.

Yo en una sierra nací,
entre riscos y entre breñas,
y antes de salir de allí
sólo ébano en trenzas vi,
sólo vi caras trigueñas.

Mozo ya salí a vagar,
como pájaro errabundo,
de mi sierra secular,
contra la cual iracundo
se estrella, rugiendo, el mar.

Sin rumbo salí a correr
los azares del vivir
y lo ignoto a conocer;
salí, cual suelen decir,
por ser hombre y por saber.

Tordo montés peregrino
fui gorjea que gorjea
por uno y otro camino,

y un tumbo de mi destino
por fin me llevó a tu aldea.

De paz y de amor sediento
llegué allí cansado un día,
en trovas lanzando al viento
los tesoros que traía
de ilusión y sentimiento.

Y al verte por vez primera,
blanca azucena radiante,
con un sol por cabellera,
fue cual si un ángel delante
de mis pupilas surgiera.

Miré a tus ojos después
y vi de ellos a través
tu corazón hasta el fondo,
y lo vi más blanco y blondo
que tu cabello y tu tez.

¡Cómo temblé de emoción
ante la dulce atracción
de tu áurea y nívea hermosura!
¡Si a miel rubia y láctea albura
le supo a mi corazón!

Por eso te amé, Isabel,
con ternura inmensa y franca,
con amor profundo y fiel;
por ser tan rubia y tan blanca
como la leche y la miel.

LA FUENTE DEL QUILANTRAL

(PREMIADA CON LA FLOR DE ORO EN LOS JUEGOS FLORALES DE MAULE EN 1919).

Aquí recta, allá sinuosa,
ya en áspero curso o laso,
la quebrada se abre paso
por la sierra montañosa.
En cada falda ríscosa
estrechas sendas se miran
que van, y vienen y giran,
bordeando riscos y quiebras
como ondulantes culebras,
que perezosas se estiran.

Silvestres enredaderas
de hojarasca verde-oscuro
ostenta por colgaduras
la quebrada en sus laderas:
son las monteses coileras
y parásitos quintrales
los que, en troncos y breñales
adhiriendo sus raíces,
han tejido esos tapices
que parecen orientales.

Abajo, en los hondos lechos
que las humedades riegan,
como abanicos despliegan
sus hojas panguis y helechos,
y en los recodos estrechos
que el hondo cauce presenta,
donde una curva violenta
traza en su marcha tortuosa,
crece la salvia olorosa,
la yerba-mota y la menta.

De un añoso quilantral -
bajo la verde enramada, X
la fuente de la quebrada X
guarda su limpio cristal, - 3.
se abastece su caudal -
de perenne vena ignota, 8
que al pie de una peña brota, O
cual lluvia de pedrería, \n
y sin cesar, noche y día, \n
cae y cae, gota a gota. O

La misteriosa vertiente
gime y canta, llora y ríe
en tanto que se deslíe
desde la peña a la fuente;
allí nunca el sol ardiente
llega a través de las quilas,
y de las aguas tranquilas
quien se inclina a ver el fondo
ve otra faz en lo más hondo
que le clava las pupilas.

Cual si quisieran sondear
el misterio de ese edén,
silvestres fucsias se ven
entre las quilas colgar,
y luciérnagas vagar,
como celajes errantes
y, en ramilletes colgantes,
soberbios copihues rojos,
como montaraces ojos
de pupilas llameantes.

Bajo la enramada hirsuta
la clara fuente, escondida,
hada parece dormida
en una encantada gruta,
hada que mientras disfruta
de su sueño regalado,
como una esclava, a su lado,
tiene a la vertiente pura,
que un redondel le murmura
con acento acompasado.

Al despuntar la mañana,
cuando en los ranchos y rucas
se oye el cantar de las diucas
cual clarinada de diana,
¿a dó la moza serrana,
paso a paso se encamina,
mientras con voz argentina
canta una vieja tonada?...
Camino de la quebrada
va a la fuente cristalina.

Descuidada y placentera,
con su cántara bruñida
hecha de greda cocida,
avanza por la ladera;
negrea su cabellera
como del tordo el plumaje,
y en encrespado oleaje
suelta al viento se desgrena,
dando a su cara trigueña
una hermosura salvaje.

Mientras la madrugadora
cantando va por el monte
se arrebola el horizonte
con el beso de la aurora,
y alegre hueste canora
de tordos y de zorzales,
que en los vecinos breñales
ha formado alada orquesta,
a la serrana contesta
con sus salvas musicales.

También pintados jilgueros
cruzan, trinando, el paisaje
y una algarada salvaje
forman los loros parleros;
con gorjeos placenteros
ríen las lloicas festivas,
luciendo cual llamas vivas
de sus pechos los matices
y aquí y allá las perdices
silban, al volar, esquivas.

Cantando la moza va
por la ladera empinada...
¿Cómo siempre a la bajada
su galán la esperará?...
Sí, que es fiel, y viene ya
por el sendero ondulado:
¡cómo es arrogante el mozo
de ancha espalda y faz trigueña!,
¡cómo su talla pequeña
de pellín parece un trozo!

Por el áspero ribazo
se adelanta el montañés:
brilla de altiva honradez
en su mirada un chispazo:
corvo al cinto, poncho al brazo
y caído el guarapón
con ligera inclinación
del ojo derecho al lado,
su facha es de enamorado
con aires de bravucón.

Hasta unas breñas bravías
donde la moza lo aguarda
el mozo en llegar no tarda,
dándole los buenos días;
en las pupilas sombrías
de ella y de él brilla el placer,
y en su sencillo querer
enajenados y ufanos,
al estrecharse las manos,
se sienten enmudecer.

En seguida alegremente
conversando la pareja
por el faldeo se aleja
él locuaz y ella sonriente,
y al llegar junto a la fuente
el uno del otro en pos,
síentanse al borde los dos
y siguen charlando amigos.
¿De qué?... Como no hay testigos,
tan sólo lo sabe Dios.

Dios y la fuente de plata
del añoso quilantral
en cuyo terso cristal
la pareja se retrata;
Dios y la vertiente grata
que allí cerca rumorea,
y el copihue que flamea
cual rojo jirón flotante
y alguna tórtola errante
que entre el ramaje aletea.

Pero los que oyendo están
la queda charla no lejos
son confidentes ya viejos
de la moza y el galán;
por eso su tierno afán
no puede sentirse inquieto,
que el manantial es discreto,
mudas la fuente y la flor
y de un idilio de amor
saben guardar el secreto.

Por la cuesta de improviso
se oye un rumor bullicioso,
y suspira y piensa el mozo
que ya partir es preciso;
entonce en el paraíso
de aquel agreste rincón
de un beso se escucha el son
y un adiós se despedida...
La fuente sigue dormida
y el manantial su canción.

¡Cuánta serrana aguadora
desciende ya a la quebrada!
¡Cuánta amorosa tonada
se escucha vibrar ahora!
Cabe a la murmuradora
cascadita de la peña
¡cuánta mejilla trigueña!,
¡cuánta luz en negros ojos!,
¡cuánta risa en labios rojos!,
¡cuánta plática halagüeña!

Y entre el ruidoso charlar
y el argentino reír
que se parece al bullir
de afanoso colmenar,
¡qué alegre se oye gorjear
el agua fresca y serena,
mientras el cántaro llena
que a su cristal se adelanta:
¡si el agua de gozo canta
mientras, llenándolo, suena!

Luego el bullicioso bando,
hecho el quehacer mañanero,
por uno y otro sendero
se va alejando, alejando...
Todo en quietud va quedando
bajo el viejo quilantral,
hasta que del manantial
sólo, al fin, el son se siente
cayendo sobre la fuente
cual lágrimas de cristal.

Fuente de la serranía,
fuente de las aguas claras,
¡qué de cosas, si tú hablaras,
tu cristal no contaría!
Bajo la enramada umbría
que te sirve de dosel
¡de cuántos besos de miel,
de cuántas ansias discretas,
de cuántas charlas inquietas
serás confidente fiel!

Sigue quieta y sin rumores
en tu rincón apartado,
favoreciendo a tu lado
los montañeses amores;
sigue dando los frescores
de tu inagotable entraña
a la serranía huraña
de la cual eres tesoro,
con el manantial sonoro
que cantando te acompaña.

LA INALCANZABLE

Felicidad: buscándote, desde siglos lejanos,
vamos unos como águilas, otros como gusanos.

Te busca el hombre aislado, y mil senderos traza,
persiguiéndote el pueblo, la nación y la raza.

Quién te ve en la grandeza, quién te mira en la gloria,
quién te acecha en los astros, quién te busca en la escoria.

Por ti cruzamos sierras, y páramos, y mares,
y hemos tumbado imperios y tronos seculares.

Por ti el hombre ante el hombre, convirtiéndose en lobo,
ha sembrado de huesos la redondez del globo.

Por ti reinos con reinos, en frenética guerra,
de sangre han encharcado y de ruinas la tierra...

Y como ayer y ahora, será siempre lo mismo,
hasta que el hombre ruede con la Tierra al abismo...

Y pensar que, entre tanto, perseguimos tu huella,
felicidad, ¡quién sabe si eres limo o estrella!

No sabemos si existes, ni sabemos en dónde,
a los ojos humanos tu belleza se esconde.

¡Y bien puede que seas sólo vana quimera,
sueño nunca alcanzado y que siempre se espera!

Y si, al fin, tú vinieras a llenar el vacío
de las almas, ¡quién sabe si nos dieras hastío!

CONSTELADA MI FRENTE...

Constelada mi frente de ilusiones,
mi corazón de amores constelado,
sintiendo a Dios en todo lo creado
y adorándolo en todas mis canciones;

así quiero vivir en mis rincones.
En mi rústico huerto soleado
vivir cantando lo que siempre he amado,
en rudos versos de sencillos sonos.

Para esto, un nido, una mansión serena
me basta, entre pataguas y canelos,
en esta tierra de mi amor, chilena,

donde un tropel de alegres pequeñuelos
y el amor santo de una esposa buena
me finjan panoramas de los cielos.

Jorge González Bastías

Nació en Talca en 1879. Hizo estudios de humanidades en el liceo de su ciudad natal de 1893 a 1897. Muy joven, inició sus labores literarias y periodísticas en Talca, pero pronto pasó a Santiago, donde obtuvo plaza de reportero en *El Imparcial*, diario dirigido por Miguel Angel Gargari (1903). En la capital se dio a conocer en algunos grupos literarios, y fue colaborador de Marcial Cabrera Guerra en *Pluma y Lápiz*.

En Santiago publicó también su primer libro, *Misas de Primavera*, y aún cuando el libro fue acogido en forma auspiciosa por la crítica, el poeta se fue a las tierras de que era oriundo y allí se quedó hasta su muerte. Salía de tarde en tarde hasta Santiago para ver a sus amigos y camaradas, pero no le agradaba la ciudad. Fue varias veces regidor y alcalde de la comuna de Nirivilo.

Falleció en Infiernillo (ahora Jorge González Bastías) el 22 de noviembre de 1950.

Obras:

Misas de primavera, 1911; *El poema de las tierras pobres*, 1924; *Vera rústica*, 1933; *Del venero nativo*, 1940.

EGLOGA DEL CAMINO

Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo
y ante las sombras que evoco
hablarte como a un amigo.

* * *

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas;
en tus yerbas amarillas
cayó alguna vez mi llanto.

¡Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas!

Hace tanto tiempo que,
camino, no te veía;
acaso sea alegría
esto que siento, no sé.

Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón;
se parece a una canción
llena de melancolía.

¡Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón!

Nunca tuvo para mí
ningún camino tu encanto.
Sé de la sangre y el llanto
que han vertido sobre ti.

¡Nunca tuvo para mí
ningún camino tu encanto!

Tras de andar y andar me pierdo
mirando tus lontananzas
y un perfume de añoranzas
surge de cada recuerdo.

Miro tus huellas, y leo
en ellas una leyenda... :
los poemas de la senda
que no adivina el deseo...

... Y mañana, cuando ya
esté yo lejos, mañana
cuando suene la campana
de mi aldea. ¿quién sabrá,

camino, que aquí mis huellas
quedan también?, ¿quién sabrá?
¿Alguien me recordará?
¿Me habrán visto las estrellas?

EN LA ALDEA

Aquella mañana de tanta tristeza
como en otros días a la aldea fui.
¡Posar anhelaba mi pobre cabeza
sobre algo querido que fuese de allí!

Todo lo tenía presente en el alma:
las casas, los montes que había en redor;
alguna mirada que aún turba mi calma,
alguna primera sonrisa de amor...

¡Y crucé la calle desierta y sombría,
como un caminante que llega a dejar
jentre algunos brazos su inmensa alegría,
sobre alguna piedra su inmenso pesar!

Estaba mi pueblo desierto, desierto,
y nadie siquiera mis pasos sintió.
¡Todo estaba mudo, todo estaba muerto,
todo estaba acaso lo mismo que yo!

* * *

Salí de la aldea cansado del día;
mi melancolía siempre estaba igual;
no encontraba nada para el alma mía
que se iba muriendo de un extraño mal.

Sin fuerzas, rendido, tenderme a la sombra
quise, de algún árbol que tampoco hallé.
La tierra tan sólo tendía su alfombra
de musgos, de piedras, de qué sé yo qué.

El panteón del pueblo no lejos veía
y quedéme un rato mirando hacia allá.
¡Mi padre no lejos, no lejos, dormía,
dormía soñando conmigo quizá!

Ni una crucecita su tumba marcaba
ni había tampoco sobre ella una flor;
¡pero mi recuerdo perenne allí estaba
como una perenne corona de amor!

* * *

¡Seguí caminando, seguí caminando!...
Como un errabundo fantasma seguí.
¡Iría mi sangre regando, regando,
iría regando la tierra de allí!

Después brotarían adelfas acaso
de la sangre misma de mi corazón,
¡y acaso yo mismo —silente mi paso—
iría con ellas a ornar el panteón!

Al fin fatigado, llegué a reclinarme
de una casa en ruinas junto al paredón.
Una pobre vieja pasó y, al mirarme,
se perdió ligera detrás del panteón.

Para aquella vieja mi frente era extraña.
¡Extraña! ¡Y mis ojos se abrieron allí!

¡Aquellos esteros y aquella montaña
y aquellos caminos se acuerdan de mí!

* * *

¡Caía la noche! La luna subía
partiendo los cielos como una segur.
La tierra a mi paso crujía, crujía,
y se desataban los vientos del sur...

Yo sé las historias de todas aquellas
quebradas profundas partidas en cruz,
y cuando muchacho conté esas estrellas
que me bendecían al darme su luz...

Anduve vagando, vagando, vagando,
y cuando a la aldea de nuevo bajé,
con una tristeza lo mismo que cuando
de los cementerios se viene, pasé.

¡Pasé cabizbajo! ¡Mas antes mis ojos
miraron con honda, con santa emoción,
la vieja casita de negros cerrojos
que guarda los sueños de mi corazón!

SU PENA

La besé aquel día, triste la alegría.
Con pena infinita se puso a llorar.
Me dejó su pena. Su pena ahora es mía.
Después..., no la he vuelto jamás a encontrar.

Tiene ya amargura mi melancolía.
Mis brazos, cansados están de esperar.
Mis ojos, que guardan lumbre de aquel día,
de noche, en la sombra la miran pasar.

Pasa entre la sombra. Yerra en el bosque.
Difunde fragancia por los limoneros
y se va en los rayos de la luna llena.

Queda la armonía sutil de su traje
en las rosas frescas y en los jazmineros
y en mi sueño errante que anda con su pena.

TUS LABIOS

Tus labios, tus labios son
dos milagros de ternura
que en una buena canción
dicen la buenaventura.

Dicen la buenaventura
en una buena canción

que es triste sin amargura
y es humana sin pasión.

¡Es humana sin pasión!
¡Es triste sin amargura!
¿Dónde más buena canción?
¿Cuándo más buena ventura?

EN LA PAZ DE LA TARDE

Por el camino polvoriento
prestaba sombra el saucedal.
En los follajes iba el viento
rimando notas de cristal.

Llegué a los árboles piadosos
que se inclinaron de placer.
En los follajes temblorosos
sentí un ensueño renacer.

Era la tierra de mi infancia
que me ofrecía su quietud;
era la mística fragancia
con que aromé mi juventud.

Yo conocía aquella sombra
que me cubría con amor
y conocía aquella alfombra
oliente a malva y a alcanfor.

... Aquella humilde yerba verde,
en otro tiempo conocí.
¡Si no querrá que la recuerde,
si no querrá vivir en mí!

Miré a lo largo del camino
para arrobarme en su visión.
Ante el paisaje campesino
se prosternó mi corazón.

De las montañas del poniente
venía un lento susurrar:
aire marino que en mi frente
era oración y era cantar.

... Arboles viejos del camino
denme su sombra y su frescor.
¡Cómo se alegra mi destino
a vuestro amparo bienhechor!

A vuestro amparo me sonríe
la blanca estrella vespéral
y su luz pálida deslía
como un olor primaveral.

En los lejanos horizontes
plegó sus túnicas el sol
y de las cimas de los montes
emergen manchas de arrebol.

Brotan ensalmos de la calma
como sollozos de violín

y en los jardines de mi alma
abre su cáliz un jazmín.

Un río inmenso se dilata
por la hondonada sin rumor
como una lámina de plata
siempre animada de un temblor.

Quedo admirando a la distancia
la mancha verde de mi hogar;
creo embriagarme en la fragancia
de algún purísimo azahar.

Creo sentir que se diluye
en el ambiente una virtud
y que en mi espíritu concluye
el ansia de mi juventud.

... Árboles viejos del camino
denme su sombra y su frescor.
Siento la sed de un peregrino
que no ha tenido paz ni amor.

Quiero sin pena ni alegría
a vuestra sombra descansar;
quiero olvidar la vida mía
y mis ensueños olvidar;

y aquí, mirando a la distancia
sin un afán ni una inquietud,
¡sentir que llega la fragancia
del huerto de mi juventud!

EL ARROYO

Parte las agrias serranías
el arroyo de fina voz.
El alba le enseñó su canto
y lo hizo diáfano el sol.

Sonríen las orillas mansas
orgullosas de su verdor.
Los juncas les miran al cielo
como agradecidos de Dios.

Las cañas extienden sus cintas
con la alegría del amor;
su belleza grácil y leve
tiene virtudes de oración.

Los cardos sueltan sus vilanos
y es cada uno un triunfador;

llevan un germen impoluto
que será luego espina y flor.

Milagro de las serranías
el arroyo corre veloz;
hace remansos, golfos, islas
y tiene barcas de ilusión.

Bajan a él desde la altura
las bestias quemadas de sol:
el buey, la vaca, el caballo
y también su dueño y señor.

El horizonte centellea
de solana y de sopor.
El agua, sus puros cristales
ofrece en las manos de Dios.

Carlos Pezoa Véliz

Nació en Santiago el 21 de julio de 1879. Estudió algunos cursos de humanidades en el Liceo de San Agustín en 1893 y en el Instituto Superior de Comercio, establecimiento en el cual adquirió conocimientos rudimentarios de francés. En 1898 hubo de interrumpir sus estudios para formar en la guardia nacional, convocada ante las amenazas de guerra que entonces pendían sobre el país. No volvió a estudiar, y en 1900 obtuvo un modesto empleo civil en el ejército. Estaba ya alejado de él en 1902.

El mismo año fue a Valparaíso, en donde colaboró para *La Voz del Pueblo*, diario que le franqueó además un viaje por la región del salitre (1905). Establecido en Viña del Mar, hizo clases en un establecimiento de segunda enseñanza y se dedicó también al periodismo en *La Comedia Humana*. Viajó a Santiago varias veces, y en una sesión del Ateneo dió a conocer, ante el más exigente auditorio de la época, su poema *Pancho y Tomás*.

Nombrado secretario de la Alcaldía y de la Municipalidad de Viña del Mar, allí residía cuando se produjo, en la noche del 16 de agosto de 1906, el devastador terremoto que arruinó a Valparaíso y multitud de poblaciones vecinas. En el derrumbe de los muros de la casa de pensión en que se alojaba quedó malherido. Fue acogido en el Hospital Alemán, de Valparaíso, en donde escribió *Tarde en el hospital*, y convalació en las vecindades de San Felipe. Más tarde fue operado en el mismo hospital ante el diagnóstico de apendicitis, pero no sanó y se trasladó a Santiago para intentar nuevas curaciones. Pasó los últimos meses de su vida en el Hospital de San Vicente de Paul, en cuyas salas se descubrió que estaba gravemente afectado de tuberculosis.

Sus composiciones poéticas y de prosa fueron acogidas, además de los periódicos ya mencionados, en las revistas *Instantáneas*, *La Lira Chilena*, *Chile Ilustrado*, *Zig-Zag*, etc.

Falleció en Santiago el 21 de abril de 1908.

Obras:

Alma chilena. Valparaíso. 1911.

Las campanas de oro. París. 1920.

Poesías, cuentos y artículos. Recopilación con estudio de Armando Donoso. Santiago. 1927.

Referencias:

Raúl Silva Castro: *Retratos literarios*, Santiago, 1932.

Bernardo Cruz A.: *Veinte poetas chilenos*. San Felipe. 1948.

Antonio de Undurraga: *Pezoa Véliz*. Santiago. 1951.

Paulius Stelingis: *Carlos Pezoa Véliz, poeta modernista innovador*. Santiago. 1954.

BRINDIS BYRONIANO

Para Pedro A. González.

Invitado al banquete de la vida,
vengo a brindar, de vuestro gozo en medio,
al levantar la copa del suicida
llena hasta el borde de espantoso tedio.

¡Dónde hallar un placer que derritiera
este hielo salvaje con que río!
¡Quién tuviera una lágrima siquiera
para calmar la sed de mi hondo hastío!

¡Me persigues, fatídico Imposible!
En todas partes mi impotencia te halla:
la cumbre, el esplendor, ¡qué tedio horrible!
¡Qué turba tan imbécil la canalla!

Busco un beso en la virgen, ¡no lo encuentro!
¡La profana ante mí la torpe duda!
Y adonde, abierta una esperanza, entro,
¡sólo hay silencio, soledad desnuda!

Y yo amo la quietud..., mas, vuelo ansioso
en alas de un afán que nunca muere,
¡porque el tedio escupiéndome alevoso
hasta en la dulce soledad me hiere!

Porque llegan alegres avecillas
a profanar mi soñadora calma,
como locas, ardientes ramerillas
que quisieran danzar dentro del alma.

Mi hogar es la prisión que me consume.
La libertad no calma mi hondo anhelo.
¿Dónde está ese placer que nunca abrume?
¿Dónde se halla el oasis de este suelo?

Busco en músicas tristes un sollozo,
y sólo hallo infernal monotonía
y, cuando quiero estremecer de gozo,
me acribilla tenaz melancolía.

¿Qué goce es la amistad? Al propio empuje
o domino o me aplastan. Y no quiero
ser pobre león que de impotencia ruge
o tigre vencedor, ruín y altanero.

No tolero ver perros a mi planta
lamiéndome los pies, ¡eso subleva!
¡Ni me arrastro ante el necio que levanta
de un podrido poder la enseña nueva!

Solo, como un engendro del abismo,
siento en mis venas del sepulcro el frío:
yo soy la horrible tumba de mí mismo
bajo la losa del mortal hastío.

¡Soy un abofeteado de la vida
que el Monte Nebo a remontar empiezo,
arrancando a mi guzla enmudecida
la música salvaje del bostezo!

MIS AMIGAS

Tanto por el bosque canto mis penas
en versos olorosos como azucenas,
que hasta las avecillas se han conmovido
y bajan a escucharme desde su nido.

Por eso cuando lloro se agrupan todas,
y tiernas me recitan sonoras odas
que allá sobre las copas de las encinas
improvisan las bandas de golondrinas.

Unas me bajan flores desde las copas;
otras, encabezando canoras tropas,
se posan en mis hombros..., y en voz muy queda
me cuentan cosas tristes de la arboleda.

Me cuentan que en la noche los cuervos viejos
llegan de sus festines desde muy lejos...
con el sangriento pico medio entreabierto
derramando en las sombras olor a muerto.

Cuando penetro al bosque y en sus confines
me anuncian mis amigas con sus clarines,
se agrupan en las cimas los ideales
para tocarme regias marchas triunfales.

En otras ocasiones, una muy viva
agita sus alitas, nerviosa, activa,
buscando entre los libros que picotea
las grandes alas blancas de alguna idea.

Ayer me arrebataron no concluido
un canto que leyeron allá en el nido;
hoy cruzaron en triunfo todas las cimas...,
¡mañana sabrán todas mis pobres rimas!

Yo adoro a mis amigas. Cuando el sol brilla
llegan en muchachadas a mi bohardilla
y me dicen mil cosas que yo adivino
en la lengua canora del regio trino.

Ellas, cuando yo muera, irán llorosas
a cubrir mi sepulcro de frescas rosas
y espiarán a mi virgen en la ventana
cuando lea mis versos cada mañana.

LA CITA

¡Primavera, primavera!...
Luna que arriba medita;
un mozo que va a la cita
y una muchacha que espera.

Pasos quedos en la grama;
y luego un dulce "te adoro",
y la pasión que derrama
sus ardientes frases de oro.

Un barco que en la bahía
iza sus cándidas velas,
mientras rima cantinelas
la adusta marinería.

En tanto el jefe en la popa
recuerda meditabundo
una vuelta que dio al mundo
y las mujeres de Europa...

Música y luz. ¡Primavera!
Noche plácida de luna;

un mozo que pasa y una
niña triste que le espera.

El mozo que se arrodilla
y la muchacha que llora.
¡Adiós!, dice la barquilla
que va al país de la aurora.

El besándola sombrío;
ella en sus brazos temblando;
allá a lo lejos vibrando
la serenata de un río...

Redoblan marchas las olas
en sus líricos tambores;
se alejan los pescadores
cantando sus barcarolas.

Y la luna que se esconde...
la joven que piensa..., el mozo...,
luego un adiós, un sollozo;
luego el eco que responde...

EL BRINDIS DEL BOHEMIO

No escupáis a los beodos que perecen
aturdiendo en el vino sus dolores;
si odiáis a la embriaguez, odiad las flores
que ebrias de sol en la mañana crecen.

Los ojos de las vírgenes ofrecen
la sublime embriaguez de los amores,
y los besos son báquicos licores
que al caer en los labios..., ¡estremecen!

Embriagada de luz, Ofelia vaga
en las sombras de un campo desolado;
el sacerdote en el altar se embriaga

con la sangre de Dios crucificado,
¡y el poeta mirando de hito en hito
la gran pupila azul del infinito!

GEORGICA

Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buey, acá un borrego.
Seré bueno: hecho un labriego,
habrá en mi hogar niños, niñas,
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.

MANCHA

Cual serpiente de plata arrastra el río
sus escamas movibles. La espesura
duerme como una enorme gata oscura.
Muerde las carnes como un perro el frío.

La noche recostada en el vacío
da un bostezo de luz. Cual bestia impura
hace la sombra gestos de locura.
La luna va a una cita de amoríos...

Toca una marcha funeral el viento.
Citas de amor la obscuridad recibe
y oye rumor de besos y desmayos.

Y en la extensión azul del firmamento
estrofas soberanas Dios escribe
con palabras de luz hechas de rayos.

EGLOGA

Amo lo que me asombra y no me asombra:
la luz preclara, la nocturna sombra.

El cantar de una boca
cuando la frente de la amada toca,
y el rumoreo de hojas y de seda
que en pos del paso de una joven queda.

Amo el golpe del hacha en la montaña
y el canto de la esposa en la cabaña;
amo el chisporroteo de la leña

en el hogar donde el labriego sueña
con ver una explosión de espigas rubias
en pos de la tristeza y de las lluvias;
las tardas oraciones
que elevan los lejanos esquilonos
desde el alero
en que piensa el sombrío campanero.

Amo la melancólica elegía
de la hojarasca en la alameda umbría.

Amo la tarde, la mustia estrella,
la rima que arde
y la plácida luz que cae de ella.

Amo lo que florece, lo que anida
en el inmenso campo de la vida;
amo lo que Dios pone en un murmullo:
yo lo amo porque es bello, porque es suyo.

ENTIERRO DE CAMPO

Con un cadáver auestas,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscas, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura: —Hermanos,
rogue mos por él, rogue mos.

CANSANCIO DEL CAMINO

¡Madre mía! Hace frío en esta tierra
tan desoladamente hostil y tosca;

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros:
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus resposos
los pobres angarilleros
y repite alguno: —Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
rogue mos por él, rogue mos...

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña obscura,
¿quién era?, llorando pienso.
—¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos,
que amó el sol, amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!

yo no sé manejar armas de guerra;
ni tengo airón ni la mirada hosca.

Yo no sé la estocada sorpresiva
que hace saltar la sangre del contrario,
ni me la aprenderé mientras que viva
porque no siento audacias de adversario.

Yo no nací para luchar. De niño
a hombre, sin pensar jamás en músculos,
debí sólo ver flores, ver cariño,
campiñas, alboradas y crepúsculos.

Yo tengo inmenso amor por esos bellos
tiempos, por esas tardes tan lejanas
en que condecoraba mis cabellos
con el grave prestigio de tus canas.

Y por esas alegres noches idas
de los inviernos, en que un viejo huraño
nos contaba historietas extraídas
de los tiempos eglógicos de antaño.

Madre, yo tengo miedo. Están de menos
tus palabras tranquilas, tus miradas
buenas como tus besos, que eran buenos,
y tus frases de amor, que eran baladas.

He visto mucho ya. He oído nombres,
he vivido en un pueblo muchos años
y aún siento que las cosas y los hombres
me son aún heladamente extraños.

¡Eras tan joven! Tus palabras eran
como las de los pájaros; como ellos
hablaban de las hojas que murieran
en sus días más bellos.

Y en las tardes, vagando por la vía,
me hablabas de los sueños que soñabas;
yo te hablaba llorando, madre mía,
de mis debilidades. Tú pensabas.

¡Eras tan buena! Tu inocencia suma,
tu inexperiencia del vivir, tus sueños,
se impregnaban de amor como de bruma
se impregnan los paisajes lugareños.

¡Ah!, tú sabías encontrar el fondo
de esta amable bondad hereditaria,
que me hizo descender a lo más hondo
de la meditación, de la plegaria.

Tú no viviste para ti. Eras buena
como tu amor por mí; y eras tan santa
como mi amor, como esta inmensa pena
que de esta mala vida me levanta.

¡Ah!, ¡esas tardes de amor! Por el camino
iban nuestros espíritus soñando
y eran nuestras palabras como un vino
de sabor dulce, como un vino blando.

Como si aún lo viera... Te adoraba
sin presentir los venideros daños.
Te miraba hondamente, te miraba
como se miraría en muchos años.

... Todo lo que habla de tu vida lo amo:
las canciones antiguas y la nieve
de mis melancolías, el reclamo
del vendedor mientras afuera llueve.

Recuerdo todo. Hasta los sueños torvos
de los gatos huraños, tus modales
llenos de aristocracia, como sorbos
de un licor de los tiempos medioevales.

Y nuestra mesa, los manteles blancos,
las copas de color, el vino, el agua,
los jarrones pintados con barrancos,
carricoches y bosques de patagua.

Y veo todo... Hasta la parra vieja
que aún enarca sus troncos retorcidos,
el tordo campesino, la copleja
que era el recuerdo de tus tiempos idos.

¡Y todo eso ya hurtado por la muerte!
Toda esa dicha que no fue ni mucha...
Todo arrancado a la haraposa suerte
de un niño sin vigor para la lucha.

En una noche que acabándose iba
echamos cada uno por su atajo:
tú, seguiste tu marcha por arriba,
yo seguí mi camino por abajo...

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una bohorda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla tic-tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: ¡Tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escualido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles,
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,

y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice tic-tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo y otro... ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida..., sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo!, la vida es así...

FECUNDIDAD

A Guillermo Labarca Hubertson.

El porte grave, el porte de esta robusta vaca
de cuernos recortados, el aire distinguido
de ésta que es corniabierta y ésta que es tan retaca,
manchan el pasto alegre donde rumia el marido.
Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje!
¡Es usted tan potente! ¡Y es usted tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera
la encantadora carne de la esquiva ternera
que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire,
no sé qué encanto nuevo que ha soñado..., el desgaire
de los gallos erguidos, de los pollos de estacas
que hacen rueda a las pollas de floreados pompones,
entre el aire seriote de los toros y vacas
y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos
empiezan ademanes de lujuria en los rabos
abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo
que torna obscuro el gesto y el ensueño agresivo...
Los peones cuchichean en los ranchos agrestes;
las hembras escudriñan los espacios celestes,
como soñando un hombre superior, un mancebo
de formas endiabladas, un macho ardiente, un nuevo
peón que viniera a brincos por las viviendas de ellas,
violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo las manadas tranquilas
alargan los lamentos de las tardas esquilas,
mientras un venerable carnero de agria testa,
salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta.
Más allá un potro bayo de musculosos pechos
baja a brincos los quiebras de los bruscos repechos,
mueve la cola, mueve las orejas nerviosas,
salta, piafa, relincha; las patas temblorosas
se levantan, se doblan. El sol cae en el anca
y hay relampagueos de oro. Esbelta potranca
viene dando corcovos... Ansía que la violen...
Sopla un viento de fuego que arrastra polen, ¡polen!

Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña,
más blanca que la leche de las vacas la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blancos...
(El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos...)
Oiga usted, buena moza. Mire el sol: una brasa...
¿Ve usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza!
¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastora!
Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora

mira cómo en los campos la carne de las frutas
tiritita; cómo corren oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo
el viento ama a las tierras y les araña el lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...

NADA

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno;
éste no sabía nada del extinto,
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada...

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia:
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo...

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado:
llueve...

Entonces, muerto de angustia
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Alberto Mauret Caamaño

Nació en Santiago el 2 de febrero de 1880, y comenzó muy joven la carrera literaria al fundar *El Búcaro Santiaguino* en 1899. Colaboró igualmente en *Selecta* e *Iris*, publicaciones en las cuales se dieron no pocas de las primitivas manifestaciones líricas de su generación. A fines de 1899 se fue a establecer en Valparaíso, en donde publicó su primer libro, *Alma*, 1903. ✓

Fue director de la revista *Corre Vuela* por poco tiempo, y en 1912 colaboró en *Mundial Magazine*, la famosa revista literaria que autorizaba con su prestigio Rubén Darío en París.

Falleció en Antofagasta en 1934.

Obras:

Alma, Valparaíso, 1903; *Héroes y patricios*, 1910, sonetos inspirados en personajes de la historia nacional; *En el regazo de Venus*, 1914; *Por el azul*, 1917, y *El confesonario bajo las estrellas*, Antofagasta, 1920.

VIAJE ROMANTICO

Tengo hastío del mundo, tengo hastío
de las caricias que con fiebre loca,
al brindar el placer en dulce boca,
dejan el corazón árido y frío.

Fragancia virginal, albo rocío
para mi juventud el alma invoca...
Ir donde nadie con su planta toca,
más allá del azul, es lo que ansío.

Si tu amor me otorgase la fortuna,
sería mi deseo, niña hermosa,
que en esta noche blanca cual ninguna,

¡nuestras almas, en fuga milagrosa,
viajasen por un rayo de la luna
sobre fragante pétalo de rosa!

RONDA GALANTE

Duerme, mi vida, duerme... Ya el lucero
tramonta lejos y la brisa inquieta
recoge en un suspiro plañidero
la lágrima furtiva del poeta.

No dibuja tu lánguida silueta
en el remanso azul, luna de enero;
y al pie de la fantástica glorieta
nadie repite, como ayer: ¡te espero!

De la partida el infeliz momento
acercóse fatal... Y cuando cruces
el parque solitario y soñoliento,

¿olvidarás mi trova y al trovero?
Sueña, mi vida, sueña... ¡Que sus luces
adormeció en tus ojos el lucero!

EN LA HORA MISTICA

En las noches de luna, en las tranquilas
líricas noches de bruñida plata,
cuando susurra en las sonantes quilas
cristalino rumor de serenata;

y en las ondas del éter se dilata
un vago aroma de murientes lilas,
y la emoción sus lágrimas desata
que súbito humedecen las pupilas;

cuando la luna, solitaria Ofelia,
deshoja de una pálida camelia
sus pétalos de luz en la laguna,

a cuyo beso las espumas brillan:
¡bajo la pompa sacra de la luna
mis románticos sueños se arrodillan!

Luis Felipe Contardo

Nació en Molina el 25 de agosto de 1880 e hizo sus primeros estudios en los seminarios de Talca y de Concepción. En 1898 pasó a Santiago, con la intención de abarcar la asignatura de castellano en el Instituto Pedagógico, pero al año siguiente la abandonó y regresó a la carrera sacerdotal. El Obispo don Plácido Labarca, interesado en los progresos del joven estudiante, le llevó a Roma, en donde quedó matriculado en la Universidad Gregoriana. Allí alcanzó la licencia en Teología en 1901, y al año siguiente regresó a Chile.

Desde su regreso fue profesor del Seminario de Concepción y secretario

del Obispado de la misma ciudad. En 1908 y en 1914 hizo nuevos viajes a Europa, y en uno de ellos fue a la Tierra Santa. En 1917, abandonando la secretaría del Obispado de Concepción, pasó a ser cura párroco de Chillán. En 1921 fue promovido por la Santa Sede a la dignidad de Gobernador eclesiástico de la provincia de Ñuble, con residencia en aquella ciudad.

Falleció en Chillán el 9 de marzo de 1922.

Obras:

Flor del monte, poema, 1903. Está incluido en el libro que sigue.

Cantos del camino, 1918. Hay segunda edición de 1941, con algunas poesías recogidas a título póstumo.

ESTRELLAS EN LA SOMBRA

Amo, Señor, tus sendas y me es suave la carga
(la llevaron tus hombros) que en mis hombros pusiste;
pero, a veces, encuentro que la jornada es larga,
que el cielo ante mis ojos de tiniebla se viste,

que el agua del camino es amarga... es amarga,
que se enfría este ardiente corazón que me diste;
y una sombría y honda desolación me embarga,
y siento el alma triste, hasta la muerte triste...

El espíritu débil y la carne cobarde,
lo mismo que el cansado labriego, por la tarde,
de la dura fatiga quisiera reposar...

Mas entonces me miras... y se llena de estrellas,
Señor, la oscura noche... Y detrás de tus huellas,
con la cruz que llevaste, me es dulce caminar.

PEQUEÑOS

En la tarde, al amparo del alero
que en una paz de égloga se asila,
miro el grupo infantil que en el estero
mezcla al harapo gris la gasa lila.

Vuela al monte un zorzal, bala un cordero
y en el agua un fulgor trémulo oscila:
todos los niños buscan el lucero
y es una estrella azul cada pupila...

Después, en el misterio vespertino,
se abren, como alas, los pequeños brazos
y en todas las gargantas tiembla un trino.

Y esfumando el paisaje lugareño,
la noche ya desciende a los ribazos
mientras los niños ríen y yo sueño.

LA VOZ EN LA NOCHE

Mientras arriba tiemblan los astros, un sombrío
pensamiento me abruma... Parece que durmiera
la ciudad, pero siento, con espanto, Dios mío,
que se agita el nocturno reposo de una fiera.

Perturbación; y advierto que, como un negro río
que al abismo en la torva obscuridad corriera,
la locura del mundo va con siniestro brío
persiguiendo en las sombras el mal y la quimera...

Y al pasar el torrente de muerte y de pecado,
arrastrando a los hombres en sus senos espesos,
escucha mi doliente corazón, consternado,

una voz que repite: "¡Vela, pastor, por éstos!
¡A tu afán vigilante mi Amor los ha entregado!"
¡Y de pavor se llenan mi espíritu y mis huesos!

COMO CUANDO ERA UN NIÑO

En la noche de octubre, fresca y limpia cual una
alborada naciente; toda llena de luna,
de fragancia y silencio, de soledad y encanto,
envueltos en su calma como si fuese un manto,
mi madre y yo callábamos sobre el balcón abierto
que se asoma entre yedras hacia el jardín y el huerto.
Nunca sentí tan dulce la luz de cada estrella,
ni hallé una paz tan honda como en la noche aquella.
Mis manos en sus manos, mirábamos absortos
la belleza del mundo, sintiendo que en los cortos
instantes palpitaba la eternidad...

Suprema
melodía de canto, de plegaria y poema
flotaba en la profunda soledad...

De las rosas
y de las blancas ramas en flor, que silenciosas
tendía hacia el misterio de la noche una acacia,
se exhalaba un aliento de frescura y de gracia,
y a la luz de los astros, en la paz recogido,
nuestro balcón tenía la suavidad de un nido....

—Dios es grande y es bueno —la anciana pensativa dijo, sin que dejara de mirar hacia arriba, y añadió—: Bueno y grande, el señor de los cielos y la tierra ha colmado mis más hondos anhelos, al permitir que sean en mi invierno sombrío tus manos consagradas mi sostén, hijo mío — y vuelto a mí su rostro que fatigó la vida, me pareció que estaba radiante. Y en seguida, temblorosa de pena y de ternura: —Hijo — con una voz profunda, como soñando, dijo—: Tú para mí eres todo; tú solamente existes en la tierra desierta para mis ojos tristes.

Y fijó largamente sus ojos en mis ojos; y como quien disipa del vivir los enojos, por el amor materno transfigurada, llena la faz de una alegría luminosa y serena, pasó por mis cabellos, trémula de cariño, su mano arrulladora, como cuando era un niño.

Recordó sonriendo cuán largo tiempo hacía que no la acariciaba: dos meses, desde el día en que el sagrado signo quedó en mi frente impreso; y suplicó: —Hijo mío, como antes, dame un beso.

Parecía una santa... Diáfanas y tranquilas, dos lejanos luceros, daban luz sus pupilas; como en las catedrales, en sus albos cabellos la luna colocaba un nimbo de destellos, y había una apacible claridad difundida en su pálido rostro, que fatigó la vida...

Cual una primavera, se me llenó de arrullos el corazón, y todo me floreció de armiño.

—Madre, mi amor —la dije, me eché en los brazos suyos, y la cubrí de besos, como cuando era un niño...

BESO DIVINO .

Fue al pie de unas palmeras. Las turbas silenciosas que no sienten fatiga, y olvidadas del pan, escuchan de los labios de Jesús altas cosas, y ante el hondo Misterio, pensativas están...

Unos niños levantan sus caritas de rosas; de los ojos divinos les atrae el imán; acercarse quisieran, mas las manos rugosas de los viejos Apóstoles se oponen a su afán.

Y Jesús dijo entonces: "Dejadles, son los dueños del cielo de mi Padre todos estos pequeños; dejadles que a Mí vengan, e imitad su candor

si queréis formar parte de mi reino bendito." En seguida inclinóse hasta el más pequeñito, y lo besó, lo mismo que se besa una flor...

RETABLO.

Ya José, terminada del día la faena,
en el umbral enjuga de su frente el sudor;
y la Virgen María, para la parca cena,
las escudillas lava con sus manos de flor.

De la luna que nace, la claridad serena
envuelve la casita, dulce nido de amor;
en el huerto inmediato hay olor de azucena
y aleteos de tórtolas y agua que hace rumor...

Y adentro... —¿cayó acaso de la altura un lucero?—
como una palomita que se acoge al alero
para esperar del día nuevo la nueva luz,

como un lirio que pliega, para soñar, su broche,
encanto de los cielos, sol que alumbra la noche,
en su pequeña cuna duerme el niño Jesús...

ANGELUS EN NAZARETH.

En las suaves montañas, ya la última huella
se borra lentamente, de la luz vespertina.
Lámpara del crepúsculo, temblorosa una estrella
sobre el mundo se enciende. El Señor la destina

a advertir a las almas que recuerden aquella
tarde del Gran Misterio, que los siglos domina,
en que fue cielo el casto seno de una Doncella
y la raza del hombre se hizo raza divina.

Entre la paz augusta que desciende a los montes,
plegaria de la tierra, la voz de la campana
llena de melodías los vagos horizontes...

Hacia arriba se tornan las miradas tranquilas,
y en una gran dulzura, toda la angustia humana
del corazón rebosa y tiembla en las pupilas...

Carlos R. Mondaca

Carlos Roberto Mondaca nació en Vicuña en 1881 y cursó las humanidades en el Seminario de La Serena. De allí pasó a Santiago a proseguir los estudios en el Instituto Pedagógico, donde se graduó como profesor de castellano (1903). Desde entonces abrazó la carrera docente, haciendo clases primeramente en el Liceo Valentín Letelier y más tarde en el Instituto Pedagógico.

En plena juventud entró al personal administrativo de la Universidad de Chile, dentro del cual llegó a ser Pro Rector. Promovido al Rectorado del Instituto Nacional, allí permaneció hasta su muerte, ocurrida en noviembre de 1928.

Obras:

Por los caminos, 1910; *Recogimiento*, 1920. En 1931, los amigos del autor recogieron en un libro titulado *Poesías*, las composiciones de los dos libros anteriores, más algunas nuevas que habían quedado olvidadas.

LEJANA...

Llueve. Cae la noche mansamente
y el dolor de la sombra clava y pesa...
¡Y esta lluvia angustiosa que no cesa
de gemir en el alma y el ambiente!

Pienso en todo y en nada. Suavemente
siento un vago recuerdo que me besa...
Una esquila solloza su tristeza
y algo pasa aleteando por mi frente...

Temblorosa campana del convento,
tal vez trae tu queja la plegaria
de la que pudo ser y nunca fue.

Tiene humedad de lágrimas el viento,
llanto tal vez de aquella solitaria,
de aquella que me amaba y que no amé.

LA CIUDAD DE LA LUJURIA

(Fragmento) *

Desde lejos la vi, como si ardiera
la Gran Ciudad en una inmensa hoguera.

* La nota es del autor.

Y oí tronar entre el incendio un canto,
que estremeció mi corazón de espanto,

que agudo y loco, en espantoso grito,
llenaba con sus ansias lo infinito;

y agonizaba el lúgubre alarido,
como el aullido de un león herido.

Atrajo la Ciudad mi tardo paso,
bajo el dolor sangriento del ocaso.

Entonces se abrasaron mis arterias
y me helaron los huesos sus miserias.

Y en el cielo, en la tierra, en toda cosa,
sentí la fiebre de una sed rabiosa;

y una llama violenta en las entrañas
de las mujeres al amor extrañas.

Florecían sus senos como rosas,
de sutiles esencias venenosas,

e hinchábanse en estéril primavera
como frutos maduros sus caderas.

El deseo en sus carnes opulentas,
como una garra de pantera hambrienta.

¡Yo las vi retorcerse como furias
bajo el beso mortal de la lujuria,

y abrasadas de un vértigo implacable,
morir en un espasmo inacabable!...

ORACION A LA VIRGEN

Oye nuestro ruego, Madre y Soberana,
míranos con ojos llenos de piedad,
calma los dolores de esta caravana
y alivia la angustia de la Humanidad.

Míranos perdidos en la selva obscura,
sin saber de dónde, ni a dónde llegar,
muertos de cansancio, locos de amargura,
solos y perdidos. ¡Estrella del mar!

Malos enemigos nos envenenaron;
las almas no tienen pureza ni amor;
nuestras esperanzas en polvo rodaron...
¡Ruega por nosotros, Madre del Señor!

La torva lujuria nos besó la boca,
y dejó en el alma su soplo glacial;
tenemos la fiebre que abrasa la roca,
morimos de frío... ¡Vaso espiritual!

Viento de tormenta nos lleva al abismo.
Con ansias de vida vamos a morir.
Somos los verdugos de nosotros mismos.
¡Míranos muriendo, Torre de Marfil!

¡Por tus alegrías y por tus dolores,
por toda la sangre que vertió Jesús,
purifica el alma de nuestros amores,
la que tú nos diste bañada de luz!...

Ruega por tus hijos, pobres y mezquinos,
enfermos, Señora, del mal de vivir...
¡Y pues no supimos andar el camino,
enséñanos cómo se debe morir!...

CANSANCIO

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño,
sonreírle al ensueño del goce y al dolor,
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre el mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella...
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...
Y perderse una noche, como muere una estrella
que ardió millares de años y que nadie la vio.

LOS PIANOS VIEJOS

La canción melancólica de un piano,
por la calle silente y soñadora,
me ha salido al encuentro...
La canción melancólica de un piano.

Una música alegre que solloza;
dolor desesperado de la risa...
—Viene un clamor de multitud que goza,
pasa un rumor de fiestas en la brisa—.

Pienso... Hay una muchacha que suspira,
mientras toca en su piano envejecido,

una pobre muchacha que delira
por un viejo placer desconocido...

¡Oh!, ¡la tristeza negra de estas vidas
estancadas como aguas de laguna!
¡Oh!, ¡las sangrientas ansias escondidas
bajo una palidez como de luna!

* * *

Melancolía de los pianos viejos,
en que tocó la madre en un borroso
tiempo, que endulza todavía el dejo
del primer beso que le dio el esposo...

Piano meditabundo en el que canta
su adiós agónico una juventud;
y entre las dos bujías se levanta,
frío y lustroso, como un ataúd.

¡Sigue llorando, piano viejo! Lloro...
Por la desesperanza de tu dueña;
por el dolor con que a la vida implora
su pobre corazón que ya no sueña.

Juan Manuel Rodríguez

Nació en Valparaíso el 12 de septiembre de 1884 y desde muy joven comenzó a colaborar en la prensa local con producciones en prosa y en verso. La serie de cuadros de costumbres titulada *Aventuras de Usebio Olmos*, firmada con el seudónimo *Juan del Campo*, fue iniciada en la revista *Sucesos*, pero afincó después en *Monos y Monadas*, y sólo fue editada, en parte, en 1913.

En 1910 obtuvo premio por su *Canto a la patria* en los Juegos Florales convocados con ocasión del centenario de la independencia de Chile. En 1912 estrenó la comedia *La silla vacía*, que obtuvo grandes éxitos de crítica y de público, y en 1914, *La nube*.

Vivió el resto de su existencia en Santiago, dedicado a la dirección de la revista *Monos y Monadas*, en la cual dejó dispersa la mayor parte de su producción. Haciendo paréntesis a esas labores, envió su poema en décimas *La cuerda rota* a los Juegos Florales de Chillán, efectuados en 1915, y con él obtuvo el tercer premio.

El único libro de versos de Juan Manuel Rodríguez, *Páginas sentimentales*, se publicó en 1909.

Falleció en Santiago el 5 de marzo de 1917.

A LA INGRATA

Vaga un silencio fúnebre en la estancia;
todo llora en los pliegues de la sombra;
¿de ti?..., ¡sólo me queda una fragancia
y el rumor de tus pasos en la alfombra!

¡Todo está triste!... El piano sin rumores
parece bostezar todo su hastío;
muertas en el balcón tus lindas flores
y aquí, en mi amarga soledad, ¡qué frío!

¡Todo está triste, fúnebre, callado;
todo en jirones por tu loco empeño,
cuando miro tu lecho abandonado
me parece, mi bien, que ha sido un sueño!

¡Todo me habla de ti!, de tu arrebató;
mi cuarto en su abandono infunde miedo;
sobre un montón de cartas tu retrato,
lo quisiera romper..., ¡pero no puedo!

¿Por qué, mi bien, te has ido?... Aún lo ignoro,
¡sólo vislumbro entre flotantes tules,
el resplandor de tu cabello de oro
y tus ojos fantásticos y azules!

¡Y te has ido, mi bien!... Tu fiebre loca
despedazó la flor de mi ternura.

Cuántas palabras crueles en tu boca!
y aquí en mi corazón cuánta amargura!

¡Y te has ido, mi bien!... Cuando se apagan
del crepúsculo triste los reflejos,
cantos de amor en el misterio vagan
que me dicen llorando: ¡está muy lejos!

¡Muy lejos, por mi mal! En tu tristeza
vislumbrastes extraños espejismos,
en tu senda hallarás: ¡cuánta aspereza!,
en tu noche sin fin: ¡cuántos abismos!

¡Vas cantando al amor sin que te abrume
ningún pesar en tu capricho extraño;
muerta la flor, disípase el perfume;
todo placer termina en desengaño!

Sigue cantando siempre en tu camino,
tras el fantasma del placer que rueda;
¡tendrás para tus fiebres: mucho vino,
para tu cuerpo blanco: mucha seda!

Serás reina: ¡tu trono, el precipicio!
¡Sentirás en tus locos embelesos,
sobre tu boca ajada por el vicio,
esa mancha infamante de los besos!

Volverás, bien lo sé, cuando cansada
sientas crecer tu soledad aprisa,
en tus ojos: ¡qué triste la mirada!,
en tus labios: ¡qué amarga la sonrisa!

Entonces verteré todo el veneno
de mi amargura en tus malditas galas,
¡pobre lirio marchito sobre el cieno!,
¡pobre paloma que manchó sus alas!

Y sentirás en tu nocturna calma,
rodando gota o gota, el llanto ardiente,
¡qué soledad!, ¡qué frío habrá en tu alma!
¡y cuánta palidez sobre tu frente!

Vendrás de tu pasión, triste y cobarde,
a brindarme el despojo ajado y yerto,
y entonces te diré: ¡ya todo es tarde!,
no tengo corazón: ¡tu amor ha muerto!

SURSUM

Lanza el reptil oculto su veneno
en la charca sin fin en que resbalas,
para pasar sin mancha sobre el cieno
despliega el abanico de tus alas.

¡No tiembles!... ¡Desprecia el desaliento,
desecha ese pesar que te consume;
troncha la flor la ráfaga de viento,
pero se impregna toda de perfume!

Sobre el cristal de tu conciencia bella
arrojan la calumnia, ¡todo en vano!...
¡Cuando florece en el azul la estrella
se refleja más pura en el pantano!

No tiembles ante el roce de la escoria,
deja que el vulgo su furor desate:
¡para sentir el beso de la gloria
hay que templar el alma en el combate!

Y no temas la sangre de tu herida,
lucha serena con tu amarga suerte:
es combate tan breve el de la vida,
es un sueño tan largo el de la muerte.

A UNA VECINA

Ven, muchachita divina,
y mata mi esplín sombrío;
ven a alegrarme, amor mío,
con tu charla femenina

de amores y galanteos,
de protestas y ternuras,
de alegrías y amarguras,
de esperanzas y deseos.

Ya estoy de tristezas harto,
y si vienes, mi hechicera,
se inunda de primavera
la soledad de mi cuarto.

¡Quisiera verte! Me asombras
con esas trenzas oscuras
que derraman sus negruras
como cascadas de sombras.

Tú sabes que eres la maga
que endulzas mi pena negra,
que tu mirada me alegra,
que tu sonrisa me embriaga.

Quiero sentir en mi hombro
tu manita blanca y fina,
oir tu risa argentina
y ver la explosión de asombro

que haces cuando en mi mesa
revuelves todos mis versos,
y finges gestos perversos
con tu boca de princesa.

Cuando al reír como loca
me llamas tú "mi poeta",
mientras me brindas coqueta
las fragancias de tu boca.

Luego me hablas de tus flores,
y, al prodigar tus abrazos,

en mi cuello son tus brazos
como dos lazos traidores.

Cantas una aria sentida,
recitas versos galantes,
rompes nerviosa los guantes
simulándote ofendida.

Hasta que al ver tus enojos,
siempre en mi afán de adorarte,
concluyo al fin por besarte
en los labios y en los ojos.

De codos en la ventana
esperándote, amor mío,
solitario con mi hastío
en esta alegre mañana,

creo sentir de tu paso
el encanto misterioso,
en el frú frú delicioso
de tus enaguas de raso.

Ven, muchachita, que espero
con ansia impaciente y loca,
ven a endulzar con tu boca
los labios de un prisionero

que está de tristezas harto,
que al ver tu cara hechicera,
siente que la primavera
inunda todo su cuarto.

Ven a cantar tus amores
con esos labios perversos,
yo rimaré muchos versos,
tú me darás muchas flores.

Y aquí nuestras almas bellas
tenderán juntas el vuelo
buscando el azul del cielo
para besar las estrellas.

MAÑANA DE SOL

Para Horacio Olivos y Carrasco.

Mañanita de mi aldea,
mañanita que me encantas,
que perfumas y hermo seas
mi jardín de rosas blancas.

En la torre de la iglesia,
mientras duermen las campanas,
se prodigan las palomas
las caricias de sus alas.

Desde lejos me parecen
que son novias ataviadas
que estuvieran esperando
al esposo de sus almas.
Campanero, campanero,
toca, toca las campanas;
todo ríe en el ambiente
con el sol de la mañana;
que se asusten las palomas,
que se escapen en bandadas,
que semejen sobre el cielo
rosas blancas deshojadas
que cayeran una a una
prodigando sus fragancias,
derramando su alegría
en la noche de las almas.
Campanero, campanero,
toca, toca las campanas.

* * *

Mañanita siempre triste,
mañanita siempre helada
que marchitas con tu pena
el rosal de mi esperanza.

LA CUERDA ROTA

Sonó la vieja guitarra,
y al escuchar su gemido
por el tronco retorcido
subió un temblor a la parra;
calló pronto una chicharra
que cantaba en un peral,
y el aire sentimental
de aquel canto lastimero
se unió al ruido del estero
que corre bajo el sauzal.

Era un aire peregrino
con el sabor de la tierra,
que en sus lamentos encierra
el alma del campesino.
Mitad llanto, mitad trino,
se escapaba del cordaje,
y era su acento salvaje
allá en la selva vecina,
como un jirón de neblina
que se enreda en el ramaje.

Era un amargo lamento
de los amores perdidos,
por los jardines floridos
iba suspirando el viento.
Junto al rancho ceniciento

En mi pecho está el santuario
con la imagen de la amada,
las palomas son mis versos
que acarician con sus alas.
Desde lejos me parecen
que son novias con mortajas
que estuvieran esperando
que la muerte las besara.

Campanero de mi vida
toca, toca las campanas,
que despiertan las palomas
de mis pobres rimas blancas,
que se asusten con el bronce,
que se escapen en bandadas,
que semejen sobre el cielo
todo azul de mi esperanza,
rosas níveas que cayeran
por la brisa deshojadas
derramando la armonía
celestial de sus palabras
en la noche interminable
del misterio de las almas.
¡Campanero de mi vida,
toca, toca las campanas!

que el sol de lleno ilumina,
en la copa de una encina,
como caída del cielo,
cortando de pronto el vuelo,
se posó una golondrina.

¿Qué decía esa canción?
La golondrina escuchaba
y su plumaje temblaba
lo mismo que un corazón.
Sentado bajo el parrón,
junto a su perro, un anciano,
con una jarra en la mano
donde tentaba el alcohol,
miraba un rayo de sol
sumergido en un pantano.

Con los ojos entornados
en su corazón veía,
como en una lejanía,
los amoríos pasados.
Los caminos empolvados,
el trigo rubio en la era,
la guitarra vocinglera,
y esperando en el sendero,
hermosa como un lucero,
la muchacha en la tranquera...

Y allá lejos los rosales
donde se dieron un beso,
la cita en el bosque espeso
que forman los naranjales.
Y aquellos rudos zarzales
donde un día, como un león,
sin mediar provocación,
en el pecho del rival
hundió con rabia el puñal
partiéndole el corazón.

Las notas de la tonada
lloraban en el sauzal,
como si fuera el raudal
de una fuente desbordada.
Al perderse en la enramada,
los sollozos comprimidos
iban dejando prendidos
en las ramas un temblor,
mientras gemían de amor
los pájaros en los nidos.

Un gañán, un pobre arriero,
mirando la polvareda
que dejaba en la alameda
el ganado de un vaquero,
detuvo su pingo overo
a la sombra del cercado,
y al oír emocionado
aquel cantar que era un ruego
una lágrima de fuego
surgió su rostro bronceado.

El bien sabía esas penas
que saben decir amor,
cuando hay en la tierra olor
a claveles y verbenas,
que recuerdan noches buenas
alegres y bulliciosas,
cuando se entreabren las rosas
y se calla la enramada
y en la noche perfumada,
se duermen las mariposas;

cuando al clarear la mañana
se despierta el valle al son
del viejo y ronco esquilón
de la parroquia aldeana;
cuando se tiñe de grana
el bosque verde y sombrío,
y va rezongando el río
todo bordado de espuma
y hay flores entre la bruma
empapadas de rocío;

cuando va la campesina
por el sendero escarchado
y azulea su peinado

como ala de golondrina,
y con la voz argentina
de su garganta sonora
su triste canción desflora,
y en el monte adormecido
al revolar su vestido
parece flor de la aurora;

cuando en la penumbra incierta
del viejo rancho pajizo
como visión, de improviso,
aparecía en la puerta
su novia, que está ya muerta,
y encendida de rubores
le daba un ramo de flores
que olían a hierbabuena
y en la mañana serena
le platicaba de amores.

El viejo perro pastor
que en silencio le acompaña
bien recuerda en la montaña
aquella cita de amor.
El recuerda aquel dolor
que juntos han compartido
viendo a su amo entristecido,
y al escuchar ese canto,
él acompaña su llanto
lanzando al aire un ladrido.

Y mira hacia arriba, al cerro,
cuando al llegar a la cresta
con el ataúd a cuesta
le seguía en el entierro.
Lloraba su alma de perro
y al subir la cuesta larga
con aquella triste carga,
iban pensando en la vida
miserable y dolorida,
tan amarga..., tan amarga...

La muchacha su canción,
a la sombra de la parra,
arrancaba a la guitarra
con temblores de emoción.
Soñaba su corazón
con ese viejo querer
que se fue un atardecer...
y al pensar que no volvía
la guitarra parecía
llorar como una mujer.

Y al terminar la tonada,
al dar la última nota,
se quedó una cuerda rota
bajo la mano angustiada.
Lo mismo que puñalada

de aquella cuerda el chasquido
en su corazón herido
con dolor repercutió...
después la pobre vertió
su llanto sobre el olvido.

Recuerda, fue en primavera,
un adiós terrible y fiero,
se separó en el estero
y tomó la carretera.
Iba a una salitrera,
con rumbos desconocidos,
y en sollozos comprimidos
le dijo: "Piensa, mi bien,
que volveré cuando estén
todos los huertos floridos".

Siempre que le hinca su garra
la pena en el corazón,

brotó la triste canción
del alma de la guitarra.
Bien sabe la vieja parra
el penar de su alma en flor;
se retuerce con dolor,
porque siente en su tristeza
que al irse ya no regresa
¡eso que llaman amor!

¿Quién acaso no ha sentido
vibrar como una guitarra
cuando en silencio desgarró
al corazón el olvido?
Sus fibras habrán gemido
con el más extraño son
y al rugir de la pasión,
antes que el eco se pierda,
salta de pronto una cuerda
y enmudece el corazón!

Gustavo Mora Pinochet

Nació en Concepción en 1885. Dotado de singular facilidad para versificar, fue durante algunos años el colaborador predilecto de toda suerte de publicaciones literarias, y se distinguió asimismo como traductor por las versiones que hizo de Olindo Guerrini (*Stecchetti*), Leopardi, Carducci, Ada Negri y otros autores.

Falleció en Santiago en 1915.

Obras:

Melancolías, Santiago, 1909.

Rimas de Stecchetti (traducciones), Santiago, 1909.

De mi vergel, Santiago, 1910.

Poetas italianos (traducciones), Santiago, 1911.

LOS POETAS •

(TRADUCCION DE STECCHETTI.)

Sentimos el furor de la bacante,
el éxtasis de los anacoretas,
empujamos el mundo hacia adelante,
mártires somos y también profetas...

Hablando con la flor y el astro errante,
nos muestra Amor sus páginas secretas,
del corazón el himno resonante
comprendemos tan sólo los poetas...

¡Turbas de negociantes engañosas
que en la humana miseria hacéis la venta,
no explotamos nosotros esas cosas!

De este mundo en la férvida tormenta
¿quién culpa a aquél que prefirió las rosas
a las velas, la papa y la pimienta?...

REMEMBRANZA

¿Se acordará de mí, cual la recuerdo,
esa hermosa mujer que en mi alborada
rió conmigo la primera risa
y conmigo lloró la primer lágrima?

Allá en sus horas de tristeza y sombra
¿volverá hacia el pasado sus miradas
y, entre sus sueños, de la edad primera
recordará ese amor que aroma mi alma?

¡Qué alegre allá en el puerto de la vida
pintaba el nimbo de oro la alborada,
cuando amor nos llevó sobre las ondas
en su barca de flores y guirnaldas!

¡Qué blancas cabriteaban las espumas
que en las ondas el viento desfloraba!
¡Qué suave daba el aire en las mejillas!
¡Cómo, cantando amores, iba el alma!

¿Recordará esos días de ventura?
¿Recordará la ya lejana playa,
cual yo recuerdo esos amores hondos
que dulcemente devoraban mi alma?

Sólo sé que en mis sueños siempre veo
sus hermosas pupilas de esmeralda,
dulces y graves cual mirar solían
en horas de pasión y de esperanza.

Sólo sé que yo vivo de esos sueños,
que esas dichas me cuestan muchas lágrimas,
y que nunca un dolor más suavemente
se ha apoderado y se adueñó de mi alma.

COSAS IDAS...

¿Por qué tantas arrugas en tu frente?
¿Por qué ese amargo sello de tristeza?
¿Por qué a menudo, en actitud doliente,
inclinás a la tierra la cabeza?

¿Por qué muere en tus labios la sonrisa
y se apaga en tus ojos la alegría?
¿Por qué cubre tu faz esa enfermiza
palidez de mortal melancolía?

¿Por qué cruzas la tierra indiferente
en eterno monólogo con tu alma?
¿De tu ternura se secó la fuente?
¿Pesar horrendo te robó la calma?

¿No te conmueve el esplendor glorioso
de esta mañana ideal de primavera,
y del bosque el susurro rumoroso
y los aromas mil de la pradera?

Mira, el arroyo, con murmullo suave,
juguetearando en el césped se desliza;
escucha cómo trina alegre el ave,
cuál gime entre los árboles la brisa...

¡Comprendo tus congojas, bella niña,
leo en tus ojos las ocultas penas:
yo recorrí también esta campiña
en tardes apacibles y serenas!

Llorando a solas, como tú, doliente
víctima de amorosos desengaños...
¡primer dolor que ensombreció mi frente!,
¡contaba entonces apenas dieciocho años!...

¡Las lágrimas que viertes son muy bellas,
el llanto de tus ojos es bendito!
En mis noches sin luna y sin estrellas,
de mi vida en el páramo infinito,

cómo envidio el rocío silencioso
que humedece tu pálida mejilla,
emblema ideal de un sentimiento hermoso
que ya en mi ajado corazón no brilla.

¡Llora, niña inocente!, ¡qué no diera
por sufrir esos dulces desengaños
y recorrer doliente la pradera
cual de mi infancia en los felices años!...

EL COPIHUE BLANCO

Para Antonio Orrego Barros

Dijo tu labio hechicero,
"un copihue blanco quiero
para adornar mi vestido"...
Y entre los robles perdido
la flor busqué el día entero.

Oculto entre la enramada
de quilas y de arrayanes,
en una cuesta escarpada,
encontré lo que mi amada
me pedía en sus afanes.

Del monte en que ella crecía
a los peligros ajeno,
cogí la flor; y aquel día
la llevó la dueña mía
sobre el delicado seno.

Y en la noche, junto al fuego,
del solitario salón
en el plácido sosiego,
cuando oyó el sincero ruego
de mi amante corazón.

Y cuando sus bellos ojos
me confiaron su cariño
de la flor de sus antojos
esos pétalos de armiño
miré teñirse de rojos.

¡La llama que ardió en su pecho
incendió la blanca flor!...
¡Rodó el copihue deshecho,
mientras en abrazo estrecho
nos unió un beso de amor!

¡NOCHE!...

(Era una notte come questa, e il vento...)

Noche como ésta, tempestuosa y fría
cuya memoria siempre está despierta:
el aquilón rugiente remecía
de mi vivienda la cerrada puerta.

Todo obscuro... Los cielos inclementes
de lluvia hacían torrencial derroche;
con voces apagadas y dolientes
la campana anunció la medianoche.

¡Te alejabas por siempre de mi lado!...
Y las revueltas sábanas del lecho
mordía con furor reconcentrado,
bajo el dolor que me rompía el pecho.

Se agitaba mi cuerpo estremecido,
entre las garras de mi pena opreso...
¡Despreciativa y cruel te habías ido
sin darme del ¡adiós! el dulce beso!

No he gozado después de tu presencia;
tu vida ha sido para mí un misterio...;
tal vez en el rodar de la existencia
habrás caído ya en el vituperio.

Y en este mismo instante, desdichada,
alma de niño con cabeza loca,
aguardas en impúdica morada
quien compre un beso de tu dulce boca.

Quizá en el seno de la madre tierra,
cubierta de silvestre mejorana,
en paz descanses de la humana guerra
bajo el amparo de la cruz cristiana...

Quizás —y es este amargo pensamiento
el que con más crueldades me tortura—
de otro amor, en un plácido contento,
te abandones, ingrata, a la ternura;

sin recordar ahora tu pasado,
cariñosa al besar con labio pío,
al grato amparo de un hogar honrado,
los hijos de un amor que no es el mío...

He esperado que el tiempo, ideal beleño
del dolor, el olvido me trajera...
Y todo ha sido en vano. Hoy en el sueño
de la muerte dormida te quisiera...

Y como recordar los que se han ido
es dulce, dije entonces a mi alma:
olvida con piedad cuánto has sufrido,
¡la ingrata goza de la eterna calma!

Todo inútil me ha sido... Aquella noche
abrió en mi corazón sangrienta herida,
y por ella escapáronse en derroche
las tiernas ilusiones de mi vida.

De entonces, encerrado en mis dolores,
maldigo la existencia, odio la tierra,
abomino del sol y sus fulgores,
y nada espero en la mundana guerra.

Por el mundo he rodado indiferente,
sangrando siempre la secreta herida,
y el pesar empañó mi tersa frente
desde el instante cruel de tu partida.

¡Y has partido por siempre! Mas, si siento
turbar la lluvia el sepulcral reposo
de la noche, y sonar la voz del viento
como un grito lejano y angustioso,

conteniendo el latido de mi pecho
levanto mi cabeza de la almohada,
y escucho, acurrucado sobre el lecho,
las voces de la noche desolada.

Y adormecido aún, veo en mi mente
tu blanca forma ideal, y tu sedño
cabello suelto sobre la alba frente,
en las alas rosadas de mi ensueño.

Se cierran mis heridas un instante,
renace en mi alma enferma la alegría,
y en mi delirio de rendido amante
me parece esperarte todavía...

Puede olvidar mi mente lo pasado,
pero mi carne no tus dulces besos,
los misterios de amor que te he enseñado
en las noches de alegres embelesos.

La voluptuosidad dulce y secreta,
las horas de caricias sin agravios,

la inspiración ardiente que el poeta
bebió en la fuente de tus rojos labios.

.....
¡Ay!, del grato sopor salgo en seguida
y la verdad atroz contemplo entera,
para siempre al sentir desvanecida
la bella flor de mi pasión primera.

Alzo los brazos en la noche oscura,
recorre el cuarto mi desnuda planta,
quiero llamarla con sin par dulzura
y el llanto me hace un nudo en la garganta.

¡Y no puedo llorar! Dios de mi infancia,
que en hora de dolor nos separaste,
¿por qué me niegas la ideal fragancia
de esa fuente gentil que en mí secaste?

Hacedme de una lágrima siquiera
la gracia; ya la angustia me devora...
¡Si el precio de llorar la muerte fuera,
enviádmela, Dios mío, sin demora!

Pedro Prado

Nació en Santiago el 8 de octubre de 1886. Hizo los estudios de humanidades en el Instituto Nacional y en seguida estudió arquitectura, profesión que con algunas intermitencias ejerció hasta los últimos años de su vida. Siendo estudiante comenzó su carrera literaria en *Zig-Zag*, 1906, y en otros periódicos, entre los cuales cabe citar la *Revista Contemporánea*, de corta existencia, que fundó en 1910. Salió de Chile por primera vez en 1912 como delegado de la juventud chilena al Congreso de Estudiantes de Lima.

Organizó la cofradía literaria *Los Diez*, que no tuvo estatutos ni ceremonias y a la cual se incorporaban poetas, pintores y músicos, novelistas y cuentistas, sin que se les exigiera otra cosa que buen humor y labor de calidad. Esta corporación *sui generis* publicó en 1916 una revista —*Los Diez*— y organizó exposiciones de pintura en las cuales figuraron a veces obras del propio Prado, que era pintor en horas perdidas.

Fue director de la Escuela de Bellas Artes y ministro de Chile en Colombia, con residencia en Bogotá (1927-8). En varios viajes conoció casi todos los extremos de Chile y las repúblicas vecinas, Bolivia y Argentina principalmente. En 1935 emprendió un largo viaje por Europa por motivos de salud.

La Embajada de Italia en Chile le galardonó con el Premio Academia

de Roma, en 1935. En 1949 recibió el Premio Nacional de Literatura. En las dos ocasiones hubo de pronunciar, al recibir aquellas recompensas, discursos que contienen informaciones autobiográficas de mucho peso.

Falleció en Viña del Mar el 31 de enero de 1952.

Obras:

Flores de cardo. Santiago. 1908. *La casa abandonada*. Parábolas y pequeños ensayos. Santiago. 1912. *El llamado del mundo*. Santiago. 1913. *La Reina de Rapa Nui*. Novela. Santiago. 1914. *Los Diez*. Santiago. 1915. *Los pájaros errantes*. Santiago. 1915. *Ensayos sobre la arquitectura y la poesía*. Santiago. 1916. *Las copas*. Buenos Aires. 1919. *Alsino*. Novela. Santiago. 1920. *Karez - i - Rosban* (en colaboración con Antonio Castro Leal). Santiago. 1921. *Poemas en prosa*. México. 1923. *Un juez rural*. Novela. Santiago. 1924. *Androvar*. Poema dramático. Santiago. 1925. *Camino de las horas*. Sonetos libres. Santiago. 1934. *Otoño en las dunas*. Santiago. 1940. *Esta bella ciudad envenenada*. Santiago. 1945. *No más que una rosa*. Buenos Aires. 1946. *Las estancias del amor*. Antología. Santiago. 1949. *Viejos poemas inéditos*. Santiago. 1949.

Referencias:

Armando Donoso: *La otra América*. Madrid. 1925. Raúl Silva Castro: *Retos literarios*. Santiago. 1932. Arturo Torres Riosco: *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago. 1939. Bernardo Cruz A.: *Veinte poetas chilenos*. San Felipe. 1948. Raúl Silva Castro: *Pedro Prado, Premio Nacional de Literatura*. Santiago. 1949. Julio Arriagada Augier y Hugo Goldsack: *Pedro Prado, un clásico de América*. Santiago. 1952.

VIEJAS DE LOS CAMINOS

¡Viejas de los caminos!
¡Sombras del despoblado!
Canes entecos siguen
sus trotecillos tardos...

Rinden a sus cabezas
vides en haces secos;
¡restos de viejos vinos
pesan como recuerdos!

Polvo tras ellas se alza,
va cubriéndolas enteras,

tierra que miden, tiene
prisa de que se mueran.

Viento que acude, piensa;
ramas que están tronchadas;
canes las desconocen,
pliegan la piel y ladran.

¡Polvo tras los viajeros!,
¡haces que fueron vino!
¡Trota que trotarás,
viejas de los caminos!...

CONVALECIENTE

Convaleciente, con mi herida abierta,
recibo el sol en lánguido desgano;
clama una voz en la mansión desierta,
y el eco débil la devuelve en vano.

Atruenan golpes la cerrada puerta
y los dejo sonar, y no me afano;
ya vuelve aquella voz, y queda alerta;
retornan golpes de invisible mano.

No espero ni deseo compañía;
no sonrio anhelante ni desdengo;
se mece mi alma, sin saber, vacía;

no vivo en la vigilia ni en el sueño.
Me veo de mí mismo tan lejano,
que no me busco; ¡buscaría en vano!

ERES TODA LA ESCALA...

Eres toda la escala y melodía,
el enlace de vidas musicales:
eres hija y amiga, hermana mía,
y esposa con dulzuras maternas.

Todo el gran prisma del amor resumes:
mujeres y mujeres tú escondías;
de cánticos, matices y perfumes
siempre llenas mis noches y mis días.

Te amo, porque eres dulce y eres grave;
por ese tu trabajo en alegría,
y porque, como aquel que todo sabe,

sin preguntar tu corazón sufría.
Trinidad sin posible semejanza,
¡oh, mi ayer, mi presente y mi esperanza!

TANTO FUISTE DESEO...

Tanto fuiste deseo, y hoy, recuerdo;
tan ligera pasaras por mi lado,
que dudo sin saber si te he alcanzado,
pues te alcanzo en el sitio en que te pierdo.

Carne de ensueño y alma de sonrisa,
mujer, entre mujeres ilusoria;
en tu día fugaz, cabe mi historia;
como una estrella, mi alma te divisa.

Tú cruzaste, dejando las miradas
de tus ojos mortales, desprendidas,
y, engañado, mi amor cree encendidas

esas luces de estrellas apagadas.
En luminosa irrealidad perenne,
tu amor, ya muerto, siempre viene y viene.

CUANDO LLEGUE A SU TERMINO...

Cuando llegue a su término mi historia
y contemple el extenso panorama,
desierto lo veré de breve fama
que ya nadie retiene en su memoria.

Mi orgulloso saber, ya sin objeto,
y sin sentido, inútil, mi riqueza;
de todo cuanto fui, sólo sujeto
a la fidelidad de mi tristeza.

Mi luz extinta en el amor perdido,
los amigos lejanos y dispersos,
y otoño que se inicia, irán mis versos

cayendo hacia la sombra y el olvido.
Desnudo ante el misterio que ya empieza,
tendré sólo a mi lado la tristeza.

NINGUN DOLOR...

Ningún dolor te cuesta esa belleza;
nada esa clara luz que de ti fluye;
cuanto llevas, adquiere tu pureza;
amedrentado como sombra huye

el pensamiento bajo, que enmudece.
Toda tristeza esboza una sonrisa;
en todo pecho Amor se exalta y crece;
los corazones laten más aprisa.

Y tú lo ignoras; asombrada miras
el estupor que nace cuando llegas;
sonríes, callas, pasas y suspiras,

y a las miradas ávidas te entregas.
El impalpable roce te querella,
y en ansiedad de ausencia estás más bella.

LAS NUBES...

Las nubes de opulenta arquitectura,
que el cielo del otoño, azul, decoran,
son cambiantes castillos donde moran
imposibles anhelos de ventura.

Inmensas moles, sin igual blancura,
solemnnes torres que en el sol se doran,
inefables matices que coloran
altos valles, azules de dulzura,

a vosotras eleva el peregrino
sus ojos de la tierra fatigados,
bregando por hallar algún camino

que vaya, entre esos montes extasiados,
al castillo de ensueños donde vive
la imposible ventura que concibe.

LA ROSA BLANCA

La flor secreta de un amor escondo
en el obscuro pozo de mi vida;
es una rosa blanca suspendida
en agua de tiniebla, en lo más hondo.

A su silencio, con dolor respondo;
cae en ella mi lágrima perdida;
la rosa del amor queda encendida
refulgiendo purísima en el fondo.

Nadie la escucha, pero canta suave;
nadie la observa, pero brilla pura.
Como el reflejo del volar de un ave

hasta la estrella de la noche oscura
baja a mi pozo, y por mi rosa sabe
beber belleza en aguas de amargura.

LA ROSA REVELADA

Si tú supieras lo que buscas tanto,
si no ignorase lo que tanto anhelo,
ni tú tendrías desespero y llanto
ni yo dudara del azul del cielo.

Los dos sentimos que nos cubre un velo;
pero ahora ese velo si levanto,
ambos sabemos que termina el duelo
ante un misterio prodigioso y santo.

Algo agoniza, y al morir transido,
surge de la invisible sepultura
la rosa del amor que, hacia el olvido,

en el eterno olvido siempre dura.
Más allá del amor hemos vivido,
allí donde el amor se transfigura.

NADIE ESCOGE SU AMOR...

Nadie escoge su amor, nadie el momento,
ni el sitio, ni la edad, ni la persona;
goce divino que dará en tormento,
caricia que nos hiere y que se encona.

Como al convaleciente, me emociona
el sol, la tierra, el invisible viento.
Desatada locura es mi tormento,
todo bendigo y todo me perdona.

¡Ay!, goza, corazón, goza a tu amaño,
de la boca, del cuerpo y del cabello.
Sólo un instante nuestro amor es bello:

después declina para nuestro daño.
Lo quisimos eterno, y es engaño
que apenas si fulgura su destello.

Julio Munizaga Ossandón

Nació en Vicuña el 11 de julio de 1888. Hizo estudios secundarios en el Liceo de La Serena, y siendo apenas estudiante colaboró en *Penumbras*, 1907, periódico literario que también dirigió. En 1911 fijó su residencia en Santiago, para proseguir los estudios de leyes, a los cuales dio cima en 1915 con el título de abogado. Antes había publicado ya su único libro, *Las rutas ilusorias*, 1914, que fue celebrado por la crítica.

Establecido finalmente en Punta Arenas, en donde ejerció la profesión de abogado, falleció en noviembre de 1924.

ORACION INICIAL

¡Yo que quise ser bueno
y soñar al abrigo de tu seno!
¡Yo que llegué a tu lado
lleno de un santo horror hacia el pecado!
¡Y que en ese cariño
puse la blanca ingenuidad de un niño!
¡Yo que te quise tanto
y que mezclé mi llanto con tu llanto!
Por los pecados nuestros,
cruels, sombríos, hondos y siniestros...
Oremos por las almas pecadoras
y por nuestras flaquezas vencedoras...

Oremos por los lúbricos incendios
de nuestra carne, flor de vilipendios.
Oremos por la santa comunión
de la finalidad de la pasión.
Oremos sobre el fúnebre ataúd
de nuestra dulce muerte: ¡la virtud!
¡Oremos, sobre nuestros desengaños
por el gran crimen de tener veinte años!
¡Oremos por nuestra alma, que está herida
por la ley canallesca de la vida!
¡Y oremos por la angustia del pasado,
y por la dicha cruel de haber pecado!...

INGENUA

Teníamos quince años, nos amábamos, y era
una mañana azul de primavera.

En el jardín sonriente, sobre los viejos bancos,
engarzábamos nuestros sueños blancos...

Cruzaban el ambiente vuelos de mariposas
fingiendo alados pétalos de rosas.

Y había en el jardín perfumado y sonoro
glorias de luz e incendios de oro...

Ella, vibrante y llena de una ansiedad secreta,
clavaba en mí sus ojos de violeta.

Y sentía inundarse su núbil alma en flor
de una dulce embriaguez interior...

Yo la miraba entonces con tímida mirada,
yo la miraba sin decirle nada...

Y temblábamos juntos, como embriagados con
el ansia de esa muda adoración.

Eran murmullos de alma, secretas vibraciones:
¡el grito mudo de los corazones!

Era el dulce soñar, era el hondo reclamo
de las almas que no osan musitar el ¡yo te amo!

Sobre los viejos bancos, en el jardín en flor,
engarzábamos blancos sueños de amor...

¡Oh la ingenua dulzura de esa pasión tan pura,
toda ilusión, toda ternura!

¡Oh el inmortal encanto de ese inmortal cariño
que hizo temblar mi corazón de niño!...

En el jardín sonoro, sobre los viejos bancos,
volaban al azur nuestros sueños blancos...

¡Y seguíamos mudos, con el alma embriagada,
sin decirnos nada, sin decirnos nada!...

¡Teníamos quince años, nos amábamos, y era
una mañana azul de primavera!

BALADA DE LA AUSENCIA

Te evoco en la agonía de la tarde serena,
te presiento en la suave dulzura de las cosas,
y cuando tu recuerdo me posee y me llena,
mi soledad parece perfumada de rosas.

Te sueño como un lirio que de amor se consume,
como ninguna suave, triste como ninguna,
y parece que tu alma cruza como un perfume
por mi jardín bañado de silencio y de luna...

Hay en tu alma como una sagrada primavera
que me aroma de fe, que me hace humilde y bueno:
¡tu amor, que en sus raudales inundó mi alma entera,
como un rayo de sol purificó mi cieno!

Tú presides mis ansias, mis dudas, mis tristezas,
y unges con tu ternura mis dolientes saudades.
En horas de nostalgia te rezo mis ternezas
y te invoco y te llamo desde mis soledades.

Te llevo en mis pupilas, nunca de mí te apartas,
y te recito versos, los que tú más quisiste...
Junto a mí tu retrato, tus rizos y tus cartas
me hablan con su lenguaje profundamente triste.

Tu recuerdo perfuma mi juventud, herida
por absurdas quimeras amargadas de llanto.
¡Aquella tarde triste de nuestra despedida
te dijeron mis ojos que te quería tanto!

Primavera de amor, tú llegaste a mis granjas
y me hiciste la vida más amable y más bella:
por ti amo los románticos crepúsculos naranjas
y por ti me emociona el temblor de una estrella...

Y al sentirte tan lejos te amo más todavía
y en un halo de gloria fulguras en mi mente,
y al pensar, ¡oh imposible! que nunca has de ser mía,
me abrazo a tu recuerdo desesperadamente.

SERRANA

Serranita, serranita
que despiertas con el alba,
tienes aromas de malva
en tu frescura exquisita.
Bajo tu carne que grita
tu alma perfumada sueña,
y cuando tu voz sedena
desciende por los faldeos,
eres un ave zahareña
que se desgrana en gorjeos.

Puestas las manos en jarras
cantas tu canción de amores,
mientras van los podadores
desmelenando las parras.
¡Vocalizan las cigarras
sobre los viejos espinos,
y bostezan los caminos
bajo el sol que vierte sus
fulgores adamantinos
como una gran flor de luz!

Canta, serranita, canta
tu dolor por los caminos,
y desparrame sus trinos
la alondra de tu garganta.
¡Desde el confín se levanta
un himno armonioso y lento.
y cruza en alas del viento
por la tierra estremecida,
el glorioso llamamiento
de la sangre y de la vida!

Cuando atraviesas los prados
olorosos a verbena,
viertes la gracia serena
de los lirios intocados.
Como pétalos rosados
son tus desnudos talones,
y ante el deleite que pones
en tus arqueos sensuales,
brotan malas intenciones
y se cruzan los puñales...

Por tu ardiente corazón
sangre criolla circula;
tu boca incita a la gula
como una fruta en sazón.
La divina floración
de tus carnes luminosas
finge un milagro de rosas
sobre las sendas floridas,
y hace soñar con gloriosas
dulzuras desconocidas.

Pero tú, siempre discreta,
tus sueños de amor ocultas
y en tu corazón sepultas
toda tu ansiedad secreta.
¡Como una obsesión te inquieta
el recuerdo dolorido
de aquel galán atrevido
que llegó a ti traicionero
y te dijo algo al oído
bajo el árbol del sendero!...

Gabriela Mistral

Lucila Godoy Alcayaga, conocida más adelante sólo por su seudónimo literario *Gabriela Mistral*, nació en Vicuña, provincia de Coquimbo, el 6 de abril de 1889. Inclínada desde muy joven al magisterio, fue profesora ayudante en una escuela primaria de La Compañía, a corta distancia de La Serena, y después de servir otros cargos en localidades de la misma provincia, quedó promovida en 1912 al Liceo de Niñas de Los Andes, donde permaneció hasta 1918. En este período escribió la mayor parte de la producción poética recopilada en *Desolación* y no pocas otras composiciones que jamás han sido recogidas en libro. También de ese entonces procede su revelación ante el

público. Los Juegos Florales celebrados en Santiago y que culminaron con la lectura de las obras premiadas en una velada que se llevó a cabo en el Teatro Municipal el 22 de diciembre de 1914, la hicieron conocida por sus tres *Sonetos de la Muerte*, galardonados con la flor natural y con una medalla de oro, obsequio de la Municipalidad de la capital. Por ese mismo tiempo colaboraba en diversas revistas literarias y diarios de Santiago y de otras ciudades, empleando ya exclusivamente el seudónimo que adquirió mundial resonancia.

Siguiendo la carrera docente, fue en seguida directora de los liceos femeninos de Punta Arenas (1918-20), Temuco (1920) y Santiago (1921), donde se le encargó inaugurar los cursos de un nuevo establecimiento que hoy lleva su nombre. En 1921 el Secretario de Educación Pública de México, don José Vasconcelos, que la había conocido en su viaje por Chile, le extendió invitación oficial para ir a su país a conocer la reforma educacional que estaba en proyecto. Partió en junio de 1922, conservando los cargos que ocupaba en Chile y designada en comisión oficial de estudio por el gobierno. Coincidiendo con esta invitación, el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia, Nueva York, publicó el libro *Desolación*, que divulgó desde entonces ampliamente el nombre de la autora en el mundo de lengua española. En 1924 salía de México rumbo a los Estados Unidos y en seguida extendía su viaje a Europa.

Dos años después fue nuevamente a Europa para desempeñar el cargo de representante de Chile ante el Instituto de Cooperación Intelectual, con sede en París. De 1929 a 1931 volvió a los Estados Unidos, donde dio clases y conferencias, y viajó además por diversas naciones de Centroamérica y de las Antillas. En 1932 por ley especial fue incorporada al servicio consular de Chile, con residencia sucesivamente en Nápoles, Madrid y Lisboa. En 1938 volvió a su patria, pero por muy poco tiempo, ya que optó pronto por entrar a servir el consulado en Niza. En el mismo servicio consular pasó en fin al Brasil en 1940, y allí estaba cuando, en noviembre de 1945, fue señalada con el Premio Nóbel de Literatura, que por primera vez se extendía a un escritor americano de lengua española. Viajó a Estocolmo con el objeto de asistir a la ceremonia de la entrega del Premio, y en seguida se dirigió a Los Angeles, Estados Unidos, a servir el cargo de cónsul, que podía establecer en donde le conviniera.

Su último viaje a Chile, que fue una real apoteosis, se llevó a cabo en el mes de marzo de 1955, y comprendió actos públicos en Santiago, en Vicuña, su ciudad natal, y en otras poblaciones que la acogieron triunfalmente. Después se volvió a los Estados Unidos y vivió hasta el fin en Roslyn, Long Island.

Falleció al cabo de larga agonía el 10 de enero de 1957 en el hospital de Hampstead, Long Island, a donde había sido trasladada algunos días antes.

CREDO

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado:
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
recién nacido.

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.
Creo en mi corazón, siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón, en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡lo tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!

BALADA

El pasó con otra
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrà cielos dulces.
(Dios quiere callar.)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir

arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: —“Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor.”

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

COPLAS

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡Boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!

¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

¡Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!

¡Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la Vida!

EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado,
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Qué fue cruel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Qué enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrél tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra,
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura,

este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
y transida.

Bajando está el agua inerte,
callada como un ensueño,

como las criaturas leves
de los sueños.

Llueve..., y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

HALLAZGO

Me encontré este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:

al buscar un pámpano
toqué su mejilla...

Y por eso temo
al quedar dormida
se evapora como
rocío en las viñas...

ENCANTAMIENTO

Este niño es un encanto,
parecido al fino viento:
si dormida lo amamanto,
que me bebe yo no siento.

Es más dulce éste al que río
que el contorno de la loma;
es más lindo el hijo mío
que este mundo a que se asoma.

Es más rico este mi niño
que la Tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño
cual el grano de mi trigo:
menos pesa que el ensueño;
no lo ven y está conmigo.

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan,
se hunde volando en el Cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?

Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

Vicente Huidobro

Nació en Santiago el 10 de enero de 1893. Vivió en París cerca de quince años, durante los cuales se vinculó con poetas y artistas de vanguardia, entre quienes difundió una nueva doctrina estética, el creacionismo.

Las obras de Huidobro se dividen en dos grupos perfectamente diferenciados. En el primero, cultiva el poema conforme a las normas tradicionales de la retórica, y sigue ritmo y rima como aconseja la poética. De ese período son los libros titulados *Ecos del alma*, 1912; *Canciones en la noche*, 1912; *La gruta del silencio*, 1913; *Pasando y pasando*, páginas de prosa polémica; *Las pagodas ocultas*, 1914, y *Adán*, poema, 1916. En el segundo grupo aparecen ya las obras concebidas dentro de la nueva estética: oraciones sin puntuación, y aún poemas con palabras sueltas, escritas en diferente tipo de letra o inclinadas de la línea horizontal que normalmente sigue la escritura, todo ello para sugerir ciertos efectos en el lector. Algunos de estos libros se hallan escritos en francés, idioma que el autor manejaba con tanta soltura como el español nativo. He aquí los títulos del segundo período: *El espejo de agua*, 1916, con segunda edición en 1918; *Horizon carré*, 1917; *Tour Eiffel*, 1918; *Hallali*, 1918; *Ecuatorial*, 1918; *Poemas árticos*, 1918; *Saisons choisies*, 1921; *Finis Britanniae*, 1923; *Automne régulier*, 1925; *Tout à coup*, 1925; *Manifestes*, 1925; *Vientos contrarios*, 1926; *Mío Cid Campeador*, 1929, segunda edición en 1942; *Altazor*, 1931; *Temblor de cielo*, 1931; segunda edición en francés, 1932, tercera en español otra vez, 1942; *Gilles de Rais*, 1932; *Cagliostro*, 1934 y segunda edición en 1942; *La próxima*, 1934; *Papá o el diario de Alicia Mir*, 1934; *En la luna*, 1934; *Tres inmensas novelas*, 1935; *Sátiro o el poder de las palabras*, 1939; *Ver y palpar*, 1941; *El ciudadano del olvido*, 1941.

Falleció en Cartagena, Chile, el 2 de enero de 1948.

Referencias:

Cedomil Goic: *La poesía de Vicente Huidobro*. Santiago. 1956.

ADIOS

París, una estrella desnuda
se alumbra sobre el llano.
Esa estrella la llevara en mi mano.

En Notre Dame los ángeles se quejan,
al batir las alas nacen albas,
mas mis ojos se alejan.

Todas las mañanas
baja el sol a tu hostia que se eleva,
y en Montmartre los molinos la atmósfera renuevan.

París,
en medio de las albas que se quiebran
yo he refluorecido tu Obelisco
y allí canté sobre una estrella nueva.

ADIOS

Llevo sobre el pecho
un collar de tus calles luminosas.
Todas tus calles me llamaban al irme,
y en todas las banderas
palpitaban adioses,
tus banderas de los nobles ardores.

Al pasar
arrojo al Sena un ramo de flores,
y entre los balandros que se alejan,
tus balandros que pacen en las tardes,
dejar quisiera el más bello poema.

El Sena bajo sus puentes se desliza,
y en mi garganta un pájaro agoniza.

ARTE POÉTICA

Que el verso sea como una llave
que abre mil puertas.
Una hoja cae; algo pasa volando;
cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.
El músculo cuelga,
como recuerdo, en los museos;
mas no por eso tenemos menos fuerza:
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas!
Hacedla florecer en el poema.

Sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.

PASION, PASION Y MUERTE

Señor, hoy es el aniversario de tu muerte.
Hace mil novecientos veintiséis años tú estabas en una cruz
sobre una colina llena de gente.
Entre el cielo y la tierra tus ojos eran toda la luz.
Gota a gota sangraste sobre la historia.
Desde entonces un arroyo rojo atraviesa los siglos regando nuestra me-
[moria.

Las horas se pararon ante el umbral extrahumano.
El tiempo quedó clavado con tus pies y tus manos.

Aquellos martillazos resuenan todavía,
como si alguien llamara a las puertas de la vida.
Señor, perdóname si te hablo en un lenguaje profano,
mas no podría hablarte de otro modo, pues soy esencialmente pagano.

Por si acaso eres Dios, vengo a pedirte una cosa
en odas rimadas con fatigas de prosa.

Hay en el mundo una mujer, acaso la más triste, sin duda la más
[bella,
protégela, Señor, sin vacilar; es ella.

Y si eres realmente Dios y puedes más que mi amor,
ayúdame a cuidarla de todos los peligros, Señor.
Señor, te estoy mirando con los brazos abiertos.
Quisieras estrechar todos los hombres y todo el universo.

Señor, cuando doblaste tu cabeza sobre la eternidad
las gentes no sabían si era de tus ojos que brotaba la Obscuridad.

Las estrellas se fueron una a una en silencio
y la luna no hallaba cómo esconderse detrás de los cerros.

Se rasgaron las cortinas del cielo
cuando pasaba tu alma al vuelo,
y yo sé lo que se vio detrás; no fue una estrella,
Señor; fue la cara más bella.
La misma que verías al momento
si rompieras la carne de mi pecho.

Como tú, Señor, tengo los brazos abiertos aguardándola a ella.
Así lo he prometido y me fatigan tantos siglos de espera.

Se me caen los brazos como aspas rotas sobre la tierra.
¿No podrías, Señor, adelantar la fecha?

Señor, en la noche de tu cielo ha pasado un aerolito
llevándose un voto suyo y su mirada al fondo del infinito.
Hasta el fin de los siglos seguirá rodando nuestro anhelo allí escrito.

Señor, ahora de verdad estoy enfermo,
una angustia insufrible me está mascando el pecho.
Y ese aerolito me señala el camino.

Amarró nuestras vidas en un solo destino.
Nos ha enlazado el alma mejor que todo anillo.

Señor, ella es débil y tenue como un ramo de sollozos.
Mirarla es un vértigo de estrellas en el fondo de un pozo.

Los ruiseñores del delirio cantaban en sus besos.
Se llenaba de fiebre el tubo de los huesos.

Alguien plantó en su alma viles hierbas de duda y ya no cree en mí.
Pruébame que eres Dios y en tres días de plazo llévame de aquí.

Quiero evadirme de mí mismo.
Mi espíritu está ciego y rueda entre planetas llenos de cataclismos.

Mi vida también sangra sobre la nieve,
como un lobo herido que hace temblar la noche cada vez que se mueve.

Estoy crucificado sobre todas las cimas.
Me clava el corazón una corona de espinas.

Las lanzas de sus ojos me hieren el costado
y un reguero de sangre sobre el silencio te dirá que he pasado.

Hace unos cuantos meses, Señor, abandoné mi viejo París,
un extraño destino me traía a sufrir en mi país.

Hace frío, hace frío. El viento empuja el frío sobre nuestros caminos
y los astros enrollan la noche girando como molinos.

Señor, piensa en los pobres inmigrantes que vienen hacia Américas de
y encuentran un sepulcro en vez de cajas de tesoros. {oro

Ellos impregnan las olas del ritmo de sus cantares,
la tempestad de sus almas es más horrenda que la de todos los mares.

Míralos cómo lloran por los seres que no verán más;
les gritan en la noche todas las cosas que dejaron atrás.

Señor, piensa en las pobrecitas que sufren al humillar su carne,
las nuevas Magdalenas que hoy lloran el dolor de tu madre.

Agazapadas al fondo de la angustia de su absurda Babel,
beben lentamente grandes vasos de hiel.

Señor, piensa en las espirales de los naufragios anónimos,
en los sueños truncados que estallan en pedazos de bólide.

Piensa en los ciegos que tienen los párpados llenos de música y lloran
[por los ojos de su violín.
Ellos frotan sus arcos sobre la vida en una amargura sin fin.

Señor, te he visto sangrando en los vitraux de Chartres,
como mil mariposas que hacia los sueños parten.

Señor, en Venecia he visto tu rostro bizantino
un día en que el aire se rompía de besos y de vino.

Las góndolas pasaban cantando como nidos.
entre las ramas de olas, siguiendo nuestras risas hacia el Lido.
Y tú quedabas solo en San Marcos, aspirando las selvas de oraciones
que crecen a tus plantas en todas las estaciones.

Señor, te he visto en un icono, obra de un monje servio que al pintar
[tus espinas
sentía toda el alma llena de golondrinas.

En la historia del mundo, ¿qué significas tú?
Hace año y medio discutí este tema en un café de Moscú.

Un sabio ruso no te daba mayor importancia.
Yo decía haber creído en tí en mi infancia.

Una bailarina célebre por su belleza
decía que tú eres solamente un cuento de tristeza.

Todos te negaron y ningún gallo cantó:
acaso Pedro oyéndonos lloró.

Y al fondo de una vieja Biblia tu sermón de la montaña
seguía resonando de una manera extraña.

Señor, yo también tengo mi vía dolorosa, mis caídas y mi pasión;
saltando meridianos como un tigre herido, sangra y aulla mi corazón.

Reina el amor en todas sus espléndidas catástrofes internas,
mil rubíes al fondo del cerebro atruenan,
y las plantas del deseo bordan el aire de estas noches eternas.

Poeta, poeta esclavo de aventuras y de algún sortilegio,
soporto como tú la vida, el mayor sacrilegio.

Señor, lo único que vale en la vida es la pasión.
Vivimos para uno que otro momento de exaltación.

Un precipicio de suspiros se abre a mis pies; me detengo y vacilo.
Luego como un sonámbulo atravieso el mundo en equilibrio.

Señor, qué te importa lo que digan los hombres.
Al fondo de la historia
eres un crepúsculo clavado en un madero de dolor y de gloria.

Y el arroyo de sangre que brotó en tu costado
todavía, Señor, no se ha estancado.

BALADA DE LO QUE NO VUELVE

Venía hacia mí por la sonrisa,
por el camino de su gracia,
y cambiaba las horas del día.
El cielo de la noche se cambiaba en el cielo del amanecer.
El mar era un árbol frondoso lleno de pájaros,
las flores daban campanadas de alegría
y mi corazón se ponía a perfumar enloquecido.

Van andando los días a lo largo del año.
¿En dónde estás?
Me crece la mirada,
se me alargan las manos.
En vano la soledad abre sus puertas
y el silencio se llena de tus pasos de antaño.
Me crece el corazón,
se me alargan los ojos
y quisiera pedir otros ojos
para ponerlos allí donde terminan los míos.
¿En dónde estás ahora?
¿Qué sitio del mundo se está haciendo tibio con tu presencia?
Me crece el corazón como una esponja
o como esos corales que van a formar islas.
Es inútil mirar los astros
o interrogar las piedras encanecidas.
Es inútil mirar ese árbol que te dijo adiós el último
y te saludará el primero a tu regreso.

Eres sustancia de lejanía
y no hay remedio.
Andan los días en tu busca.
¿A qué seguir por todas partes la huella de sus pasos?
El tiempo canta dulcemente
mientras la herida cierra los párpados para dormirse.
Me crece el corazón hasta romper sus horizontes,
hasta saltar por encima de los árboles
y estrellarse en el cielo.
La noche sabe qué corazón tiene más amargura.

Sigo las flores y me pierdo en el tiempo
de soledad en soledad.
Sigo las olas y me pierdo en la noche
de soledad en soledad.
Tú has encendido la luz en alguna parte.
¿En dónde? ¿En dónde?
Andan los días en tu busca;
los días llagados coronados de espinas
se caen, se levantan,
y van goteando sangre.
Te buscan los caminos de la tierra
de soledad en soledad.
Me crece terriblemente el corazón.
Nada vuelve.

Todo es otra cosa.
Nada vuelve. Nada vuelve.
Se van las flores y las hierbas.
El perfume apenas llega como una campanada de otra provincia.
Vienen otras miradas y otras voces.
Viene otra agua en el río.
Vienen otras hojas de repente en el bosque.
Todo es otra cosa.
Nada vuelve.
Se fueron los caminos.
Se fueron los minutos y las horas.
Se alejó el río para siempre
como los cometas que tanto admiramos.
Desbordará mi corazón sobre la tierra
y el universo será mi corazón.

Aída Moreno Lagos

Nació en Talca en 1896. Hizo estudios en la escuela normal hasta lograr el título de maestra. Después de haber servido en varios establecimientos de educación, fue designada secretaria de la Escuela Normal N.º 1 de Mujeres de Santiago.

Falleció en Santiago el 28 de diciembre de 1943.

¡Y ES BUENA LA VIDA ASÍ!

En el meditar doliente
de la tarde que se va,
hay algo triste y silente
que está en todo y que no está

en ti, no obstante mi empeño
de hallarlo en tu corazón...
Haz que despierte el ensueño
repicando tu emoción.

La vida es mala, ¿verdad?
Pues buena es la vida así:
sobre la fatalidad
luz de arriba y desde aquí

humos de ensueño... Después
sobre una pena algún llanto...
Y así una vez y otra vez
alegría y desencanto...

¡Y es buena la vida así!

¡COMO OLVIDARLE!...

¡Cómo olvidarle si dejó en mi vida
todo el encanto del primer amor;
si él me dejó la senda florecida,
si sus besos menguaron mi dolor!

¡Cómo olvidarle cuando el alma pena
por la mirada de sus negros ojos;
cuando aún el eco de su voz resuena
rememorando prístinos sonrojos!

¡Imposible olvidarle! Su sereno
mirar será en la eternidad mi historia...
¡Amar, sufrir!... Que vierta su veneno

la vida en mi existencia transitoria;
¡mis manos mustias, al finir mi exodo,
han de alargarse a perdonarlo todo!

Domingo Gómez Rojas

Nació en Santiago el 4 de agosto de 1896. Hizo los estudios de humanidades en el Liceo Manuel Barros Borgoño, y una vez graduado de bachiller pasó en 1918 a cursar estudios superiores en la Escuela de Leyes y en el Instituto Pedagógico, en el cual fue alumno de la asignatura de castellano. Después de haber trabajado en un diario de la capital, obtuvo un cargo administrativo en la Municipalidad de Santiago.

En los días heroicos de 1920 se significó orador fogoso en la Federación de Estudiantes, y cuando se inició el proceso incoado contra los sostenedores de la lucha abierta por aquella institución, Gómez Rojas fue detenido y aprehendido. Las privaciones sufridas en la cárcel afectaron primeramente su salud física y más tarde su equilibrio intelectual.

Escribió algunas obras de teatro que se han extraviado, y entre ellas *La Gioconda*, obra que fue premiada en concurso auspiciado por el Club de Señoras en 1918. Usó por algún tiempo el seudónimo *Daniel Vásquez*, y con él colaboró en la revista *Los Diez*.

Falleció en la Casa de Orates de Santiago el 29 de septiembre de 1920.

Obras:

Rebeldías líricas, 1913.

Elegías, 1935.

Rebeldías líricas, 1940. Se cita aparte porque es más que segunda edición, la definitiva de toda la obra que sobrevive del poeta, con documentos y comentarios anexos.

TRIO

Entre la correveola
el grillo canta
y hay en su ritmo agudo
un aire de confusa serenata.

Para formar un coro,
en una charca,
gorgorita el sapo un Padrenuestro
y tiemblan las biznagas sobre el agua.

Para formar el trío
la verde rana,
con su ronco cuac cuac de contrabajo
ensaya su garganta;
y como enamorado de la luna
el trío empieza su loca serenata.

EL PARQUE DORMIDO

Sendas que se bifurcan todas blancas de luna;
árboles que proyectan sus formas recortadas;
escaños solitarios; fuentes cuyas cascadas
remedan una orquesta. Sobre la gran laguna

la brisa orla su peplo. Pilastras con jarrones
donde el fauno sonríe con sus bellos lascivos
mientras la ninfa mueve sus dos flancos esquivos
dando a su cuerpo esbelto violentas contorsiones...

Cada estrella ha encendido su blanco lampadario.
Cada árbol es como un perfumado incensario
que entonara las glorias del parque florecido;

y vagan por los aires indefinibles notas.
Mientras las fuentes ríen sus carcajadas rotas
llora la luna un salmo sobre el parque dormido.

LA CANCIÓN DEL AGUA

Hay tantas melancolías
en esta tarde doliente
que rima monotonías
la fuente.

La tarde no está serena;
no está serena mi frente;
su llanto vierte en mi pena
la fuente.

Una profunda tristeza
deshoja el jardín muriente
y es como una voz que reza
la fuente.

Evoca un romance viejo
la fontana transparente;

del infinito es espejo
la fuente.

Pienso con ingenuidad
que en sus canciones, doliente,
medita en la eternidad
la fuente.

EXTASIS

Ante el santo paisaje me detengo
con la solemnidad de alguien que mira
la belleza de Dios: ¡virgen desnuda!

Y como blanca mano sobre el labio
siento que la palabra se me adentra
como un grumo de miel, y que me callo.

Y así, frente al paisaje, a la divina
belleza del paisaje, sólo siento
la sensación imperceptible y diáfana
de no sentir la carne ni la vida...

¡Y el éxtasis de Dios me inunda todo!

SOBRE TUS OJOS DE MUJER

Sobre tus ojos de mujer
se habrá de cerrar un día
el sol de un atardecer.

En tus dos pálidas manos
se apagarán los fulgores
de los luceros lejanos.

Sobre tus labios marchitos
pasará la eternidad
con sus besos infinitos.

Y cuando yazgas dormida
la muerte dirá en tu oído
que un hombre te amó en la vida:
yo también me habré dormido.

MUJER...

I

Mujer: tú eras crepúsculo cuando caí en tu vida
como una inmensa aurora. Lo quiso así el destino.
(Yo que soy campo yermo, soy montaña florida.)

Hoy ya nada nos resta de este mundo, mujer,
lo que fui, lo que fuiste, jamás volverá a ser.

II

Estoy solo y soy sombra. Los últimos ocasos
se fueron y fue inútil abrirle al sol mis brazos...
(Ya la noche del cielo y de la tierra vierte,
en mi vida que sueña, los pomos de la muerte.)

Estoy bajo la noche: mis ojos taciturnos,
¡oh muerte!, esperan sólo tus luceros nocturnos.

MISERERE

La juventud, amor, lo que se quiere
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizá la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

María Monvel

Nombre literario de Tilda Brito Letelier, nacida en Iquique en 1899. Establecida en Santiago, dirigió durante algunos años la revista *Para Todos*, publicada por la Empresa Editora Zig-Zag. En Santiago también contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con el crítico literario y periodista Armando Donoso, que tuvo a su cargo la edición póstuma de algunas de sus obras.

Falleció en Santiago en septiembre de 1936.

Obras:

Remansos del ensueño, 1918; *El marido gringo*, cuento, 1927; *Poetisas de América*, Antología, 1930; *Sus mejores poemas*, 1934; *Últimos poemas*, 1937. La editorial Cervantes de Barcelona publicó también una selección de sus poesías.

SONETO PUERIL

Mi corazón es casa de amores primorosa,
en ella tu alma inquieta puede colgar su nido.
Plena de luz de sol, es clara y armoniosa.
¡No ha de morir en ella tu amor recién nacido!

Corre fresca la brisa en su vergel florido
y en su jardín osténtanse la azucena y la rosa:
ternuras de la madre por el niño dormido
y cálidas y locas caricias de la esposa.

En mi casa de amores no hay caminos de olvido.
En ella crecerá tu amor recién nacido
y se hará un niño alegre y sonrosado y fuerte,

que para sus andanzas tendrá una senda única
por donde habrá de irse sin desgarrar su túnica
y en paz, hacia el reposo perenne de la muerte...

MIEDO

Llegó hasta el fondo mismo lívido de la muerte,
y cuando abrió los ojos a la vida de nuevo,
a su lado dormía, ¡milagro de milagros!,
su vidita de flor, entre nevados lienzos.

Las entrañas exhaustas, la madre estaba blanca
como la cera blanca, mas la miró sonriendo
con un enorme asombro que era dicha en los ojos,
y en los pálidos labios un temblor que era miedo...

NO ENTENDIO

No entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición,
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura,
que le abrasó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

¡No me comprendió nunca!
Y así fue cómo entonces
quedó mi vida trunca...

Cuando busqué sus labios,
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimos
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos!...

UN CUARTITO DE HOTEL...

Un cuartito de hotel, lindo y desconocido:
horizontes azules, focos esmerilados,
en donde entramos juntos, absortos y turbados
por el fiero imposible que habíamos vencido.

El me besó en la boca. Yo le entregué rendido
el cuerpo frágil, dulce, de niño extenuado...
¡Oh, reposo indecible después de lo pasado!...
¡Oh, delicia inefable después de lo sufrido!

Yo no sentí rubor de mi carne desnuda.
Me ahogaba la dicha como una mano ruda
y el cristal de mis ojos se enturbiaba de llanto,

mientras él, de rodillas, con sus besos furtivos
abrasaba el marfil de mis pies sensitivos
con la fiebre ardorosa de su boca de santo.

EL ETERNO COLOQUIO

A la hora tristísima en que la luz se esfuma
y el crepúsculo envuelve las cosas en su bruma,
reflejando en los ojos amores sobrehumanos
van dos sombras muy juntas..., las manos en las manos

Crujen bajo sus plantas las hojas amarillas...
Oigamos lo que dicen sus pláticas sencillas:

—¿Has de quererme siempre? "Por una eternidad
en ésta nuestra vida y en la de más allá"...

Junto a un sauce que extiende su lloroso follaje
detienen a mirar el desierto paisaje;

después se dan un beso, pero tan inocente
que el Angel de la Guarda los contempla sonriente.

Y dice así el amante: —Di que este beso mío
no ha de borrarlo nunca ningún otro, bien mío.

—Nunca —murmura ella—. Y eternamente juntos
hemos de estar en vida. ¡Luego también difuntos!

Ha dejado la noche caer su espeso velo
y los astros cintilan piadosos en el cielo...

Se marchan los amantes, las manos enlazadas
¡y de ellos el Destino se ríe a carcajadas!

COMUNION PAGANA

Ya está echada mi suerte. Te seguiré en la vida
para endulzar tus hieles, para amargar tu miel.
Te seguiré de lejos o de cerca; escondida
o visible. Por siempre seré tu sombra fiel.

En tu pecho cansado, de donde las pasiones
huyeron para siempre, allí, en tu corazón
que helaron ya los vientos de las desilusiones,
iré a colgar mi nido que es aroma y canción.

Amo la honda fatiga de tus ojos cansados...
¿No has leído en los míos una interrogación?
¿Habrán llorado mucho y están ya fatigados?
¡Amo tus ojos tristes con inmensa pasión!

No sé, en verdad, qué fuerza, que impulso, qué deseo
me lleva a amar tus labios que no saben besar.
No creo en los amores que me brindan, y creo
en ese amor que nunca me han sabido expresar.

Yo traeré a la obscura soledad de tu vida
mis sueños, mis canciones, mi juventud en flor.
Incendiaré en mis llamas tu juventud vencida
y seré entre tus manos una olorosa flor.

He llegado a turbar tus veladas tranquilas
con un poco de ensueño y un poco de emoción;
y dejarán por siempre mis oscuras pupilas
una huella indeleble sobre tu corazón.

Yo te ofrezco los pétalos de mi boca sangrienta...
Toda mi vida entera la he consagrado a ti.
Recibe de mis labios la juventud. ¡Que sienta
que he infiltrado en tus venas la que me sobra a mí!

CANCION

Porque un aire de pena
mi cara tiene,
me preguntan tus ojos
dónde me duele...
Busca en ti la respuesta:
¡de ti depende!

Desde que te conozco
soy como quieres,
y es por ti que me río
si estoy alegre.
Si me quieres dichosa,
de ti depende.

Puedo ser un malvado.
Puedo, si quieres,
a mis prójimos todos
colmar de bienes:
bondadosa o perversa,
de ti depende.

Entre tus dulces manos
soy masa inerte.

Pobre y desesperada,
rica y alegre,
no depende de nadie,
de ti depende.

¡Ten piedad de quien entre
las manos tienes!
¡A mejores destinos
lleva mi suerte!
No preguntes, si sufro,
dónde me duele.
¡La pena que reflejo
de ti depende!

Si vida de mi vida,
mi vida eres,
solo aguardando vivo
de ti la muerte.
¡Prefiero que me mates
si no me quieres!
¡Todo lo que me venga,
de ti depende!

Armando Ulloa

Nació el 27 de abril de 1899 en Constitución. Estudió las humanidades en los liceos de Constitución, Talca y Linares y vino a Santiago para proseguir una carrera universitaria. Eligió el francés, cursó los años necesarios en el Instituto Pedagógico y se tituló. Alcanzó a ser nombrado profesor de francés en el Instituto Nacional y aún a desempeñar en algunos períodos sus deberes, hasta que se pronunció devastadora en su organismo la dolencia que le iba a quitar la vida. En busca de salud, residió algún tiempo en Vicuña.

Falleció en el fundo Huinganes, cerca de Constitución, el 10 de enero de 1928.

No publicó en vida ningún libro; después de sus días se recopilaron sus producciones en el volumen titulado *Poemas de la tierra y otros poemas*, 1931, con prólogo de Carlos Acuña.

LEJANIA

Lejos está la sensitiva
que ungió mis horas de belleza,
la que heredó su aristocracia
del manto azul de las estrellas.

La que en sus manos luminosas
me dio a beber el agua buena
de la emoción; la que en mi boca
puso su amable boca ingenua.

¡Lejos está la sensitiva
que un tiempo fue mi compañera!
Pero a través de la distancia

su voz a mi memoria llega
en las nevadas de la luna
y en el temblor de las estrellas...

TARDE GRIS

Tarde gris, tarde pasmada,
que del ayer tiene el dejo,
tarde gris del tiempo viejo,
amarillenta y cansada.

Crepúsculo legendario
que vimos en otra vida,

noche siniestra y perdida
con livideces de osario.

Alba entre sombras oculta,
jardín yerto y sin colores,
viejo puñal de dolores
que en el pecho se sepulta.

Día que el tedio desgrana,
día gris de pesadilla,
¡mar eterno y sin orilla,
sin ayer y sin mañana!

Sombra que pasas ligera
huyendo desatentada,

¡alma mía, sombra amada,
de mi sombra compañera!

¿Dónde está la paz soñada
y el amor que brilla en torno?
Pasa el tiempo sin retorno,
y su voz no dice nada...

PAISAJE NEVADO

¡Qué alegre está el campo triste
con la primera nevada!
La pradera perfumada
como una novia se viste.

Surge el paisaje ilusorio
como en un cuento encantado
y el río maravillado
en su espejo transitorio.

Ave, flor, ramas desiertas,
cobran nueva vida breve.

El alma azul de la nieve
perfuma las hojas muertas.

Su cara convaleciente
muestra el sol entristecido,
como un recuerdo perdido
que surgiera de repente...

Y en tanto a la luz desata
la tarde, su blanco y verde,
como un fantasma se pierde
tras de los montes de plata...

SONETO

Para escribir mis versos diáfanos y sencillos,
dos cosas sólo pido, con la humildad de un ciego:
Un rincón que perfumen rosa, menta y tomillo
y —¡oh musa inolvidable!—, soledad y sosiego.

Quiero que en ellos quede todo lo que fue mío,
la vida que renace con el primer retoño,
el sol que cubre de oro las mieses del estío,
los frutos del invierno y el vino del otoño.

Que viva en sus estrofas todo lo que florece,
el corazón cansado que se rejuvenece,
los sueños de la infancia que marchitó la edad.

Los árboles cargados de frutos esplendentes,
los pájaros, las flores, los bosques, las vertientes
y el alma melancólica de mi vieja heredad.

Romeo Murga

Nació en Copiapó el 17 de junio de 1904. Hizo los estudios de humanidades en el Liceo Alemán y en el liceo fiscal de hombres de su ciudad natal, y en 1920 ya estaba en Santiago con intención de seguir estudios de francés en el

Instituto Pedagógico. Recibido el título correspondiente, fue nombrado profesor en el Liceo de Hombres de Quillota en 1924.

Falleció en Santiago el 18 de mayo de 1925.

La obra dispersa del autor, muy reducida en cantidad, fue recogida sólo en 1946 en el libro titulado *El canto en la sombra*, que lleva prólogo de Norberto Pinilla.

MADRES DE LOS POETAS

Madres de los poetas que en el pasado han sido,
vengo a hablar con vosotras de vuestros hijos tristes.
Carne doliente, en vuestras entrañas han dormido
y no los conocisteis.

Madres de los poetas que en el presente son,
con vuestra eternidad de ternuras y arrullo
calmaréis a los mares y al viento arrasador,
pero no al dolor suyo.

Madres de los poetas que mañana serán,
sobre la tierra fría se perderán sus pasos;
buscarán nuevas sendas, y nunca dormirán
sobre vuestros regazos.

Madres de los poetas que son, serán, y han sido,
garganta de esos cantos, surco de esas semillas,
árbol que no dio flores y que en otoño ha visto
dispersarse a lo lejos sus hojas amarillas.

Vosotras que supisteis su inocencia primera,
gritad que fueron buenos y que amaban a Dios.
Grande fue su pasión por la carne terrena,
pero más grande fue su amor.

Llorad por sus dolores y sus ansias secretas,
por sus manos crispadas y por sus alas rotas.
Llorad por vuestros hijos, madres de los poetas,
que yo, por consolaros, lloraré con vosotras.

YO SOY EL HOMBRE SILENCIOSO

Yo soy el hombre silencioso,
silencioso para cantar.
No sé del grito, del sollozo
ni del ronco rumor del mar.

Mi voz ungida en suavidades,
que canta lo triste y lo mío,
irá a través de las edades
como el rumor de un claro río.

No quiero que mi voz herida,
ni que mi canción dolorida,
por sobre los humanos yerros,
dolor derroche;
tal el ladrido de los perros
en la noche.

Mi dolor es hondo y eterno,
pero en mi canto se hace leve,
frente a la alegría encendida;
es un albo copo de nieve
para las llamas de la vida.

Mi voz no ha de amargar la fiesta
de los que se embriagan en esta
vida mortal;
de mi corazón al abrigo,
yo me quedo solo contigo
y con mi mal.

No turbaré el albo reposo,
ni el alborozo jubiloso
de los que se entregan a amar.
En mí no hay grito ni sollozo.
Yo soy el hombre silencioso
para cantar.

LA LLUVIA Y TU

Te esperé esa tarde nublada;
vino la lluvia y no viniste.
Cayó una sombra acongojada
sobre mi gran ensueño triste.
Vino la lluvia no esperada,
¡y no viniste!

Cómo te amé en esos minutos,
húmedos de lluvia y de ausencia.
Tal un amargo y dulce fruto,
¡gusté tu lejana inocencia!

Llegó la triste noche oscura;
pasó la lluvia y no llegaste.
¡Para endulzar tanta amargura,
no habrá miel rubia que me baste!
Llegó la noche, pasó la lluvia
y no llegaste.

Después nos quisimos, es cierto,
y hasta casi olvidé ser triste;
pero esa amargura no ha muerto;
junto a tu fiel recuerdo existe:
vino la lluvia, se fue la lluvia
y no viniste.

Alejandro Galaz

Nació en Casablanca en 1905 e hizo estudios de humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso.

Fue periodista en diversos diarios y revistas, y a su muerte era reportero de *El Mercurio* de Valparaíso.

Falleció el 5 de marzo de 1938.

ROMANCE DE INFANCIA

Trompo de siete colores,
sobre el patio de la escuela
donde la tarde esparcía
sonrisas de madreselvas,
donde crecían alegres
cogollos de yerbabuena,
trompo de siete colores,
mi corazón te recuerda.

Bailabas mirando al cielo,
clavada la púa en tierra.
Fingías dormir inmóvil
y dabas y dabas vueltas:
y florecida en ti mismo
danzaba la primavera,
porque tu cuerpo lucía
pintura de flores nuevas.

Pedazo de alma fragante
de los peumos de mi tierra,
que parecías un huaso
llevando manta chilena:

al son de tu propia música
—bordoneo de vihuela—
cuando te hallabas cucarro
sabías bailar la cueca.

Arco iris, choapino,
maestro de la pírqueta,
elefante diminuto,
caballito de madera;
al huir de nuestras manos
que te ceñían la cuerda,
en la fiesta semejabas
un carrusel de banderas.

Trompo de siete colores,
mi corazón, te recuerda,
y en su automóvil de sueños
a contemplarte regresa.
¡Y qué suavidades tiene
la ruta que el alma inventa
para volver a su infancia
que se quedó en una aldea!

PLEGARIA INUTIL

Lejana,
¡en vano mi voz se alarga y te nombra!
Entre la sombra busco la mañana
y cada vez me inundo más de sombra...

Tú eres luz. Luna clara.
Transparente sol. Agua fugitiva.
Para mis versos una fuente rara.
¡Y amor para la entraña sensitiva!

Un día... La ilusión... La lejanía...
Y ¿dónde?, ¿dónde anclaste la mirada?

¿Estás en la quietud de una bahía
o eres una isla abandonada?

¡Oh!, ¡el gozo de llorar! Lejana,
¡en vano mi voz se alarga y te nombra!
¡En pos de ti persigo la mañana
y cada vez me lleno más de sombra!

OTOÑO

Otoño... En las viejas cosas
hay honda resignación
y crepusculares rosas
perfuman el corazón.

Las lejanías brumosas,
vertiendo desolación
en las vías dolorosas,
asesinan la ilusión.

Otoño... Melancolía.
Jardines en agonía.
Angustias en la canción.

En todo, monotonía.
¿Dónde está la rebeldía?
Otoño... Resignación.

Oscar Castro

Nació en Rancagua el 25 de marzo de 1910. Recibió educación en su ciudad natal, y en ella permaneció el resto de su vida, fiel a su misión de poeta provinciano y sin ambiciones. Desempeñó algunos cargos públicos, fue periodista, frecuentó la radio y tentó el teatro, al mismo tiempo que publicaba libros de poesía y de prosa. De estos últimos figuran cuentos y novelas que le otorgan sitio de excepcional jerarquía entre los escritores nacionales, como la novela póstuma *Llampo de sangre*, aceptada ya como obra maestra entre las destinadas a describir la vida de las minas.

Falleció el 1.º de noviembre de 1947.

Obras:

Camino en el alba, poesía, 1938.

Huellas en la tierra, cuentos, 1940.

Viaje del alba a la noche, poesía, 1940.

Las alas del fénix, poesía, 1943.

La sombra de las cumbres, cuentos, 1944.

Reconquista del hombre, poesía, 1944.

Comarca del jazmín, cuentos, 1945.

Glosario gongorino, sonetos, 1948.
Rocio en el trébol, poesía, 1950.
Llampo de sangre, novela, 1950.
La vida simplemente, novela, 1951.
Lina y su sombra, novela. 1958.

RAIZ DEL CANTO

Conozco el habla de los hombres
que van curvados por el campo
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.

Conozco el trigo que madura
—sól en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.

Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.

Ellos hablaban con Dios vivo
en el mensaje de los cardos
y conversaban con el agua
en el lenguaje de los pájaros.

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar su hoz en alto.

En el silencio de mi madre,
dormía el yuyo de los campos,
la yarba-luisa, el toronjil,
el vaso blanco de los nardos.

Todõs me cantan pecho adentro;
van por mi sangre río abajo;
giran en trilla de jacintos
por mi silencio deslumbrado.

La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y ganados,
porque aún miran con mis ojos
los que sembraron y sembraron.

Cuando galopo cielo arriba
sobre mi yegua de topacio,
es que me tiene desvelado
mi sementera de los astros.

Conozco el grito jubiloso
del trebolar recién regado
y ese licor que se derrama
desde las copas del zapallo.

Sé del lagar, sé de las viñas
y de los mostos fermentados,
y sé de Baco que solloza,
borracho azul, entre los pámpanos.

Sé de las lentas escrituras
del humo gris sobre los ranchos;
del viento sur cuyo relincho
puebla la noche de caballos.

Sé de la harina mañanera
que agosto vuelca de un cedazo
y de los pozos que gotean
en un crepúsculo de cántaros.

Sabiduría de mi sangre
donde los llantos fermentaron.
Sabiduría de mi pecho.
Sabiduría de mis manos.

Lento, en la tarde silenciosa,
por este surco voy pasando:
surco sutil hecho en el tiempo
con el arado de mi canto.

Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo mis dos manos.
Sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto.

Porque conozco y sé la tierra,
viviré siempre deslumbrado
y conversando iré por ella
con la semilla y con el árbol.

Si de repente me muriera,
como se cae un campanario,
retemblarían las campiñas
en un galope de centauros.

LA CABRA

La cabra suelta en el huerto
andaba comiendo albahaca.

Toronjil comió después
y después tallos de malva.

Era blanca como el queso,
como la luna era blanca.

Cansada de comer hierbas,
se puso a comer retamas.

Nadie la vio sino Dios.
Mi corazón la miraba.

Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.

Se puso a balar después;
bajo la clara mañana.

Se fue por el campo fresco,
camino de la montaña.

Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.

Se perfumaba de malvas
el viento, cuando balaba.

DESPEDIDA

Y me miré las manos. Estas manos
que no siegan el trigo madurado en febrero.
Y comprendí que todo era imposible.
Que soy un forastero.

Tus campos me rechazan. Me maldice
la lumbre juvenil de tus esteros.
Tus hermanos me miran rencorosos
porque soy forastero.

Ellos quieren hogar para que vivas
y tierras que aseguren tu sustento.
¡Y yo planté mis huertos en la luna,
y yo sembré mis trigos en el cielo!

Hora de luz la que viví a tu lado.
Hora de plenitud bajo tu alero.
Mediero de tus penas fui en las tardes.
De tu campo de estrellas fui aparcero.

Y hoy me miro las manos. Y en el hombro
sólo llevo el avío de mis versos.
Mi caballo me aguarda en el camino
que se va por la tierra atando pueblos.

Hoy, los arados que tu campo cruzan
trazan surcos y surcos en mi pecho:
cuando llegue la tarde pensativa,
será mi sangre la que manche el cielo.

Yo te digo, al marcharme, que no tengo
ni la tierra que cubro con mi cuerpo.
Pero esta noche me hallaré en las manos
el aroma de tierra de tus pechos.

HUMANA VOZ

Sé que los hombres sufren.
Los he visto
pesados de sudor, entre ardientes banderas,
gritando su designio. Los he visto llorar
arañando la tierra, malditos animales
ennegrecidos, sin fronteras, duros,
sin risa de jacintos, con espadas hundidas en el pecho,

trizados por el sol que los calcina,
comiéndose su sangre como quien come arena.
Los he visto pasar
borrachos con un vino de noche y soledad,
bajo estrellas siniestras, llorando en la madrugada,
a rastras con su sombra solitaria,
entonando canciones para llenar su pecho de piedra sin eco,
huídas las pupilas, broncos, en un temblor
que les pisa la entraña con pezuñas de sal;
tras ellos, en un río de vasos y botellas,
su cabeza emergía
castigada por demonios insomnes
que no quieren morir y que se agarran
a la podrida cal del esqueleto
para mugir allí y alimentarse de blasfemias.
Los he mirado en los prostíbulos,
abriendo las semáforas de unas piernas compradas,
unas piernas que lloran miseria debajo de las medias,
desesperados por abrir la puerta
del olvido y del goce, rompiendo los espejos
para no verse más, ya nunca más
la implacable y triste cara que les puso la vida.
Los he visto gemir
metidos en su máscara doliente,
desgarrados, hendididos por fatales espasmos,
junto a la luz de un vino funerario
que es la más solitaria lámpara del mundo.
Les he visto las manos
corriendo sus pesados reptiles por los muslos,
arañando entre sedas, sobre una carne ciega
que ya no sabe arder y que se dobla
dócil de esclavitud, acostumbrada al sacrificio,
instrumento vacío, cáscara de sollozo,
arrugada raíz que no se nutre
y entre sábanas cae y vive y muere.
Sé que los hombres sufren.
Su ola llega hasta mi frente
golpeándola terrible con su rumor desolado,
abriéndola con lanzas de estremecida punta.
Como el alcantarillero que vacía las cloacas,
así su grito condenado.
Yo he visto al hombre
que rueda del andamio como una estrella gris
y he visto el pavimento ensangrentado
y a la mujer que llega con su olla miserable
para lamer de gritos la sangre del difunto.
La mujer que es un pueblo atardecido
entre humos desdichados y cebollas partidas;
la mujer que ya tiene cenizas en los huesos
y se alza desde el lecho tirada por el alba
como una piedra inútil hacia la actividad,
y que anda con su tribu de presagios
protegiendo el mugriento escapulario
que entre sus dos vencidos pechos huele a sudor y a leche desvalida;
la hembra que es una aldea llena de pálidos niños,

con muchas grietas en su tierra y muchas telarañas
en los rincones húmedos del alma.

Sé que los hombres sufren.

He visto minerales

donde unas frías máquinas jadean
mordiéndolo las montañas para sacar la estrella
del cobre ardiente como sangre o llama.

He visto camarotes

como barcos de noche con su carga de mugre
y de sueño animal, con sus banderas sin color,
sin ventanas al día,

solos con su presencia entre las nieves,
alzados más allá de la sima de muertes
que nunca está repleta.

Y he mirado a estos hombres

jugar con sus barajas de trapo humedecido,

jugar su propia fiebre,

su parcela de sueño,

su predio de quietud en la sombra enemiga,
sus ojos y sus manos y sus pies torturados,
en una sola vez,

como aquel que desea romper un cielo helado
para caer a un río de fuego sin orillas.

Los he visto sacar sus cuchillos siniestros
y contemplar con cara de piedra enmohecida
el tajo por el cual la muerte espanta
caballos colorados.

Los he visto

comer polvo de piedra por los pulmones rotos,
andar con un lucero pegado a la frente

por las viscosas galerías que erigen en la roca su vacío sin alma.

Sé que los hombres sufren.

Estoy unido a ellos y sollozo,

y me miro las manos y quisiera

quemármelas, saberlas mordidas por un hierro,

para sentir después

entrármese su grito por los dedos sin luz,

hasta morir, hermanos.

Porque yo, ardiente, puro, sin ventura,

sé que los hombres sufren.

YA NO TU CAZADOR...

"Y dos arcos tendió contra mi vida."

(GONGORA. *soneto XLVIII.*)

Ya no tú cazador, sino perdido
cervatillo en el bosque: Amor te acecha
y repule la punta de la flecha
que ha de alcanzar tu pecho estremecido.

Medroso lo aguardabas, pero henchido
de secreto placer. La aleve brecha
te podría dejar la voz deshecha,
¡más qué divino fuera ser herido!

Presto llegó el Amor, plena su aljaba,
y vería, al echarte ojeada breve,
tanto júbilo en tu alma desvalida,

que luego así tu verso lo contaba:
"Contra las fieras sólo un arco mueve,
y dos arcos tendió contra mi vida.

F I N

Indice

Pedro de Oña (1570-?)

Fresia y Caupolicán en el baño	10
Increpación de Galvarino	12

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-80?)

A la inconstante fortuna	15
Romance	15
Romance y oración	15
Liras	16
Romance en agradecimiento a	
Maulicán	17

El P. Francisco López 17?-?)

Glosa	18
-------	----

Camilo Henríquez (1769-1825)

Himno patriótico	19
La faramalla	20
El arrepentimiento	20

Bernardo Vera y Pintado (1780-1827)

La ausencia	22
-------------	----

Andrés Bello (1781-1865)

Egloga	23
Recuerdo	26
La oración por todos	26
Las fantasmas	31
Los duendes	37
En el álbum de la señorita doña	
Mercedes Muñoz	42
Miserere	42

Mercedes Marín de Solar (1804-66)

La existencia de Dios	45
A la hermosura	45
El arroyuelo	46
Dulce es morir	46

Salvador Sanjuentes (1817-60)

El campanario	48
Romance	61
Romance	62

Hermógenes de Irisarri (1819-86)

Pensamientos	64
Soberbia, humildad	68
Diálogo	68
Anacreóntica	69
La España en el siglo XV	69
Himno a María	70
Lágrimas	72

Manuel Blanco Cuartín (1822-90)

La tarde	73
Al borde del sepulcro	74

Eusebio Lillo (1826-1910)

La moribunda	78
Plegaria	79
El poeta y el vulgo	80
Soneto	80
Recuerdos de Santiago	81
Invierno	83
Deseos	83

José Antonio Torres (1828-64)

Confesión de una señora mayor	84
A una vieja bailando	84

Guillermo Matta (1829-99)

Hora	87
Sarcasmo	89
Quién es ella	91
Soledad	91
La tarde	93
Nulidad	95
Anhelos	95
En Florencia	96
Mundo extrahumano	96
Paisaje nocturno	97
Entre los dos	97
Río abajo	98
El dedo de la mujer	99

Guillermo Blest Gana (1829-1905)

Ilusión	101
Noche XV	102
Noche XXII	103
Soneto	103
La aurora	104
¿Por qué te amo?	104
Marina	105
La tarde	106
Tres días de primavera	108
Soneto	109
Adán y Eva	109
El crepúsculo	109
¡Oh, mis cartas de amor!	111
El primer beso	113
Voy quedando tan solo	114
Soneto	114
A la Muerte	115
Lo único eterno	115
Mirada retrospectiva	116

<i>Valentín Magallanes</i> (1831-82)	Dolora	168
La flor marchita	Gloria in Excelsis	169
<i>Martín José Lira</i> (1833-66)	El vaso roto	171
Dios	A Fabio (Epístola moral)	171
Inconsecuencia	<i>Carlos Walker Martínez</i> (1842-1905)	
Soneto	Quejas	175
En mi cumpleaños	Ofrenda del poeta	176
<i>Adolfo Valderrama</i> (1834-1902)	El peregrino	176
Pena	Romance	177
Don Fortunato	A María	177
¡Tienes razón!	Silencio y soledad	178
El cura de la aldea	Soneto	179
Luz y sombra	<i>José Antonio Soffia</i> (1843-86)	
El ángel de los amores	Contemplación	180
<i>Rosario Orrego de Uribe</i> (1834-79)	Blanca	182
Así quiero morir	La niña de ojos azules	182
<i>Domingo Arteaga Alemparte</i> (1835-80)	Riqueza	183
Ayer y hoy	Transmigración	183
Luz y calor	Rocío	183
Oda al Amor	En el campo	184
Oda al Dolor	A la luna	184
Oasis	El poeta	185
El llanto	Vindicación	186
La risa	Semejanza	186
<i>Isidoro Errázuriz</i> (1835-98)	Cielo	187
Primer amor	A las estrellas	187
En el mar	Nostalgia	188
La lágrima	Salmo L	189
<i>Benjamín Vicuña Solar</i> (1837-97)	La eterna ley	191
Nobleza y virtud	Confianza	191
La violeta	Amistad	192
La Nochebuena	Creencia	193
<i>Luis Rodríguez Velasco</i> (1838-1919)	Un sueño	194
Cadena	Las dos hermanas	195
Ayer y hoy	Yaraví	201
La edad sin hiel	A Dios	203
Visita a la casa paterna	<i>Enrique del Solar</i> (1844-93)	
Dormida	Hombre soy	204
Miraje	¡Pobre niña!	205
El beso del Paraíso	Siempre sonríes	206
<i>Zorobabel Rodríguez</i> (1839-1901)	Oración	206
La casa paterna	¿Qué sientes?	207
Recuerdos	<i>Manuel Antonio Hurtado</i> (1845-1902)	
Últimas huellas	Soneto	208
<i>Eduardo de la Barra</i> (1839-1900)	La poesía	208
Ensueños	Soneto	209
Hojas de Otoño	<i>Vicente Grez</i> (1847-1909)	
Las hojas secas	Ráfagas	210
Mañana y tarde	<i>Víctor Torres Arce</i> (1847-83)	
Nocturno	Versos perdidos	212
El Cantar de los Cantares	Lo que va de tiempo a tiempo	213
	Al mar	214

Rodolfo Vergara Antúnez (1847-1914)

El claustro	216
La juventud	219

Belisario Guzmán Campos (1847-1925)

¡Infeliz!	221
¿Nada, nada?	221
Eterno	221

Pablo Garriga (1855-93)

Dulce es mirar	222
Todo habla	223
Camadeva, el dios del amor	223
Un recuerdo	224
En un álbum	224

Pedro Nolasco Préndez (1853-1906)

En la cumbre de los Andes	226
Colón	228

Francisco Concha Castillo (1855-1927)

Dolor generator	237
¿En dónde están?	238
Invernal	239
Elegía al sentimiento	240

Ambrosio Montt y Montt (1860-1922)

Mis sonetos	245
El pánico	245
No hay dicha completa	246
Oración matinal	246

Luis Barros Méndez (1861-1906)

Mater dolorosa	247
Al mar	247
Cántico de Ezequías	249
Las golondrinas de San Francisco	251
¡Luz!	252
En los bosques de mi tierra	254

Leonardo Eliz (1861-1939)

Madrigal	255
----------	-----

Pedro Antonio González (1863-1903)

Las perlas y las uvas	256
Al mar	257
Confidencias	260
Lucrecia Borgia	261
Triunfal	263
Estival	265
A la luna	267
A ti	267
Mi vela	268
Asteroides	268
Hiemal	269

Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936)

Introito	271
Vita vana	271

Noche de vigilia	273
En el tiempo de ahora	276
Música prohibida	276
La Mimosita	277
Por los barrios bajos	278
La perfecta alegría	278
El asno	281
La bruja	281
La noche verde	282
La dama y el caballero	284
La ocasión	285
La llave dorada	285
Rapazuela inocente	285
La patria	286

Ricardo Fernández Montalva (1866-99)

No es más tierna la tórtola que gime	287
¡Ven, es de fuego el aire!	288
Es tan bella esa niña	288
Me atrae con la fuerza del vacío	289
Con veintiún años de vida	289
El hombre	290
Eros	292
La vieja canción	292

Egidio Poblete (1868-1940)

Por la equidad	294
Ensueño materno	295
Paz del alma	296
Ante la noche	297

Augusto Winter (1868-1927)

La fuga de los cisnes	298
La playa	300
No te manches	300

Gustavo Valledor S. (1868-1930)

La Venus de Milo	301
Bajo la vieja higuera	302
Aurora	303
Friné	303
El Leteo	304
En sueño	304
Melancolía	305

Abelardo Varela (1871-1903)

Simpatía	306
Adélfica	306
Madrigal amargo	306
Entre las ramas	306
La novia	307
Invierno	307
Luchando	308

Horacio Olivos y Carrasco (1872-1917)

Nocturno	309
----------	-----

La agonía del sátiro	309	Reconciliación	346
De profundis	311	Serenamente	346
<i>Antonio Bórquez Solar (1874-1938)</i>		El buen olvido	347
Las tristezas del suburbio	312	Sentir	347
Tierra natal	313	Apaisement	348
Las frutillas	314	El manantial	348
Miseriúca	314	Aquella tarde	348
Los ríos	315		
<i>Pedro E. Gil (1875-1934)</i>		<i>Abel González (1879-1930)</i>	
Galería	319	Leche y miel	350
Cerca del buen Dios	319	La fuente del quilantral	350
Soberbia humilde	320	La inalcanzable	353
<i>Bernardino Abarzúa (1876-1955)</i>		Constelada mi frente	353
Mal de ausencia	321		
Calla	321	<i>Jorge González Bastias (1879-1950)</i>	
Por el pan	322	Egloga del camino	354
<i>Francisco Contreras (1877-1933)</i>		En la aldea	355
Como los argonautas	323	Su pena	357
Encanto de las lluvias	323	Tus labios	357
El puñal antiguo	324	En la paz de la tarde	358
Joyel	324	El arroyo	359
Remembranza	324		
El turco	325	<i>Carlos Pezoa Véliz (1879-1908)</i>	
Les conquérants	325	Brindis byroniano	361
Pastel	325	Mis amigas	362
Sinfonía	326	La cita	363
Esmeralda	328	El brindis del bohemio	363
Lampo	328	Geórgica	364
<i>Miguel Luis Rocuant (1877-1948)</i>		Mancha	364
El sueño del árbol	329	Egloga	364
Día gris	330	Entierro de campo	365
Ronda	331	Cansancio del camino	365
<i>Oscar Sepúlveda (1878-1910)</i>		El pintor Pereza	367
Copos de nieve	333	Fecundidad	371
Siempre	333	Nada	371
<i>Carlos E. Keymer (1878-1949)</i>		Tarde en el hospital	371
Imagen del recuerdo	335		
El corazón	335	<i>Alberto Mauret Caamaño (1881-1934)</i>	
Cuando	336	Viaje romántico	371
Único amor	336	Ronda galante	372
Nunca	337	En la hora mística	373
<i>Manuel Magallanes Moure (1878-1924)</i>			
La siesta	338	<i>Luis Felipe Contardo (1880-1922)</i>	
Sobremesa alegre	338	Estrellas en la sombra	374
El regreso	339	Pequeños	374
Ella dice:	339	La voz en la noche	375
Viaje de ensueño	340	Como cuando era un niño	375
El soneto de Arvers	342	Beso divino	376
El sendero	342	Retablo	377
Jamás	343	Angelus en Nazareth	377
Las ventanas	344		
La canción del recuerdo	345	<i>Carlos R. Mondaca (1881-1928)</i>	
		Lejana	378
		La ciudad de la lujuria	37
		Oración a la Virgen	37
		Cansancio	38
		Los pianos viejos	38

Juan Manuel Rodríguez (1884-1917)

A la ingrata	382
Sursum	383
A una vecina	384
Mañana de sol	384
La cuerda rota	385

Gustavo Mora Pinochet (1885-1915)

Los poetas	387
Remembranza	388
Cosas idas	388
El copihue blanco	389
¡Noche!	390

Pedro Prado (1886-1952)

Viejas de los caminos	393
Convaleciente	393
Eres toda la escala	394
Tanto fuiste deseo	394
Cuando llegue a su término	395
Ningún dolor	395
Las nubes	395
La rosa blanca	396
La rosa revelada	396
Nadie escoge su amor	397

Julio Munizaga Ossandón (1888-1924)

Oración inicial	397
Ingenua	398
Balada de la ausencia	399
Serrana	400

Fabrizia Mistral (1889-1957)

Credo	402
Amo amor	402
Balada	403
Los sonetos de la muerte	403
Coplas	404
El ruego	405
La lluvia lenta	406
Hallazgo	407
Encantamiento	407
Miedo	407

Vicente Huidobro (1893-1948)

Adiós	408
-------------	-----

Arte poética	409
Pasión, pasión y muerte	410
Balada de lo que no vuelve	413

Aida Moreno Lagos (1896-1943)

¡Y es buena la vida así!	414
¡Cómo olvidarle!	415

Domingo Gómez Rojas (1896-1920)

Trío	416
El parque dormido	416
La canción del agua	416
Extasis	417
Sobre tus ojos de mujer	417
Mujer	417
Miserere	418

Maria Monvel (1899-1936)

Soneto pueril	418
Miedo	419
No entendió	419
Un cuartito de hotel	419
El eterno coloquio	420
Comunión pagana	420
Canción	421

Armando Ulloa (1899-1928)

Lejanía	422
Tarde gris	422
Paisaje nevado	423
Soneto	423

Romeo Murga (1904-25)

Madres de los poetas	424
Yo soy el hombre silencioso	424
La lluvia y tú	425

Alejandro Galaz (1905-38)

Romance de infancia	426
Plegaria inútil	426
Otoño	427

Oscar Castro (1910-47)

Raíz del canto	428
La cabra	429
Despedida	430
Humana voz	430
Ya no tú cazador	432

OTRAS ANTOLOGIAS PUBLICADAS POR ZIG-ZAG

- PAGINAS ESCOGIDAS DE LEON BLOY
PAGINAS ESCOGIDAS DE MIGUEL DE
CERVANTES
PAGINAS ESCOGIDAS DE JUAN DONOSO
CORTES
ANTOLOGIA DE BALDOMERO LILLO,
por Nicomedes Guzmán
ANTOLOGIA DEL NUEVO CUENTO CHILENO,
por Enrique Lafourcade
ANTOLOGIA DE GRANDES CUENTOS DE
HORROR,
por J. M. Navasal
LOS MEJORES CUENTOS POLICIALES,
por J. M. Navasal
LAS HISTORIAS DE ESPIONAJE MAS
ASOMBROSAS DEL MUNDO,
por Kurt Singer
AUTORRETRATO DE CHILE,
por Nicomedes Guzmán
LECTURAS MEDIEVALES ESPAÑOLAS,
por R. Esteban Scarpa
LECTURAS CLASICAS ESPAÑOLAS,
por R. Esteban Scarpa
LECTURAS MODERNAS ESPAÑOLAS,
por R. Esteban Scarpa
LECTURAS CHILENAS,
por R. Esteban Scarpa
POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS,
por R. Esteban Scarpa
ANTOLOGIA DE CUENTOS
de Víctor Domingo Silva
ANTOLOGIA DEL CUENTO
HISPANOAMERICANO,
por R. A. Latham
ANTOLOGIA DE RUBEN DARIO,
por Raúl Silva Castro
ANTOLOGIA DE AMADO NERVO,
por María Romero
ANTOLOGIA DE GABRIELA MISTRAL
ANTOLOGIA DE CARLOS PEZOA VELIZ,
por Nicomedes Guzmán
COSTUMBRISTAS CHILENOS,
por Manuel Rojas
ANTOLOGIA DE CUENTISTAS CHILENOS,
por Raúl Silva Castro
MARIANO LATORRE: ALGUNOS DE SUS
MEJORES CUENTOS,
por Manuel Rojas

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE